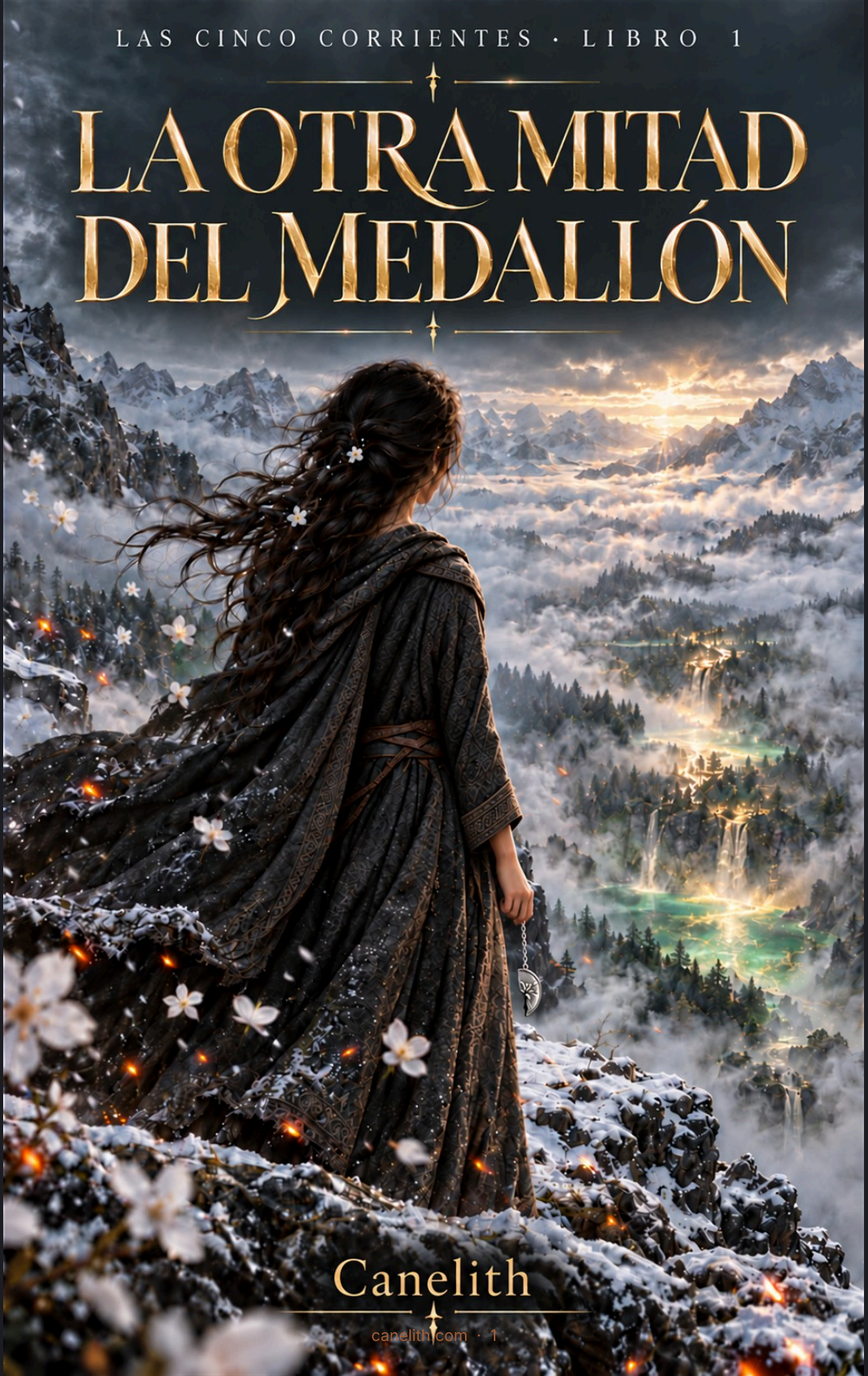
LAS CINCO CORRIENTES · LIBRO 1

LA OTRA MITAD DEL MEDALLÓN



Canelith

LAS CINCO CORRIENTES · LIBRO 1

La otra mitad del medallón

Canelith

canelith.com

La otra mitad del medallón
Las Cinco Corrientes · Libro 1

© 2026 Canelith. Todos los derechos reservados.

Edición digital gratuita. Puedes leerla y compartirla tal cual, pero no venderla, modificarla ni publicarla como tuya.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y hechos son producto de la imaginación. Cualquier parecido con personas o hechos reales es coincidencia.

Más historias y novedades en canelith.com · Instagram @canelith_

Ella lo esperó once inviernos. Él la recibió con odio.

Andrea Arvell creció como la hija sin don de una casa noble: la que servía las copas en fiestas donde no tenía silla. Solo una vez alguien la miró de verdad. Un niño herido en el jardín, que le dio la mitad de un medallón y le prometió volver cuando el árbol floreciera.

Once inviernos después, un pacto antiguo la entrega como esposa al rey de Kaldor. Es él. Pero el niño del jardín ya no existe: el rey Darian la mira como a una extraña, convencido de que ella solo vino por la corona.

En un castillo de piedra negra, entre una reina madre que la desprecia, una dama que conoce todos sus secretos y un rey que cree saberlo todo de ella, Andrea tendrá que sobrevivir a venenos, mentiras y a un amor que duele más que cualquier herida. Porque alguien lleva años escribiendo su historia por ella.

Algunas promesas se cumplen tarde. Otras se pagan con la vida.

Fantasía romántica · Libro 1 de Las Cinco Corrientes

PRÓLOGO

La niña de la marca

Nevaba sobre Valedria la noche en que mandaron a buscar a la sacerdotisa de los bosques.

No era costumbre. Las casas nobles tenían sus propios sacerdotes, hombres de túnica blanca que bendecían a los recién nacidos y medían sus dones con agujas de plata. Pero los sacerdotes de la casa Arvell se habían negado a volver a entrar en aquella habitación, y el señor Odran Arvell no era un hombre que aceptara un no.

Ella llegó pasada la medianoche, con la capucha cubierta de escarcha. Nadie le preguntó su nombre. Era mejor así.

La casa olía a sangre y a cera. En el pasillo, una niña de unos cinco años se aferraba a la falda de una criada, y otra más pequeña dormía en brazos de una nodriza. Las dos primeras hijas. La sacerdotisa sintió sus dones al pasar: fuego en la mayor, agua tibia en la segunda. Dones claros, fáciles de nombrar.

Lo que había dentro de la habitación no lo era.

Lo sintió antes de abrir la puerta: una presión en el pecho, como cuando el aire cambia antes de una tormenta. Pero no era una sola corriente. Era la tierra que empuja, el agua que corre, el aire que llena, el fuego que despierta y algo más hondo, más antiguo, que no tenía nombre en la lengua de los hombres. Las cinco a la vez, respirando juntas en un cuerpo del tamaño de un pan.

Maelira estaba recostada contra la cabecera, pálida, con los brazos vacíos. La bebé estaba en una cuna al otro lado de la habitación, lejos de ella.

—No llora —dijo Maelira, sin mirarla—. Desde que nació no ha llorado ni una vez. Solo mira.

La sacerdotisa se acercó a la cuna. La niña tenía los ojos abiertos, oscuros, y sobre el pecho, justo encima del corazón, una marca del color de una brasa apagada: cinco trazos que se unían en el centro, como raíces buscando el mismo punto.

Tras la ventana empañada, en el jardín, el viejo árbol que llevaba treinta inviernos muerto había empezado a florecer bajo la nieve.

—¿Qué es? —preguntó Odran desde la puerta. No entró. No se acercó.

La sacerdotisa tardó en responder. Conocía las palabras. Las había aprendido de niña, en un idioma que ya casi nadie hablaba, y nunca pensó que viviría para pronunciarlas sobre una cuna.

—Cuando la Hija de los Cinco despierte —dijo en voz baja—, las coronas temblarán.

Maelira se llevó una mano a la boca.

—Hará caer las coronas —dijo Odran, torciendo las palabras, como si lo hubiera temido toda la vida—. Traerá la ruina a esta casa.

—No he terminado.

Pero Odran ya no escuchaba. Hablaba del pacto, de los Vhalor, de lo que harían los reinos si supieran que la casa Arvell había parido una maldición. Hablaba de su nombre. De sus otras hijas. En ningún momento preguntó por la que tenía delante.

—Séllela —ordenó—. Haga que no sea nada. Que nadie note nunca lo que es.

La sacerdotisa miró a la niña. La niña la miró a ella.

Sabía lo que pasaría si se negaba. Odran buscaría a otro, a alguien menos cuidadoso, y el sello se haría con miedo; y lo que se hace con miedo siempre deja cicatrices más hondas. Sabía también lo que

pasaría si la verdad salía de esa casa: los reinos no querrían destruir a la Hija de los Cinco. Querrían poseerla.

Puso la mano sobre la marca.

El sello de la Raíz Quieta no se escribe con tinta: se teje. Cerró las corrientes una por una, con la delicadeza de quien cierra los ojos de un muerto. El fuego. El aire. El agua. Lo más hondo de la vida. Dejó abierta una sola rendija, un hilo de tierra, lo justo para que algo de la niña siguiera creciendo, aunque nadie lo viera.

La bebé no lloró. Solo apretó con su puño diminuto uno de los dedos de la sacerdotisa, como si entendiera.

—Te escondo —le susurró ella, tan bajo que nadie más pudo oírla —. No te encierro.

Afuera, las flores del árbol se cerraron una por una.

Cuando salió de la casa Arvell, la nieve ya había borrado sus huellas. Nadie la acompañó a la puerta. Nadie le dio las gracias.

Solo al llegar al borde del bosque se permitió decir en voz alta el resto de la profecía, la parte que Odran no había querido escuchar:

—Desenterrará el mal bajo sus tronos, y la llama nacerá de las aguas. Si elige el odio, abrirá el abismo. Si elige la vida, traerá el alba.

Luego se volvió hacia el norte, hacia los bosques de Eiravel, donde un niño de cinco años la esperaba dormido.

Algún día tendría que contarle a su hijo a quién debía encontrar.

CAPÍTULO 1

La hija sin don

En la casa Arvell, las fiestas se preparaban como se preparan las guerras.

Andrea llevaba despierta desde antes del amanecer. Había pulido la plata del salón principal, había cambiado los manteles dos veces porque a su madre no le gustó el tono del blanco, y había cargado tantas bandejas que ya no sentía los brazos. Nadie le había pedido que lo hiciera. Nadie tenía que pedírselo. En aquella casa, lo que nadie quería hacer terminaba siempre en sus manos.

Esa noche celebraban a Nívea.

Una semana antes, en la Gran Capilla de Valedria, los sacerdotes habían medido su don con las agujas de plata y lo habían declarado el más puro en tres generaciones: Marea y Éter, agua y vida, la capacidad de cerrar heridas con el roce de los dedos. Odran Arvell había invitado a media corte para que todos lo supieran. Una hija con un don así no era solo una hija. Era una alianza esperando a ser firmada.

—Andrea.

La voz de su madre la alcanzó en el pasillo de servicio, donde intentaba salvar un ramo de lirios que había empezado a marchitarse.

Maelira Arvell llevaba un vestido color perla y el cabello recogido con peinetas de oro. Era hermosa de una manera fría, como el

mármol de las escaleras. Miró a Andrea de arriba abajo y su boca se tensó.

—¿Qué llevas puesto?

Andrea bajó la vista. Era su único vestido de gala, verde musgo, con el bajo cosido dos veces.

—Pensé que…

—No pensaste. —Maelira le quitó el ramo de las manos y lo dejó sobre una mesa—. Esta noche servirás el vino en el salón del este. Ponte el delantal gris. Y recógete el cabello; no quiero que nadie te confunda con una de mis hijas.

Soy una de tus hijas, pensó Andrea. No lo dijo. Lo había dicho una vez, a los once años, y la habían dejado sin cenar tres días.

—Sí, madre.

Maelira se fue sin mirar atrás. Andrea se quedó mirando los lirios. Los tallos se doblaban como cuellos cansados. Sin pensarlo, rozó uno con la punta de los dedos.

Sintió lo de siempre: un cosquilleo leve que le subía desde las yemas hasta la muñeca, como agua tibia. El lirio se enderezó un poco. Solo un poco. Lo suficiente para que nadie, salvo ella, lo notara.

Jardinería, decía su padre. Un truco de campesinas.

✦

El salón del este brillaba con cien velas. Los músicos tocaban una pieza lenta y las damas de la corte giraban con vestidos que costaban lo que una aldea entera ganaba en un año. Andrea caminaba entre ellas con la jarra de vino, invisible, como una sombra con delantal.

Era sorprendente lo que la gente decía delante de una sirvienta.

—Dicen que el príncipe de Lorvain ya preguntó por ella.

—¿Por Nívea? Por supuesto. Con un don así…

—¿Y la otra? ¿La pequeña?

—¿Hay otra?

—La tercera. Nació enfermiza. Dicen que no tiene nada.

—Pobre Odran. Tres hijas, y una le salió vacía.

Andrea sirvió el vino sin que le temblara la mano. Había aprendido a no temblar.

Al fondo del salón, Nívea recibía felicitaciones junto a sus padres. Llevaba un vestido azul pálido que hacía juego con sus ojos, y sonreía a todos con esa dulzura que hacía que la gente quisiera protegerla. Cuando su mirada se cruzó con la de Andrea, la sonrisa vaciló un instante. Luego Nívea apartó los ojos.

Siempre era así. Nívea nunca la humillaba. Pero tampoco la defendía.

Lyra no tenía esos problemas.

La hermana mayor apareció a su lado como un incendio: cabello rojo, vestido negro bordado con hilos de cobre y un brazalete de metal que ella misma había forjado con su don. Llevaba en la mano una copa vacía.

—Sírveme.

Andrea inclinó la jarra. Lyra movió la copa en el último instante, y el vino cayó sobre el mármol, salpicando el bajo de un vestido blanco que pasaba cerca.

La dueña del vestido, una condesa de rostro afilado, soltó un grito.

—¡Torpe!

—Lo siento, mi señora, yo...

—No te disculpes con ella, Andrea. —Lyra sonrió—. Discúlpate con todos. Es lo único que sabes hacer bien, ¿no?

Hubo risas. No muchas, pero suficientes. Andrea sintió el calor subirle al rostro y, más abajo, en el pecho, algo distinto: un ardor pequeño, justo encima del corazón, donde tenía aquella marca pálida que nadie sabía explicar. A veces ardía así, cuando tenía miedo. Nunca se lo había contado a nadie.

—Arrodíllate y límpialo —dijo Lyra.

Andrea buscó con los ojos a su padre. Odran Arvell estaba a diez pasos, conversando con el embajador de Lorvain. La había visto. Andrea estaba segura de que la había visto.

Él se dio la vuelta.

Andrea se arrodilló. Sacó un paño del delantal y empezó a limpiar el mármol mientras los bordes de cien vestidos pasaban junto a su cabeza. El vino era rojo oscuro y olía a ciruelas. Por un instante pensó que parecía sangre.

Cuando levantó la vista, Nívea la estaba mirando desde el otro extremo del salón. Tenía los labios entreabiertos, como si fuera a decir algo.

No lo dijo.

✦

La fiesta terminó pasada la medianoche. Andrea recogió copas hasta que se le abrieron los nudillos, y cuando por fin la cocinera la despidió con un gesto, no subió a su habitación. Fue al jardín.

No al jardín principal, con sus fuentes y sus rosales de exhibición, sino al otro: el pequeño terreno abandonado detrás de las cocinas, rodeado por un muro cubierto de hiedra. Nadie iba allí. Hacía años que los jardineros lo habían dado por perdido, porque en esa tierra no crecía nada.

Nada, salvo lo que plantaba Andrea.

Había menta junto al muro, y salvia, y una hilera de caléndulas que florecían incluso en otoño. Había también un rincón de plantas que su madre habría arrancado de saber lo que eran: dedalera, belladona, raíz amarga. Andrea las cultivaba porque necesitaba reconocerlas. En una casa como la suya, era útil saber qué cosas podían matarte.

Y en el centro, el árbol.

Era viejo, de corteza gris y ramas retorcidas, y casi todo el año parecía muerto. Los criados decían que estaba seco desde antes de que ella naciera. Pero Andrea sabía otra cosa. Lo había visto florecer

una vez, en pleno invierno, cuando tenía nueve años. Flores blancas bajo la nieve. Y debajo de esas flores, un muchacho herido le había prometido que volvería por ella.

Se llevó la mano al pecho. Bajo el vestido, colgada de una cadena fina, estaba la mitad de un medallón de plata. La otra mitad la tenía él. O la había tenido. Once años sin una sola carta podían significar muchas cosas, y Andrea había aprendido a no pensar en ninguna.

Se sentó sobre la raíz más gruesa del árbol y sacó del bolsillo lo único que había rescatado esa noche: una semilla. La había encontrado en el suelo del salón, caída de algún arreglo floral, pequeña y negra como una lágrima seca. Nadie la había querido.

—Igual que yo —murmuró.

Escarbó un hueco en la tierra con los dedos, colocó la semilla y la cubrió. Luego apoyó ambas palmas encima, cerró los ojos y esperó.

El cosquilleo llegó despacio. Siempre llegaba despacio, como si algo dentro de ella tuviera que atravesar una puerta muy estrecha para salir. Andrea respiró hondo. Pensó en el vino en el suelo, en las risas, en la espalda de su padre. Pensó en Nívea mirándola sin decir nada. El ardor del pecho se encendió otra vez, más fuerte que nunca, y por un segundo sintió que aquella puerta estrecha se abría apenas un poco más.

Cuando abrió los ojos, un brote verde asomaba entre sus dedos.

Andrea contuvo el aliento. El brote creció, desplegó dos hojas, luego cuatro. Un tallo fino se alzó hacia la luna y en la punta se formó un capullo. Se abrió lentamente, como si despertara.

Era una flor blanca. Igual a las que había visto en el árbol aquel invierno.

Andrea se quedó mirándola hasta que la flor brilló, tenue, con una luz propia. Solo un instante. Luego la luz se apagó y quedó una flor pequeña y común, temblando en el viento de la noche.

Nunca había hecho algo así. Nunca.

Miró sus manos. Estaban sucias de tierra y heridas por las copas. Manos de sirvienta. Manos que, según su padre, no servían para nada.

—Jardinería —susurró. Y por primera vez en mucho tiempo, sonrió.

Desde la ventana más alta de la casa, alguien la observaba.

Andrea no lo vio. No vio la silueta detrás de la cortina, ni la mano que la apartó un poco para mirar mejor, ni el rostro de su madre, tan pálido como aquella noche de nieve veinte años atrás.

Maelira Arvell miró la flor blanca en medio del jardín muerto. Años atrás había ordenado a los jardineros arrasar ese rincón, y esa misma noche, sin saber explicarse por qué, había cancelado la orden. Ahora entendía que cancelarla había sido un error. Dejó caer la cortina y, por primera vez en años, no pudo dormir.

CAPÍTULO 2

El niño en la nieve

Andrea casi no durmió esa noche.

Se quedó sentada en el borde de su cama estrecha, en el cuarto del ala de servicio que le habían asignado cuando cumplió doce años, cuando quedó claro que ningún sacerdote iba a encontrar en ella nada digno de una habitación con vista a los viñedos. Tenía las manos sobre las rodillas y todavía olían a tierra. Debajo de las uñas le quedaba el rastro oscuro de la semilla negra.

La luz de la flor blanca había durado un suspiro. Una luz pequeña, como una vela que alguien enciende detrás de un vidrio empañado, y después nada. Solo una flor común, cerrada sobre sí misma, en un rincón del jardín que nadie visitaba.

Pero ella la había visto.

Y había sentido algo que no sentía desde hacía mucho: un tirón en el pecho, justo donde la marca pálida dormía sobre su corazón. No dolor. Un recuerdo.

Llevó la mano al medallón. La mitad de plata estaba tibia por el contacto con su piel. El borde partido, irregular como un diente roto, se le clavó un poco en la yema del pulgar. Lo apretó igual. Siempre lo apretaba igual.

Afuera, la casa Arvell dormía la resaca de su propia gloria. Alguien había dejado una copa en una ventana del pasillo y el viento la hacía cantar contra la piedra. Andrea cerró los ojos.

Once años.

Y sin embargo, si se quedaba muy quieta, todavía podía oler la sangre sobre la nieve.

✦

Andrea tenía nueve años la primera vez que lo vio. Fue el invierno más frío que Valedria recordaba.

Las viñas se quemaron de escarcha y los sacerdotes dijeron que era un mal augurio, porque los hombres de Kaldor habían bajado de sus montañas para renegociar el pacto y traían el frío pegado a las capas. Ella no entendía nada de pactos. Entendía que había extranjeros en la casa, que las cocinas trabajaban de madrugada a medianoche, y que nadie iba a notar si ella desaparecía.

Nadie lo notaba nunca.

Esa tarde salió con un canasto y un cuchillo pequeño, el que la cocinera le prestaba para cortar tallos. Quería ver si la salvia había resistido la helada. El jardín de atrás todavía no era suyo del todo; era un rincón olvidado donde los jardineros tiraban las macetas rotas, y donde un árbol gris, seco desde antes de que ella naciera, levantaba sus ramas desnudas hacia el cielo, como si todavía estuviera esperando algo.

Lo vio primero por las manchas.

Rojas. Redondas. Una línea de puntos sobre la nieve limpia, desde el muro hasta el pie del árbol.

Después vio al niño.

Estaba sentado contra el tronco, con las rodillas dobladas y una mano apretada contra el costado. Era mayor que ella, pero no mucho. Tenía el pelo negro, muy corto, como lo usaban los soldados, y una capa oscura con el borde de piel. La capa estaba rota. La mano que apretaba contra las costillas estaba roja hasta la muñeca, y la otra, la que apoyaba en la nieve, tenía un corte abierto en la palma.

Andrea se quedó quieta. No tenía miedo de la sangre; la había visto en las cocinas, en los conejos, en las rodillas de los mozos. Tenía miedo de los ojos del niño. Eran grises, del color del cielo antes de una tormenta, y la miraban como se mira a un enemigo.

—Vete —dijo él.

Tenía un acento extraño, cortado, que hacía sonar las palabras más duras de lo que eran.

Andrea miró el muro. En lo alto, las puntas de hierro que su padre había mandado poner contra los ladrones tenían un brillo oscuro.

—Te subiste por ahí —dijo.

—No es asunto tuyo.

—Las puntas tienen óxido. —Andrea dejó el canasto en el suelo—. Si no limpias eso, se te va a poner verde y caliente, y después te van a tener que cortar la mano.

El niño parpadeó. Por un momento pareció tener exactamente la edad que tenía.

—Mientes.

—Le pasó a un mozo del establo. —Andrea se arrodilló a una distancia prudente, como se arrodillaba ante los gatos ariscos de la cocina—. No le cortaron la mano. Pero casi.

—No me toques.

—Todavía no te estoy tocando.

Él apretó la mandíbula. Andrea notó que temblaba, y no solo de frío. Notó también otra cosa, algo que no habría sabido explicar: un latido equivocado en el aire, como una cuerda de laúd desafinada. Le pasaba con los animales. Sabía cuándo una gallina estaba enferma antes de que dejara de poner. Sabía cuándo un perro tenía un hueso roto aunque no cojeara. Nunca se lo había dicho a nadie, porque la única vez que lo intentó, Lyra se rio tanto que se le cayó el pan.

—Te duele aquí —dijo, señalando su propio costado, un poco más abajo de donde él apretaba—. No ahí. Aquí.

El niño la miró como si lo hubiera golpeado.

Después, muy despacio, apartó la mano.

✦

Trabajó con lo que tenía.

Nieve derretida entre las palmas para lavar. Hojas de milenrama que arrancó de debajo del hielo, masticadas hasta hacerlas pasta, porque así le había enseñado doña Rosaura, la partera del pueblo, antes de morirse: *la milenrama para que la sangre se acuerde de quedarse adentro*. Caléndula seca del canasto. Y una tira de su enagua, que rasgó con los dientes porque el cuchillo era demasiado pequeño.

El corte del costado no era profundo, pero era largo. El de la mano era peor. El niño no gritó ni una vez. Se mordió el labio hasta que le salió sangre también de ahí, y Andrea pensó que era la persona más terca que había conocido en su vida, y eso que vivía con Lyra.

—¿Quién te enseñó esto? —preguntó él cuando ella terminó de atar el vendaje.

—Nadie. Una señora. Las plantas.

—Las plantas no enseñan.

—A ti no.

Él soltó un sonido por la nariz. Andrea tardó en entender que era una risa. Una risa oxidada, como una puerta que no se abre hace mucho.

—¿Por qué te subiste al muro? —preguntó ella.

El niño miró hacia la casa. Las ventanas del salón grande estaban encendidas. Desde allí llegaba, amortiguada, la voz de su padre, la voz de Odran Arvell cuando quería que los demás creyeran que estaba de acuerdo con ellos.

—Porque me dijeron que me quedara quieto —dijo él—. Y me cansé de quedarme quieto.

—¿Quién te lo dijo?

—Mi padre.

—¿Y él te hizo eso? —Andrea señaló el costado.

—No. Eso me lo hice yo. —Una pausa—. Él me hizo otras cosas.

No explicó más. Andrea no preguntó más. Había aprendido muy pronto que hay preguntas que, si se hacen, obligan al otro a mentir.

—Me llamo Andrea —dijo en cambio.

El niño la miró un largo rato. Después dijo:

—Darian.

Solo eso. Ningún apellido. Ninguna casa.

—¿Eres de los hombres del embajador?

—Algo así.

Le pareció suficiente. A los nueve años, el mundo se divide en gente que te mira y gente que no. Darian la había mirado.

✦

Volvió al día siguiente.

Y al otro.

Andrea le cambiaba el vendaje cada tarde detrás de las cocinas, cuando el sol ya se escondía y los adultos estaban demasiado ocupados con sus mapas y sus copas como para fijarse en dos niños junto a un árbol muerto. Le llevaba pan robado. Él le llevaba castañas asadas que sacaba de quién sabe dónde y que le quemaban los dedos a los dos.

Ella le enseñó los nombres de las plantas. Cuál servía para la tos, cuál para dormir, cuál para matar a un hombre si la ponías en su vino tres noches seguidas. Darian escuchaba con una atención feroz, como si le estuvieran enseñando a pelear.

—¿Y esa? —preguntaba, señalando una hoja cualquiera.

—Esa es solo una hoja.

—Nada es solo algo.

Él le enseñó a encontrar el norte por el musgo de las piedras. Le enseñó a hacer un nudo que no se soltaba aunque tiraras con todas

tus fuerzas. Le habló de su tierra: montañas tan altas que las nubes se quedaban enganchadas en las puntas, ríos que se congelaban de una orilla a otra, un castillo de piedra negra donde el viento aullaba por los pasillos como un lobo que nadie dejaba salir.

—Suena triste —dijo Andrea.

—Es fuerte.

—Puede ser las dos cosas.

Darian se quedó callado. Después, con la voz más baja que le había oído, dijo:

—Mi padre dice que querer a alguien es darle un cuchillo y enseñarle dónde clavarlo.

Andrea pensó en eso mucho tiempo. Pensó en su madre, que nunca la tocaba. En su padre, que la miraba como se mira una cuenta que no cuadra.

—Tu padre está equivocado —dijo al fin.

—Tú no conoces a mi padre.

—No. Pero conozco las plantas venenosas. —Le tomó la mano herida, la que ya cicatrizaba en una línea rosada—. Y el veneno nunca te avisa que es veneno. Te dice que es remedio.

Él no retiró la mano.

Esa noche, por primera vez, Andrea no lloró antes de dormirse.

✦

Fueron veintitrés días.

Los contó después, muchas veces, con los dedos y con piedras y con rayas en la pared detrás de su cama. Veintitrés tardes de nieve y castañas y vendajes cada vez más pequeños, hasta que ya no hubo herida que vendar y siguieron viéndose igual, sin excusa, porque ninguno de los dos sabía dónde más ir.

La última tarde, Darian llegó callado.

Andrea lo supo antes de que hablara. El latido equivocado en el aire había vuelto, pero esta vez no venía de ninguna herida.

—Nos vamos mañana —dijo él—. Al amanecer.

Ella asintió. Se quedó mirando el árbol gris para no tener que mirarlo a él. El tronco estaba frío y áspero bajo su mano. Lo había tocado mil veces. Nunca había pasado nada.

—¿Vas a volver?

—Sí.

—La gente dice eso.

—Yo no soy la gente.

Andrea apretó la corteza. Le ardían los ojos. Le ardía, también, algo en el pecho, un punto exacto sobre el corazón, como si alguien hubiera apoyado allí una moneda recién sacada del fuego. Quiso decir que no se fuera. Quiso decirle que él era la única persona en esa casa, en ese reino, en el mundo entero, que la había escuchado sin preguntarse para qué servía. No dijo nada. Ya entonces era buena para no decir nada.

Y entonces Darian contuvo el aliento.

—Andrea —susurró—. Mira.

Ella levantó la vista.

El árbol estaba floreciendo.

No de golpe. Despacio, como se despierta alguien que ha dormido mucho tiempo. Primero un brote, justo encima de su mano. Después otro. Después las ramas grises se llenaron de pequeños nudos verdes que se abrieron en flores blancas, de cinco pétalos, tan pálidas que parecían hechas de la misma nieve que caía sobre ellas. El aire se llenó de un perfume dulce y frío. Un pétalo cayó sobre el pelo negro de Darian y se quedó allí, sin derretirse.

Andrea apartó la mano del tronco como si quemara. En ese mismo instante, los capullos que todavía no se habían abierto se detuvieron, cerrados, como si esperaran que ella volviera a tocarlo. Nadie lo notó. Ni siquiera ella.

—Yo no hice nada —dijo, asustada—. Yo no...

—Ya sé. —Darian no miraba el árbol. La miraba a ella—. Ya sé.

Se quedaron allí hasta que oscureció del todo, bajo las flores imposibles, sin hablar. No se atrevieron a preguntar qué había pasado.

Antes de irse, él se quitó algo del cuello. Un medallón de plata, redondo, con un árbol grabado en una cara y una línea de pequeñas estrellas en la otra. Andrea nunca había visto algo tan bonito que no fuera de sus hermanas.

—Era de mi madre —dijo él—. Antes de… —Se detuvo—. Era de mi madre.

Lo apoyó sobre una piedra plana al pie del árbol. Sacó su daga, una daga de verdad, con empuñadura de hueso, y colocó el filo justo en el centro. Andrea quiso decir que no, que era de su madre, que no se rompían las cosas de las madres. Darian golpeó el mango con otra piedra, una sola vez, seco.

El medallón se partió en dos.

No en mitades limpias. En dos piezas con el borde roto en zigzag, como un rayo dibujado por un niño. El árbol grabado en la plata quedó partido: las raíces en una mitad, la copa en la otra.

Darian tomó la mitad de las raíces y se la puso en la palma a Andrea. Le cerró los dedos encima con su mano herida, la de la cicatriz rosada.

—Cuando vuelva, las vamos a juntar —dijo—. Y van a encajar. Solo estas dos. Ninguna otra en el mundo.

—¿Y si no vuelves?

—Voy a volver. —Su voz se quebró y él la obligó a enderezarse, como un soldado—. Te voy a escribir. Y voy a volver por ti.

Andrea apretó la plata hasta que le dolió.

Entonces él se inclinó un poco, muy serio, con un pétalo blanco todavía enredado en el pelo, y dijo la frase que ella iba a repetir en voz baja durante once años, en las noches buenas y en las peores:

—Si alguna vez me pierdes, búscame donde florece el árbol en invierno.

—¿Y cómo te voy a buscar? —preguntó ella—. Este árbol no había florecido nunca.

Darian miró las ramas cubiertas de blanco y después la miró a ella, como si la respuesta estuviera en su cara y no en el árbol.

—En Kaldor dicen que un árbol florece fuera de tiempo cuando dos personas se prometen algo de verdad. —Le apretó un poco más los dedos—. Hoy floreció porque estábamos juntos. Cuando yo vuelva, va a florecer otra vez. Así vas a saber que volví por ti.

Andrea no entendió del todo. Pero asintió, porque a los nueve años una promesa no necesita entenderse para ser verdad.

Ninguno de los dos sabía todavía que el árbol no había florecido por él.

✦

A la mañana siguiente, el árbol estaba gris otra vez.

Ni una flor. Ni un pétalo en la nieve. Los jardineros no notaron nada, porque no había nada que notar. Andrea corrió hasta el portón principal y llegó a tiempo para ver la última fila de jinetes de Kaldor desaparecer en la curva del camino, capas oscuras contra el blanco, y no supo cuál de todos era él.

Le escribió esa misma semana. Una carta torcida, con faltas, que le dio a escondidas a un mercader de pieles que subía a las montañas. Le escribió en primavera. Y en verano, cuando el árbol seguía muerto. Y en el siguiente invierno, cuando cumplió diez años y nadie se acordó.

Le escribió durante cuatro años.

Nunca llegó una respuesta.

Al quinto año dejó de escribir, no porque hubiera dejado de esperar, sino porque empezó a darle vergüenza. Pensaba en esas cartas llegando a un castillo de piedra negra, abiertas por un muchacho que ya no era un niño, leídas con una sonrisa incómoda y guardadas en un cajón, o arrojadas al fuego. Pensaba que a lo mejor

él había vuelto a su tierra y había descubierto que había cosas mejores que una niña sin don detrás de una cocina. Pensaba que era lógico. Que era justo, incluso.

Que nadie vuelve por alguien que no sirve para nada.

Y sin embargo nunca se quitó el medallón.

✦

Cuando Andrea abrió los ojos, el cuarto estaba gris de madrugada.

Tenía la mitad de plata apretada en el puño. La marca sobre su corazón ardía levemente, como aquella última tarde, y por un instante, todavía medio dormida, creyó oler flores en el aire frío.

Se levantó y fue hasta la ventana.

Desde allí se veía un trozo del jardín de atrás. El árbol seguía gris. Pero a sus pies, donde la noche anterior había plantado la semilla negra, la flor blanca se había abierto de nuevo, y alrededor de ella, en un círculo perfecto, la escarcha se había derretido.

Andrea se quedó mirándola con el corazón en la garganta.

Entonces oyó los cascos.

No eran caballos de la casa. Eran muchos, y venían rápido por el camino principal. Andrea se asomó a la ventana justo a tiempo para ver entrar en el patio a un jinete con el uniforme azul y dorado de la corona de Valedria. Desmontó sin esperar a que el mozo le sostuviera las riendas. Llevaba en la mano un rollo de pergamino atado con cinta negra.

Andrea conocía esa cinta. Toda Valedria la conocía.

Solo se usaba para una cosa.

Abajo, en algún lugar de la casa, una puerta se abrió con violencia y la voz de su madre gritó el nombre de su padre, y por primera vez en toda su vida, Andrea oyó miedo en ella.

CAPÍTULO 3

La cinta negra

Los llamaron al salón de los retratos antes del desayuno.

Era el salón más frío de la casa. Nadie se sentaba allí; solo se entraba para mirar a los antepasados. Seis generaciones de Arvell colgaban de las paredes con marcos dorados y miradas de mármol, todos con la mano apoyada sobre algo que demostraba su don: una espada, una copa, una llama pintada con tanto cuidado que parecía moverse. En la pared del fondo, el retrato de Odran tenía la mano sobre un mapa de Valedria. Junto a él, el de Maelira, con un ramo de lirios de agua.

Había espacio, a la derecha, para tres retratos más. Dos ya estaban colgados. Lyra, con un anillo de fuego en el dedo. Nívea, con una gota de luz azul en la palma.

El tercer marco no existía.

Andrea se quedó de pie junto a la puerta, donde se quedaban los criados. Nadie le dijo que se acercara. Llevaba el mismo vestido y el delantal gris de la noche anterior, porque no había tenido tiempo de cambiarse, y se dio cuenta demasiado tarde de que tenía tierra en el ruedo.

Lyra llegó la última, envuelta en una bata de terciopelo color vino, con el pelo rojo suelto sobre los hombros y la cara todavía hinchada de sueño y de fiesta.

—Si alguien se murió —dijo, bostezando—, espero que haya sido alguien que valga la pena.

—Siéntate, Lyra.

La voz de Odran no subió de tono. Nunca lo hacía. Lyra se sentó.

El rollo de pergamino estaba abierto sobre la mesa larga, sujeto en las esquinas con cuatro pisapapeles de bronce. La cinta negra colgaba por el borde como una lengua. Andrea no podía leer desde allí, pero no necesitaba hacerlo. Conocía la historia que todos los niños de Valedria aprendían antes de saber sumar.

Hace doscientos años, Valedria perdió una guerra.

Y desde entonces, cada generación pagaba.

—El Consejo de la Corona ha sorteado las casas —dijo Odran—. Por primera vez en noventa años, el Pacto de Sangre cae sobre los Arvell.

Nívea se llevó una mano a la boca. Lyra dejó de sonreír.

Maelira, de pie junto a la ventana, no se movió. Tenía los dedos entrelazados delante del vientre con tanta fuerza que los nudillos parecían de cera.

—El rey de Kaldor ha cumplido la edad y el luto —siguió Odran—. Exige esposa antes del deshielo. Una hija noble, soltera, de sangre pura y con don confirmado. La casa elegida tiene siete días para dar un nombre.

El silencio que siguió fue tan espeso que Andrea oyó el tic del reloj de péndulo del pasillo.

Y entonces, sin que nadie lo dijera, todas las miradas se movieron.

No hacia ella. Todavía no.

Hacia Nívea.

✦

Nívea se puso pálida, después roja, después pálida otra vez.

—El príncipe de Lorvain —dijo en un hilo de voz—. Anoche dijo que...

—Lo que dijo anoche el príncipe de Lorvain —la cortó Odran— es la mejor oferta que esta casa ha recibido en tres generaciones. No la voy a cambiar por una tumba en las montañas.

Nívea cerró los ojos. Andrea vio cómo le temblaban las pestañas.

—Yo tengo veinticinco años —dijo Lyra, rápido, demasiado rápido —. Y estoy prometida en todo menos en papel con el hijo de los Cassar. Y mi forja...

—Nadie va a mandar la mejor forja de Valedria a fabricar herraduras para los bárbaros del norte, Lyra. Cállate.

Lyra se calló. Pero soltó el aire por la nariz, y Andrea reconoció el sonido. Era alivio.

Quedaba una sola hija en la habitación.

Odran no la miró. Miró a Maelira.

Y Andrea entendió, como se entienden las cosas que una siempre supo, que la decisión ya estaba tomada. Que probablemente se había tomado antes de que ella bajara la escalera. Que la habían llamado al salón de los retratos no para preguntarle, sino para que estuviera presente cuando se dijera en voz alta.

—El decreto exige don confirmado —dijo Nívea de pronto. Su voz salió ronca—. Andrea no... los sacerdotes nunca...

—Andrea tiene un don —dijo Maelira.

Era la primera vez que hablaba. Todos se volvieron hacia ella. Su madre no apartó los ojos de la ventana, del jardín de atrás que se veía desde allí, del árbol gris.

—Savia menor —dijo—. Registrado por el templo a los siete años. Jardinería. Es un don. Es suficiente.

Lyra soltó una carcajada.

—Jardinería. Le vamos a mandar al rey de Kaldor una esposa que le puede plantar lechugas.

—Lyra.

—No, padre, déjame. Es perfecto. —Se inclinó sobre la mesa, los ojos brillantes—. Allá arriba no crece nada. Por fin va a ser útil para

algo.

Andrea notó que Nívea abría la boca. La notó tomar aire. La notó mirar a su padre, mirar a Lyra, mirar el anillo de compromiso invisible que el príncipe de Lorvain le había prometido sin prometérselo.

Nívea cerró la boca.

Y bajó la vista a sus manos.

Andrea no la culpó. Le habría gustado culparla. Habría sido más fácil.

—No perdemos nada —dijo Odran, con la misma voz con que hablaba de impuestos—. El pacto se cumple. La casa queda bien ante la corona. Y Andrea... —Por primera vez la miró. Fue una mirada breve, contable—. Andrea tendrá un propósito.

No le preguntaron nada.

Andrea se dio cuenta de que estaba esperando que alguien le preguntara algo. Cualquier cosa. Si estaba de acuerdo. Si tenía miedo. Si sabía dónde quedaba Kaldor en el mapa.

Nadie le preguntó.

Así que hizo lo que había hecho toda su vida. Juntó las manos delante del delantal, inclinó un poco la cabeza y dijo:

—Como usted diga, padre.

Odran asintió, satisfecho, como se asiente ante un mueble que cabe exactamente en el hueco que le reservaron. Después tomó la pluma, la mojó en el tintero y escribió su nombre al pie del decreto.

Andrea Arvell, tercera hija.

La tinta brilló un momento antes de secarse.

✦

Maelira esperó a que todos salieran.

Se quedó sola en el salón de los retratos, con la luz de la mañana entrando de lado sobre la mesa y el decreto firmado todavía abierto, la cinta negra colgando. Se acercó a la ventana y apoyó la frente en el vidrio frío.

Abajo, en el jardín, la flor blanca seguía abierta.

La había visto al amanecer, cuando por fin se rindió al insomnio y bajó sin zapatos por la escalera de servicio, como una ladrona en su propia casa. Se había quedado mirando el círculo de tierra limpia alrededor de la flor, la escarcha derretida en una forma perfecta, y había sentido algo que no sentía desde la noche en que nació su tercera hija.

Aquella noche, una sacerdotisa sin nombre había puesto las manos sobre el pecho de una recién nacida y había dicho cosas que Maelira todavía oía en sueños. Después Odran había cortado la frase por la mitad. Después hubo un sello, y luz, y las flores de un árbol cerrándose en la nieve.

Hará caer las coronas.

Maelira cerró los ojos.

Una corona lejos. Lejos de Valedria, lejos de esta casa, lejos de Lyra y de Nívea y de todo lo que ella había construido con tanto miedo. Una corona de piedra negra al otro lado de las montañas, donde si algo se rompía, se rompería allá.

Se dijo que era lo mejor para todos. Se dijo que era lo mejor, también, para Andrea. Que en Kaldor nadie la miraría como la miraban aquí. Que sería reina.

Se lo dijo tres veces.

No se lo creyó ninguna.

✦

Andrea no pudo leer el decreto hasta la noche.

No se lo dieron; nadie pensó que hiciera falta. Lo encontró todavía sobre la mesa del salón de los retratos cuando bajó a apagar las velas, porque apagar las velas de ese salón era una de sus tareas desde los doce años y nadie había pensado en quitársela solo porque ahora iba a ser reina.

La casa estaba en silencio. Afuera llovía despacio, una lluvia fina de fin de otoño.

Se acercó a la mesa con la vela en la mano.

El pergamino era grueso, de buena calidad, con el borde sellado en cera azul y dorada. La letra era la del Consejo, apretada, formal, llena de palabras que servían para decir cosas terribles sin que sonaran terribles. *Alianza perpetua. Tributo de concordia. Honor de la casa elegida.* Andrea leyó todo con la paciencia con que leía las etiquetas de los frascos de remedios, buscando el veneno escondido entre las palabras dulces.

Lo encontró en el segundo párrafo.

No era veneno.

Era un nombre.

…a Su Majestad Darian Vhalor, Rey de Kaldor, Señor de los Desfiladeros y Guardián de la Piedra Negra, hijo del difunto rey Aldric…

Andrea dejó de respirar.

La vela tembló en su mano y una gota de cera cayó sobre el pergamino, justo al lado del nombre, y ella no lo notó.

Darian.

Lo leyó otra vez. Y otra. Las letras no cambiaron.

Darian Vhalor.

Había oído hablar del nuevo rey de Kaldor, claro. Todos habían oído. Que el viejo rey había muerto hacía dos inviernos después de una larga enfermedad del pulmón. Que el hijo era joven, duro y silencioso, y que en su primer año había colgado a tres señores que conspiraban contra él. En Valedria lo llamaban *el rey de las montañas* o *el Vhalor*, con ese desprecio cuidadoso que se usa con los vecinos peligrosos. Nunca por su nombre.

Nunca por su nombre.

Me llamo Andrea. Darian. Solo eso. Ningún apellido. Ninguna casa. *¿Eres de los hombres del embajador? Algo así.*

Andrea se sentó en la silla de su padre sin darse cuenta. Las piernas no la sostenían.

Aquel niño herido, al que ella había creído hijo de algún soldado del embajador, era el príncipe heredero de Kaldor. Él se había subido a un muro con puntas de hierro porque estaba cansado de quedarse quieto, y ella le había vendado las costillas con una tira de su enagua.

Y ahora era rey.

Y la habían elegido a ella.

La marca sobre su corazón empezó a arder. Despacio al principio, después con fuerza, como si alguien soplara sobre una brasa. Andrea se llevó la mano al pecho y encontró el medallón, y lo apretó, y por primera vez en once años el borde partido no le pareció una herida. Le pareció una pregunta.

Cuando vuelva, las vamos a juntar. Y van a encajar.

No había vuelto.

Pero ahora ella iba a ir.

El pensamiento la golpeó con tanta fuerza que se le escapó un sonido, mitad risa, mitad sollozo, que se perdió en el salón vacío bajo los ojos de mármol de los Arvell muertos.

A lo mejor él lo sabía. A lo mejor por eso el decreto había caído sobre esta casa después de noventa años. A lo mejor el sorteo no había sido un sorteo. A lo mejor él había leído todas sus cartas torcidas, las de los nueve años y las de los diez y las de los trece, y no había podido responder porque era un príncipe vigilado por un padre que creía que querer a alguien era darle un cuchillo, y había esperado. Había esperado a ser rey. A poder decidir.

A venir por ella, de la única forma en que un rey de Kaldor podía venir por una hija de Valedria.

Andrea se apretó la boca con la mano. Tenía los ojos llenos de lágrimas y no sabía de qué eran.

Porque detrás de la esperanza, como la raíz amarga detrás de la flor dulce, venía lo otro.

Once años sin una sola carta.

Si él la recordaba, ¿por qué nunca escribió? Ni una línea. Ni un mercader con un mensaje. Ni un pétalo seco dentro de un sobre. Un príncipe tiene mensajeros. Un rey tiene ejércitos. Si hubiera querido, la habría encontrado.

A lo mejor no la recordaba.

A lo mejor el nombre de la casa Arvell en el sorteo era solo eso: un nombre. A lo mejor iba a llegar al castillo de piedra negra y él la iba a mirar como se mira a una extraña, y ella iba a tener que inclinar la cabeza ante un desconocido con la cara del único amigo que tuvo y decir *como usted diga, majestad* durante el resto de su vida.

O peor.

A lo mejor sí la recordaba. Y le daba igual.

Andrea respiró hondo. Una vez. Dos. Como le había enseñado doña Rosaura antes de coser una herida: *primero tus manos dejan de temblar, después tocas al enfermo*.

Sus manos dejaron de temblar.

Dobló el decreto con cuidado, por los mismos pliegues de antes, y lo dejó exactamente donde estaba, con los cuatro pisapapeles en las esquinas. Apagó las velas una por una. Dejó la suya para el final.

Antes de soplarla, miró la pared del fondo, el hueco donde nunca había habido un tercer retrato.

—Me va a reconocer —le dijo en voz baja al espacio vacío—. Me va a reconocer.

No sabía si era una promesa o una plegaria.

Sopló la vela. En la oscuridad, la marca sobre su pecho siguió brillando un instante más, una luz tenue, pálida, que ella no vio porque tenía los ojos cerrados.

✦

En el pasillo, detrás de la puerta entornada, Nívea esperó a que la luz se apagara del todo antes de atreverse a respirar.

Había bajado a buscar a su hermana. Había bajado con algo que decirle, algo que llevaba todo el día armándose en la garganta y que empezaba con *perdón* y no sabía cómo terminaba.

La había encontrado llorando sobre el decreto. Y después la había oído reír. Y después la había oído hablarle a la pared con una voz que Nívea no le conocía, una voz que sonaba casi, casi como esperanza.

Y no había entrado.

Se quedó en el pasillo oscuro con la mano en la puerta hasta que oyó los pasos de Andrea alejarse por la escalera de servicio.

Entonces entró sola al salón, hizo brillar en la palma la luz azul de su don y desdobló el decreto.

Leyó el nombre del rey.

Lo leyó sin entender por qué su hermana había llorado, y sin saber todavía que tardaría tres años en entenderlo, y que para entonces ya sería tarde.

CAPÍTULO 4

Hojas de tejo

La casa Arvell decidió celebrar.

No a Andrea. Al honor. Odran mandó avisar a medio Valedria que su casa había sido elegida para cumplir el Pacto de Sangre, y medio Valedria respondió con cartas de felicitación escritas en el mismo tono con que se dan los pésames. Llegaron regalos: un juego de peines de plata, un cofre de viaje forrado en cuero, una piel de zorro blanco, porque decían que en Kaldor el invierno duraba casi todo el año. Maelira los hacía abrir en el salón azul, delante de las visitas, y después los mandaba guardar sin que Andrea los tocara.

En cinco días, Andrea aprendió que una prometida del pacto se parecía mucho a una criada con mejor vestido.

La sentaban en un rincón y la mostraban. Las señoras le tomaban la barbilla con dos dedos y le giraban la cara hacia la luz, como se revisa una fruta en el mercado.

—Tiene buena piel, al menos.

—Las de Kaldor son todas pálidas como la leche. Allá le va a ir bien.

—Pobrecita.

Andrea sonreía. Daba las gracias. Y cuando las visitas se iban y nadie la necesitaba, bajaba por la escalera de servicio hasta el jardín de atrás, se arrodillaba junto al árbol gris y miraba la flor blanca, que seguía abierta contra toda lógica, como si estuviera esperando algo.

No le contó a nadie lo del nombre del rey.

Era lo único que tenía que era solo suyo.

✦

El sexto día, al amanecer, oyó gritos en los establos.

No eran gritos de pelea. Eran gritos de miedo, de esos que suelta la gente cuando algo se está muriendo y nadie sabe qué hacer.

Andrea estaba en la huerta de las cocinas, cortando romero para el asado del mediodía. Dejó el canasto en el suelo y corrió.

En el patio de los establos había un círculo de mozos de cuadra. En el centro, tirada de costado sobre la paja sucia, estaba Escarlata.

Andrea la conocía. Toda la casa la conocía. Era la yegua de Lyra, un animal largo y fino, de pelo rojizo y crines color cobre, que Odran había comprado a un criador de Lorvain por el precio de una casa de campo para que su hija mayor tuviera un caballo que hiciera juego con su pelo. Lyra la montaba por los viñedos los días de visita, para que la vieran.

Ahora Escarlata temblaba de pies a cabeza. Tenía espuma en la boca y los ojos en blanco. Las patas traseras se le doblaban en espasmos cortos, como si quisiera levantarse y el cuerpo no le obedeciera. Su respiración era un silbido húmedo y lento.

—Cólico —decía el jefe de los establos, un hombre ancho y canoso llamado Teodoro Brann—. Se le torció la tripa. Hay que caminarla. ¡Arriba, arriba!

Dos mozos tiraban de la cuerda. La yegua no se levantaba.

Andrea se acercó al círculo. Nadie se apartó para dejarla pasar; nadie la vio. Se agachó entre las piernas de los hombres hasta quedar en el borde de la paja.

Y lo sintió.

El latido equivocado. La cuerda desafinada. Pero no en la panza, donde debería estar si fuera un cólico.

En el corazón.

El corazón de la yegua iba lento. Demasiado lento. Daba un golpe, se detenía, dudaba, daba otro golpe torcido. Andrea lo sintió en sus propias costillas como un eco, y algo frío le subió por la nuca.

Eso no era la tripa.

Eso era veneno.

✦

—No es cólico.

Lo dijo bajo. Nadie la oyó. Lo repitió más fuerte.

—No es cólico, señor Brann.

El jefe de los establos se volvió. La miró de arriba abajo: el delantal, las manos con tierra, el romero que todavía le colgaba del bolsillo.

—Señorita Andrea. Este no es lugar para…

—Le va lento el corazón. Y le tiemblan las patas de atrás, no de adelante. Mire la boca: no está mordiendo, está babeando. —Hablaba rápido, sin pensar, como cuando recitaba los nombres de las plantas —. Si la hacen caminar ahora, se les cae muerta en el patio.

Brann frunció el ceño. Uno de los mozos soltó la cuerda.

—¿Y usted cómo sabe eso?

Andrea no contestó. Ya no lo estaba mirando a él. Estaba mirando el pesebre de Escarlata, al fondo de la cuadra, con la puerta abierta.

Se levantó y fue hasta allí. Metió las manos en el heno del comedero y lo revolvió. Olía a pasto seco, a avena, a polvo. Y a algo más, debajo, algo resinoso y amargo que conocía muy bien porque lo cultivaba en su rincón de plantas venenosas, en una maceta, para aprender a reconocerlo.

Sacó la mano. Entre los dedos tenía una ramita verde oscuro con hojas finas y planas, como agujas blandas, dispuestas en dos filas perfectas.

—Tejo —dijo.

Volvió a meter la mano. Sacó otra. Y otra.

—Alguien podó los setos del camino de entrada —dijo, y su voz sonó extrañamente tranquila—. Para la visita de los Cassar de ayer. Y las ramas fueron a parar a la pila del forraje.

Teodoro Brann se puso gris.

Todos en Valedria sabían lo del tejo. Todos sabían que un puñado mataba a un caballo en lo que se tarda en ensillar a otro.

—No hay nada que hacer, entonces —dijo en voz baja, y se quitó la gorra—. Que alguien vaya a buscar a la señorita Lyra. Que se despida.

—Sí hay algo que hacer.

Andrea ya se estaba arremangando.

✦

Pidió cosas. Las pidió con una voz que nunca había usado, una voz que no preguntaba si podía, y los mozos, aturdidos, obedecieron antes de darse cuenta de que estaban obedeciendo a la hija sin don.

Carbón. No el de la herrería: el de sauce, el que usaba la cocinera para filtrar el vinagre. Molido fino, tanto como se pudiera, en el mortero grande. Un balde de agua limpia del pozo. Aceite de linaza del cuarto de los arneses. Un embudo de cuerno y una manguera de cuero, de las que se usaban para dar purgas.

Y mantas. Muchas mantas. Porque la yegua se estaba enfriando por dentro.

Mientras esperaba, se arrodilló junto a la cabeza de Escarlata. Le puso una mano en la frente, entre los ojos, donde el pelo era corto y suave como terciopelo gastado.

—Ya sé —le dijo bajito—. Ya sé que duele. Quédate conmigo.

La yegua dejó de patear.

No de golpe. Fue como si un nudo se aflojara. Las orejas, que estaban aplastadas hacia atrás, giraron despacio hacia la voz de Andrea. El ojo en blanco rodó y la encontró. Se quedó fijo en ella.

Uno de los mozos más jóvenes, un chico flaco de unos trece años llamado Tomé, se quedó mirando con la boca abierta.

—No deja que nadie le toque la cara —susurró—. Ni la señorita Lyra.

Andrea no lo escuchó. Estaba escuchando el corazón.

Llegó el carbón. Llegó el agua. Andrea mezcló el polvo negro en el balde hasta que el agua quedó espesa como tinta, y agregó el aceite, y revolvió con el brazo hasta el codo. Cuando sacó la mano, Tomé vio algo que no supo explicar ni esa tarde ni nunca: alrededor de los dedos de Andrea, por un instante, el agua negra se aclaró. Como si la mano filtrara la oscuridad. Un círculo transparente que duró lo que dura un parpadeo y después se cerró otra vez.

Tomé se frotó los ojos. Pensó que era el sol.

—Sosténganle la cabeza —dijo Andrea—. Arriba. Así. No la dejen moverse.

Metió la manguera por la boca de la yegua con un cuidado infinito, guiándola con dos dedos, sintiendo cada trago, cada resistencia. Teodoro Brann, que llevaba treinta años entre caballos, sostuvo el embudo sin decir una palabra. Andrea vertió la mezcla despacio, en tandas, mientras su otra mano seguía apoyada en el cuello de Escarlata, sobre la vena grande, contando.

Un golpe. Pausa. Un golpe torcido.

Un golpe. Pausa.

—Vamos —murmuró—. Vamos, vamos.

Hubo un momento, cerca del final del balde, en que el corazón de la yegua se detuvo del todo.

Andrea lo sintió detenerse. Sintió el silencio adentro del animal como un pozo que se abre. Y sin pensar, sin saber lo que hacía, apretó la mano contra el cuello de Escarlata y empujó. No con los dedos. Con algo más atrás, algo que estaba en su pecho, debajo de la marca, algo que había sentido una sola vez en su vida, a los nueve años, con la palma apoyada en un árbol muerto.

La marca le ardió como una brasa.

El corazón de la yegua golpeó.

Una vez. Fuerte.

Y después otra. Y otra. Torpe al principio, después más parejo, como un caballo que encuentra el paso después de tropezar.

Andrea se dejó caer sentada sobre la paja. Le temblaban las manos. Le temblaba todo. Tenía los brazos negros de carbón hasta los codos y el delantal empapado, y por alguna razón que no entendía, tenía ganas de llorar.

Escarlata resopló. Levantó un poco la cabeza. Y apoyó el hocico, húmedo y caliente, en el hombro de Andrea.

Nadie dijo nada durante un largo rato.

✦

Lyra llegó una hora después, con la bata de terciopelo y los ojos rojos de haber llorado o de haber dormido demasiado. Para entonces Escarlata ya estaba de pie, temblorosa, envuelta en tres mantas, bebiendo agua limpia a sorbos pequeños.

Lyra se abrazó al cuello de su yegua. Le besó la frente. Le dijo cosas dulces con una voz que Andrea nunca le había oído usar con una persona.

Después se volvió hacia el jefe de los establos.

—Brann. Gracias. Voy a pedirle a mi padre que te suba el salario.

Teodoro Brann abrió la boca. Miró a Andrea, que estaba en un rincón, lavándose los brazos en un balde.

—Señorita, en realidad fue…

—Y quiero saber quién metió tejo en el forraje —siguió Lyra, sin escucharlo—. Quiero su nombre antes de la cena.

Se fue sin mirar el rincón.

Brann se quedó con la frase a medio decir. Se rascó la cabeza. Miró a Andrea otra vez, como pidiendo perdón, o permiso.

Andrea negó con la cabeza. Un gesto pequeño.

No importa.

Y no importaba. Eso era lo raro. Durante toda su vida había esperado que alguien la viera hacer algo bien. Que alguien dijera *fue ella*. Y ahora que había pasado, ahora que había sentido un corazón detenerse bajo su mano y volver a andar, el aplauso de Lyra le parecía tan pequeño, tan lejano, que no valía la pena reclamarlo.

Lo que la ocupaba era otra cosa.

Lo que había empujado.

Se miró las manos bajo el agua del balde. Eran sus manos de siempre, cortas de uñas, con callos en los dedos de tanto arrancar maleza. No había nada en ellas. Y sin embargo había sentido algo salir de ella, algo que no era la jardinería que los sacerdotes habían anotado en su registro, algo que había tocado un corazón, no una raíz.

Se tocó la marca a través del vestido. Ya no ardía. Estaba tibia, como piel al sol.

En la cena, Odran mencionó que la yegua de Lyra se había salvado de milagro gracias a la pericia de Brann. Maelira dijo que había que despedir al jardinero que podó el seto. Nívea preguntó si Escarlata estaba bien. Lyra dijo que sí, que era fuerte, como ella.

Nadie miró a Andrea.

Solo Tomé, el mozo flaco, que esa noche contaba en el pajar a los otros chicos que la señorita del delantal gris le había hablado a una yegua moribunda y la yegua la había escuchado, y que el agua se le ponía clara en las manos. Los otros chicos se rieron de él y le tiraron paja.

Tomé no volvió a contarlo. Pero no lo olvidó.

✦

El séptimo día llegó el mensajero de Kaldor.

No era un embajador. Era un soldado. Un hombre alto, de barba corta y rojiza y ojos claros, con una capa gris oscuro con borde de

piel de lobo y el emblema de los Vhalor bordado en el pecho: una montaña negra con una corona de nieve. No se quitó los guantes para saludar a Odran. No aceptó vino. No aceptó sentarse.

Se presentó como Corvan, capitán de la guardia del rey.

Andrea lo vio desde la galería del segundo piso, escondida detrás de una columna, con el corazón golpeándole las costillas como el de Escarlata cuando volvió a andar.

Un hombre del rey. Un hombre de Darian.

A lo mejor traía algo. Una palabra. Un saludo. A lo mejor, si ella bajaba, él la miraría y diría *Su Majestad me pidió que le entregara esto en persona*, y le pondría en la mano algo pequeño, algo de plata, con un borde partido.

Corvan sacó un sobre de debajo de la capa. Sello negro. Se lo entregó a Odran, no a ella.

—Su Majestad el rey Darian acepta el nombre propuesto por la casa Arvell —dijo, con un acento duro, que cortaba las palabras—. La escolta saldrá dentro de doce días. El viaje durará nueve, si los pasos están abiertos.

A Andrea se le apretó el pecho. Era el mismo acento con el que hablaba Darian aquel invierno en el jardín.

Odran rompió el sello y leyó. Fue rápido. La carta no tenía más de una línea.

—¿Eso es todo? —preguntó, levantando una ceja.

—Es todo, señor.

Odran se encogió de hombros y le pasó la carta a Maelira. Maelira la leyó y se puso pálida, no por lo que decía, sino por lo poco que decía.

Nadie se la pasó a Andrea.

Tuvo que esperar a la noche, otra vez, y bajar al despacho de su padre, otra vez, y buscarla en el cajón donde Odran guardaba la correspondencia que no le importaba. La encontró debajo de una factura de toneles.

Era la letra de un hombre. Recta, apretada, con los trazos hundidos en el papel como si la pluma hubiera querido romperlo.

No era una carta. Era una orden.

Que la novia traiga solo lo necesario. En Kaldor no hay lugar para lo que sobra.

Y debajo, sin saludo, sin despedida, una sola letra.

D.

Andrea leyó la línea diez veces, buscando el veneno escondido entre las palabras, como le habían enseñado las plantas.

Esta vez no tuvo que buscar mucho.

CAPÍTULO 5

Lo que no se dice

Solo lo necesario.

Andrea empacó en una tarde.

Tres vestidos de lana, los menos gastados. Dos camisones. Medias, enaguas, un chal. El cuchillo pequeño de cortar tallos, que la cocinera le regaló sin decir nada: se lo dejó sobre la almohada, envuelto en un trapo limpio, como quien deja una flor en una tumba. Un cuaderno de tapas blandas donde llevaba once años dibujando hojas y anotando dosis. Una bolsa de tela con semillas, cada una en su papelito doblado y con su nombre escrito a lápiz: salvia, caléndula, milenrama, menta, manzanilla. Y otras, en una bolsita aparte, sin nombre, que solo ella sabía reconocer.

Todo cupo en el cofre forrado en cuero que le habían regalado los Cassar, y todavía sobró la mitad.

Se quedó mirando ese espacio vacío un rato largo.

Veinte años, pensó. Veinte años de vida y cabe en medio cofre.

Maelira entró sin llamar, como entraba siempre en las habitaciones del ala de servicio. Miró el cofre. Miró el espacio vacío. Algo se movió en su cara, algo rápido que Andrea no alcanzó a nombrar.

—El vestido de bodas lo pone Kaldor —dijo su madre—. Es la costumbre. Los de Valedria llevan la ropa del viaje, nada más.

—Sí, madre.

—Las joyas de la familia se quedan en la familia.

—Sí, madre.

Maelira asintió. Se volvió para salir. En la puerta se detuvo, de espaldas, con una mano en el marco.

—Ese jardín de atrás —dijo sin girarse—. Antes de irte, arráncalo.

Andrea levantó la cabeza.

—¿Todo?

—Todo. —La mano de su madre apretó el marco—. No quiero nada tuyo creciendo en esta casa cuando ya no estés.

Y se fue.

Andrea se quedó sentada en la cama, con las manos sobre las rodillas. No lloró. Había aprendido hacía mucho que las palabras de Maelira eran como la ortiga: si las tocabas despacio, pinchaban menos.

Pero esa noche, por primera vez en su vida, desobedeció a su madre.

No arrancó nada.

✦

La última noche antes de la partida, alguien golpeó su puerta pasada la medianoche.

Dos golpes suaves. Una pausa. Otro.

Andrea se quedó inmóvil bajo la manta. Nadie golpeaba su puerta. Los criados entraban, su madre entraba, Lyra, las pocas veces que bajaba al ala de servicio, abría de una patada. Nadie golpeaba.

—¿Andrea? —susurró una voz al otro lado—. Soy yo.

Nívea.

Andrea se levantó descalza y abrió. Su hermana estaba en el pasillo oscuro con una vela en una mano y un bulto enorme en la otra, envuelto en una sábana, sostenido contra el pecho como si fuera un niño dormido. Tenía el pelo rubio suelto, sin las horquillas de perlas, y llevaba un chal de lana vieja encima del camisón. Parecía

más joven. Parecía la niña que, de pequeña, se metía en la cama de Andrea las noches de tormenta.

Hacía mucho que no se metía.

—¿Puedo pasar?

Andrea se apartó. Nívea entró y miró alrededor: la cama estrecha, la silla, el cofre medio vacío, las rayas en la pared detrás del cabecero que Andrea nunca había borrado. Nívea las miró un segundo más de la cuenta.

—Nunca había entrado aquí —dijo.

—Ya sé.

Nívea se puso colorada. Dejó la vela sobre la silla y el bulto sobre la cama, con cuidado, y empezó a desenvolverlo con dedos torpes.

Era un vestido.

No cualquier vestido. Era de seda color marfil, tan claro que a la luz de la vela parecía nieve recién caída. Tenía las mangas largas y estrechas, cerradas en la muñeca con botones de perla, y un escote alto, recto, sobrio. No tenía encajes ni piedras. Su único adorno era un bordado en hilo de plata que subía desde el ruedo como una enredadera: hojas pequeñas, tallos finos, y aquí y allá, flores de cinco pétalos.

Andrea no pudo hablar.

—Ya sé que el de la boda lo pone Kaldor —dijo Nívea rápido, sin mirarla—. Ya sé. Pero pensé... para la llegada. Para el primer día. Para que cuando te vean entrar... —Se le quebró la voz—. Para que sepan que vienes de algún lado.

—Nívea. —Andrea tocó la seda con la punta de un dedo, como si fuera a romperse—. ¿De dónde sacaste esto?

—Era el que madre mandó hacer para mi presentación en Lorvain. —Nívea se encogió de hombros, un gesto que nunca hacía delante de nadie—. Hay otros. Siempre hay otros. Le dije a la modista que el bordado no me gustaba y que lo cambiara. Y después le pedí que lo cambiara por esto.

Las flores de cinco pétalos brillaban bajo la vela.

—¿Por qué estas? —preguntó Andrea en voz muy baja.

Nívea tardó en contestar.

—Porque te vi —dijo al fin—. La noche de la fiesta. En el jardín de atrás, de noche. Estabas arrodillada delante de una flor que brillaba.

Andrea sintió que el suelo se movía.

—No se lo dije a nadie —añadió Nívea en seguida—. A nadie. Te lo juro.

✦

Se sentaron en la cama, una al lado de la otra, con el vestido extendido sobre las rodillas de las dos como un puente.

Nívea tenía las manos entrelazadas sobre la seda y se miraba los pulgares. Andrea esperaba. Había algo grande atascado en la garganta de su hermana; lo sentía como sentía el latido equivocado de los animales enfermos. Algo que quería salir y no encontraba la puerta.

—Esa mañana —empezó Nívea—. En el salón de los retratos. Cuando padre...

Se detuvo.

—Ya sé —dijo Andrea.

—No, no sabes. Yo podía haber dicho algo. Podía haber dicho que yo iba. Que el príncipe de Lorvain... que no me importa el príncipe de Lorvain, Andrea, nunca me importó, ni siquiera sé de qué color tiene los ojos. Podía haber dicho...

Se le cortaron las palabras.

Andrea la miró. Miró la boca temblorosa de su hermana, sus pestañas mojadas, el don de Marea y Éter que hacía brillar el agua en sus manos y que todos los sacerdotes de Valedria llamaban el más puro en tres generaciones. Y pensó que Nívea, con todo ese don, nunca había podido sanar lo único que de verdad le dolía: el miedo.

—Padre no te habría dejado ir —dijo Andrea—. Aunque lo hubieras dicho.

—Pero lo habría dicho.

—Sí.

—Y no lo dije.

—No.

Nívea se cubrió la cara con las manos. Lloró sin ruido, como lloraban todas las hijas Arvell, como les habían enseñado desde la cuna. Andrea le puso una mano en la espalda. Sintió los omóplatos finos debajo del chal. Sintió, también, algo debajo del llanto: un latido apretado, encogido, como el de un pájaro dentro de un puño.

Esperó.

Nívea levantó la cara, roja, mojada. Abrió la boca.

Y Andrea supo, con la certeza absoluta con que supo que Escarlata tenía el corazón envenenado, lo que su hermana estaba a punto de decir. Lo vio subir. Lo vio llegar a la lengua. Dos palabras. Tres, a lo sumo. Palabras que nadie en esa casa le había dicho nunca, ni una sola vez, en veinte años.

Nívea tomó aire.

En el pasillo, lejos, crujió una tabla del piso.

Las dos se quedaron heladas. Escucharon. Nada. Solo la casa vieja asentándose en el frío, como todas las noches.

Pero el momento había pasado. Andrea lo vio irse igual que lo había visto llegar. Vio a Nívea cerrar la boca, tragar, bajar los ojos al vestido y alisar una arruga inexistente en la seda.

—Te va a quedar un poco largo —dijo Nívea con voz ronca—. Soy más alta. Pero si usas los zapatos de tacón…

—Sí —dijo Andrea—. Gracias.

—Y las mangas, si te aprietan…

—No me van a apretar.

Nívea asintió varias veces, sin saber qué más decir. Se levantó y tomó la vela. Ya en la puerta, giró la cabeza para mirarla, y por un

segundo Andrea creyó que iba a intentarlo otra vez.

—Escríbeme —dijo Nívea.

Andrea pensó en cuatro años de cartas torcidas a un castillo de piedra negra.

—Tú también —dijo.

Nívea salió. La luz de su vela se alejó por el pasillo y desapareció en la escalera.

Andrea se quedó sola con el vestido de nieve sobre las rodillas. Recorrió con el dedo el bordado de plata, las hojas, los tallos, una flor de cinco pétalos, otra, otra.

Nunca le dijo que la quería, pensó.

Pero se lo había bordado en el vestido, flor por flor.

Y por primera vez en mucho tiempo, Andrea Arvell lloró de algo que no era tristeza.

✦

No durmió. Ya se estaba acostumbrando a no dormir.

Cuando la casa quedó en silencio otra vez, encendió el cabo de vela que guardaba debajo de la cama, sacó el cuaderno de tapas blandas, lo abrió en la última página en blanco y mojó la pluma.

Se quedó mirando el papel mucho tiempo.

La tinta se secó en la punta. Volvió a mojarla.

Darian:

Tachó el nombre. Lo volvió a escribir debajo.

Darian:

Mañana salgo hacia tu casa. No sé si sabes que soy yo. A lo mejor el sorteo fue solo un sorteo y mi nombre en tu mesa es solo un nombre. A lo mejor no. No me atrevo a pensar mucho en ninguna de las dos cosas.

Leí tu carta. Mejor dicho, leí tu orden. "En Kaldor no hay lugar para lo que sobra." La leí diez veces. Buscaba algo escondido entre las palabras, como me enseñaste a buscar el norte en las piedras.

No lo encontré. A lo mejor no había nada. A lo mejor el que escribió esa línea ya no es el niño que se subió a un muro porque estaba cansado de quedarse quieto.

Yo te escribí durante cuatro años. No sé si te llegaron. Si te llegaron y no contestaste, no me lo digas, por favor. Prefiero no saberlo. Prefiero pensar que se perdieron en la nieve.

Todavía tengo la mitad del medallón. Las raíces. Nunca me lo quité. Ni para bañarme. De tanto llevarlo, el borde partido me dejó su forma dibujada en la piel, aquí, debajo de la clavícula.

El árbol de atrás no volvió a florecer. Pero hace unas semanas pasó algo. Planté una semilla y salió una flor blanca, y por un momento brilló. Y pensé en ti. No sé por qué te cuento esto. A lo mejor porque eres la única persona del mundo que me escuchó cuando le dije que las plantas enseñan.

No sé cómo me vas a mirar cuando llegue. Tengo miedo de que no me mires. Tengo más miedo de que me mires y no me veas.

Pero si me ves, si queda algo del niño del jardín, quiero que sepas que nunca te pedí nada. Ni siquiera que volvieras. Solo quería que estuvieras bien. Y si estás bien, aunque no me recuerdes, aunque esa línea sea todo lo que vas a decirme en la vida, entonces está bien. Puedo vivir con eso. Viví con menos.

Si alguna vez me pierdes…

Se detuvo. La mano le temblaba.

No terminó la frase. No hacía falta. Los dos la conocían. O la habían conocido.

Firmó con una sola letra, como él.

A.

Después se quedó mirando la página hasta que la vela se consumió casi del todo.

No la arrancó. No la dobló. No la metió en un sobre. No la iba a mandar; lo supo mientras la escribía. Las cartas que mandaba se perdían. Esta, por lo menos, iba a saber dónde estaba.

Cerró el cuaderno con la carta adentro, entre el dibujo de una planta que cura y el de una planta que mata, y lo guardó en el fondo del cofre, debajo de las semillas.

✦

Al amanecer bajó al jardín de atrás por última vez.

Hacía frío. El cielo estaba blanco y bajo, cargado de algo que todavía no era nieve. Las caléndulas se habían cerrado. La salvia estaba plateada de escarcha. En el rincón de las plantas venenosas, la maceta de tejo seguía verde y oscura, indiferente a todo.

Andrea caminó entre sus plantas tocando cada una, sin arrancar ninguna. *No quiero nada tuyo creciendo en esta casa.* Que lo arrancara Maelira, si quería. Que lo arrancara con sus propias manos.

Se arrodilló frente al árbol gris.

La flor blanca seguía abierta. Casi tres semanas, y no se había marchitado. El círculo de tierra a su alrededor seguía sin escarcha. Andrea se inclinó y vio, en el centro de los pétalos, algo que no estaba antes: una semilla. Una sola. Negra y brillante como la que había plantado, pero más pequeña, del tamaño de una lágrima.

La tomó con dos dedos. Estaba tibia.

La guardó debajo del medallón partido, entre la plata y su piel, y lo apretó contra el pecho.

En cuanto la semilla tocó la marca, la flor blanca se cerró. Despacio. Pétalo a pétalo, como una mano que se despide. Y se dobló sobre la tierra.

Andrea se quedó mirándola con la garganta apretada.

Desde el patio delantero llegó el ruido de los cascos: muchos caballos, pesados, con herraduras de montaña que sonaban distinto sobre la piedra de Valedria. Y voces de hombres, secas, con ese acento que cortaba las palabras.

La escolta de Kaldor había llegado.

Andrea se levantó, se sacudió la tierra de las rodillas y no miró atrás.

Arriba, en la ventana del segundo piso, Maelira la vio irse. Tenía en las manos unas tijeras de podar: las había sacado esa mañana para arrancar el jardín ella misma.

Pero no bajó. Y las tijeras se quedaron limpias.

CAPÍTULO 6

El agua que llama

Nadie de la familia salió a despedirla al portón.

Odran se despidió en el despacho, de pie detrás del escritorio, con una frase sobre el honor de la casa y otra sobre la conveniencia de dar un heredero pronto. Lyra no bajó; mandó decir que le dolía la cabeza. Maelira estaba en el salón azul cuando Andrea pasó por la puerta, y levantó la vista de su bordado, y la miró, y volvió a bajarla.

Nívea estaba en lo alto de la escalera principal, con las manos apretadas sobre la baranda. No bajó tampoco. Pero cuando Andrea la miró desde el vestíbulo, levantó una mano a la altura del pecho y la dejó allí, abierta, sin moverla.

Andrea le devolvió el gesto.

Afuera la esperaban veinte jinetes de Kaldor, un carruaje cerrado pintado de negro y un viento que ya olía a invierno. Los hombres llevaban capas grises con piel de lobo y no hablaban entre ellos más de lo necesario. El capitán Corvan sostuvo la puerta del carruaje y le ofreció la mano para subir, enguantada, sin mirarla a los ojos.

—Majestad.

Andrea se quedó quieta con un pie en el estribo.

Nadie la había llamado así nunca. A nadie en esa casa se le habría ocurrido. La palabra le cayó encima como un abrigo de otra persona, demasiado grande, demasiado pesado, con olor a un perfume que no era el suyo.

—Todavía no —dijo.

Corvan levantó los ojos. Eran claros, casi transparentes, y por un instante la miraron con algo parecido a la sorpresa.

—No, señora —dijo después—. Todavía no.

El carruaje arrancó. Andrea no miró por la ventanilla. Lo había decidido la noche anterior: no iba a mirar la casa alejarse, no iba a contar las ventanas, no iba a buscar una cara detrás de ningún vidrio.

Lo cumplió hasta la curva del camino.

Ahí miró.

Solo vio el árbol gris, asomando por encima del muro de las cocinas, con las ramas desnudas contra el cielo blanco. Como una mano que no sabe si despedirse o pedir que vuelvas.

✦

Los tres primeros días fueron Valedria.

Viñedos podados en hileras infinitas, pueblos de piedra clara, puentes de mármol sobre ríos mansos. La gente se asomaba a las puertas para ver pasar la escolta negra, y Andrea veía a algunos bajar la cabeza, a otros darle la espalda y a otros levantar a los niños en brazos para que vieran a *la del pacto*. Una anciana, en un cruce de caminos, le tiró un ramito de romero por la ventanilla. Andrea lo guardó en la manga.

Dormían en posadas que Corvan vaciaba de otros huéspedes antes de que ella entrara. Le dejaban la mejor habitación y un guardia en la puerta toda la noche. Le servían primero en la cena. Nadie le hablaba.

Al principio Andrea pensó que era respeto. Después pensó que era desprecio. Al tercer día entendió que era otra cosa: los hombres de Kaldor no sabían qué hacer con ella. La miraban de reojo, como se mira a un animal que no se sabe si muerde.

El cuarto día el camino empezó a subir, y el viaje se volvió más duro. Los caballos resoplaban en cada cuesta y el carruaje crujía

como si fuera a partirse.

Primero fueron *colinas*, suaves, con bosques de castaños que habían perdido las hojas. Después las colinas se volvieron lomas de piedra parda con matorrales bajos y torcidos por el viento. Y una mañana, al despertar, Andrea vio las montañas.

Andrea nunca había visto montañas.

Había visto dibujos en los libros de su padre, picos triangulares y ordenados con un poco de blanco en la punta. No se parecían en nada. Las montañas de verdad no tenían forma; tenían tamaño. Ocupaban el cielo entero. Eran negras donde la roca estaba desnuda y blancas donde la nieve se agarraba, y entre una cosa y otra había grietas tan profundas que la luz no llegaba al fondo.

El quinto día nevó.

No como en Valedria, donde la nieve caía despacio y se derretía al tocar el suelo. Aquí caía de lado, empujada por un viento que aullaba entre las rocas, y se quedaba. En una hora el camino desapareció. En dos, los caballos se hundían hasta las rodillas. Corvan hizo bajar a la mitad de los hombres para que abrieran paso a pie, delante del carruaje, con palas.

Andrea abrió la ventanilla. El frío le entró en la boca como un cuchillo.

—Puedo caminar —le dijo a Corvan, que cabalgaba al lado—. Pesará menos.

El capitán la miró como si le hubiera hablado en otro idioma.

—No, señora.

—Los caballos están cansados. El de adelante a la izquierda tiene una herradura floja; lo oigo desde aquí. Y el gris lleva una hora cojeando de la mano derecha.

Corvan giró la cabeza. Miró al gris. El gris cojeaba.

Se quedó callado un momento largo, con la nieve acumulándose en los hombros de su capa.

—Cierre la ventanilla, señora —dijo al fin. Pero en la siguiente parada mandó revisar las herraduras, y cambió al gris por un caballo de reserva, y esa noche, en el refugio de piedra donde se detuvieron, alguien le dejó a Andrea una piel extra sobre el catre sin decir quién había sido.

✦

El séptimo día llegaron al desfiladero.

Corvan lo llamó por su nombre, y los hombres lo repitieron en voz baja, como se repite una oración: *el Paso de Vharn*. Era un camino estrecho tallado en la pared de la montaña, apenas más ancho que el carruaje, con la roca a un lado y el vacío al otro. Había que cruzarlo a pie. Todos.

Andrea bajó del carruaje con el chal de lana y la piel de zorro blanco de los Cassar encima, y aun así el viento la atravesó como si estuviera desnuda. Uno de los soldados, un muchacho pecoso que no tendría más de dieciocho años, le ofreció el brazo sin mirarla. Ella lo aceptó.

Caminaron en fila, pegados a la roca. Las ruedas del carruaje pasaban a un palmo del borde. Andrea no miraba hacia abajo.

Hasta que la llamaron.

No fue una voz. No fue un sonido. Fue un tirón, igual al de la noche de la flor blanca, igual al de la mañana de Escarlata: algo dentro del pecho, debajo de la marca, que de pronto se tensó como una cuerda y señaló en una dirección.

Abajo.

Andrea se detuvo. El muchacho pecoso tropezó contra ella.

—Señora, no se pare aquí, por favor...

Ella no lo escuchó. Se soltó de su brazo, apoyó la mano en la roca helada y miró hacia el vacío.

El desfiladero caía casi en vertical. Paredes negras, cubiertas de franjas de hielo, bajando y bajando hasta perderse en una niebla

blanca y espesa que llenaba el fondo como leche en un cuenco. Y más allá de la niebla, muy lejos, donde las montañas se abrían, había un bosque.

No era como los bosques de Valedria. Era oscuro, inmenso, de un verde tan profundo que parecía negro, y no tenía nieve. Toda la montaña estaba blanca, el cielo estaba blanco, el mundo entero estaba blanco, y ese bosque, allá abajo, seguía verde. Como si el invierno no se atreviera a entrar.

El tirón se hizo más fuerte.

Y entonces Andrea lo oyó. No con los oídos. Con algo que estaba en sus manos, en su piel, en la marca que empezaba a arderle bajo la ropa. Agua. Agua corriendo en algún lugar debajo de la niebla, debajo del bosque, debajo de la piedra. No el agua de un río. Otra cosa. Agua tan limpia que podía sentirla desde allí arriba, como se siente la presencia de alguien que te mira desde el otro lado de una habitación.

La llamaba.

No por su nombre. No con palabras. La llamaba como la tierra llama a la semilla, como el sol llama al brote. *Sin prisa. Como si supiera que algún día ella iba a volver*.

Andrea se inclinó sin darse cuenta. Un paso hacia el borde.

Una mano le agarró el brazo con fuerza.

—Señora.

Era Corvan. Tenía la cara blanca y la mandíbula apretada.

—No se acerque al borde —dijo, muy bajo, con una voz que no admitía respuesta—. La piedra aquí no es de fiar. Se desmorona sin avisar.

Andrea parpadeó. El tirón se aflojó, como una mano que suelta. La niebla seguía allá abajo, quieta. El bosque seguía verde.

—¿Qué hay ahí abajo? —preguntó.

Corvan siguió su mirada. Por un instante pareció inquieto, como los hombres que crecieron oyendo historias de miedo sobre un lugar.

—El Bosque Cerrado. Es frontera con Eiravel. Nadie baja.

—¿Por qué?

—Porque los que bajan no suben. —Le soltó el brazo, despacio—. Siga caminando, por favor. Pegada a la roca.

Andrea siguió caminando.

Pero durante todo el resto del paso, con la mano derecha sobre la piedra helada, sintió el agua debajo de la niebla. Y la marca no dejó de arderle hasta que el camino giró detrás de una gran roca y el bosque desapareció de su vista.

Esa noche, en el refugio, levantó el medallón partido. La semilla negra que había guardado debajo, la del tamaño de una lágrima, estaba caliente como un carbón. Y en su superficie, tan fina que casi no se veía, se había abierto una grieta.

✦

A dos días de camino de allí, en una torre de piedra negra, una mujer de cabello rubio leía un informe a la luz de una lámpara.

Era el informe de la escolta. Llegaba cada dos días, con un jinete que se adelantaba al grupo, y estaba dirigido al rey. Todos los informes estaban dirigidos al rey.

Todos pasaban primero por sus manos.

Seraphine Ravelin leyó dos veces la línea donde Corvan, con su letra honesta y pesada, contaba que la novia de Valedria había adivinado una herradura floja desde dentro del carruaje. Leyó tres veces la línea donde decía que la novia no se quejaba del frío.

Dobló el informe con cuidado. Lo puso sobre la mesa, alineado con el borde, y se quedó mirándolo con las manos quietas sobre la falda.

En el cajón pequeño de su tocador, el que cerraba con llave, había un paquete de cartas atadas con cinta azul. Cartas con letra torcida de niña. Cartas que olían, todavía, muy levemente, a caléndula seca.

Seraphine no abrió el cajón.

No necesitaba hacerlo. Se las sabía de memoria.

Se levantó y fue hasta la ventana. Afuera nevaba sobre el patio de armas, y en el patio, solo, sin capa, un hombre alto de pelo negro golpeaba un muñeco de entrenamiento con una espada, una y otra vez, como si el muñeco le debiera algo. Llevaba ahí desde el anochecer, y Seraphine sabía que no iba a parar hasta que le sangraran las manos.

Lo conocía bien. Darian siempre hacía eso cuando algo le dolía y no quería pensar en ello: cansar el cuerpo hasta que la cabeza se quedara callada.

—Ya viene —dijo Seraphine en voz muy baja, contra el vidrio, y su aliento lo empañó.

No supo si se lo decía a él o a sí misma.

✦

El noveno día, al atardecer, la escolta salió de un último paso entre dos picos y Andrea vio Kaldor.

La ciudad estaba construida en la ladera de la montaña, escalonada, como si alguien la hubiera tallado en la roca en lugar de levantarla. Casas de piedra oscura con techos empinados cargados de nieve. Humo saliendo de cientos de chimeneas, recto, sin viento. Calles estrechas que subían en zigzag, iluminadas por faroles amarillos que se encendían uno a uno mientras caía la tarde.

Y arriba, en lo más alto, coronando todo, el castillo.

Era negro. No gris oscuro, no pardo: negro, del mismo negro que las paredes del desfiladero, como si la montaña hubiera decidido convertirse en fortaleza. Torres altas y delgadas, sin adornos, con ventanas estrechas como ranuras. Murallas que se fundían con la roca. Ni un estandarte de color. Solo, en la torre más alta, una bandera gris con una montaña negra coronada de nieve, que colgaba quieta en el aire helado.

Un castillo de piedra negra donde el viento aúlla por los pasillos como un lobo que nadie deja salir.

Eran las palabras de Darian, aquel invierno en el jardín. Andrea las recordó con su voz de niño y apretó el medallón.

Subieron por las calles en zigzag. La gente salía a las puertas, igual que en Valedria, pero aquí nadie bajaba la cabeza ni le daba la espalda. La miraban en silencio, con caras curtidas y ojos cansados, y Andrea no supo leer lo que había en esas caras. Una niña de trenzas rubias le dijo adiós con la mano; su madre le bajó el brazo de un tirón.

Al llegar al portón del castillo ya era de noche.

El carruaje se detuvo en un patio enorme, empedrado, iluminado con antorchas que hacían bailar sombras rojas sobre la piedra negra. Había gente esperándola. Andrea los vio a través del vidrio empañado: siluetas en fila delante de unas escaleras de piedra, guardias con lanzas, sirvientes con faroles. Y en lo alto de las escaleras, delante de una puerta de doble hoja reforzada con hierro, varias figuras más, inmóviles, recortadas contra la luz que salía de adentro.

No distinguía las caras.

No sabía si él estaba ahí.

Andrea se miró las manos. Le temblaban. Las juntó sobre la falda del vestido color marfil que se había puesto esa mañana en el último refugio, con dedos entumecidos, a la luz de una vela: el vestido de Nívea, con su enredadera de plata y sus flores de cinco pétalos. Le quedaba un poco largo, como había dicho su hermana. Pero las mangas no le apretaban, y por un momento fue como llevar puesto un abrazo.

Tranquila, se dijo. *Primero respira. Después todo lo demás.*

Respiró hondo. Una vez. Dos.

Sus manos dejaron de temblar.

La marca, en cambio, le ardía sobre el corazón como no le había ardido nunca. No como el miedo. Como una advertencia.

Afuera, Corvan desmontó. Se acercó al carruaje. Puso la mano enguantada en la manija.

Andrea se llevó los dedos al medallón, una última vez, y sintió debajo la semilla caliente, latiendo como un segundo corazón.

Me va a reconocer.

La puerta se abrió, y el frío de Kaldor entró a buscarla.

CAPÍTULO 7

Las puertas de piedra

Corvan abrió la puerta del carruaje y le tendió la mano. Andrea la tomó y bajó al patio.

Fue la única mano que le ofrecieron esa noche.

En lo alto de las escaleras de piedra esperaban los criados del castillo, en fila, con faroles, y algunos nobles curiosos que habían salido a ver a la novia de Valedria. La miraban sin acercarse. Nadie de la familia real había bajado a recibirla. Desde abajo, la gran entrada oscura, abierta en la roca, parecía la boca de un animal esperando.

La piedra era negra, pulida por siglos de viento, y brillaba de humedad. De las murallas colgaban estandartes grises con una montaña negra coronada de nieve. Ninguno se movía. El frío los había vuelto rígidos, como sábanas congeladas en un tendedero.

Le dolían los dedos. Llevaba días sin sentirlos del todo.

—Bienvenida a Kaldor, señora —dijo Corvan en voz baja, y le soltó la mano.

Ella no se movió enseguida. Por debajo del chal, a la altura del pecho, apretó la mitad del medallón contra la piel. La plata estaba tibia. Era lo único tibio que le quedaba.

Búscame donde florece el árbol en invierno.

Aquí no había árboles. Solo piedra, hielo y hombres con capas de piel.

El suelo del patio estaba cubierto de una escarcha dura que crujía bajo las botas. Andrea dio dos pasos y se obligó a levantar la barbilla. En Valedria había aprendido que una puede temblar por dentro siempre que la espalda no se entere. Contó a los soldados: doce. Contó las ventanas encendidas: cuatro. Contó a las criadas que se asomaban por la puerta de las cocinas y se escondían otra vez: tres, y una anciana que no se escondió.

Corvan se quitó el casco. A la luz de las antorchas, Andrea vio bien su cara: el pelo rojizo atado en la nuca, la barba corta del mismo color y una cicatriz fina en el mentón. No sonreía, pero tampoco la miraba como se mira un bulto.

—Alteza. —Hizo una reverencia corta, de soldado—. Su Majestad la espera en el salón del trono. Si quiere calentarse antes…

—No. —Le salió más firme de lo que esperaba—. No quiero hacerlo esperar.

Corvan asintió despacio, como si esa respuesta le dijera algo que ella no había querido decir.

Caminaron. Los pasillos eran anchos y oscuros, iluminados por antorchas que olían a resina y a grasa vieja. Andrea notó el musgo entre las piedras, un musgo gris y enfermo que nadie había querido limpiar. Notó una corriente de aire que venía de algún lugar más abajo, húmeda, casi dulce. Agua. Agua corriendo muy lejos, debajo de todo.

La marca sobre su corazón dio un latido caliente.

No era miedo. O no solo miedo. Era como si algo, allá abajo, hubiera girado la cabeza para mirarla.

✦

Una hora antes, cuando el vigía anunció que la escolta cruzaba el último paso, Darian Vhalor se encerró en su estudio de la torre del este y abrió un cofre que se había prometido no volver a abrir.

Era una caja pequeña de madera de fresno, sin adornos. Dentro había tres cartas y la mitad de un medallón de plata: la mitad con la copa del árbol. La sostuvo un momento entre los dedos. Después la dejó en el fondo, boca abajo, como se da vuelta un retrato que no se quiere mirar.

Las cartas, en cambio, las leyó todas, aunque se las sabía de memoria. La letra era redonda, de niña, inclinada hacia la derecha. Una letra que él habría reconocido en cualquier parte.

La primera le llegó cuando tenía trece años:

Alteza:

Recibí su carta. No la abrí delante de nadie, porque me dio vergüenza. Mis hermanas dicen que un príncipe de verdad no se esconde en el jardín de una casa ajena ni se deja curar por una niña. Creo que tienen razón. Lo del jardín fue un juego de invierno, para no aburrirme mientras había visitas. Por favor, no se lo tome tan en serio.

A.

La segunda, un año después:

Ya no tengo el medallón. Lo cambié en la feria de primavera por una cinta de seda azul, porque era más bonita. Mi padre dice que una Arvell no puede perder el tiempo con un niño que se esconde detrás de las cocinas. Por favor, no me escriba más. Me da vergüenza que los criados vean sus cartas.

A.

Esa era la que más le dolía. No por lo que decía de él, sino por el medallón. Era lo único que le quedaba de su madre, la verdadera, la que murió cuando él tenía seis años y antes de que su padre se casara con Ravena. Se lo había quitado del cuello y lo había partido en dos por una niña que después lo cambió por una cinta de seda. Su último recuerdo de ella, vendido en una feria. Qué idiota había sido.

La tercera era la que todavía le cerraba la garganta. Llegó el invierno en que él cumplió diecisiete años, cuando en todos los reinos

ya se sabía que su padre estaba enfermo y que él sería rey:

Me dicen que usted será rey pronto. Mi madre dice que entonces sí valdría la pena contestarle. Un niño escondido en un jardín no sirve para nada, pero una corona sí. Si algún día me la ofrece, quizá lo piense. Qué tierno el príncipe solitario que creyó que una Arvell lo esperaría.

A.

Seraphine se las había ido entregando a lo largo de los años, una por una, con los ojos bajos y las manos temblando, como quien entrega una mala noticia que no quiere dar. "Llegaron con el correo de Valedria", le decía. "No sé si debería mostrártelas. Pero tú me pediste que nunca te mintiera."

Darian dobló las cartas por los mismos pliegues de siempre. Tenía las manos frías y el corazón le golpeaba como antes de una batalla. Se dijo que era rabia. Se dijo que bajaría al salón, la miraría como se mira a una extraña, y que ella no vería nada en su cara.

Desde la ventana vio el carruaje negro detenerse en el patio. Vio a Corvan abrir la puerta. Vio una figura pequeña, vestida de blanco, bajar sobre la escarcha.

Se apartó de la ventana antes de verle la cara.

✦

El salón del trono era más frío que el patio.

Andrea lo entendió apenas cruzó las puertas: en Kaldor el frío no era un accidente, era una decisión. Las chimeneas estaban encendidas, pero eran pocas y estaban lejos del centro, de modo que quien caminaba hacia el trono lo hacía por un pasillo de aire helado, entre dos filas de nobles abrigados que no tenían que moverse.

Los oyó callar a su paso. Luego los oyó susurrar.

—Es pequeña.

—Dicen que no tiene don.

—Dicen que tiene uno de jardinera.

Una risa, rápida, ahogada en una manga de piel.

Andrea siguió caminando. Miraba al frente, porque al frente estaba él.

Darian Vhalor estaba de pie junto al trono, no sentado. Era más alto de lo que ella había imaginado, y había imaginado mucho. Tenía el pelo oscuro, corto como entonces, y los hombros anchos de alguien acostumbrado a cargar con todo él solo. Vestía de negro, sin joyas, salvo un anillo de hierro en la mano derecha. La corona era un aro simple de metal oscuro. No la necesitaba. Todo el salón estaba inclinado hacia él como las plantas hacia una ventana.

Andrea buscó sus ojos.

Eran grises. Seguían siendo grises, con esa línea más oscura alrededor que ella recordaba de las tardes en que él se quedaba callado mirando el árbol muerto. Once años. Once años y los ojos eran los mismos.

Se detuvo a tres pasos del estrado. Hizo la reverencia que le habían enseñado en Valedria, profunda, con la rodilla casi tocando el suelo. Al subir, se permitió un segundo de esperanza. Uno solo.

Y él la reconoció.

Lo vio. Lo vio con la misma claridad con que veía el veneno en una hoja. Algo pasó por su cara: un temblor mínimo en la mandíbula, una pausa en la respiración, la mano izquierda que se cerró de golpe. En la palma de esa mano había una cicatriz blanca, delgada, como un hilo. Andrea la había lavado con agua de milenrama cuando tenía nueve años. Había sostenido esa mano entre las suyas para que dejara de sangrar.

Él la reconoció. Y luego, despacio, como se cierra una puerta para que no haga ruido, su mirada se volvió de hielo.

—Así que al final sí viniste por la corona.

Lo dijo en voz baja. No era para la corte. Era para ella.

Andrea no entendió. Las palabras llegaron, pero no encontraron dónde caer. Abrió la boca para preguntar, para decir *¿qué corona?,*

yo vine porque me mandaron, yo vine porque tú... y no salió nada. La marca le ardió tanto que tuvo que contener el impulso de llevarse la mano al pecho.

—Majestad —logró decir—. No...

—La princesa Andrea de la casa Arvell —anunció una voz de mujer, clara y fría, desde la derecha del trono—. La tercera hija. Qué detalle de Valedria. Nos envían lo que les sobraba y lo envuelven en seda.

Andrea giró la cabeza.

La reina madre Ravena Vhalor estaba sentada en una silla de respaldo alto, con un manto de piel plateada sobre los hombros y el pelo gris acero recogido en una trenza tan apretada que le estiraba las sienes. No era vieja. Era dura, que es otra cosa. A su lado, de pie, una muchacha de unos dieciséis años, morena, con la nariz de Darian y los labios apretados, miraba a Andrea como se mira a un perro que entró sin permiso.

—La reina Ravena, viuda de mi padre. Mi hermana, Kiara —dijo Darian, sin mirarla a ella, sin mirar a nadie—. Tendrá tiempo de conocerlas.

Y a la izquierda del trono, un paso más cerca de él que nadie, estaba la mujer más hermosa que Andrea había visto en su vida.

Tenía el pelo rubio, casi blanco, suelto sobre la espalda como agua quieta. El vestido era de un azul tan pálido que parecía hecho de escarcha, y le quedaba perfecto, como si la tela hubiera esperado años para encontrarla. No llevaba joyas llamativas. No le hacían falta. Su piel no tenía una sola marca de frío. Sus manos, cruzadas a la altura de la cintura, estaban quietas. Nada en ella estaba fuera de lugar.

La mujer sonrió. Era una sonrisa amable. Eso fue lo primero que asustó a Andrea.

—Lady Seraphine Ravelin —dijo Corvan en voz baja, a su espalda, como quien hace una advertencia.

Seraphine dio un paso adelante. Uno solo.

—Debe estar agotada, alteza. Valedria queda muy lejos, y el camino de los desfiladeros no perdona a quienes no nacieron para él. —Inclinó la cabeza con suavidad—. Aquí en Kaldor somos ásperos. No es personal. El frío no hace excepciones con nadie.

Todo lo que dijo era verdad. Andrea lo supo, y supo también que esa verdad estaba puesta allí como una piedra en el zapato: *no naciste para esto, no perteneces, no te lo tomes a mal.*

La corte murmuró con aprobación. Alguien dijo "qué gentil", y otro "siempre tan gentil".

—Gracias, mi señora —respondió Andrea.

No dijo nada más. Había aprendido en la casa Arvell que hay frases que solo sirven para darle al otro la siguiente frase.

Darian bajó un escalón. Uno. Lo bastante para que solo ella lo oyera.

—La boda será en tres días. Hasta entonces, nadie la molestará. —Hizo una pausa—. Y usted no molestará a nadie.

Se dio vuelta. La audiencia había terminado.

Andrea se quedó mirando su espalda. Sintió la mitad del medallón contra la piel, ahora fría, y con un gesto pequeño, casi invisible, tiró del cuello del vestido hacia arriba para cubrir la cadena.

No iba a suplicar. Ya había suplicado once años, en silencio, a un cielo que no traía cartas.

✦

La anciana que no se había escondido en el patio fue la que la llevó a su habitación.

Se llamaba Tilde. Tenía la espalda curvada, las manos grandes y nudosas, y caminaba despacio, arrastrando un poco los pies. Llevaba un manojo de llaves colgado de la cintura y no dijo una sola palabra en todo el trayecto, por escaleras cada vez más estrechas, hasta una puerta de roble al final de un pasillo de la torre norte.

La habitación era amplia. Tenía una cama grande con cortinas de lana gris, una mesa, un baúl, una ventana alta con cristales gruesos y una chimenea donde alguien había encendido un fuego mal hecho, con leña húmeda, que humeaba más de lo que calentaba.

Tilde chasqueó la lengua.

Se arrodilló junto a la chimenea con un quejido, sacó los leños mojados con las manos desnudas y los apartó. Del bolsillo del delantal sacó un puñado de virutas secas y unas piñas, y en pocos minutos el fuego crepitaba de verdad.

—Aquí la piedra guarda el frío, niña —dijo sin darse vuelta—. Hay que darle fuego temprano o no se calienta nunca.

Era la primera vez desde que había salido de Valedria que alguien le hablaba sin medirla.

—Gracias —dijo Andrea.

Tilde se levantó despacio y la miró. Tenía los ojos muy claros, casi sin color, rodeados de arrugas.

—Tiene las manos rajadas. —No era una pregunta—. Le traeré grasa de oveja con caléndula. No es fina, pero sirve.

—¿Tienen caléndula aquí?

—Seca. Del verano. —Tilde se encogió de hombros—. Aquí el verano dura lo que dura un suspiro, pero lo guardamos.

Se fue. Andrea oyó el tintineo de sus llaves alejándose por el pasillo.

Se acercó a la ventana. El cristal era tan grueso que deformaba el mundo, pero aun así pudo ver: el desfiladero se abría hacia el este como una herida en la montaña, y muy abajo, en el fondo, entre la niebla, había un bosque oscuro, cerrado, de árboles que no perdían las hojas. Más allá, decían, empezaba Eiravel.

Apoyó la frente en el vidrio helado.

Así que al final sí viniste por la corona.

Repasó cada palabra como repasaba las hojas de una planta desconocida, buscando la mancha, la señal. ¿Al final? ¿Al final de qué?

Ella nunca había querido una corona. Ella había querido una carta. Una sola. Una línea que dijera *sigo aquí*.

La marca le latió otra vez, suave, y Andrea tuvo la extraña sensación de que la niebla, allá abajo, respiraba al mismo ritmo.

✦

Darian no fue a cenar.

Se encerró otra vez en su estudio de la torre del este y le dijo a Corvan que no dejara pasar a nadie, ni siquiera a Ravena, ni siquiera a Seraphine.

El cofre de fresno seguía sobre el escritorio, como lo había dejado antes de bajar. Las tres cartas. La mitad del medallón, boca abajo en el fondo.

Darian se sentó y apoyó la frente en las manos.

Cuando ella entró en el salón, le había ardido la cara. No lo esperaba. Llevaba años preparándose para ese momento, seguro de que solo iba a sentir desprecio. Pero la vio caminar hacia el trono, pequeña, con las mejillas cortadas por el viento y las manos rojas, en carne viva, sin guantes. La vio contar a los nobles con los ojos, como hacía de niña con los pájaros. La vio levantar la barbilla. Y por un instante, uno solo, volvió a tener doce años y a estar sentado en la nieve, al pie de un árbol muerto.

Después recordó las cartas. *Una corona sí.* Y la rabia le subió por el pecho como fuego, más fuerte por haber dudado.

Se odió por haberla mirado así.

Se odió más por lo que hizo a continuación.

—Corvan.

El capitán entró enseguida.

—Dos guardias en la puerta de la torre norte. Día y noche. Hombres tuyos, no de la casa de Ravena. —Darian no levantó la vista del cofre—. Que no le falte leña seca. Y que nadie le lleve comida que no haya pasado antes por la cocina principal.

Corvan dudó apenas.

—¿Y si ella pregunta quién lo ordenó?

—No va a preguntar. —Darian cerró el cofre—. Las Arvell nunca preguntan. Toman.

—¿Y si la reina pregunta para qué son los guardias?

Darian guardó la caja bajo los mapas. Se quedó un momento con la mano encima, como si temiera que se abriera sola.

—Dile que son para vigilarla.

✦

Esa noche, Andrea no pudo dormir.

Tilde había vuelto con la grasa de caléndula y un tazón de caldo, y se había ido sin preguntar nada. El fuego ardía bien. Por primera vez en días, sus dedos dejaron de doler.

Pero cerca de la medianoche oyó pasos en el pasillo. Pasos pesados, de botas. Se detuvieron frente a su puerta.

Andrea se incorporó en la cama, con el corazón golpeando. Escuchó el roce de una lanza contra la piedra. Escuchó a dos hombres hablar en voz baja, con ese acento cortante de las montañas.

—Órdenes del rey. Nadie entra.

—¿Y nadie sale?

Una pausa.

—Eso no lo dijo.

Andrea se quedó inmóvil bajo la manta de lana gris, con la mano cerrada sobre la mitad del medallón, escuchando a los guardias que Darian había puesto en su puerta.

Y entendió, con un dolor peor que el frío, que en Kaldor no la esperaba un esposo.

La esperaba un carcelero.

CAPÍTULO 8

Sangre sobre piedra

El vestido que Nívea le había dado no llegó a la boda.

Andrea lo había colgado la noche anterior junto a la chimenea para que perdiera las arrugas del viaje: seda color marfil, con una enredadera de hojas y flores de cinco pétalos bordada en hilo de plata. Era lo único bonito que había traído de Valedria. Su hermana se lo había dado la última noche, sin poder mirarla a los ojos.

Por la mañana, el vestido ya no estaba.

En su lugar, sobre la cama, había otro. Negro. De lana gruesa, cerrado hasta el cuello, con mangas largas y un cinturón de eslabones de hierro. Era hermoso a su manera, como es hermosa una espada.

Kiara estaba sentada en la silla junto a la ventana, balanceando un pie.

—Mi madre dice que en Kaldor las novias se casan de negro —anunció—. Por respeto a los muertos de la guerra. Los muertos que tu reino nos dejó.

—¿Dónde está mi vestido?

—¿Ese trapo? —Kiara arrugó la nariz—. Lo mandaron a lavar. Tenía olor a viaje.

Andrea miró a la niña. Tendría dieciséis años, quizá menos. Las uñas mordidas hasta la carne. Los ojos grises de su hermano, pero

inquietos, siempre buscando la puerta, como si esperara que alguien más importante entrara en cualquier momento.

Andrea conocía esa mirada. La había visto en el espejo durante veinte años.

—Gracias por avisarme —dijo.

Kiara parpadeó. Había venido preparada para una pelea, y la pelea no llegó. Se levantó, incómoda, y salió sin despedirse.

Tilde entró un momento después con agua caliente. Miró el vestido negro sobre la cama, miró el clavo vacío junto a la chimenea, y no dijo nada. Pero cuando ayudó a Andrea a ceñirse el cinturón de hierro, sus manos viejas se demoraron un instante en los hombros de la muchacha, como se acomoda una planta joven contra una estaca.

—En Kaldor no se casan de negro, ¿verdad? —preguntó Andrea en voz baja.

Tilde tardó en responder.

—Las viudas se visten de negro, niña.

✦

La ceremonia se hizo en el patio de armas, bajo el cielo abierto, porque el Pacto de Sangre no se firmaba entre paredes.

Había nevado durante la noche. Alguien había barrido un círculo perfecto en el centro del patio, y en medio del círculo estaba la piedra. Andrea había leído sobre ella en los libros de la biblioteca de su padre: un bloque de piedra negra tan antiguo como el tratado, con una hendidura en la parte superior, ennegrecida por doscientos años de gotas.

Alrededor del círculo, toda la corte de Kaldor. Abrigos de piel, alientos blancos, ojos que no parpadeaban. No había música. No había flores. En Valedria, una boda era una fiesta de tres días con fuentes de vino y pétalos en las escaleras. Aquí era una transacción con testigos.

Nadie de su familia había venido.

Andrea lo sabía desde antes de salir. Odran había enviado una carta formal al rey de Kaldor, cerrada con el sello de la casa Arvell, excusándose por "asuntos urgentes del reino". Lyra estaba ocupada con su compromiso. Maelira no había dicho nada. Nívea había llorado en la escalera, y luego había subido a su cuarto.

Aun así, Andrea se sorprendió buscando entre la multitud una cabellera roja, unos ojos azules. Se lo reprochó. Era una costumbre vieja, como morderse el labio.

Darian la esperaba junto a la piedra.

También vestía de negro, pero en él no parecía luto: parecía la noche misma. No la miró cuando ella entró en el círculo. Miraba la piedra.

Un sacerdote de Kaldor, viejo y calvo, con una túnica gris y una aguja de plata colgada del cuello, leyó el tratado completo. Tardó mucho. Leyó los nombres de las batallas perdidas por Valedria, los nombres de los ríos que habían cambiado de dueño, los nombres de las hijas que habían cruzado los desfiladeros antes que ella. Andrea contó once nombres de mujer. De la mayoría nunca había oído hablar. Como si al cruzar la montaña hubieran dejado de existir.

Pensó: *yo seré la duodécima*. Y luego pensó: *nadie dirá mi nombre tampoco*.

—Las manos —ordenó el sacerdote.

Darian extendió la izquierda sobre la piedra, la palma hacia arriba. La cicatriz de la palma quedó a la vista, blanca contra la piel enrojecida por el frío. Andrea extendió la suya al lado.

El sacerdote les pinchó la yema del dedo índice con la aguja de plata. Primero a él. Luego a ella.

Cuando la aguja entró en su piel, Andrea sintió algo raro. No dolor: un tirón. Como si la plata hubiera tocado una cuerda tensa muy adentro, y la cuerda hubiera vibrado. El sacerdote frunció el ceño. Miró la aguja. La gota en la punta brillaba, un instante, con un reflejo que no era rojo.

Luego no brilló más.

El viejo sacudió la cabeza, como quien espanta una mosca, y siguió.

Las dos gotas cayeron en la hendidura de la piedra. Se tocaron. Se mezclaron.

—Por la sangre de Valedria y la sangre de Kaldor —recitó el sacerdote—, el pacto se cumple una generación más.

No hubo beso. En Kaldor no se besaba en público; eso también lo había leído. Pero Andrea, por un segundo absurdo, esperó que él le tomara la mano. Solo eso. Que sus dedos rozaran los suyos sobre la piedra, como habían rozado una vez sobre la corteza de un árbol muerto.

Darian retiró la mano y se la limpió en la capa.

—Está hecho —dijo.

Y la corte de Kaldor dio una sola palmada, todos juntos, un golpe seco que resonó en el patio como una puerta que se cierra.

✦

El banquete fue peor.

Las mesas formaban una herradura en el gran salón. Andrea estaba sentada a la derecha de Darian, en el lugar de la reina, pero entre ellos había un espacio que nadie había pedido y que todos notaban. Él hablaba con Corvan, con los señores de las fortalezas del norte, con un embajador de las islas. Con ella no.

A la izquierda de Darian estaba Ravena. Y a la izquierda de Ravena, Seraphine.

Andrea la observó durante toda la cena, porque observar era lo que sabía hacer.

Seraphine nunca hablaba primero. Esperaba a que alguien le dirigiera la palabra, y entonces respondía con una frase breve, precisa, que hacía reír o asentir a la mesa entera. Recordaba el nombre de la esposa de cada señor, la edad de sus hijos, la herida de

guerra de cada capitán. Cuando un criado tropezó y derramó salsa sobre el mantel, fue ella quien le dijo "no pasa nada" en voz baja, antes de que nadie pudiera gritarle. Comió poco. Bebió menos. Su postura no se aflojó ni una vez en tres horas.

Y cada tanto, sin que nadie más lo notara, miraba a Darian. Una mirada corta, como quien comprueba que algo sigue en su sitio.

Andrea la miró y pensó que nadie podía ser perfecto tanto tiempo sin estar agotado por dentro. Le pareció ver, detrás de esa sonrisa, a alguien que nunca se permitía descansar.

Cuando sirvieron los postres, Ravena golpeó su copa con un cuchillo.

El salón se calló.

—Es costumbre en Kaldor —dijo la reina madre, sin levantarse— que la nueva reina muestre su don ante la corte el día de su boda. Para que el pueblo sepa qué sangre ha entrado en la casa Vhalor. —Sonrió con la mitad de la boca—. Mi propia madre levantó un muro de hielo en este mismo salón. Yo llamé al viento del norte para que apagara todas las velas a la vez.

Un murmullo de admiración recorrió las mesas.

—Nuestra querida reina Andrea —continuó Ravena— tiene, según nos informan desde Valedria, un don... de jardinera.

La palabra cayó en el salón como una piedra en un pozo. Alguien se rió. Luego otro.

Ravena hizo un gesto. Un criado se acercó con una bandeja de plata. Sobre la bandeja había una maceta de barro. Dentro de la maceta, tierra congelada, gris, dura como el hierro. Y clavada en medio, una ramita seca.

—Haga florecer esto, majestad —dijo Ravena con dulzura—. Si puede.

Andrea sintió todas las miradas sobre ella. Sintió la de Darian, que no se volvió, pero cuya mano se había quedado inmóvil sobre la copa. Sintió la marca arder bajo el vestido negro.

En Valedria ya le habían hecho esto. Muchas veces. En cada fiesta, en cada visita, alguien pedía: *muéstranos, Andrea*, y ella hacía germinar un frijol en un vaso de agua, y todos aplaudían con la condescendencia con que se aplaude a un perro que se sienta.

Se levantó. Tomó la maceta con las dos manos.

La tierra parecía muerta. Pero debajo de la costra helada, muy al fondo, había algo. Una raíz vieja de brezo, dormida, que alguien había arrancado del monte con su terrón. No estaba muerta. Estaba esperando.

Como yo, pensó Andrea.

Cerró los ojos. No hizo nada vistoso. Solo apoyó los pulgares sobre la tierra y respiró, despacio, y dejó que el hilo de calor que siempre tenía en las manos bajara por la maceta como agua por una grieta.

Pasó un momento. Pasó otro. Alguien carraspeó.

Y entonces, de la tierra gris, salió un brote. Verde. Diminuto. Un tallo del grosor de un hilo, con dos hojas apenas abiertas.

Nada más.

El salón estalló en carcajadas.

—¡Un brote! —gritó un señor del norte, golpeando la mesa—. ¡Valedria nos ha mandado una hortelana!

Ravena no se rió. Solo inclinó la cabeza, satisfecha, como quien confirma una sospecha.

Andrea dejó la maceta sobre la mesa. Le temblaban las manos, pero no la voz:

—Es brezo de montaña, majestad. Lo arrancaron del monte sin cuidar la raíz. Si lo plantan en la ladera sur, florecerá en primavera.

Nadie la escuchó. Las risas tapaban todo.

Y entonces Seraphine se levantó.

No dijo nada. Caminó hasta el centro de la herradura, tomó una jarra de agua de la mesa más cercana y vertió un hilo fino sobre las losas del suelo. El agua no llegó a tocar la piedra. Se detuvo en el

aire, tembló, y se convirtió en una rosa de hielo, perfecta, con cada pétalo transparente y afilado como el borde de una copa rota. Seraphine la tomó del aire con dos dedos y se la ofreció a Andrea con una reverencia.

—Para la reina —dijo—. Un regalo de bienvenida. En Kaldor las flores no duran, pero el hielo sí.

El salón aplaudió de pie.

Andrea tomó la rosa. Estaba tan fría que le quemó los dedos.

Entendió, con la claridad de quien reconoce una planta venenosa por el olor, lo que acababa de pasar. Seraphine no la había humillado. La había rescatado. Y al rescatarla, delante de todos, había dejado claro quién de las dos era la reina que Kaldor hubiera elegido.

Todo había sido amable. Todo había sido verdad.

—Gracias, lady Seraphine —dijo Andrea.

Seraphine sonrió. Por un instante, tan breve que Andrea después no estuvo segura de haberlo visto, algo se quebró detrás de esa sonrisa. Algo que parecía envidia. O un deseo muy antiguo, de esos que se guardan tanto tiempo que ya duelen.

Luego volvió a su sitio, y no la miró más en toda la noche.

✦

La cámara nupcial estaba en la torre del oeste, al otro lado del castillo, lejos de su habitación de la torre norte. Tilde la acompañó hasta la puerta, le quitó el cinturón de hierro, le cepilló el pelo en silencio y se fue.

Andrea esperó sentada en el borde de la cama, con el camisón de lino y un chal de lana sobre los hombros. La rosa de hielo estaba sobre la mesa de noche. No se derretía. El fuego de la chimenea no la tocaba.

Esperó una hora. Luego otra.

Cuando la puerta se abrió, se le detuvo el corazón.

Darian entró sin mirarla. Cerró la puerta. Se quitó la corona y la dejó sobre la repisa de la chimenea. Desabrochó la capa. Se movió por la habitación como se había movido en el banquete: como si ella fuera parte del mobiliario.

—La corte espera que pase la noche aquí —dijo, de espaldas—. Dormiré en esa silla. Por la mañana, las criadas verán lo que tienen que ver y nadie hará preguntas.

Andrea se puso de pie.

—Darian.

Era la primera vez que decía su nombre en voz alta en once años. Le supo a hierro.

Él se quedó quieto.

—No sé qué crees que hice —siguió ella, despacio, eligiendo cada palabra como quien pisa hielo—. Pero si me dijeras...

—No. —Él se dio vuelta. Sus ojos eran dos piedras grises—. No vamos a hacer esto. Tú tienes tu corona. Yo tengo mi pacto. No me debes explicaciones y yo no te las voy a pedir.

—Yo no quería una corona.

Algo pasó por su cara. Un temblor. Una duda. Andrea lo vio, y se aferró a él como a una rama.

Pero Darian miró la rosa de hielo sobre la mesa de noche. Y la duda se cerró.

—Las Arvell siempre dicen eso —murmuró—. Duerme, Andrea.

Arrastró la silla junto a la puerta. Se sentó con la espada sobre las rodillas, de espaldas a ella, de cara a la salida, como un centinela.

Andrea se acostó. Se quedó mirando el dosel, con la mano sobre la mitad del medallón escondida bajo el camisón, hasta que el agotamiento le cerró los ojos.

Soñó con agua. Con un agua tan clara que parecía no estar.

Cuando despertó, la silla estaba vacía.

Pero el fuego seguía ardiendo, alto, con leña nueva y seca, como si alguien lo hubiera alimentado toda la noche sin dormir.

Andrea pensó que habría sido Tilde.

No se le ocurrió pensar en nadie más.

Al día siguiente la devolvieron a su habitación de la torre norte. Y desde entonces fue siempre igual. Para que la corte no murmurara, el rey debía pasar las noches con la reina, así que Darian subía tarde, cuando el castillo ya dormía, y se sentaba en la silla junto a la puerta. Se iba antes del amanecer. Algunas noches, cuando el consejo de guerra se alargaba, no subía.

Andrea lo esperaba despierta, sentada en la cama, decidida a hablarle. Pero siempre, sin saber cómo, el sueño la vencía antes de oír la puerta. Por la mañana solo encontraba la silla vacía y el fuego encendido.

CAPÍTULO 9

Fiebre de invierno

En Kaldor, Andrea tenía el título de reina. Solo el título.

Lo descubrió en la primera semana. Las tareas que debían ser suyas ya tenían dueña. Ravena seguía llevando la casa como la había llevado siempre, y a nadie se le ocurrió entregarle a la nueva reina las llaves, las cuentas ni el mando de los criados. Los peticionarios seguían yendo a la reina madre o a lady Seraphine, que los recibía en una salita junto a la capilla con una paciencia que todo el castillo alababa. A los consejos no la invitaban. Las damas de la corte la saludaban con una reverencia exacta y seguían de largo. La trataban como a una invitada que nadie había invitado: con cortesía y distancia.

Los guardias de la torre norte la seguían a diez pasos adonde fuera.

Así que Andrea hizo lo único que sabía hacer cuando nadie la quería en ninguna parte: buscar el lugar donde crecían las cosas.

No lo encontró en los patios, que eran de piedra desnuda, ni en los muros, donde solo crecía ese musgo gris y enfermo que ya había notado al llegar. Lo encontró bajando, siempre bajando, guiada por el olor a cebolla y a humo. Las cocinas de Kaldor estaban en las entrañas del castillo, excavadas en la roca, y eran el único lugar caliente de verdad que había pisado desde que cruzó los desfiladeros.

Y en un rincón de las cocinas, colgando de las vigas en manojos atados con cordel, estaban las hierbas.

Tomillo. Romero de montaña, de hoja más corta y más amarga que el de Valedria. Caléndula seca. Raíz de genciana. Un manojo de algo que no reconoció y que olió tres veces, con los ojos cerrados, hasta que entendió que era pariente lejano de la salvia.

—Eso no se toca.

Andrea se dio vuelta. Una mujer enorme, de brazos rojos y delantal manchado, la miraba con un cucharón en la mano como si fuera un arma. Detrás de ella, media docena de criadas y ayudantes de cocina habían dejado de trabajar.

—Perdón —dijo Andrea—. Solo quería saber qué era.

—Es hierba de Kaldor. —La mujer no bajó el cucharón—. No es para reinas.

Tilde apareció desde la despensa, limpiándose las manos.

—Brunna. Es la señora.

—Ya sé quién es. —Brunna escupió las palabras—. Es la valedriana. La hortelana. Mi abuelo murió en el paso de Hrenn con una flecha valedriana en el cuello.

Andrea no dijo nada. Había aprendido que la rabia, como la fiebre, a veces hay que dejarla subir para que baje.

Se inclinó apenas ante la cocinera. No la reverencia de una reina. La de una muchacha que entra en una casa ajena.

Y se fue.

✦

Volvió al día siguiente. Y al otro.

No pedía nada. Se sentaba en un banco junto a la puerta del patio de servicio, donde no estorbaba, y miraba. Miraba cómo Brunna ponía genciana en el caldo de los soldados para abrirles el apetito, y cómo secaban las setas en rejillas sobre el horno. Miraba a los ayudantes pelarse los nudillos en el agua helada del pozo. Aprendía

los nombres sin preguntarlos: Osk, el muchacho que cargaba la leña; las gemelas Hild y Hulda, que no se separaban nunca; Maren, la hija de Brunna, una niña de siete años con trenzas rubias y la nariz siempre roja, que la espiaba desde detrás de los sacos de harina.

Al cuarto día, Maren se le acercó.

—¿Es verdad que hiciste crecer una planta en el banquete?

—Un brote. Muy chiquito.

—Mi mamá dice que eso no es magia. Que es trampa de feria.

Andrea sonrió. Era la primera vez que sonreía en Kaldor, y le dolió un poco en las mejillas, como un músculo que no se usa.

—Tu mamá tiene razón en desconfiar. —Sacó del bolsillo una semilla de caléndula, una de las pocas que había traído de su jardín, envuelta en un pañuelo—. Dame la mano.

Maren dudó. Luego estiró la palma.

Andrea puso la semilla en el centro y cubrió la manita con la suya. Respiró. Sintió el calor bajar.

Cuando levantó la mano, en la palma de la niña había un brote con dos hojas redondas y un capullo naranja del tamaño de una lenteja.

Maren no gritó. Se quedó mirándolo con la boca abierta. Después salió corriendo hacia su madre con las manos juntas, como quien lleva agua.

Brunna miró la flor. Miró a Andrea. No dijo nada.

Pero esa tarde, en el banco junto a la puerta, apareció un tazón de sopa de cebada que nadie le había servido.

Andrea tenía la costumbre de oler todo lo que comía desde los doce años, cuando Lyra le puso jabón en el pan para ver si se daba cuenta. La olió. Cebada, cordero, tomillo, sal. Nada más.

Se la tomó entera.

✦

La fiebre llegó con la primera tormenta grande del invierno.

Andrea lo supo antes que nadie. Lo supo una mañana al cruzar la cocina, cuando pasó junto a Maren y sintió, sin tocarla, un calor que no era el del horno. Un calor torcido, seco, que le dio un pinchazo en la marca del pecho.

—Maren, ven un momento.

Pero Brunna apartó a la niña con el brazo.

—Está bien. Es el frío. Todos los niños se resfrían en esta época.

Para la noche, Maren ya no se podía levantar.

Andrea se enteró por Tilde, que subió a la torre norte a deshoras, con la vela temblando en la mano.

—El médico del castillo vino y se fue —dijo la anciana, sin rodeos —. Dijo que es fiebre de invierno. Que hay que sacarle sangre y esperar. Que si pasa la tercera noche, vive.

—¿Y si no?

Tilde no contestó.

—Brunna no sabe que vine —añadió después—. No me lo va a perdonar.

Andrea ya se estaba poniendo las botas.

Los guardias de la puerta se cuadraron cuando salió. Uno de ellos, el más joven, abrió la boca como para detenerla. El otro le puso una mano en el hombro.

—Las órdenes dicen que nadie entra —murmuró—. No dicen nada de que salga.

Y la siguieron, a diez pasos, escaleras abajo.

✦

La habitación de Brunna era un cuartito sin ventana detrás de los hornos. Olía a sudor, a sangre y a vinagre. Maren estaba en un colchón de paja, tan blanca que las pecas parecían manchas de ceniza. Tenía vendado el brazo izquierdo, donde el médico le había sacado sangre. Respiraba rápido, con un silbido pequeño al final, como un pajarito.

Brunna estaba sentada a su lado. Cuando vio a Andrea en la puerta, se levantó como una montaña.

—Fuera.

—Déjeme verla.

—¡Fuera, he dicho! —La voz de la cocinera se quebró por la mitad —. ¿Qué vas a hacer, eh? ¿Plantarle una flor encima? ¿Así, como se plantan en las tumbas?

Andrea no retrocedió. La marca le ardía, pero no de miedo. Ardía como arde un fogón cuando hay que ponerse a cocinar.

—No es fiebre de invierno —dijo—. La fiebre de invierno se mete en el pecho y hace toser. Maren no tose. Tiene la lengua blanca y le duele aquí. —Se tocó el vientre, a la derecha—. ¿Verdad que le duele aquí?

Brunna la miró. La boca le tembló.

—¿Cómo sabes?

—Porque la vi ayer apretándose ahí cuando creía que nadie miraba. —Andrea dio un paso—. Y porque hace tres días trajeron agua del pozo de abajo, el que está junto a los establos, cuando se congeló el de la cocina. Lo vi. Ese pozo está muy cerca del montón de estiércol. Maren bebe del cubo con las manos cuando cree que usted no la ve.

El silencio que siguió fue tan largo que se oyó crepitar el horno al otro lado de la pared.

Brunna se hizo a un lado.

Andrea se arrodilló junto al colchón. Puso la palma sobre la frente de la niña y cerró los ojos. Lo sintió enseguida: no un fuego, sino un agua sucia, estancada, que se movía despacio por dentro del cuerpito como se mueve el lodo en el fondo de una zanja. Envenenada. No por mano de nadie: por el agua.

—Necesito cosas —dijo, sin abrir los ojos—. Corteza de sauce, si hay. Si no hay, la raíz amarilla que tienen colgada junto al tomillo, la que usan para el caldo de los soldados.

—Genciana —dijo Tilde desde la puerta.

—Genciana. Poca. Y carbón de abedul molido muy fino. Y miel, si tienen. Y agua hervida, la que sea, pero hervida hasta que deje de hacer espuma. Y que nadie más beba del pozo de los establos hasta que yo lo diga.

Nadie se movió.

—¡Ya! —dijo Brunna, con una voz que hizo saltar a las gemelas en el pasillo.

Y la cocina entera se puso a correr.

✦

Fue una noche larga.

Andrea preparó el carbón con miel y agua hervida, y se lo dio a Maren a cucharaditas, una cada vez que la niña abría los ojos. Hizo una infusión de genciana tan débil que apenas tenía color, porque más fuerte le haría daño. Le quitó la venda del brazo, lavó el corte con agua de caléndula, y le dijo a Brunna, sin levantar la voz, que si el médico volvía a acercarse a la niña con su cuchillo para sacarle más sangre, ella misma le iba a enseñar qué plantas del monte eran venenosas.

Brunna la miró un segundo. Y entonces, por primera vez, se rió. Una carcajada corta, ronca, mojada de lágrimas.

Cerca de la madrugada, cuando la fiebre estaba en lo más alto, Andrea hizo algo que no había hecho nunca delante de nadie. Puso las dos manos sobre el vientre de la niña y dejó que el calor bajara, como en el banquete. Pero no hacia la tierra: hacia adentro. Buscó el agua sucia con la mente y la empujó, despacio, como quien barre un patio. No sabía si eso se podía hacer. Lo hizo igual.

Le sangró la nariz. Una gota, dos. Tilde se la limpió con el borde del delantal sin decir nada.

Y bajo sus manos, sintió que algo cambiaba. Que el lodo se aclaraba. Que el cuerpito dejaba de pelear contra sí mismo.

Al amanecer, Maren sudó. Empapó el colchón, la manta, la camisa. Y después abrió los ojos y dijo, con una vocecita débil:

—Mamá, tengo hambre.

Brunna se tapó la cara con el delantal y lloró como lloran las montañas cuando se deshiela la nieve: todo a la vez, sin ruido, durante mucho rato.

Andrea salió al pasillo para dejarlas solas. Se apoyó en la pared de piedra, que ahí abajo estaba tibia por los hornos. Le temblaban las piernas. Le zumbaban los oídos.

En el pasillo estaban todos. Osk. Las gemelas. Los ayudantes con los nudillos pelados. Dos lavanderas que no conocía. Un mozo de cuadra. Los dos guardias de la torre norte, con los cascos en la mano.

Nadie dijo nada.

Y entonces Hild —o Hulda, nunca supo cuál— hizo una reverencia. No la reverencia exacta y fría de las damas de la corte. Una reverencia torpe, de rodillas dobladas, la que se le hace a alguien a quien se le debe algo.

Uno por uno, los demás la imitaron.

Andrea no supo qué hacer con las manos. En veinte años, nadie se había inclinado ante ella por algo que hubiera hecho. Solo por lo que se esperaba que hiciera.

Tilde le pasó un brazo por los hombros y se la llevó escaleras arriba.

—Ahora sí —dijo la anciana en voz muy baja, mientras subían—. Ahora sí es la señora.

✦

En la salita junto a la capilla, Seraphine Ravelin escuchó la historia de boca de su doncella mientras se cepillaba el pelo. Cien pasadas, como cada mañana. Su madre le había enseñado a contarlas desde los seis años, con una vara de avellano sobre la mesa por si se equivocaba de número.

—Dicen que le sangró la nariz, mi señora. Dicen que puso las manos así, y que la fiebre se fue.

—Las fiebres van y vienen, Edda —dijo Seraphine—. Los niños de las cocinas son fuertes.

Setenta y uno. Setenta y dos.

—Sí, mi señora. Pero la cocinera dice…

—La cocinera está agradecida. Es natural. —Seraphine dejó el cepillo un instante—. Mañana le mandarás a Brunna una pieza de lana buena para la niña, de mi parte. Y le dirás que me alegra mucho.

Le alegraba. Eso era verdad.

Volvió a tomar el cepillo. Setenta y tres. Setenta y cuatro. En el espejo, su cara era perfecta, como siempre. Solo sus dedos, que apretaban el mango de marfil, estaban blancos en los nudillos.

A ella le había costado nueve años que la servidumbre de Kaldor la quisiera. Nueve años de recordar nombres, de mandar lana, de decir "no pasa nada" cuando se derramaba la salsa.

A la valedriana le había costado una noche.

Seraphine terminó las cien pasadas sin equivocarse. Después abrió el cajón pequeño de su tocador, el que cerraba con llave, y pasó los dedos por el borde de un fajo de papeles atados con cinta azul. Cartas viejas. Cartas con letra redonda de niña.

No las sacó. Solo las tocó, como quien comprueba que el cuchillo sigue en la vaina.

Y cerró el cajón con llave.

CAPÍTULO 10

Raíz amarga

La sopa olía a almendras.

No debería. Era una sopa de nabos y tocino, la misma que Brunna mandaba a la torre norte cada noche desde que Maren se levantó de la cama, con un trozo de pan negro y, a veces, si había, un puñado de avellanas tostadas. Andrea conocía esa sopa. Conocía el olor del tocino ahumado en las vigas de la cocina, el dulzor terroso del nabo de invierno, la pizca de genciana que Brunna echaba a todo porque decía que el amargo calienta la sangre.

Esta noche había otro olor debajo. Muy débil. Como el recuerdo de un olor.

Andrea dejó la cuchara en el borde del tazón.

Afuera, el viento golpeaba la ventana con nieve fina. Habían pasado cinco semanas desde la boda. El invierno de Kaldor ya no era una estación sino un estado: los días eran una franja gris entre dos noches largas, y el sol, cuando salía, lo hacía tan bajo que las sombras de las torres cruzaban el patio de lado a lado.

Inclinó la cara sobre el tazón y respiró despacio, con los ojos cerrados, como hacía desde niña.

Tocino. Nabo. Genciana. Sal. Y debajo, el olor a almendra amarga, y más debajo todavía, algo verde, húmedo, como de tallo partido.

La marca sobre su corazón se encendió de golpe, tan caliente que tuvo que apretar los dientes.

Andrea conocía esa raíz. La había cultivado en el rincón de las plantas venenosas de su jardín, detrás de las cocinas de la casa Arvell, para aprender a reconocerla. En Valedria la llamaban *lengua de lobo*. Una raíz blanca, gruesa, que se parece al nabo silvestre lo suficiente para engañar a un cocinero distraído. Una porción pequeña no mataba. Daba sueño, un sueño pesado, y luego un dolor de estómago que cualquiera confundiría con una indigestión. Varias porciones, a lo largo de semanas, iban apagando el corazón como se apaga una vela a la que le van quitando el aire.

No era un intento de matarla esa noche. Era un intento de matarla despacio.

Andrea se quedó muy quieta.

Luego tomó el tazón, abrió la ventana, sintió la bofetada de nieve en la cara, y tiró la sopa al desfiladero. La vio desaparecer en la oscuridad sin hacer ruido.

Cerró la ventana. Se sentó en el suelo junto a la chimenea, con la espalda contra la piedra tibia, y se abrazó las rodillas.

No lloraba. Pensaba.

La sopa la traía siempre Osk, el muchacho de la leña, que subía corriendo para que no se enfriara. Pasaba primero por la cocina principal, porque alguien había dado esa orden; Andrea nunca supo quién. Y de ahí subía directo a la torre. Brunna no. Brunna la habría envenenado el primer día si hubiera querido, con una mano en la cintura y mirándola a los ojos. Osk tampoco: el muchacho le traía las avellanas en el bolsillo, a escondidas, porque Maren le había dicho que a la señora le gustaban.

Entre la cocina y la torre había doscientos escalones, tres pasillos y una galería abierta sobre el patio de armas.

Y cualquiera podía detener a un muchacho en una galería para preguntarle la hora.

✦

No se lo contó a nadie.

Pensó en decírselo a Tilde, y desistió: la anciana ya había arriesgado demasiado. Pensó en decírselo a Corvan, que la saludaba en los pasillos con un respeto que ella no sabía de dónde venía, y desistió también: Corvan era el hombre del rey. Y el rey le había puesto guardias en la puerta para vigilarla.

Pensó en decírselo a Darian.

Se imaginó la escena con tanta claridad que le dolió. Ella, de pie en su estudio, diciendo *alguien quiere envenenarme*. Él, levantando apenas la vista de sus mapas. *¿Y quién querría envenenar a una hortelana?* O peor: *¿qué quieres ahora, Andrea? ¿Más guardias? ¿Más atención? ¿Otra corona?*

No. No se lo iba a decir.

En cambio, empezó a hacer lo que había hecho toda su vida: cuidarse sola.

Al día siguiente bajó a la cocina y le pidió a Brunna, con una excusa sobre su estómago valedriano, que le dejara comer ahí mismo, en el banco junto a la puerta, de la olla de los criados. Brunna la miró largo rato. Después le sirvió de la olla grande, delante de todos, y se sentó a su lado a comer de la misma.

No preguntó nada. Pero esa tarde Andrea vio a la cocinera hablando en voz baja con Tilde junto a la despensa, y vio a Tilde negar con la cabeza, despacio, como quien dice *todavía no*.

Andrea empezó a secar hierbas en su habitación, colgadas de un cordel sobre la chimenea: carbón de abedul, raíz de malvavisco, hojas de ortiga blanca. Contravenenos sencillos, de los que se dan en las granjas cuando una vaca come algo que no debe. Los guardó en saquitos de tela cosidos al dobladillo de su enagua.

Y olió todo. El agua de la jarra. El vino. La cera de las velas. Las sábanas.

Era agotador. Vivía en alerta todo el tiempo, como un animal que no puede bajar la guardia ni para dormir.

Pero estaba viva.

✦

El banquete del solsticio se celebró la noche más larga del año.

En Kaldor lo llamaban la Vigilia del Lobo. Se encendían todas las chimeneas del castillo a la vez, la única noche del año en que no se ahorraba leña, y se comía hasta el amanecer para demostrarle al invierno que todavía había vida. Por primera vez desde que había llegado, el gran salón estaba caliente.

Andrea estaba sentada otra vez a la derecha de Darian, con el mismo espacio vacío entre los dos. Llevaba un vestido gris que Tilde le había ajustado, y el pelo trenzado con una cinta verde: lo único de color que se permitía.

No comió nada de lo que le sirvieron. Movió la comida en el plato, cortó la carne en trocitos, se llevó el tenedor a la boca vacío dos o tres veces cuando sintió que la miraban. Había comido en la cocina antes de subir. Brunna le había guardado un plato.

Pero el vino era otra cosa.

Hacia la medianoche, Ravena se levantó para el brindis del solsticio. Era la tradición: la reina madre alzaba la copa, nombraba a los muertos del año, y toda la corte bebía de un trago. No beber era insultar a los muertos. No beber, en la Vigilia del Lobo, era una declaración de guerra.

Un criado que Andrea no conocía llenó las copas de la mesa principal con una jarra de plata. Vino oscuro, especiado, caliente, que humeaba en el aire.

Andrea acercó la copa a la nariz con el gesto distraído de quien aspira el aroma.

Clavo. Canela. Piel de naranja. Vino de las laderas del sur.

Y almendra.

Muy débil. Casi nada. Pero ahí.

La marca le quemó el pecho. Andrea bajó la copa despacio hasta la mesa. Sintió que el salón entero se estrechaba a su alrededor, que las voces se volvían lejanas, que las llamas de las chimeneas se inclinaban hacia ella.

Ravena empezó a nombrar a los muertos. Uno. Dos. Cinco. Cada nombre era un paso más cerca del brindis.

Andrea pensó rápido. Podía derramar la copa: torpeza de valedriana, risas, pero le servirían otra, quizá de la misma jarra. Podía fingir beber y dejar caer el vino por la barbilla: alguien lo notaría. Podía negarse y explicar por qué: nadie le creería, y ella quedaría como la extranjera histérica que acusó a la corte de Kaldor en la noche más sagrada del año.

Se llevó la mano al dobladillo de la enagua, buscando con los dedos el saquito de carbón de abedul. Si bebía un sorbo, solo uno, y después se iba al pasillo...

—...y Gunnar de Hrenn, que murió en el paso con su caballo —dijo Ravena—. Por los muertos del año. Que el lobo los guíe.

—Que el lobo los guíe —respondió el salón.

Y doscientas copas se alzaron a la vez.

Andrea alzó la suya.

En ese mismo instante, a su lado, Darian se inclinó hacia el otro extremo de la mesa para decirle algo a Corvan. Su brazo pasó por delante de ella. Su manga, ancha, de terciopelo negro, cubrió un instante la mesa entre los dos platos. Andrea retrocedió por reflejo, con la copa en alto, para que no se la tumbara.

—Perdón —murmuró él, sin mirarla, y se enderezó.

Y bebió.

Andrea lo miró, con la copa todavía en el aire y el corazón golpeándole la garganta. Todo el salón estaba bebiendo. Ella era la única que no.

No podía esperar más.

Se llevó la copa a los labios, y en el último instante, por costumbre, por esa costumbre que ya era como respirar, aspiró una vez más.

Clavo. Canela. Naranja. Vino del sur.

Nada más.

Andrea parpadeó. Olió otra vez. Nada. Ni rastro de almendra. Ni rastro del tallo húmedo.

Me equivoqué, pensó. *Estoy tan asustada que ya huelo veneno en todas partes.*

Bebió. El vino estaba caliente y dulce y le bajó por la garganta como un abrazo. No pasó nada. La marca, poco a poco, se apagó.

A su izquierda, Darian dejó su copa sobre la mesa. Vacía.

✦

Darian lo había visto desde el principio.

Había visto cómo ella movía la comida en el plato sin probarla. Había visto cómo olía el vino con ese gesto de niña que él conocía de memoria, el mismo con que olía las hojas en el jardín antes de ponérselas en la herida. Había visto cómo se le iba el color de la cara, cómo dejaba la copa sobre la mesa con demasiado cuidado, cómo buscaba algo en su falda con los dedos.

No sabía qué había en el vino. Sabía que ella sí lo sabía.

Y eso bastó.

No pensó. Pensó después, en el pasillo, con la espalda contra la pared y el sudor frío pegado a la nuca. En el momento solo se movió. Se inclinó hacia Corvan con una pregunta inútil sobre los caballos, dejó que su manga cayera sobre la mesa, y con la otra mano cambió las copas. La suya, delante de ella. La de ella, delante de él. Un movimiento que había aprendido a los catorce años jugando a los dados en los cuarteles, cuando todavía era un príncipe que se escapaba de sus maestros.

Y bebió lo que ella no debía beber.

Ahora, en el pasillo oscuro detrás del salón, sentía un sueño pesado, como de plomo, subirle por las piernas y un nudo empezando a cerrarse en el vientre. Nada que no pudiera aguantar. Era grande, era fuerte, y la dosis estaba pensada para una muchacha que pesaba la mitad que él.

Corvan lo encontró ahí, apoyado en la piedra.

—¿Majestad?

—El vino de la mesa principal. —Darian hablaba con los dientes apretados—. Quiero saber quién lo sirvió. Quién lo trajo de la bodega. Quién tocó la jarra entre la bodega y el salón. Sin ruido. Sin que Ravena se entere.

—¿Y la reina Andrea? ¿Bebió?

—Ella está bien. Bebió de mi copa. —Cerró los ojos un instante—. Y no va a saber nada de esto. Ni ella ni nadie, Corvan. ¿Me entiendes?

Corvan lo miró un largo rato. Había servido a Darian desde que el rey era un muchacho flaco que lloraba a escondidas en los establos después de las lecciones de su padre. Conocía esa cara.

—Con todo respeto, majestad. Si ella supiera que usted...

—Si ella supiera, fingiría que le importa. —Darian abrió los ojos. Estaban húmedos, pero la voz no tembló—. Y yo le creería. Otra vez.

Se apartó de la pared. Por costumbre, dio dos pasos hacia la torre norte, donde cada noche lo esperaba la silla junto a la puerta de Andrea. Se detuvo. Esa noche no podía subir. Si ella despertaba y lo veía así, pálido y doblado de dolor, iba a hacer preguntas.

—Esta noche dormiré en mi estudio —dijo—. Y busca un médico que no sea el del castillo. Alguien de la ciudad. Que suba por la escalera de servicio.

—Sí, majestad.

Corvan se fue. Darian se quedó un momento solo, respirando hondo, con una mano sobre el vientre.

Desde el salón llegaba la música de la Vigilia, las risas, el crujido de las chimeneas encendidas. Pensó en ella, sentada a su lado con la

cinta verde en la trenza, oliendo el vino con los ojos cerrados. Pensó en sus manos rojas el día de la llegada. En la manera en que había dicho *Darian* la noche de bodas, como si el nombre le costara.

Pensó en las cartas del cofre de fresno.

Una corona sí.

Ella había elegido la corona, no a él. Lo sabía. Y aun así, esa noche, él la había elegido a ella sin dudar, sin preguntarse siquiera si lo merecía.

Se odió por eso. Por seguir siendo, después de tantos años, el niño del jardín. Y siguió caminando, despacio, hacia su estudio.

✦

En la mesa principal, Seraphine Ravelin sonreía al señor de Hrenn, que le contaba por tercera vez la muerte de su hermano en el paso.

No había dejado de mirar la silla vacía del rey desde que él se levantó.

Había visto el gesto de la manga. Había visto las dos copas. Ella, que llevaba media vida sin quitarle los ojos de encima a Darian Vhalor, lo había visto todo.

Y por primera vez en mucho tiempo, las manos de Seraphine, cruzadas sobre el mantel, no estaban quietas.

Temblaban.

CAPÍTULO 11

Cera verde

El rey estuvo enfermo dos días, y el castillo dijo que había sido el cordero.

Andrea lo oyó en la cocina, entre el ruido de las ollas. Que el rey había comido demasiado en la Vigilia. Que el cordero estaba pasado. Que un médico de la ciudad había subido por la escalera de servicio, de noche, con la capucha puesta, y que eso no era costumbre.

—El médico del castillo está furioso —dijo Brunna, picando cebolla con más fuerza de la necesaria—. Y yo también. Mi cordero no estaba pasado. Nadie más se enfermó.

Andrea dejó de pelar la papa que tenía en la mano.

—¿Qué síntomas tiene?

—Sueño. Dicen que durmió un día entero. Y el estómago. —Brunna se encogió de hombros—. Corvan no deja entrar a nadie.

Sueño pesado. Dolor de vientre que parece una indigestión.

La marca le dio un latido sordo, como un golpe en una puerta lejana.

Andrea pensó en la copa de la Vigilia. En el olor a almendra que había sentido y que después ya no estaba. En la manga de terciopelo negro cruzando la mesa.

No. No podía ser. El vino de la mesa principal venía de la misma jarra para todos. Si alguien había envenenado la jarra, la mitad de la

corte estaría en cama. Y si alguien había envenenado solo una copa, esa copa era la de ella, y ella estaba bien.

A menos que no hubiera estado envenenada solo la suya.

A menos que alguien hubiera querido matarlos a los dos.

El pensamiento la dejó helada. Le dio vueltas muchas veces esa tarde, sentada en el banco junto a la puerta del patio, sin llegar a ninguna parte. Nunca se le ocurrió la respuesta verdadera. Ni siquiera podía imaginarla. En el mundo de Andrea, nadie bebe veneno por otro. Mucho menos por ella.

✦

Esa noche preparó el remedio con sus propias manos.

Raíz de malvavisco, que calma el vientre. Un poco de carbón de abedul, muy fino. Hojas de ortiga blanca para limpiar la sangre. Miel de brezo, que Tilde consiguió sin decir de dónde. Lo dejó reposar junto al fuego hasta que el agua se puso del color del té claro, y lo vertió en una botellita de barro tapada con cera.

Luego buscó a Corvan.

Lo encontró en la galería sobre el patio de armas, revisando el cambio de guardia. El capitán se cuadró al verla.

—Majestad.

—No le diga que es mío. —Andrea le puso la botellita en la mano antes de que pudiera negarse—. Dígale que es del médico de la ciudad. Tres sorbos al despertar, tres antes de dormir, durante cuatro días.

Corvan miró la botellita. Luego la miró a ella.

—¿Por qué no quiere que sepa que es suyo?

Andrea pensó en la noche de bodas. *Las Arvell siempre dicen eso.*

—Porque no se lo tomaría.

Corvan guardó silencio un momento. Tenía la expresión de un hombre que carga algo pesado y no puede dejarlo en el suelo.

—Majestad —dijo al fin, muy bajo—, hay cosas que yo…

Se calló. Unos pasos se acercaban por la galería. Kiara pasó a su lado con dos damas, miró la botellita en la mano del capitán, miró a Andrea, y siguió caminando con la barbilla en alto.

—¿Hay cosas que usted qué, capitán?

Corvan se guardó el remedio en la chaqueta.

—Hay cosas que yo le llevaré al rey, majestad. Esta noche.

Y se fue.

Andrea se quedó en la galería, mirando el patio vacío, la piedra negra donde habían mezclado su sangre. Sacó del bolsillo otra cosa que llevaba toda la tarde encima: una carta, doblada en cuatro, cerrada con cera verde, sin sello. Era para Nívea.

La había escrito la noche anterior, con el estómago vacío. No pensaba mandarla. Pensaba quemarla, como quemaba todo lo que escribía. Pero el correo para Valedria salía al amanecer, una vez al mes, y Corvan era quien entregaba la valija al mensajero.

Se la había querido dar junto con el remedio. No se atrevió.

A la mañana siguiente, antes de que saliera el sol, bajó a las caballerizas y la metió ella misma en la valija de cuero, entre las cartas del rey a su padre, mientras el mensajero ensillaba el caballo.

Nadie la vio. Eso creyó.

✦

Kiara no sabía leer bien la letra valedriana. Las letras eran demasiado redondas y se enroscaban como enredaderas.

Pero sabía reconocer la cera verde. La había visto en el escritorio de la torre norte, el día que subió a llevarle el vestido negro.

Sacó la carta de la valija en el patio de las caballerizas, en el minuto que el mensajero tardó en ir a buscar sus guantes, con el corazón golpeándole tan fuerte que creyó que el caballo lo iba a oír. No sabía exactamente para qué la quería Seraphine. Sabía que Seraphine le había dicho, semanas atrás, mientras le trenzaba el pelo como cuando era pequeña: "Si la valedriana escribe a su casa, me

gustaría saber qué dice. Por tu hermano. Él no ve lo que no quiere ver. Nosotras sí."

Nosotras. A Kiara le había gustado esa palabra.

Desde que Darian era rey, su hermano no tenía tiempo para nada. Ni para cabalgar con ella, ni para las partidas de tablero en la biblioteca, ni para escucharla. Y ahora había llegado esa muchacha de manos rojas que los criados ya llamaban *la señora*, y Darian la miraba. Kiara lo había visto mirarla en la Vigilia. La miraba como antes la miraba a ella cuando era pequeña y se caía del caballo: como si algo pudiera romperse.

Le llevó la carta a Seraphine esa misma mañana.

Seraphine la tomó con dos dedos, le dio las gracias, le acarició la mejilla y le dijo que era muy valiente.

Kiara se fue contenta. No preguntó qué iba a pasar con la carta.

Nunca preguntaba.

✦

Seraphine leyó la carta de Andrea tres veces, sentada en el borde de su cama, con la puerta cerrada con llave.

Querida Nívea:

No sé si te llegará esto. No sé si quiero que te llegue. Te escribo porque si no se lo digo a alguien me voy a volver piedra, como todo aquí.

Kaldor es frío. No el frío de afuera, ese se aguanta. El otro. Aquí nadie me quiere, salvo una anciana que me enciende el fuego y una cocinera que antes me odiaba. La reina madre me mira como a un insecto. Hay una dama, lady Seraphine, que es tan perfecta que da miedo, y que me trata con tanta amabilidad que todavía no sé si es buena o si es la persona más peligrosa que he conocido.

Seraphine se detuvo en esa línea. Sintió algo raro en la garganta. No lo nombró.

Y él. No sé cómo hablarte de él. Me mira como si yo le hubiera hecho algo horrible y no sé qué. Me puso guardias en la puerta. No me habla. Creo que me odia, Nívea. Y lo peor es que yo vine con una esperanza tonta, de niña, y la tengo que matar todos los días al despertar, y todos los días vuelve.

No te preocupes por mí. El pacto es solo un precio. Lo pagaré como se paga una deuda: sin mirar. Ya aprendí en casa a vivir donde no me quieren. Aquí solo tengo que hacerlo más lejos.

Cuida el árbol del jardín, si puedes. No le digas a nadie que te lo pedí.

Tu hermana, A.

Seraphine dobló la carta.

Se quedó un largo rato mirando sus propias manos. Pensó en la vara de avellano sobre la mesa del tocador de su madre. En las cien pasadas del cepillo. En la cacería de los quince años, en el barranco de los ciervos, cuando se interpuso entre Darian y un jabalí herido y el colmillo le abrió el muslo hasta el hueso, y su padre, en lugar de abrazarla, le dijo: "Bien. Ahora te debe la vida. No lo desperdicies."

No lo había desperdiciado. Ocho años. Ocho años de ser perfecta para un hombre que la miraba con gratitud y nunca, ni una sola vez, como había mirado a esa muchacha en la Vigilia antes de cambiarle la copa.

Y la muchacha ni siquiera lo sabía.

Creo que me odia, Nívea.

Seraphine apretó los labios. Si alguien le hubiera dicho en ese momento que Andrea Arvell sufría, no lo habría creído. Las que sufren de verdad no tienen dones que despiertan solos, ni criados que se arrodillan en los pasillos, ni reyes que beben veneno por ellas. Las que sufren de verdad cuentan hasta cien.

Abrió el cajón con llave. Sacó el fajo atado con cinta azul: las cartas originales de la infancia, las que la niña Andrea había escrito durante años desde Valedria y que nunca llegaron a manos de Darian.

Debajo, papel en blanco del mismo tipo que usaban en la casa Arvell. Y una pluma fina, de punta cortada a la manera de Valedria, con la que había practicado la letra de Andrea durante años, hasta que le dolía la mano.

No necesitaba inventar mucho. Eso era lo bueno. Nunca lo había necesitado.

✦

Darian se había levantado ese día por primera vez desde la Vigilia.

Todavía estaba pálido. Tenía sobre el escritorio la botellita de barro que Corvan le había traído, a medio vaciar. "Del médico de la ciudad", le había dicho el capitán, sin mirarlo a los ojos. Darian lo sabía. El médico de la ciudad le había dejado un jarabe de amapola que olía a tierra podrida. Esto olía a miel de brezo y a algo verde. Esto olía al jardín de detrás de las cocinas de la casa Arvell.

No le preguntó a Corvan. Se lo tomó igual, tres sorbos al despertar, tres antes de dormir. Y cada vez que lo hacía, algo en el pecho se le aflojaba un poco, como un nudo mal hecho.

Esa tarde había decidido algo. Lo había decidido mirando el fuego, con la botellita en la mano. Iba a subir a la torre norte. No sabía qué iba a decir. Quizá solo *gracias*. Quizá una pregunta, una sola, la que llevaba once años sin hacer: *¿por qué me escribiste esas cartas?*

Ya iba a salir cuando llamaron a la puerta.

Era Seraphine.

Estaba pálida, también. Traía un papel doblado en las manos, apretado contra el pecho, y por primera vez en todos los años que él la conocía, tenía los ojos enrojecidos.

—Perdóname —dijo—. No sabía si venir. Lo pensé todo el día.

—¿Qué pasa?

—Kiara encontró esto. En la valija del correo a Valedria. —Seraphine bajó la vista—. Ella no debería haberlo tocado, lo sé. La regañé. Pero lo leyó, y vino llorando a mí, y yo… —Le tembló la voz—.

Tú me pediste una vez que nunca te mintiera, Darian. Nunca lo he hecho.

Le tendió la carta.

Cera verde, sin sello. Letra redonda, inclinada a la derecha. La letra que él conocía de memoria.

La abrió.

Querida Nívea:

Kaldor es frío, como te imaginabas. Aquí nadie me quiere, salvo una anciana que me enciende el fuego y una cocinera a la que me gané con un truco de feria. Ya verás cómo los demás caen igual.

La reina madre me mira como a un insecto. Hay una dama, lady Seraphine, que es tan perfecta que da miedo. Es la única que me preocupa. Todos aquí la prefieren a ella.

Y él. Me mira como si yo le hubiera hecho algo horrible. Sigue creyendo en jardines, Nívea, ¿puedes imaginarlo? Un rey, y todavía guarda la mitad de un medallón de cuando tenía doce años. Me puso guardias en la puerta, como si no supiera que yo ya estoy dentro.

No te preocupes por mí. Extraño la casa, los bailes, mis vestidos y los jardines de madre; aquí todo es piedra y frío. Pero el pacto es solo un precio, y lo pagaré sin mirar, hasta que la corona sea mía de verdad y no de nombre. Solo tengo que esperar a que él vuelva a creer.

Le mandé un remedio para el estómago, con su capitán, haciéndolo pasar por el del médico. Se lo está tomando. Los hombres a los que curaste una vez de niños siempre vuelven a abrir la boca cuando les acercas la cuchara.

Tu hermana, A.

Darian leyó la carta una vez. Despacio. Después se quedó inmóvil, con el papel en la mano, mirando la última línea.

Las frases eran de ella. Las reconocía. Las reconocía porque eran exactamente las mismas cosas que él había visto con sus propios ojos: Tilde encendiendo el fuego, la cocinera que se había rendido, los

guardias en la puerta, el remedio con olor a miel. Todo era verdad. Todo había pasado.

Solo que ahora él sabía por qué.

—Darian —susurró Seraphine—. Lo siento tanto.

Él no respondió. Se volvió hacia el escritorio. Tomó la botellita de barro, todavía a medias, todavía tibia de haber estado junto al fuego.

La miró un largo rato.

Y entonces la estrelló contra la piedra negra de la chimenea, y el olor a miel de brezo y a jardín llenó la habitación como un recuerdo que no se puede echar.

Seraphine dio un paso hacia él, despacio, y le puso una mano en la espalda. Darian no la apartó.

No vio su cara. No vio que Seraphine cerraba los ojos, no de alivio, sino como quien acaba de cortarse con su propio cuchillo.

Arriba, en la torre norte, Andrea dormía con la mano sobre la mitad del medallón, y soñaba que alguien subía las escaleras para decirle *gracias*.

Nadie subió.

Esa noche, él no fue. Por la mañana, el fuego estaba apagado y la silla junto a la puerta, fría.

Andrea se dijo que ya no iba a esperarlo. Que era mejor así. Pero esa noche, y la siguiente, y muchas después, se quedó despierta mirando la puerta un rato más de la cuenta. Por si acaso. Por si todavía quedaba una pizca de algo.

CAPÍTULO 12

Lo que crece entre piedras

Pasaron tres años.

Tres años de pasillos fríos y cenas en silencio, de reverencias exactas y puertas que se cerraban un instante antes de que ella llegara. Los guardias de los corredores aprendieron a mirarla pasar sin verla, y ella aprendió a caminar como si no estuvieran. Darian la saludaba en los salones con una inclinación de cabeza y no volvía a mirarla; hubo estaciones enteras en que no cruzaron diez palabras. Con el tiempo, porque la corte empezaba a murmurar, volvió a subir de noche a la torre norte y a sentarse en la silla junto a la puerta. Pero ya no alimentaba el fuego. Se sentaba, esperaba a que amaneciera y se iba. Y Andrea, que ya no lo esperaba despierta, a veces lo oía salir en la madrugada y fingía dormir. Lo único que creció en esos tres años fue el jardín que Andrea le había arrancado a la grava de un patio olvidado, y que sobrevivió a tres inviernos de Kaldor cuando nadie, ni siquiera ella, creía que pudiera.

✦

La primavera llegó a Kaldor tarde y de mala gana, como un invitado que no quiere quedarse.

En Valedria, a esas alturas del año, los almendros ya habrían soltado sus flores y los viñedos estarían cubiertos de hojas nuevas. Aquí la nieve se retiraba de los techos poco a poco, dejando manchas

grises en la piedra negra, y el viento seguía bajando de las montañas con un filo que cortaba las mejillas. Pero el sol duraba un poco más cada tarde. Y en el patio interior del ala este, donde nadie iba nunca, Andrea había visto brotar las primeras hojas del año en su jardín.

No era gran cosa, ni siquiera después de tres años. Un rectángulo de tierra que había arrancado a la grava con las manos y con una pala prestada de las cocinas. Cuatro hileras: menta, salvia, tomillo, y un borde de caléndulas que todavía no se decidían a abrir. En una esquina, protegidas por un murete de piedras sueltas, unas matas de lavanda que Tilde le había conseguido de un mercader del puerto bajo. Y en el centro, sola, una planta de hojas plateadas que Andrea no sabía nombrar, nacida de una semilla que había encontrado en el fondo de su baúl, perdida entre la ropa que había traído de Valedria.

Cada mañana, antes de que el castillo despertara, bajaba con una jarra de agua. Era la única hora del día en que nadie la miraba.

—Le está hablando otra vez —dijo una voz desde la arcada.

Andrea levantó la cabeza. Tilde se acercaba despacio, apoyada en su bastón, con un chal de lana sobre los hombros encorvados.

—No le estaba hablando.

—Le estaba hablando a la salvia. Yo la oí. Le dijo que no fuera tan perezosa.

Andrea sonrió sin querer. Era una sonrisa pequeña, de las que se le escapaban solo con Tilde.

—La salvia sí es perezosa.

—Como todos en este castillo antes del mediodía. —La anciana se sentó en el banco de piedra con un gemido—. Maren le manda decir que ya se sabe de memoria las hierbas que usted le enseñó. Y la cocinera quiere saber qué le puede echar al caldo de los soldados, que andan todos con tos.

—Tomillo. —Andrea cortó tres ramitas y se las tendió—. Que lo hierva hasta que el agua se ponga amarilla.

Tilde las guardó en el delantal. Se quedó mirando las hileras un rato, con los ojos entrecerrados.

—Antes de usted, hacía casi veinte años que nadie plantaba nada en este patio —dijo—. La reina Ravena lo mandó cubrir de grava cuando llegó al castillo. Decía que las flores le recordaban al funeral de su primer hijo.

Andrea dejó la jarra en el suelo.

—No lo sabía.

—Nadie se lo iba a decir, mi señora. —Tilde le sostuvo la mirada —. Aquí nadie dice nada. Solo se espera a ver qué pasa.

✦

Kiara Vhalor tenía diecinueve años y la costumbre de mirar por las ventanas.

Era lo único que el castillo le permitía hacer sin pedir permiso. Su madre decidía sus vestidos, sus maestros, sus horas de comida. Su hermano decidía todo lo demás. Pero nadie había pensado en prohibirle las ventanas, y desde las del corredor alto del ala este se veía el patio interior entero, como un pozo cuadrado de luz gris.

Por eso lo vio.

Fue una tarde, a la hora en que Darian volvía del consejo. Kiara esperaba que subiera por la escalera principal, como siempre, para salirle al encuentro y contarle lo de la yegua nueva. Pero él no subió. Se desvió por la galería del ala este, se detuvo en la arcada que daba al patio, y se quedó allí.

Quieto.

Mirando.

En el patio no había nadie. Solo esa mancha verde que la valedriana había plantado en la grava, con sus florecitas de campesina y su olor a cocina. Darian la miró como Kiara nunca lo había visto mirar nada. No era la mirada que les dedicaba a los mapas ni a los embajadores. Tampoco la que le dedicaba a ella

cuando le pedía algo. Era otra cosa. Algo que Kiara no supo nombrar, pero que le cerró la garganta.

Él estiró la mano. Rozó con la punta de los dedos una hoja de lavanda. Después se olió los dedos, cerró los ojos un instante y se fue.

Esa noche, Kiara no pudo dormir.

En la cena, Seraphine le había dicho, con esa voz suave que usaba para las cosas importantes:

—No te preocupes por ella, querida. Tu hermano sabe lo que es. Una Arvell no cambia nunca.

Pero Seraphine no había visto la mano de Darian sobre la lavanda.

Kiara sí.

✦

Andrea bajó al patio antes del amanecer, como siempre, con la jarra contra el pecho.

Supo que algo andaba mal antes de cruzar la arcada. No por lo que vio, sino por el olor. Olía a tierra abierta. A savia derramada. A ese olor verde y agrio que tienen los tallos cuando los parten.

Se detuvo en el umbral.

El jardín no estaba.

En su lugar había un rectángulo de tierra revuelta, como si un animal hubiera escarbado buscando algo enterrado. Las matas de salvia estaban arrancadas de raíz y tiradas contra el muro. El tomillo, pisoteado hasta quedar convertido en una pasta oscura. Las caléndulas, que nunca alcanzaron a abrir, yacían con los capullos aplastados. Alguien había volcado el murete de piedras sobre la lavanda. Y en el centro, donde había estado la planta de hojas plateadas, solo quedaba un hoyo.

La jarra se le resbaló de las manos. El agua se derramó sobre sus zapatos sin que lo sintiera.

Andrea se arrodilló.

No lloró. Hacía mucho que había aprendido a no llorar delante de la tierra, como si la tierra pudiera ofenderse. Recogió una rama de salvia. Las raíces colgaban rotas, blancas, todavía húmedas. Ya no había nada que hacer por ella. Lo supo en la yema de los dedos, en ese hilo tibio que le corría por dentro cada vez que tocaba algo vivo, y que ahora no encontraba nada.

Había huellas en el barro. Pequeñas. Botas finas, de tacón estrecho. No eran de un mozo de establo ni de un soldado.

Y junto al hoyo del centro, enganchada en una piedra, una cinta de seda color lila.

Andrea la tomó entre los dedos. La conocía. La había visto la noche anterior, en el pelo de Kiara Vhalor, durante la cena. La princesa la había mirado todo el tiempo, con esos ojos grises idénticos a los de su hermano, y Andrea había pensado que era curiosidad.

No era curiosidad.

Se quedó un largo rato con la cinta en la mano.

Pensó en ir a buscarla. En dejarle la cinta sobre la mesa del desayuno, delante de la reina madre, delante de Seraphine, delante de todos. Pensó en la cara que pondría Ravena. Y supo muy bien cómo terminaría. *La valedriana acusa a la princesa. La valedriana miente. La valedriana no sabe cuál es su lugar.* Kiara lloraría. Darian la miraría con ese odio que no entendía. Y al día siguiente, alguien echaría sal en la tierra para que nada volviera a crecer.

En Valedria había aprendido una cosa: las batallas que se pelean a la vista se pierden siempre.

Andrea dobló la cinta con cuidado y se la guardó en la manga.

Después se levantó, fue a buscar la pala a las cocinas y empezó otra vez.

✦

Tilde la encontró a media mañana, con el vestido manchado de barro hasta los codos y el pelo pegado a la frente.

La anciana no dijo nada al principio. Miró la tierra revuelta, las ramas muertas apiladas contra el muro, las nuevas hileras que Andrea estaba trazando con un palo. Después miró a Andrea.

—¿Quién fue?

—No lo sé.

Tilde chasqueó la lengua.

—Mi señora miente igual de mal que mi difunto marido. Él también se quedaba mirando el suelo.

Andrea siguió cavando.

—Si lo supiera —dijo despacio—, no cambiaría nada. Y si lo dijera, sería peor.

La anciana se quedó callada un momento. Luego dejó el bastón contra el banco, se arremangó y, con un crujido de rodillas que hizo que Andrea levantara la cabeza alarmada, se agachó a su lado.

—Tilde, no. Su espalda…

—Mi espalda lleva setenta años doblándose para gente que no la merecía. —La anciana hundió las manos en la tierra—. Hoy se dobla para quien yo quiera.

Al mediodía apareció Bram, el mozo de los establos, un muchacho pecoso que todavía cojeaba un poco desde que Andrea le había curado la mordida de un perro en invierno. Traía una carretilla con estiércol viejo de caballo y la cara roja de vergüenza.

—La señora Tilde dijo que hacía falta —murmuró.

Por la tarde fue Maren, la hija de la cocinera, que ya tenía diez años y las trenzas más largas, pero seguía igual de flaca y de seria. Traía un pañuelo anudado. Lo abrió con mucha ceremonia sobre el banco de piedra.

Semillas. Un puñado desordenado de semillas: de calabaza, de habas, de girasol, algunas que Andrea no reconoció.

—Las guardé de la cocina —dijo la niña—. Mamá dice que no se tiran.

Andrea se agachó para quedar a su altura. Tomó una semilla de girasol, grande, rayada, y la sostuvo frente a sus ojos.

—Tu mamá tiene razón —dijo—. Nunca se tiran. Cualquiera de estas puede ser un árbol, si alguien tiene paciencia.

—¿Hasta esta chiquita?

—Sobre todo esa.

Trabajaron hasta que la luz se volvió azul. Cuando terminaron, el patio no se parecía en nada al jardín de antes. Era más desordenado. Las hileras no estaban rectas. Había habas donde debería haber salvia y girasoles en el lugar de la lavanda, que Andrea había logrado rescatar a medias, dos matas maltrechas que replantó contra el muro más soleado.

Pero estaba vivo.

Cuando todos se fueron, Andrea se quedó sola. Se sentó en el borde de la tierra recién removida, con las manos sucias sobre las rodillas, y miró el hoyo vacío del centro. No había podido salvar la planta de hojas plateadas. No sabía qué era, y ahora nunca lo sabría.

Metió la mano en el bolsillo del vestido y sus dedos tocaron algo duro y pequeño.

Una semilla. Una sola, negra, pequeña como una lenteja. La última del puñado que había traído de Valedria, del jardín detrás de las cocinas. Hermana de aquella que, la noche de la fiesta de Nívea, había florecido blanca y con luz propia durante un instante, antes de apagarse.

La había guardado para algo. No sabía para qué.

Andrea la miró largo rato. Luego se inclinó sobre el hoyo vacío, la puso en el fondo y la cubrió con tierra.

—No tienes que florecer —le susurró—. Solo quédate.

Echó encima el agua que le quedaba en la jarra.

Durante un segundo, nada. Después, bajo la tierra, algo se movió: un temblor mínimo, como el de un corazón diminuto. Y la marca pálida sobre su pecho, la que ardía cuando tenía miedo, se calentó apenas. No ardió. Solo se calentó, como una mano tibia apoyada ahí.

Andrea se llevó la mano al pecho, desconcertada.

No había miedo. No había peligro. Había solo una semilla bajo la tierra y un patio vacío y el cielo oscureciendo sobre las torres de piedra negra.

Se quedó allí hasta que las campanas tocaron la hora de la cena. Entonces recogió la jarra vacía, se sacudió la tierra de la falda y se fue por la escalera de las cocinas, sin mirar atrás.

El patio quedó vacío.

✦

Una hora más tarde, Darian pasó por el ala este. No tenía por qué hacerlo.

El camino más corto desde la sala del consejo hasta sus habitaciones era la escalera principal. Lo sabía todo el castillo. Lo sabía él. Y aun así, desde hacía semanas, sus pies tomaban el desvío por la galería sin consultarle, como un caballo que conoce el camino de vuelta al establo.

Se detuvo en la arcada.

Ya era de noche. Una sola antorcha ardía en el muro, y su luz alcanzaba apenas para mostrar el patio. Tardó un momento en entender qué estaba viendo. La tierra estaba revuelta, las hileras distintas, torcidas. Había plantas que no estaban antes y faltaban otras. Contra el muro, un montón de ramas secas.

Y la lavanda, la que él había tocado el día anterior, estaba casi destruida. Dos matas sobrevivientes, inclinadas, como soldados después de una batalla.

Darian bajó los tres escalones del patio. Se agachó junto a las ramas muertas. Tomó una de salvia y la giró entre los dedos. Las

raíces estaban arrancadas, no cortadas. Alguien había usado las manos. Alguien había querido romper.

Sintió una furia sorda subirle por el pecho, tan repentina que lo sorprendió.

Se dijo que no le importaba. Que era solo un jardín. Que una mujer que se burlaba del pacto en sus cartas, que había venido a Kaldor por la corona, que había aprendido a sonreírles a los criados para tenerlos de su lado, no merecía que él se agachara en la tierra a las nueve de la noche a mirar plantas rotas.

Pero ella había vuelto a plantar.

Eso era lo que no le cuadraba. No había ido a quejarse. No le había mandado un mensaje lleno de lágrimas, ni había hecho una escena delante de Ravena. Nadie en el consejo había mencionado nada. Ella simplemente se había arrodillado en el barro y había empezado de nuevo, como si fuera lo más natural del mundo.

Como una niña de nueve años que, una vez, en un jardín de Valedria, había cavado en la tierra helada buscando hierbas para curarle la mano a un desconocido.

Darian soltó la rama como si quemara.

No. No iba a pensar en eso. Había pasado años aprendiendo a no pensar en eso. Las cartas habían sido claras. *El príncipe solitario que creyó que una Arvell lo esperaría.* La letra de ella, redonda e inclinada. Las palabras de ella.

Se levantó. Subió los escalones. En la galería se cruzó con Corvan, que hacía su ronda.

—Majestad.

—Capitán. —Darian no se detuvo. Pero a los dos pasos se volvió —. A partir de mañana quiero un guardia en esa arcada. Día y noche.

Corvan miró el patio, luego a su rey, con una expresión que se cuidó muy bien de mantener neutra.

—¿Para vigilar a la reina, majestad?

Darian tardó un segundo de más en responder.

—Para que nadie entre sin que yo lo sepa.

No dijo *para protegerla.* No dijo *para que nadie vuelva a tocar lo que ella planta.* Las palabras se le quedaron atoradas detrás de los dientes, donde se le quedaban siempre.

✦

A la mañana siguiente, cuando Andrea bajó con su jarra, había un soldado apostado en la arcada. Alto, con la lanza al costado y el emblema de los Vhalor en el pecho.

Le hizo una reverencia rígida y se apartó para dejarla pasar.

Andrea sintió sus ojos en la espalda todo el tiempo que estuvo regando.

Así que ahora me vigilan, pensó. *Así que ya ni siquiera aquí.*

Apretó los labios y siguió regando, hilera por hilera, sin levantar la vista. No le daría a nadie el gusto de verla dejar de venir.

En el centro del patio, donde había enterrado la semilla negra, la tierra estaba intacta. Ni un brote. Ni una grieta.

Andrea se agachó y apoyó la palma sobre ella.

Debajo, muy hondo, algo latía.

✦

Mientras Andrea regaba su patio, encerrada entre los muros del castillo, toda Kaldor miraba hacia otro lado: hacia los campos.

En un reino de piedra y nieve, el trigo de los valles bajos era lo único que separaba a la gente del hambre. De esa cosecha dependía el pan de todo el próximo invierno. Si fallaba, el hambre llegaba antes que la nieve. Por eso, cada primavera, los campesinos recorrían sus campos al amanecer, espiga por espiga, como quien revisa la frente de un hijo enfermo.

Esa misma mañana, a medio día de camino del castillo, en el valle de Tannenmoor, un campesino llamado Osric Tannen se arrodilló

junto a su primera siembra de la estación. Arrancó una espiga verde y la acercó a los ojos.

En la base del tallo, la planta se estaba volviendo gris como la ceniza.

Osric levantó la vista hacia el resto del campo. Y vio que no era la única.

CAPÍTULO 13

La ceniza en el trigo

Al principio, nadie le dio importancia.

Osric Tannen arrancó las espigas grises, las quemó al borde del camino y pensó que con eso bastaba. Sus vecinos pensaron lo mismo cuando la mancha apareció en sus campos una semana después. Y los vecinos de sus vecinos. La primavera se fue volviendo verano, y la mancha gris fue bajando por el valle como baja el agua, campo por campo, sin que nadie supiera de dónde venía.

Para mediados del verano, la enfermedad ya tenía nombre en las tabernas del puerto bajo.

La llamaban *la ceniza*. Empezaba en la base del tallo como una mancha gris, del color del hollín frío, y subía. En diez días la espiga se doblaba. En veinte, el campo entero parecía haber pasado por un incendio que no había dejado llamas, solo polvo. Los campesinos de las tierras bajas arrancaban las plantas enfermas y las quemaban, y al día siguiente la mancha aparecía en las sanas. Rezaban a los dioses de la piedra. Echaban sal. Echaban cal. Nada.

Andrea lo supo por Tilde, que lo supo por la cocinera, que lo supo por su cuñado, que tenía tres campos de trigo junto al río y ya había perdido dos.

—En el consejo dicen que es castigo —le contó la anciana una mañana, mientras le cepillaba el pelo—. Que la tierra de Kaldor no quiere lo que vino de afuera.

Andrea vio su propio reflejo en el espejo de bronce. Pálido. Quieto.

—Lo que vino de afuera —repitió.

—No lo dicen con esas palabras, mi señora. —El cepillo se detuvo —. La reina madre nunca dice nada con esas palabras.

✦

El consejo se reunía en la sala de las columnas negras, y Andrea nunca había sido invitada.

Tampoco esa tarde. Pero esa tarde no le importó. Se quedó de pie en la galería, junto a la puerta entornada, con las manos cruzadas sobre el vientre como una esposa paciente, y escuchó.

—... cuatrocientos sacos de trigo perdidos en el valle de Tannenmoor —decía una voz gruesa, el tesorero—. Si sigue así, para el otoño no habrá con qué llenar los graneros reales. Y en invierno...

—En invierno compraremos a Valedria —dijo Ravena. Su voz era tan suave que costaba oírla—. Al fin y al cabo, la reina es de allá. Seguro que su padre estará encantado de vendernos su trigo al precio que él quiera.

Hubo risas cortas. Andrea apretó los dedos.

—Basta. —Era Darian. No levantó la voz; no necesitaba—. Quiero un informe de cada campo afectado. Dónde empezó, cuándo, qué semilla usaron. Mañana.

—Majestad, los campesinos no saben escribir...

—Entonces mande a alguien que sepa preguntar.

Andrea se apartó de la puerta antes de que la sesión terminara. Mientras se alejaba por la galería, repitió en silencio la pregunta de Darian. *Qué semilla usaron.*

Era la pregunta correcta.

Y nadie en esa sala sabría qué hacer con la respuesta.

✦

Salió del castillo al amanecer del día siguiente, con una capa de lana parda que le había prestado la cocinera y una cesta al brazo. Bram la esperaba en la puerta de las caballerizas con dos mulas y la cara de quien está a punto de cometer el error de su vida.

—Si el capitán se entera, mi señora...

—El capitán ya se enteró —dijo una voz detrás de ellos.

Corvan salió de la sombra del arco, con la capa del uniforme y la espada al cinto. Andrea se quedó rígida. Bram se puso del color de una remolacha.

—Majestad —dijo Corvan, con una reverencia correcta—. Tengo órdenes de no dejarla salir sola del recinto.

—¿Órdenes del rey?

El capitán dudó apenas.

—Órdenes del rey.

Por supuesto. El guardia en la arcada del patio. El soldado que la seguía por los pasillos a diez pasos. Ahora esto. Andrea sintió la vieja vergüenza subirle por el cuello, la de Valedria, la de ser vigilada como se vigila a un perro que muerde.

Pero alzó el mentón.

—Entonces no voy sola —dijo—. Voy con usted. Necesito llegar al valle de Tannenmoor antes del mediodía.

Corvan la miró un largo momento. Era un hombre de rostro curtido, con barba rojiza, una cicatriz vieja en el mentón y ojos que no sabían mentir. Andrea vio cómo sopesaba las órdenes contra algo que no estaba escrito en ellas.

—Tannenmoor —dijo al fin—. Mi hermana vive allá. —Se volvió hacia Bram—. Ensilla mi caballo. La reina no va a ir en mula.

✦

El valle olía a quemado.

No a madera. A algo más dulce y más triste: paja húmeda, grano podrido, humo que no terminaba de subir. Desde el camino, los

campos parecían cubiertos de escarcha en pleno verano. Gris sobre gris, hasta la orilla del río.

Osric Tannen era un hombre ancho, de manos como raíces, que los recibió con el sombrero apretado contra el pecho y una desconfianza que no se molestó en esconder. Detrás de él, en la puerta de la casa, una mujer con un niño en la cadera.

—Mi señora reina viene a ver la ruina —dijo Osric—. Muy amable.

—Vengo a ver la tierra —dijo Andrea—. Si me deja.

Se arrodilló en el borde del primer campo sin esperar respuesta.

Oyó que Corvan daba un paso hacia ella, como si fuera a decirle que una reina no debía arrodillarse en el barro. Pero no dijo nada. Se quedó donde estaba. Andrea no lo miró. Ya tenía las manos en la tierra.

Al principio no sintió nada. Solo frío, humedad, el peso del barro. Después, lentamente, como cuando los ojos se acostumbran a la oscuridad, el hilo tibio que le corría por dentro empezó a buscar. Tocó raíces. Raíces enfermas, débiles, que se deshacían como pan mojado. Y entre ellas, algo más. Hilos finísimos, blancos, que no eran del trigo. Se extendían bajo la superficie como una telaraña, de planta en planta, de surco en surco.

Siguió los hilos con la punta de los dedos. No venían del río.

Venían de la semilla.

Andrea arrancó una planta con cuidado, sacudió el barro y buscó en la base, donde el tallo se unía a la raíz. Ahí estaba: el resto del grano de siembra, hinchado, ennegrecido, cubierto de un polvo gris que se le pegó a los dedos.

—¿De dónde sacó la semilla? —preguntó.

Osric frunció el ceño.

—La que dan en el granero real. Cada primavera. Se paga con la décima parte de la cosecha.

—¿Toda la semilla del valle salió de ahí?

—Casi toda. Aquí el invierno es largo, mi señora. Para cuando llega la primavera, la mayoría ya se comió el grano que había guardado para sembrar.

—¿Y los que sí guardaron la suya?

Fue la mujer de la puerta la que contestó. Se llamaba Hedda, supo Andrea después.

—La vieja Marga, allá arriba. Sembró de lo suyo, como siempre. —Se encogió de hombros—. Su campo está bien. Decían que era brujería.

Andrea se levantó. Tenía barro hasta los codos y una certeza fría y limpia en el pecho.

—No es brujería —dijo—. Ni castigo. Es un hongo. En Valedria lo llaman tizón gris. Sale cuando el grano se guarda en un lugar húmedo, sin aire. Se mete dentro de la semilla y espera. Cuando la semilla germina, el hongo germina con ella. Y después camina por debajo de la tierra, por el agua estancada, de raíz en raíz.

Hubo un silencio. Corvan la miraba como si nunca la hubiera visto.

—El granero real —dijo él despacio— está bajo la muralla norte. Se inundó en el deshielo.

Andrea asintió.

—Entonces toda la semilla que salió de ahí está enferma.

✦

Lo que vino después no tuvo nada de mágico, y eso fue lo que más le costó explicar.

Había que abrir zanjas para que el agua de los surcos no se estancara. Había que arrancar y quemar las plantas enfermas lejos de las sanas, nunca al lado. Había que lavar las herramientas con agua hirviendo. Y había que preparar, en calderos, en grandes cantidades, una infusión de cola de caballo y ajo machacado con un poco de ceniza de leña, para rociar los tallos que todavía no tenían mancha.

—¿Cola de caballo? —repitió Osric—. ¿La yerba esa que sale en las zanjas?

—Esa misma. El hongo la odia.

—Mi abuela la usaba para lavar ollas.

—Su abuela sabía más que el consejo del rey —dijo Andrea, y Hedda soltó una carcajada que intentó tapar con la mano.

Volvió al día siguiente. Y al otro. Corvan la acompañó siempre, sin decir nada, y al tercer día Andrea lo encontró arremangado, cargando agua para los calderos junto a Bram. Al cuarto día apareció la hermana del capitán con sus tres hijos y un carro de cola de caballo recogida en el río. Al quinto, había gente de otros dos valles esperando en el camino.

Andrea les enseñaba a todos lo mismo. Tocaba la tierra de cada campo antes de decir qué hacer, y la gente empezó a fijarse en eso: que ella no adivinaba. Sabía. Ponía la palma sobre un surco y decía *este se salva* o *este hay que quemarlo*, y nunca se equivocaba.

En la casa de Osric, un perro viejo que no dejaba acercarse a nadie empezó a seguirla de campo en campo y a echarse a sus pies cuando ella se sentaba a comer pan. El niño de Hedda, que no había dicho una palabra a ningún extraño en su vida, le trajo una piedra blanca del río y se la puso en la mano sin explicar por qué.

Andrea la guardó en el bolsillo.

Algunas noches volvía al castillo tan cansada que se dormía con las botas puestas. Pero dormía. Por primera vez desde que había cruzado los desfiladeros, dormía sin soñar con puertas cerradas.

✦

Para el final del verano, el gris había dejado de avanzar.

No se salvó todo. Tannenmoor perdió casi la mitad de su trigo, y hubo dos valles al oeste donde nadie quiso escuchar a tiempo. Pero en el resto, las espigas que quedaban se pusieron doradas. Pesadas.

Cuando llegó la siega, en los primeros días frescos del otoño, los campesinos cortaron más grano del que nadie había esperado.

Y empezaron a contar la historia.

La contaban en los mercados y en las tabernas del puerto bajo, y la historia crecía cada vez que alguien la repetía. Que la reina extranjera se había arrodillado en el barro con su vestido de seda. Que hablaba con la tierra y la tierra le contestaba. Que un perro rabioso se le había echado a los pies como un cordero. Que con solo tocar un surco sabía si estaba vivo o muerto.

La llamaron la reina de las semillas.

Andrea no lo supo hasta la fiesta de la cosecha.

✦

Seraphine Ravelin conocía el sonido de una multitud que ama.

Lo había estudiado toda su vida. Lo había buscado en cada torneo, en cada procesión, en cada banquete donde se sentaba a la derecha de Ravena y sonreía exactamente lo justo. Era un sonido cálido, que subía desde el estómago de la gente, y ella había pasado quince años aprendiendo a provocarlo con gestos medidos: la limosna en el templo, la mano sobre la cabeza de un huérfano, la lágrima discreta en el funeral de un soldado.

Por eso lo reconoció de inmediato aquella tarde en la plaza del mercado, cuando la carroza real se detuvo frente al altar de la cosecha y la puerta se abrió.

No era para ella.

Andrea bajó de la carroza con un vestido verde oscuro, sencillo, sin una joya. Y la plaza estalló.

No fue el aplauso educado que la corte dedicaba a la realeza. Fue otra cosa. Las mujeres le tiraban espigas trenzadas a los pies. Un hombre enorme, con las manos como raíces, levantó a un niño sobre sus hombros para que la viera. Alguien gritó *¡la reina de las semillas!*

y cien voces lo repitieron, desordenadas, alegres, y el nombre rebotó contra los muros de piedra negra como una campana.

Andrea se quedó inmóvil en el estribo. Seraphine vio, desde la segunda carroza, cómo se le iba el color de la cara. Cómo miraba a la gente sin entender. Cómo, después, muy despacio, una de esas mujeres le ponía una corona de espigas en las manos, y Andrea la sostenía como si fuera de vidrio.

Y entonces sonrió.

No fue una sonrisa de corte. Fue torpe, temblorosa, casi infantil. La sonrisa de alguien que no está acostumbrado a que le den nada.

La plaza rugió.

Seraphine sintió que algo se le cerraba en el estómago, un puño helado. A su lado, Ravena no dejaba de sonreír a la multitud, pero tenía los nudillos blancos sobre el abanico.

—Tranquila —murmuró la reina madre sin mover los labios—. Esto pasa. El pueblo es como un niño. Se encapricha y se olvida.

—Sí, mi señora.

Pero Seraphine no estaba mirando a Andrea. Estaba mirando a Darian.

El rey había bajado de su caballo y estaba de pie junto a la carroza, a dos pasos de su esposa. No sonreía. Nunca sonreía en público. Pero tenía la cabeza ligeramente girada hacia ella, como quien escucha una música lejana, y en sus ojos grises había algo que Seraphine había esperado ver toda su vida.

Algo que nunca había sido para ella.

Toda una vida. La cacería, la pierna rota, la cicatriz que todavía le cruzaba el muslo. Las lecciones de su madre, las noches sin cena cuando se equivocaba de tenedor, las varas en las palmas cuando no recordaba los linajes de las siete casas. Una vida entera construyendo una reina pieza por pieza, con dolor, con hambre, con miedo.

Y esa valedriana sin don había llegado con las manos vacías y se había arrodillado en el barro.

Eso era todo.

Eso había bastado.

Seraphine bajó la vista hacia su regazo. Tenía las uñas clavadas en las palmas, tan hondo que, cuando abrió las manos, había cuatro medialunas rojas en cada una.

Esto no pasa, pensó. *Esto no se olvida. Esto crece.*

Y lo que crece, se arranca de raíz.

✦

El otoño pasó rápido, como pasan las cosas buenas.

Andrea volvió a su patio cada mañana, como siempre. Cosechó las habas, secó las semillas de los girasoles y cuidó las dos matas de lavanda que habían sobrevivido a todo. Y cada mañana, antes de irse, se agachaba en el centro del patio, donde había enterrado la última semilla negra de Valedria aquella tarde de primavera.

En todos esos meses no había brotado nada. Ni un tallo. Ni una hoja. Cualquier jardinero habría dado la semilla por muerta.

Pero cada vez que Andrea ponía la palma sobre la tierra, algo seguía latiendo allá abajo. Débil, paciente. Como si estuviera esperando algo.

Una noche de finales de otoño, mientras todo el castillo dormía, empezó a nevar. Andrea lo vio desde su ventana: copos grandes y lentos que caían sobre el patio y lo cubrían todo, los girasoles secos, la lavanda, el pedazo de tierra del centro donde la semilla seguía dormida.

Era la primera nieve del año.

Golpearon su puerta pasada la medianoche. Andrea abrió con la vela en la mano y encontró a Corvan en el umbral, con nieve en los hombros y la cara gris de cansancio.

—Perdone la hora, majestad. Vengo de los valles altos. De Vardhal.

Andrea sintió la marca de su pecho entibiarse.

—¿La ceniza?

—Peor. —El capitán tragó saliva—. Está en la cebada de invierno. Y en los graneros de reserva del norte, los que tenían que alimentar la ciudad hasta la primavera. Si se pierden…

No terminó la frase. No hacía falta. Andrea había vivido lo suficiente en Kaldor para saber lo que significaba un invierno sin grano en las montañas.

—Partiré al amanecer —dijo.

—No sola, majestad.

—Ya sé, capitán. Con usted.

Corvan negó despacio con la cabeza. Había algo extraño en su cara, una mezcla de incomodidad y de algo que casi parecía esperanza.

—No conmigo —dijo—. El rey ha ordenado que preparen dos caballos. Y una escolta mínima.

Andrea se quedó con la vela en alto, sin entender.

—¿Dos caballos?

—Uno para usted —dijo Corvan—. Y otro para él.

CAPÍTULO 14

Lo que no se dice bajo la nieve

Cabalgaron hacia el norte durante dos días, y en esos dos días Darian Vhalor le dirigió menos de veinte palabras.

Andrea las contó. No quería contarlas, pero la mente se le iba sola, como se le iban los dedos a la mitad del medallón bajo el vestido. *Cuidado, hielo.* Eso fueron dos. *Aquí paramos.* Cuatro. *¿Tiene frío?*, seis, la primera noche, junto al fuego de una posada de pastores, y ella había respondido *no* aunque le temblaban los dientes, y él se había quitado la capa de piel de lobo y la había dejado sobre el banco a su lado sin mirarla, y se había ido a dormir con los soldados.

Ella no la tocó. Pero en algún momento de la madrugada despertó envuelta en ella, sin recordar habérsela puesto.

Olía a humo y a pino. A él.

La escolta era pequeña: Corvan, cuatro soldados, Bram con las mulas cargadas de calderos y sacos de cola de caballo seca. El camino subía por desfiladeros tan estrechos que los caballos iban en fila, y a la izquierda, siempre, el vacío. Andrea no miraba hacia abajo. Pero a veces, cuando el viento abría la niebla, alcanzaba a ver el bosque lejano en el fondo, oscuro, inmóvil, y sentía otra vez aquel tirón del primer viaje, como si algo allá abajo, en el agua, dijera su nombre.

—No se asome —dijo Darian, detrás de ella.

Tres palabras más, contó Andrea sin querer. Ya iban nueve en dos días.

No volvió a hablarle en el resto del camino. Al atardecer del segundo día, el sendero dejó por fin de subir, la niebla se abrió y, allá abajo, en un valle estrecho entre dos montañas, aparecieron los techos de Vardhal.

✦

Vardhal era un pueblo de casas bajas con techos de pizarra, encajado entre dos montañas como una piedra en un zapato. Los graneros de reserva estaban a la entrada: seis edificios largos de piedra y madera, construidos hacía un siglo para que el norte no volviera a pasar hambre.

El administrador del granero, un hombre flaco llamado Halvard, los recibió sudando a pesar del frío.

—Majestad. Majestad. —Las reverencias le salían torcidas—. No sabíamos... nadie nos avisó de que vendría el rey en persona...

—Muéstrele a la reina los graneros —dijo Darian.

Halvard parpadeó. Miró a Andrea como si fuera un mueble que alguien hubiera traído por error.

—¿A la reina, majestad?

—¿Hay algún problema con mis palabras?

No hubo ningún problema.

Andrea recorrió los seis graneros con una lámpara en la mano. Darian caminó detrás de ella todo el tiempo, sin hablar, con las manos a la espalda. No era como la sombra del soldado en los pasillos del castillo. Era distinto. Andrea no sabía en qué. Solo que cuando ella se detenía, él se detenía, y cuando ella se agachaba a mirar un saco, él sostenía la lámpara sin que nadie se lo pidiera.

El tercer granero olía a sótano. Andrea lo supo antes de abrir la puerta.

Dentro, las paredes de la esquina norte sudaban. Había una mancha oscura en la piedra, del suelo hasta la altura de su cintura, donde el agua del deshielo se había filtrado y nunca había terminado de secarse. Los sacos apoyados contra esa pared estaban grises.

—Estos —dijo Andrea—. Y los de al lado. Todo lo que haya tocado esta pared.

Halvard palideció.

—Son doscientos sacos, mi señora.

—Entonces son doscientos sacos que van a enfermar los otros dos mil si se quedan aquí.

Darian se acercó a la pared. Puso la mano sobre la piedra húmeda, la retiró, se miró la palma.

—¿Desde cuándo está así? —le preguntó a Halvard.

—Desde… desde la primavera, majestad. Mandamos aviso al tesorero. Dos veces.

—¿Y?

—Nos dijeron que no había fondos para reparaciones este año.

Andrea vio cómo se le tensaba la mandíbula a Darian. No dijo nada. Pero esa noche, en la posada, escribió durante dos horas a la luz de una vela, y al amanecer un jinete salió al galope hacia la capital con un rollo sellado.

✦

Trabajaron seis días.

Sacaron los sacos enfermos y los quemaron en la explanada, lejos del pueblo, y el humo gris subía recto en el aire quieto. Separaron el grano dudoso del sano a mano, puñado por puñado, sobre mantas tendidas en el suelo de los graneros limpios. Andrea enseñó a las mujeres del pueblo a reconocer el tizón por el olor, antes de que se viera: un olor dulzón, a pan olvidado. Enseñó a los hombres a abrir respiraderos en los muros.

Y Darian trabajó con ellos.

La primera vez que Andrea lo vio cargar un saco al hombro, se quedó inmóvil con un puñado de cebada en la mano. El rey de Kaldor. Con la camisa arremangada hasta los codos, el pelo negro pegado a la frente por el sudor, a pesar del frío. Los soldados lo miraban con la misma cara de espanto que ella. Halvard casi se desmaya.

Él dejó el saco junto a los demás y se volvió. La encontró mirándolo.

Por un segundo, solo un segundo, Andrea creyó ver en su cara algo parecido a la vergüenza. Como un niño sorprendido haciendo algo que no debía.

—Es más rápido así —dijo él.

Y siguió cargando.

Esa noche, en la sala común de la posada, Andrea se sentó junto al fuego a separar cebada con las mujeres del pueblo. Una de ellas, una viuda de ojos hundidos llamada Ingrid, le preguntó cómo se decía *tizón* en Valedria, y Andrea se lo dijo, y después le enseñó a decir *gracias* y *buen pan* y *duerme bien*, y las mujeres se rieron de su propio acento, y Andrea se rió con ellas.

No se dio cuenta de que alguien la miraba hasta que levantó la vista.

Darian estaba en el rincón más oscuro, con una jarra de cerveza intacta delante. No fingió que miraba otra cosa. Tampoco apartó los ojos. Solo la miraba, como se mira el fuego en una noche helada: sin prisa, como si fuera lo único que le daba calor.

Andrea sintió que se le encendían las mejillas. Bajó la vista a la cebada.

Cuando volvió a levantarla, el rincón estaba vacío.

—El rey es un hombre raro —dijo Ingrid en voz baja, con la sabiduría tranquila de las viudas—. Se queda mirando lo que quiere como si le dieran miedo sus propias manos.

—No me mira porque quiera —murmuró Andrea—. Me vigila.

La viuda soltó una risa seca.

—Mi señora, yo estuve casada veintidós años. Sé la diferencia.

Andrea no contestó. Esa noche tardó mucho en dormirse.

Al cuarto día, Andrea se cortó la mano con el borde de una tabla rota. Un tajo pequeño, en la base del pulgar, pero profundo. La sangre le corrió por la muñeca antes de que se diera cuenta. Fue a buscar un trapo y, cuando se volvió, Darian ya estaba ahí.

Le tomó la mano sin pedir permiso. La giró hacia la luz.

—No es nada —dijo Andrea.

Él no respondió. Sacó un pañuelo de su manga, un pañuelo blanco, de lino fino, y lo enrolló alrededor de la herida con movimientos rápidos y precisos. Andrea miró sus manos. Eran grandes, con callos de espada y, en la palma de la izquierda, entre los callos, una cicatriz delgada.

La conocía.

Esa cicatriz. Una línea pálida, como un hilo. La había visto por primera vez abierta, roja, sangrando, en un jardín de Valedria cubierto de nieve, la tarde en que un niño de doce años se cortó con las puntas de hierro del muro de los Arvell. Ella le había lavado la herida con nieve derretida y le había puesto milenrama machacada. Él no se había quejado ni una sola vez. Se había mordido el labio hasta sangrar, el niño más terco que ella había conocido.

Y cuando ella terminó de vendarlo, se había reído por primera vez. Una risa torpe, oxidada, como una puerta que hace mucho no se abre.

Andrea levantó la vista.

Darian estaba mirando la misma cicatriz. Sus dedos se habían quedado quietos sobre el nudo del pañuelo.

Ninguno de los dos se movió.

—Majestad —llamó Corvan desde la puerta—. Los carros del valle llegaron.

Darian le soltó la mano como si quemara. Y se fue.

✦

La última noche nevó.

Andrea no podía dormir. Salió de la posada envuelta en la capa de piel de lobo, que nunca había devuelto y que él nunca le había reclamado, y caminó hasta la explanada donde habían quemado los sacos. Ya no quedaba humo. Solo un círculo de tierra negra que la nieve iba cubriendo despacio, copo a copo, hasta borrarlo.

Se quedó mirándolo. Era hermoso, de una manera triste. Toda esa ruina, toda esa ceniza, y la nieve la cubría como si nada hubiera pasado.

Oyó los pasos antes de verlo. No se dio vuelta.

Darian se detuvo a su lado, a un brazo de distancia. Tenía las manos en los bolsillos de la chaqueta y nieve en el pelo. Durante un rato no dijo nada. Ella tampoco.

—El tesorero —dijo él al fin— va a responder ante el consejo por lo de los graneros. Y por lo de la semilla de la primavera.

—No fue culpa de él que se inundara la muralla.

—Fue culpa de él no arreglarla. —Una pausa—. Y fue culpa mía no preguntar.

Andrea lo miró de reojo. Él seguía con la vista fija en el círculo negro.

—Mi padre decía —continuó Darian, despacio, como si cada palabra le costara subir por la garganta— que un rey no pregunta. Que preguntar es admitir que no se sabe. Y que un rey que no sabe, no es rey.

—Su padre se equivocaba.

Lo dijo antes de pensarlo. Se mordió el labio. Pero Darian no se enojó. Soltó el aire por la nariz, algo que en otra persona habría sido una risa.

—Sí —dijo—. Mi padre, que en paz descanse, se equivocó en muchas cosas.

La nieve caía entre ellos. Andrea sintió el corazón golpearle contra las costillas, contra la mitad del medallón que llevaba escondida bajo el vestido, bajo la capa de él.

Pregúntame, pensó. *Pregúntame algo. Lo que sea.*

—¿Por qué lo hace? —dijo Darian.

Ella se volvió.

—¿Qué cosa?

—Esto. —Señaló con el mentón el pueblo dormido, los graneros, la explanada—. Los campos de Tannenmoor. La niña de la cocina. El jardín. —Le costó decir la última palabra—. Nadie se lo pidió. Nadie se lo va a agradecer en el consejo. Ravena lo va a usar en su contra en cuanto pueda. ¿Por qué lo hace?

Andrea pensó en responder con una frase elegante, de esas que se dicen en la corte y no significan nada. Pensó en encogerse de hombros y callar, como le habían enseñado en su casa.

Dijo la verdad.

—Porque es lo único que sé hacer —dijo—. En mi casa, lo único que valía de mí era lo que podía hacer por los demás. Si servía, me dejaban quedarme. Si no servía... —Se encogió de hombros. La voz le salió más pequeña de lo que quería—. Supongo que nunca aprendí a ser de otra manera.

Darian la miraba ahora. De frente. Con una expresión que ella no le había visto nunca, ni en la boda, ni en los banquetes, ni en los pasillos. Una expresión desarmada.

—Eso no es verdad —dijo él en voz baja.

—¿Qué parte?

—Que es lo único que vale de usted.

El silencio que siguió fue tan grande que Andrea oyó la nieve posarse en la capa.

Se dio cuenta de que tenía la mano en el pecho. Sobre el medallón. Lo apretaba por encima de la tela, como hacía siempre que tenía miedo. Y vio que él también lo había visto. Que miraba su mano.

Ahora, pensó, y el corazón le golpeó tan fuerte que le dolió. *Ahora o nunca. Saca el medallón. Pónselo en la mano. Que vea que nunca te lo quitaste. Pregúntale por qué nunca contestó tus cartas. Por qué te recibió con esa frase el primer día, delante de toda su corte: "Así que al final sí viniste por la corona".*

Pregúntale qué le hiciste. Exige una respuesta. Después de tres años, por lo menos mereces eso.

Abrió la boca.

—Darian...

Era la primera vez que decía su nombre en voz alta desde la noche de bodas. Lo sintió en la lengua como algo antiguo, gastado de tanto pensarlo y nunca decirlo.

Él se quedó inmóvil. Algo le pasó por la cara, rápido, como un relámpago en la niebla.

—Cuando era niño... —empezó él, al mismo tiempo.

Se callaron los dos.

—Siga —murmuró ella—. ¿Cuando era niño qué?

—No. Usted primero.

Y entonces, desde la posada, la puerta se abrió con un golpe y la voz de Bram rompió la noche como una piedra contra un vidrio.

—¡Majestad! ¡Majestad, un jinete de la capital!

Darian cerró los ojos un instante, con rabia, como quien ve escaparse algo que estuvo a punto de tocar. Cuando los abrió, ya no era el niño del jardín. Era otra vez el rey.

—Vuelva adentro —dijo—. Se va a congelar.

Y caminó hacia la luz de la puerta sin mirar atrás.

Andrea se quedó sola en la explanada. Abrió los dedos. La mitad del medallón seguía ahí, bajo la tela, tibia por el calor de su mano.

Cuando era niño...

¿Qué iba a decir?

✦

El jinete traía un mensaje con el sello de los Ravelin.

Darian lo leyó de pie junto al fuego de la posada, mientras Corvan esperaba en silencio. Era la letra de Seraphine, fina y perfecta, la misma con la que le escribía desde los quince años.

El consejo pregunta por ti. La reina madre está inquieta. Dicen en la corte que la reina te ha llevado al norte para mostrarle al pueblo que el rey la sigue a todas partes como un criado. No lo creo, por supuesto. Pero tú sabes cómo hablan. Vuelve pronto. Te espero, como siempre. —S.

Y debajo, más pequeño, como añadido a última hora:

Kiara dice que la reina guarda una cinta suya en la manga. No sé qué significa. Quizá nada.

Darian arrugó la carta en el puño, tan fuerte que el sello de cera se le partió en pedazos entre los dedos.

Arriba, en la habitación pequeña bajo el techo, oía los pasos de Andrea. Iban de un lado a otro, de la ventana a la puerta, de la puerta a la ventana. Como alguien que no puede dormir.

Él tampoco durmió.

Al amanecer partieron de regreso a la capital. Darian iba adelante, a la cabeza de la columna, y no miró atrás ni una sola vez.

Pero cuando se detuvieron al mediodía a dar de beber a los caballos, Andrea encontró, enganchada en la montura de su yegua, una bolsita de cuero con ungüento de caléndula para la herida de la mano.

No traía nota.

Ella la sostuvo largo rato entre los dedos. Después levantó la vista hacia él, que estaba de espaldas, apretando las correas de la silla de su caballo como si fuera lo más importante del mundo.

Abrió la bolsita. El ungüento era espeso, de un amarillo intenso, y olía a flores recién cortadas.

En Kaldor, en invierno, no había caléndulas en ninguna parte.

Excepto en un patio interior del ala este, bajo un toldo de lona que Andrea no había puesto, donde dos matas tardías habían seguido floreciendo contra todo pronóstico.

Alguien había ido a cortarlas antes de salir de la capital. Sin que ella lo supiera.

Alguien que sabía exactamente dónde crecían.

CAPÍTULO 15

La Noche Larga

Volvieron a la capital tres días antes del solsticio.

Darian no había vuelto a hablarle desde aquella noche en la nieve. Pero algo había cambiado, y Andrea lo notaba en cosas pequeñas. En los pasillos, él ya no apartaba la vista cuando se cruzaban. En la mesa, a veces, el espacio vacío entre sus sillas parecía un poco más corto. Y una mañana, al despertar, encontró la silla junto a su puerta vacía, como siempre, pero el fuego encendido, alto, con leña nueva. Como en las primeras semanas.

No se atrevió a pensar qué significaba.

Y entonces llegó la Noche Larga.

✦

En Kaldor, la noche más larga del año, la de la Vigilia del Lobo, no se dormía.

Andrea ya había pasado tres Vigilias en el castillo, pero ese año Tilde le había contado mucho más, con una mezcla de orgullo y resignación. Era la fiesta más antigua de las montañas, más antigua que los Vhalor, más antigua que el castillo. Se encendían hogueras en todas las torres para que el sol encontrara el camino de vuelta. Se bebía vino caliente con clavo y miel de pino. Nadie podía apagar una vela antes del amanecer, porque daba mala suerte, y nadie podía

negarle una copa a quien la ofreciera, porque eso traía todavía más desgracia.

—Y el rey bebe —había dicho Tilde, bajando la voz—. Es la única noche en que bebe. Su padre lo obligaba desde los diez años, para que aprendiera a aguantar. Ahora lo hace solo.

—¿Por qué?

La anciana se había encogido de hombros.

—Porque es la única noche en que nadie le pide que sea rey.

✦

El gran salón ardía.

Había fuego en las tres chimeneas, fuego en los candelabros de hierro, fuego en las antorchas de las columnas negras, y el aire olía a resina, a carne asada, a especias dulces. Los músicos tocaban una danza de las montañas, rápida, con tambores que se sentían en el estómago. Los nobles bailaban en rondas, tomados de los codos, con las mejillas rojas de vino y de calor.

Andrea estaba sentada en su lugar en la mesa alta, a la derecha del trono vacío.

Llevaba un vestido azul oscuro, casi negro, que la costurera del castillo le había hecho con una tela que Andrea no había pedido y que había aparecido una mañana sobre su cama, sin nota. Sobre los hombros, la capa de piel de lobo. Y esa noche, por primera vez en tres años, no llevaba la mitad del medallón: el escote del vestido azul habría dejado ver la cadena, así que la había guardado en una cajita de madera, envuelta en un pañuelo, al fondo de su baúl. En su lugar llevaba un collar sencillo de cuentas oscuras que hacía juego con la tela. Nadie le había dicho nada al respecto. Pero Ravena la había mirado al entrar con una expresión que Andrea había aprendido a leer: la de alguien que acaba de anotar algo en una lista.

Seraphine no estaba. Se había retirado temprano, con una jaqueca. Kiara tampoco, castigada en sus habitaciones por algo que

nadie había explicado. Desde la vuelta de Vardhal, la princesa ya no la miraba a los ojos en los pasillos. Andrea no había usado la cinta lila. Seguía en su manga, doblada. A veces se preguntaba si Kiara lo sabía.

Darian estaba al otro lado del salón, junto a la chimenea grande, con un grupo de capitanes. Tenía una copa en la mano y el cuello de la camisa abierto. Se reía de algo que decía Corvan. Andrea nunca lo había visto reír así, con la cabeza echada atrás. Parecía más joven. Parecía alguien a quien ella había conocido una vez.

Se cruzaban en los pasillos y él inclinaba la cabeza. Se sentaban juntos en las cenas y él le pasaba la sal. Era peor que antes. Antes había odio, y el odio al menos era algo. Ahora había un silencio entre los dos, como una puerta cerrada. Y Andrea sentía que, del otro lado, él también estaba a punto de abrirla.

No había dejado de pensar en lo que él empezó a decirle aquella noche en la nieve y nunca terminó: *Cuando era niño...*

✦

Pasada la medianoche, los músicos tocaron la danza del fuego, la que se bailaba en parejas, y el salón entero se puso de pie.

Andrea no se movió. Nadie la había invitado a bailar en casi tres años. No esperaba que eso cambiara.

Por eso tardó en entender lo que veía: a Darian cruzando el salón hacia la mesa alta. Su paso no era del todo recto. Se apoyó un momento en una columna, con una sonrisa torcida, y un par de damas se rieron detrás de los abanicos. Subió los tres escalones del estrado y se detuvo frente a ella.

Olía a vino con clavo. Tenía los ojos brillantes.

—Majestad —dijo, y le tendió la mano—. Es tradición.

Andrea miró la mano. Después lo miró a él.

Lo había visto beber toda la noche. Había contado sus copas sin querer, igual que había contado sus palabras en el camino al norte.

Cuatro. Tal vez cinco. Y la última la había tenido en la mano media hora sin tocarla. Lo había visto tambalearse junto a la columna justo cuando ella lo miraba, y no antes.

Y sabía algo más, algo que nadie en ese salón sabía: que había visto a ese hombre cargar sacos de cebada durante seis días en la nieve sin perder el equilibrio una sola vez.

No estaba tan borracho.

Estaba fingiendo.

Lo entendió de golpe, y se quedó sin aire. Él no podía cruzar el salón y pedirle un baile siendo el rey de Kaldor. No podía hacerlo siendo el hombre que le había dicho *así que al final sí viniste por la corona*. No podía hacerlo sobrio, con todo su orgullo encima. Necesitaba una excusa. Necesitaba que mañana todos pudieran decir *el rey había bebido*, incluido él mismo.

Necesitaba una puerta por donde salir si ella lo rechazaba.

Andrea sintió algo apretarle el pecho, algo que no era la marca. Era tristeza. Y era ternura. Y eran las dos cosas al mismo tiempo, mezcladas como el agua y la tierra.

Podía decir que no. Él se reiría, diría alguna tontería de borracho, volvería con sus capitanes. Nadie lo recordaría.

Puso su mano en la de él.

✦

No sabía bailar la danza del fuego. Él le enseñó sin palabras, con la presión de la mano en su espalda, con un giro de la muñeca. Era una danza de pasos cortos y vueltas rápidas, en la que las parejas se separaban y volvían a encontrarse, y cada vez que volvían a encontrarse estaban un poco más cerca.

A la tercera vuelta, Andrea se equivocó de pie y le pisó la bota. Él no dijo nada. Pero ella vio que se le movía la comisura de la boca.

—No se ría.

—No me estoy riendo.

—Su Majestad está borracho —dijo ella—. Los borrachos se ríen de todo.

Él la miró desde arriba. Los ojos grises le brillaban con el reflejo de las antorchas. Durante un segundo, solo uno, la máscara se le cayó, y Andrea vio debajo a alguien completamente despierto. Alguien que sabía que ella lo sabía.

No dijo nada. Ella tampoco.

Siguieron bailando.

Desde la mesa alta, Ravena los observaba con la copa detenida a medio camino de los labios. Andrea sintió su mirada en la nuca como una corriente de aire frío. Pero cuando la danza la hizo girar y quedó frente a la reina madre, no bajó los ojos. Por una vez, no los bajó.

Ravena dejó la copa sobre la mesa sin haber bebido.

Alrededor, los nobles seguían riendo, y el fuego seguía crepitando, y los tambores seguían golpeando el aire, y nadie más en el salón parecía haber notado nada. Solo Corvan, junto a la chimenea, que bajó la vista hacia su propia copa con una sonrisa muy pequeña, como un hombre que acaba de ver llegar la primavera antes de tiempo.

✦

Salieron del salón cuando la música todavía sonaba.

Ninguno de los dos lo propuso. Simplemente, al terminar la danza, él no le soltó la mano, y ella no la retiró, y caminaron juntos por la galería del ala este, entre antorchas que no se podían apagar, hasta la arcada del patio interior.

El guardia se había ido a la fiesta. El patio estaba vacío, cubierto de nieve.

Andrea se detuvo en el umbral. Desde ahí se veía el jardín dormido bajo el blanco: los bultos de las matas de lavanda, el toldo de lona, las cañas secas de los girasoles. Y en el centro, donde había enterrado la semilla negra en primavera, un pequeño círculo donde la

nieve no cuajaba. La tierra estaba oscura y húmeda, como si algo debajo la mantuviera tibia.

—Usted puso el toldo —dijo Andrea.

No era una pregunta. Darian se apoyó en la columna de la arcada. Ya no se tambaleaba.

—Las caléndulas se iban a helar.

—Y usted las cortó. Para el ungüento.

Una pausa larga.

—Sí.

—Y el guardia de la arcada. No era para vigilarme.

Él cerró los ojos un momento.

—No.

Andrea sintió que le temblaban las manos. Las metió entre los pliegues de la capa.

—¿Por qué no me lo dijo?

Darian abrió los ojos. La miró, y había en su cara algo tan crudo, tan sin defensa, que Andrea casi tuvo que apartar la vista.

—Porque no sé —dijo él, muy despacio— qué hacer con lo que siento cuando la miro. Porque hace años decidí no sentirlo y no funcionó. Y porque esta noche bebí lo justo para atreverme a decir esto, y no lo suficiente para que usted crea que es el vino el que habla.

El silencio del patio se los tragó a los dos.

—Ya sé que no es el vino —dijo Andrea.

—Ya sé que lo sabe.

Ella dio un paso hacia él. Uno solo. Ahora estaban tan cerca que veía la nieve derretirse en su pelo negro, una gota bajándole por la sien.

Pensó en todo lo que no sabía. En las cartas que nunca llegaron. En la frase del primer día. En el odio que había visto en sus ojos durante casi tres años y que no entendía. Pensó en que debería

preguntar. Que debería exigir. Que no debía dar un paso más sin que él le explicara todo.

Pero también pensó en el niño terco de la cicatriz, junto al árbol gris. En el rey cargando sacos en la nieve. En el toldo sobre las caléndulas. En la mano que había tomado la suya en el salón, temblando apenas, como si pidiera permiso.

Y supo, con la misma certeza con que sabía si una raíz estaba viva o muerta, que lo que había entre ellos ahora, en ese patio, era verdad. Aunque todo lo demás no lo fuera.

—Darian —dijo.

Él contuvo el aire.

—Mírame.

La miró.

—Yo sé que no estás borracho —dijo ella, y por primera vez desde la noche de bodas le habló de tú, y lo sintió como cruzar un río —. Y yo tampoco. Así que si mañana alguno de los dos quiere decir que fue el vino… que no sea esta noche. Esta noche no.

Algo se quebró en la cara de él. Levantó una mano y la detuvo en el aire, a un dedo de su mejilla.

—¿Estás segura?

La pregunta la desarmó más que cualquier caricia. Nadie, en toda su vida, le había preguntado si estaba segura de nada.

Andrea tomó su mano y la apoyó ella misma contra su cara.

—Sí.

✦

La besó despacio, como se toca un animal herido. Como si cualquier movimiento brusco pudiera hacerla huir. Andrea sintió sus labios fríos de nieve y tibios de vino, sintió su mano bajar de la mejilla a la nuca, enredarse en su pelo, y sintió que algo dentro de ella, algo que llevaba catorce años dormido, se abría con un crujido suave, como una semilla.

Cuando se separaron, ninguno de los dos respiraba bien.

—Andrea —dijo él contra su frente. Solo su nombre. Como si fuera lo único que se permitía decir.

Ella esperó. Esperó otras palabras, las que se dicen en las canciones. No llegaron. Y se dio cuenta de que tampoco ella podía decirlas. Que se le quedaban atoradas en el mismo lugar donde se le quedaban a él, detrás de los dientes, donde las había puesto hacía mucho tiempo para que nadie pudiera romperlas.

No importaba. Esta noche no importaba.

Fue ella la que le tomó la mano y lo guio hacia la escalera.

✦

Subieron la escalera de la torre norte sin hablar. A mitad de camino, él la tomó de la cintura para que no tropezara en un escalón gastado, y ya no la soltó. Los pasillos estaban vacíos; todo el castillo estaba abajo, en el salón. Solo se oían los tambores, lejos, y sus pasos sobre la piedra.

Llegaron a la puerta de la habitación. La misma puerta junto a la que él había pasado tantas noches sentado en una silla, sin decirle una palabra.

Andrea la abrió. La habitación estaba a oscuras, salvo por la vela que no se podía apagar, en la mesa junto a la ventana. Afuera, en todas las torres, ardían las hogueras para guiar al sol.

Darian se quedó en el umbral, sin entrar.

—Todavía puedes decir que no —dijo en voz baja—. Ahora. O en cualquier momento.

Andrea lo miró a la luz de la vela. El rey de Kaldor, en el umbral de su cuarto, pidiéndole permiso como un muchacho.

—Ya sé —dijo—. Por eso digo que sí.

Él cerró la puerta detrás de ellos.

Durante un momento ninguno de los dos se movió. Solo se miraron, a la luz temblorosa de la vela, como si cada uno necesitara

asegurarse de que el otro seguía ahí.

Después él levantó las manos hacia los lazos de la capa de piel de lobo y los deshizo uno por uno, despacio, mirándola a los ojos en cada uno, como si cada lazo fuera una pregunta. Ella respondió a todas. La capa cayó al suelo con un susurro.

Andrea sintió sus dedos en la nuca, apartándole el pelo. Sintió su aliento tibio en el cuello, justo debajo de la oreja, y un escalofrío le bajó por la espalda que no tenía nada que ver con el frío. Él le besó el hombro por encima de la tela. Después, cuando ella misma deshizo el primer lazo del vestido, se lo besó sin tela.

Ella le desabrochó la camisa con dedos torpes. Debajo, la piel de él estaba caliente, marcada aquí y allá por cicatrices viejas que ella recorrió con la yema de los dedos, una por una, como recorría las hojas de una planta desconocida. Él contuvo el aire. Ella sintió su corazón golpearle bajo la palma, tan rápido como el suyo.

Cuando él le rozó la clavícula con los labios, muy cerca del borde del vestido, la marca pálida sobre su corazón se encendió de calor. No era dolor. No era miedo.

Era la primera vez que ardía sin miedo.

No hubo prisa. Él la tocaba como quien aprende de nuevo un idioma olvidado, preguntándole con los ojos antes de cada gesto, y ella le respondía acercándose un poco más. Hubo un momento en que él se detuvo y apoyó la frente en su hombro, temblando, y Andrea entendió que tenía tanto miedo como ella. Le acarició el pelo hasta que dejó de temblar. Se rieron una vez, bajito, cuando ella se enredó con los lazos de la manga. Y después ya no se rieron.

La vela dibujaba sus sombras juntas en la pared. Afuera crepitaban las hogueras. Y en algún momento Andrea dejó de pensar en las cartas, en la corona, en los tres años de silencio. Solo estaban la piel de él contra la suya, su nombre dicho en voz baja contra su boca, y un calor que le subía desde el pecho, como si por dentro también hubiera empezado a florecer algo.

Por primera vez en su vida, no se sintió una deuda, ni un sacrificio, ni una pieza del pacto. Se sintió elegida.

Andrea cerró los ojos.

Y la vela siguió encendida hasta el amanecer, porque esa noche, en todo Kaldor, nadie podía apagarla.

✦

Cuando Andrea despertó, la luz era gris y la vela se había consumido hasta un charco de cera.

Él seguía ahí.

Dormía boca abajo, muy cerca de ella, con un brazo sobre su cintura como si no quisiera dejarla ir, y la cara medio hundida en la almohada. Dormido, el ceño se le deshacía. Parecía tener doce años otra vez.

Andrea no se movió. Se quedó mirándolo un largo rato, sintiendo el peso de su brazo, el ritmo lento de su respiración, el calor. Pensó que nunca en su vida había despertado así: sin tener que hacer nada, sin tener que servir a nadie, solo estando.

Después, con mucho cuidado para no despertarlo, se deslizó fuera de su brazo, buscó en el fondo del baúl la cajita de madera y sacó la mitad del medallón. Se la colgó al cuello. La plata quedó sobre su pecho, sobre la marca, fría al principio y tibia después.

Hoy, pensó. *Cuando despierte, le muestro esto. Y por fin vamos a hablar de todo: de las cartas que nunca llegaron, de la frase del primer día, de lo que sea que creyó de mí todos estos años. Hoy se acaba.*

Se volvió hacia la ventana. El sol, como prometían las hogueras, había encontrado el camino de vuelta. La nieve del patio brillaba.

Y en el centro del jardín, en el círculo oscuro donde la nieve no cuajaba, había algo que no estaba ahí la noche anterior.

Un brote. Uno solo, verde pálido, delgado como un hilo, que había roto la tierra en mitad del invierno.

Andrea sonrió.

No vio, porque estaba mirando el jardín, que al otro lado del patio, en una ventana del corredor alto, una cortina se había movido.

Seraphine no había dormido. Había visto desde su ventana a Darian cruzar el patio de la mano de la valedriana, antes de que terminara la música, y había esperado allí toda la noche a que él volviera a sus habitaciones. No volvió.

Cuando amaneció y la puerta de la torre norte seguía cerrada, ya no le quedó ninguna duda.

No lloró. Ya había llorado por él todo lo que tenía que llorar.

Soltó la cortina despacio. Se sentó frente a su escritorio, con las manos quietas sobre la falda, y se quedó así un largo rato, pensando. Solo la comisura de su boca se movía, apenas.

Bien, pensó al fin. *Si él quiere creer en ella, habrá que darle algo mejor en qué creer.*

Después llamó a su doncella y le habló en voz muy baja. La muchacha palideció, asintió y salió por el corredor, hacia la torre norte, sin hacer ruido.

CAPÍTULO 16

Lo que dijo el vino

Corvan golpeó la puerta de la habitación donde dormían los reyes una hora después del amanecer, tres veces, despacio, como quien preferiría no estar ahí.

Andrea ya estaba despierta. Se había puesto una bata sobre el camisón y estaba sentada junto a la ventana, mirando el brote verde del patio, con la mitad del medallón fuera de la ropa, a la vista, lista para mostrársela apenas él abriera los ojos. Era la primera vez desde que había llegado a Kaldor. Cuando oyó los golpes, la escondió bajo la bata sin pensarlo, por costumbre.

Darian se sentó en la cama. Tardó un segundo en recordar dónde estaba. Andrea lo vio recordar: vio cómo se le aflojaba la cara, cómo la buscaba con los ojos, cómo la encontraba junto a la ventana y algo en él se quedaba quieto y tibio, como un animal que por fin se echa a dormir.

—Majestad —dijo Corvan a través de la puerta—. Perdone. La señora Ravelin pide verlo. Dice que es urgente. Que es sobre la reina.

Darian frunció el ceño.

—¿Sobre la reina?

—Eso dijo, majestad.

Él miró a Andrea. Ella se encogió de hombros, desconcertada.

—Ve —dijo—. Aquí voy a estar.

Darian se vistió deprisa. En la puerta se detuvo. Volvió sobre sus pasos, cruzó el cuarto y, sin decir nada, le apoyó la mano en la nuca y le dio un beso en la frente. Breve. Torpe. Como alguien que nunca ha hecho algo así y no sabe si lo está haciendo bien.

—Ahora vuelvo —dijo.

Andrea se quedó sola, con la piel de la frente ardiéndole donde él la había besado.

Fue la última vez que la tocó así.

✦

Seraphine lo esperaba en la biblioteca pequeña del ala de los Ravelin, junto a una chimenea recién encendida. Estaba pálida, con el pelo suelto y un chal sobre los hombros, y tenía los ojos rojos. Sobre la mesa, ordenados con precisión, había tres objetos: un libro encuadernado en cuero, una carta doblada y una cinta de seda lila.

—Perdóname —dijo ella antes de que él hablara—. Perdóname por hacerlo hoy. Lo pensé toda la noche. Pensé en callarme. Pero no puedo verte así y no decirte nada. No después de todo.

—¿Qué pasa, Sera?

Ella respiró hondo. Puso la mano sobre el libro.

—Esto es el *Códice de la Sucesión*. El archivero me contó que la reina lo pidió prestado hace casi tres años, a las pocas semanas de llegar. Lo tuvo un mes entero. —Lo abrió en una página marcada con una cinta—. Lee.

Darian no necesitaba leer. Conocía esa ley desde niño. *La reina que dé un heredero de sangre al trono de Kaldor no podrá ser repudiada, y en caso de muerte del rey ejercerá la regencia hasta la mayoría de edad del heredero.*

—Lo pidió —dijo Seraphine en voz baja—. Eso es verdad. Pregúntale al archivero.

Era verdad. Andrea lo había pedido. Había querido entender el pacto que la había traído hasta allí, saber qué era ella para Kaldor, si

tenía algún derecho, alguno. Seraphine podía imaginárselo. Pero no lo dijo. La verdad no le servía: su plan necesitaba otra historia.

—Leer un libro no es un crimen —dijo Darian.

—No. —Seraphine tomó la cinta lila—. Esto es de Kiara. Kiara está deshecha, Darian. Me lo confesó llorando hace semanas, no me dejó contártelo. En primavera entró al patio y le arrancó las plantas a la reina. Fue una niñería, una rabieta de celos. Y la reina encontró esta cinta. —Pausa—. Y la guardó. No dijo nada. No la acusó. Se la guardó en la manga. ¿Sabes por qué alguien guarda una prueba en lugar de usarla?

Darian no respondió.

—Para usarla después —dijo Seraphine—. Cuando valga más. Kiara lleva meses sin poder dormir, esperando que la reina saque esa cinta delante de Ravena, delante del consejo. Delante de ti.

Era verdad que Kiara no dormía. Era verdad que la cinta estaba en la manga de Andrea. Lo que no era verdad era el porqué. Pero el porqué es lo único que nunca se puede probar.

Darian sintió algo frío deslizarse entre sus costillas.

—¿Cómo tienes la cinta?

—Kiara se la sacó anoche de la capa, mientras bailaban. —Seraphine bajó la vista—. Me la trajo temblando.

Era mentira. Kiara llevaba toda la noche encerrada en su cuarto. Había sido una criada de Seraphine, de madrugada, mientras los dos dormían, revisando con dedos de ladrona la ropa caída junto a la puerta. Pero Darian no había visto a su hermana en toda la fiesta, y no se le ocurrió preguntarse dónde estaba.

—Y esto —dijo Seraphine, y le tendió la carta— llegó hace dos meses en el correo de Valedria. Ravena la retuvo. Dice que lo hizo para protegerte. Que no quería que la vieras. Yo creo que tienes que verla.

Darian la desdobló.

Conocía el sello. Un ciervo sobre tres torres: la casa Arvell. Y conocía, por los tratados del pacto, esa letra angulosa, apretada, de hombre que no pierde el tiempo.

Andrea:

No he recibido noticias tuyas de las que pueda servirme. Te recuerdo para qué estás allí. Un hijo de sangre Arvell en el trono de Kaldor es lo único que puede romper este pacto en una generación. No me interesa cómo lo consigas. Gánate al rey, si puedes. Si no puedes, gánate su cama. El resto lo hará la ley de ellos. No me escribas para quejarte. Escríbeme cuando estés encinta.

—O. A.

Darian leyó la carta dos veces. La tercera vez ya no veía las letras.

Era auténtica. Eso era lo peor. No había ninguna falsificación en esa carta. Odran Arvell la había escrito con su propia mano, con su propio sello, y la había mandado a su hija con la frialdad con que se manda una orden a un mayordomo.

Lo que Darian no sabía, lo que no podía saber, era que Andrea nunca la había recibido. Que de haberla leído, habría llorado en silencio, la habría quemado en la vela y no le habría contestado nunca.

—Ella no… —empezó él, y se le rompió la voz—. Anoche ella no…

—¿Quién fue a buscar a quién? —dijo Seraphine, muy suave.

Darian se quedó quieto.

Él había cruzado el salón. Él había fingido el vino. Pero en el patio… *Mírame*, había dicho ella. *Yo sé que no estás borracho.* Ella había dado el paso. Ella le había puesto su mano contra la cara. Ella lo había llevado de la mano hasta la escalera.

Fue ella la que…

—Lo planeó todo, Darian. —Seraphine tenía lágrimas en los ojos y las dejó caer, despacio, una por una—. La reina de las semillas. El pueblo a sus pies. Los campos, los graneros, el viaje al norte para que todo Kaldor te viera caminar detrás de ella. Y anoche, la noche en

que todos beben, la noche en que tú bajas la guardia... Es una Arvell. Su padre le dio una orden y ella la cumplió. Igual que te escribía esas cartas burlándose de ti cuando eras niño. Nunca cambió. Solo aprendió a sonreír mejor.

Esa última parte también era, a su manera, verdad. Seraphine lo creía. Había pasado años creyéndolo, desde que leyó por primera vez las cartas de una niña de Valedria, unas cartas llenas de flores dibujadas y de promesas, y pensó que nadie podía ser tan dulce sin estar mintiendo.

Darian dobló la carta de Odran. Tenía las manos firmes. Eso fue lo que más asustó a Seraphine: que las manos no le temblaran.

—Gracias, Sera —dijo, con una voz que no se parecía a la suya.

Y salió.

Cuando la puerta se cerró, Seraphine se quedó sola frente al fuego. Se secó las lágrimas con el borde del chal. Después tomó el libro, la cinta y lo que quedaba de su respiración, y se sentó, porque las piernas ya no la sostenían.

Había ganado.

No entendía por qué se sentía como si la hubieran golpeado.

✦

Andrea esperó toda la mañana.

Se vistió. Se recogió el pelo. Le pidió a Tilde que no dejara entrar a nadie a cambiar las sábanas, y la anciana la miró con unos ojos tan llenos de alegría callada que Andrea tuvo que darse vuelta para no sonrojarse.

Bajó al patio a ver el brote. Seguía ahí, verde, delgadísimo, con dos hojas diminutas que se abrían hacia la luz. No lo tocó. Le daba miedo tocarlo.

Volvió a subir. Esperó.

A mediodía, Darian no había vuelto.

A la hora de la comida, un paje le trajo una bandeja a su cuarto, cosa que no había ocurrido en casi tres años, y le informó que el rey comería en su estudio y no deseaba ser molestado.

Andrea miró la bandeja sin tocarla.

Seguro le surgió algo urgente, se dijo. *Un mensaje del norte, un problema en el consejo. Va a venir en cuanto pueda.* Se lo repitió muchas veces. Cada vez se lo creyó un poco menos.

Por la tarde ya no pudo esperar más. Respiró hondo, juntó todo el valor que tenía y se acomodó la mitad del medallón por fuera del vestido, a la vista, sobre el pecho. Si él no venía, iría ella. Y fue a buscarlo.

✦

El estudio del rey estaba en lo alto de la torre del este. El guardia de la puerta no la detuvo; se apartó con una reverencia y una cara que Andrea no supo leer. Tocó una vez. No esperó respuesta.

Darian estaba de pie junto a la ventana, de espaldas, con las manos cruzadas atrás. El fuego de la chimenea estaba apagado. Hacía frío.

—Darian —dijo ella.

Él no se dio vuelta.

—Majestad —corrigió.

Andrea se detuvo a mitad del cuarto. La palabra la golpeó en el pecho como una piedra lanzada desde lejos.

—Te estuve esperando —dijo—. Quería mostrarte algo. Quería decirte...

—¿Que tu padre estará contento?

Ella no entendió. Se quedó con la mano a medio camino del medallón.

—¿Mi padre?

Darian se volvió. Andrea retrocedió un paso sin darse cuenta. No era el hombre del patio. No era siquiera el hombre de los graneros, el

de las pocas palabras en el camino, el del toldo sobre las caléndulas. Era el rey del primer día. El de los ojos grises como hielo de río. *Así que al final sí viniste por la corona.*

Solo que ahora era peor. El primer día no lo conocía; aquel hielo era el de un extraño. Pero esta vez ella había visto lo que había debajo: al hombre que le preguntó si estaba segura, el que tembló contra su hombro, el que le había besado la frente esa misma mañana. Y lo estaba viendo desaparecer delante de sus ojos, como una puerta que se cierra en la cara.

—Puedes escribirle esta noche —dijo él con calma—. Dile que cumpliste tu parte. Que el rey bebió en la Noche Larga y la reina supo aprovecharlo. Seguro que sabrá apreciarlo. Es un hombre práctico.

—No sé de qué estás hablando.

—Claro que no.

—Darian, de verdad, no sé...

—Anoche fue el vino.

Lo dijo sin levantar la voz. Lo dijo mirándola a los ojos.

Andrea sintió que el suelo se inclinaba debajo de ella, despacio, como la cubierta de un barco.

Que no sea esta noche, le había dicho ella. *Si mañana alguno de los dos quiere decir que fue el vino, que no sea esta noche.*

Y él lo decía ahora. Al día siguiente. Como si la hubiera escuchado y hubiera guardado la frase para devolvérsela en el momento exacto en que más le doliera.

—No es verdad —susurró ella—. Tú no estabas borracho. Yo lo sabía. Tú sabías que yo lo sabía.

Algo pasó por la cara de Darian, rápido, un temblor en la mandíbula. Andrea lo vio. Vio que la frase lo había alcanzado. Y vio cómo él lo aplastaba, con un esfuerzo que le puso blancos los nudillos.

—Sí —dijo él—. Tú lo sabías todo. Desde el principio. Eso es lo que no voy a olvidar.

Andrea abrió la boca. Pensó en preguntarle qué le habían dicho, quién, cuándo. Pensó en sacar la mitad del medallón y ponérsela en la mano, ahí mismo, y obligarlo a mirarla. *¿Te acuerdas? ¿Te acuerdas del jardín? ¿De lo que me prometiste?*

Pero el miedo de siempre, el que había aprendido de niña en la casa Arvell, desde la noche del vino derramado, desde que tenía memoria, le cerró la garganta.

Si suplicas, pierdes. Si suplicas, te miran como te miraba tu madre. Si suplicas, ya no te queda nada.

Bajó la mano. La mitad del medallón quedó colgando sobre su pecho, a la vista. Darian no la miró. Tenía los ojos fijos en algún punto por encima de su cabeza, como hacen los soldados en los desfiles.

—Le diré al capitán que retire al guardia del patio —dijo—. Ya no hace falta.

Andrea asintió despacio. No supo cómo logró que la cabeza le obedeciera.

—Como ordene, majestad.

Se dio vuelta. Caminó hasta la puerta con la espalda recta, porque la espalda recta era lo único que nadie le había podido quitar nunca. Puso la mano en la puerta.

—Andrea.

Se detuvo. No se volvió.

Hubo un silencio largo. Tan largo que ella llegó a pensar que él iba a decir algo distinto. Que iba a cruzar el cuarto. Que iba a preguntar.

—Mi hermana ya recuperó su cinta —dijo él—. No hace falta que la guardes más.

Andrea cerró los ojos.

Salió sin responder.

✦

No lloró en la galería, porque había guardias. No lloró en la escalera, porque había criadas. No lloró en su cuarto, porque Tilde estaba ahí,

esperándola con una sonrisa que se le borró de la cara apenas la vio entrar.

Bajó al patio.

Ya oscurecía. El soldado del arco no estaba. Por primera vez en ocho meses, el patio estaba completamente solo, y Andrea entendió que esa soledad era la respuesta a todo.

Buscó en su manga la cinta lila, sin saber por qué, como quien se toca una herida para comprobar que es real. No estaba. Tanteó los pliegues del vestido, las mangas, el bolsillo. Solo encontró la piedra blanca del río que le había regalado el niño de Hedda, fría.

No entendía nada. No sabía qué había pasado entre el beso en la frente y la ventana del estudio. No sabía quién había hablado ni qué había dicho. Solo sabía que, otra vez, como siempre, alguien había decidido que ella no merecía que le creyeran. Ni siquiera que le preguntaran.

Se arrodilló junto al brote.

Seguía ahí. Dos hojas. La nieve volvía a caer y se derretía antes de tocarlo.

Andrea puso las manos en la tierra, a los dos lados del tallo, sin rozarlo.

—No tienes que florecer —le dijo, y esta vez la voz se le rompió a la mitad—. Solo quédate.

Y entonces, por fin, lloró. Sin ruido. Con la frente casi en la tierra y los hombros sacudidos, como no lloraba desde que era niña.

Y no había nadie a su lado.

Debajo de sus palmas, muy hondo, la tierra latía. Y la marca de su pecho, que la noche anterior había ardido sin miedo por primera vez en su vida, se quedó tibia, quieta, encendida de una forma nueva que Andrea no reconoció. Como si algo, en alguna parte, hubiera empezado a crecer.

✦

Esa noche, Darian no subió a la torre norte.

Se quedó en su estudio con el fuego apagado y la carta de Odran sobre la mesa, sin leerla. No le hacía falta. Se la sabía de memoria, igual que las otras.

Cerraba los ojos y volvía al patio. A la nieve derritiéndose en el pelo de ella. A su voz diciendo *mírame*. A la manera en que se había reído bajito cuando se enredó con los lazos del vestido. Al peso de su cabeza contra su pecho, de madrugada, cuando ella ya dormía, y a lo que él había sentido entonces: una paz que no conocía desde los doce años.

Todavía la sentía en las manos. En la piel. Eso era lo peor.

Gánate su cama.

Se levantó tan rápido que la silla cayó al suelo. Apoyó las dos manos en la mesa y respiró hasta que el pecho dejó de dolerle.

Había sido tan fácil. Eso era lo que no podía perdonarse. A ella le había bastado decir su nombre, y él había cruzado el salón. Le había bastado mirarlo, y él le había contado lo del toldo, lo del guardia, lo de las caléndulas. Le había entregado todo, otra vez, igual que a los doce años le entregó la mitad del medallón de su madre.

Y ella, otra vez, lo había vendido.

Esa tarde, cuando ella entró al estudio con esa cara de no entender nada, una parte de él quiso creerle. Quiso cruzar el cuarto, abrazarla y pedirle que le explicara. Esa parte era la más peligrosa. Esa parte era el niño del jardín.

Darian la aplastó, como le había enseñado su padre.

En toda la noche no se asomó a ninguna ventana. Tenía miedo de lo que haría si la veía.

✦

Ravena Vhalor recibió a Seraphine esa noche en su oratorio privado, a la luz de una sola vela.

—¿Y bien?

—Está hecho, mi señora. —Seraphine tenía las manos juntas sobre la falda. No temblaban—. Él no va a volver a su cuarto.

La reina madre asintió, satisfecha. En un rincón del oratorio había un pequeño altar de piedra con una lámpara siempre encendida. Ardía desde hacía treinta años por el primer hijo que Ravena había perdido, mucho antes de casarse con el rey y de llegar a Kaldor. Ravena se quedó mirándola.

—Bien. Una noche. —Pasó un dedo por el borde de la lámpara—. Una noche no es nada.

Seraphine dudó. Era la primera vez en quince años que dudaba delante de Ravena.

—¿Y si no basta, mi señora? ¿Y si con una noche…?

Ravena no se volvió. Su voz siguió siendo suave, tan suave como siempre, la voz con que hablaba de flores y de funerales.

—Entonces —dijo— nos aseguraremos de que no haya un heredero que proteger.

CAPÍTULO 17

Lo que crece en silencio

Después de la Noche Larga, el castillo volvió a ser el de antes. Peor que antes.

Darian no volvió a subir a la torre norte. Ni a sentarse en la silla junto a la puerta, ni a encender el fuego. En las cenas hablaba con todos menos con ella, y cuando sus ojos se cruzaban por accidente, él apartaba la vista primero. Andrea dejó de bajar al salón. Pasaba los días en el patio, junto al brote, que contra todo pronóstico seguía vivo, creciendo despacio bajo la nieve.

Así pasaron las semanas, una igual a la otra.

✦

El invierno de Kaldor no terminaba: se cansaba.

Andrea lo había aprendido en tres años. La nieve no se derretía de un día para otro, como en los valles de Valedria, donde la primavera llegaba con olor a uva y a tierra mojada. Aquí la nieve se volvía gris, luego dura, luego sucia, y se quedaba pegada a las esquinas del patio como un rencor viejo. Los aleros goteaban de día y se congelaban de noche. Las piedras negras del castillo sudaban.

Y ella también se había vuelto así. Gris por fuera. Dura por dentro.

Habían pasado cinco semanas desde la tarde en que Darian, en su estudio, le dijo que había sido el vino. Cinco semanas desde que él volvió a llamarla "mi señora" con esa voz que no era voz, sino una

puerta cerrándose. Andrea no había llorado delante de nadie. Había llorado una sola vez, la primera noche, de rodillas junto al brote, en el patio vacío. Después se había levantado, se había lavado la cara con agua helada y a la mañana siguiente había bajado al patio a podar las salvias muertas.

Porque eso sabía hacer. Cortar lo que ya no servía. Esperar a que volviera a brotar.

Esa mañana, sin embargo, el olor del pan la detuvo en la puerta de las cocinas.

Era el mismo pan de siempre, oscuro, con semillas de comino, el que Tilde le guardaba envuelto en un paño porque sabía que Andrea comía poco en el salón. Pero el olor le revolvió el estómago. Andrea se apoyó en el marco. Tragó saliva. El piso de piedra se inclinó un instante, apenas.

—¿Mi señora?

Tilde estaba junto al fogón, con las mangas arremangadas y los antebrazos blancos de harina. Tenía el pelo recogido bajo un pañuelo de tela que alguna vez fue azul. Dejó el cucharón.

—No es nada —dijo Andrea—. Me levanté muy rápido.

—Usted nunca se levanta rápido.

Andrea casi sonrió. Tilde tenía razón. Se levantaba despacio, siempre, como quien entra en agua fría.

—Hoy sí.

La anciana la miró un largo rato. Los ojos de Tilde eran pequeños y claros, hundidos entre arrugas, y veían más de lo que decían. Al final volvió a su cucharón y no preguntó nada. Pero esa tarde, cuando Andrea subió a su habitación, encontró sobre la mesa un tazón de caldo claro, sin comino, sin grasa, con dos hojas de menta flotando encima.

Andrea se quedó mirando las hojas.

Menta para el estómago revuelto. Caldo claro para quien no retiene nada.

Ella misma le había enseñado eso a Tilde, el primer invierno, cuando la niña de la cocina ardía en fiebre.

✦

No quiso pensarlo esa noche. Ni la siguiente.

Contó los días con los dedos bajo las mantas, como contaba las semanas de germinación de una semilla difícil. Volvió a contarlos. Se dijo que el frío altera los ciclos, que la tristeza los altera, que había comido poco y dormido menos. Se dijo muchas cosas razonables con la voz tranquila de quien le habla a un caballo asustado.

Pero ella era la que sabía cuándo un animal estaba enfermo antes de que cojeara. La que había sentido la fiebre de la niña en la palma antes de tocarle la frente. Su don era pequeño, decían todos. Jardinería. Pero nunca se había equivocado en eso: en reconocer cuando algo vivo estaba cambiando.

Al tercer día bajó al patio antes del amanecer.

El jardín que Kiara le había destrozado y que ella había vuelto a plantar dormía bajo una capa de paja. Andrea se arrodilló junto a las caléndulas, quitó un poco de paja con los dedos entumecidos y apoyó la mano en la tierra. Estaba helada, pero debajo, muy abajo, había un pulso. Lento. Paciente. Las raíces esperando.

Cerró los ojos y escuchó la tierra como había escuchado siempre.

Después, con la otra mano, sin abrir los ojos, se tocó el vientre.

Al principio no sintió nada más que su propia respiración, el roce de la lana del vestido, el frío que se le metía por las rodillas. Luego, igual que cuando una semilla cede bajo la tierra y uno lo sabe sin verlo, sintió otra cosa. No era un latido. Era más pequeño que un latido. Una tibieza del tamaño de una lenteja, verde y obstinada, encendida en el centro de ella.

Algo que crecía en silencio.

Andrea abrió los ojos. El cielo empezaba a ponerse color ceniza sobre los muros. Un cuervo se sacudió la escarcha en lo alto de la

muralla.

—Ah —dijo, en voz muy baja. Solo eso. Ah.

No supo si lo que le subió por el pecho fue miedo o alegría. Eran la misma ola. Le apretó la garganta, le llenó los ojos, le hizo temblar la mano que todavía tenía sobre el vientre. Pensó en la noche de copas. En la manera en que él le había apartado el pelo de la cara como si tuviera miedo de romperla. En que ninguno de los dos había dicho nada verdadero y, aun así, todo había sido verdad.

Pensó en la tarde siguiente. En su espalda frente a la ventana del estudio.

Y entonces le ardió el pecho.

Andrea conocía ese ardor. La marca pálida sobre su corazón había quemado cada vez que tuvo miedo en su vida: la noche en que Lyra la encerró en la bodega, el día del decreto, el momento en que Darian dijo "así que al final sí viniste por la corona". Era un dolor seco, como apoyar la piel en un hierro.

Pero esto no era igual.

Era calor sin herida. Se abrió desde la marca hacia afuera como se abre el sol entre las nubes, y cuando Andrea, asustada, tiró del cuello del vestido para mirar, vio que la marca brillaba.

Una luz tenue, dorada en el centro y verde en los bordes, como la savia vista a contraluz. Seguía la forma de la marca que tenía desde que nació, esa que nunca había sabido qué significaba: cinco trazos finos que se unían en el centro, como raíces buscando el mismo punto. Latía. Latía al mismo ritmo que esa tibieza diminuta bajo su mano.

Andrea no respiró.

La luz duró lo que dura un suspiro largo. Después se apagó, despacio, y la marca volvió a ser una cicatriz pálida que nadie miraría dos veces.

Pero junto a su rodilla, en la tierra helada, una caléndula que no tendría que haber despertado hasta dentro de dos meses había

abierto un capullo naranja. Uno solo. Brillante como una brasa entre la paja.

Andrea lo tapó con paja, rápido, con las manos temblando. Miró hacia las ventanas del castillo. Ninguna tenía luz.

Nadie la había visto.

✦

Desde la torre del este, alguien sí la había visto.

Darian Vhalor no dormía desde hacía cinco semanas. No completo, al menos. Dormía de a ratos, sentado, con los papeles del consejo en las rodillas, y se despertaba con la nuca rígida y la boca amarga. Esa madrugada se había levantado a abrir la ventana porque el fuego de la chimenea le parecía de pronto insoportable, y abajo, en el patio todavía azul, había visto una figura arrodillada en el jardín.

La conocía por la forma de inclinar la cabeza. Siempre la inclinaba un poco hacia la izquierda, como si escuchara.

La había visto así cuando ella tenía nueve años, junto a un árbol gris, con las manos llenas de hojas machacadas para su herida.

Apretó la mandíbula.

No te dejes engañar dos veces, le había dicho Seraphine aquella mañana, con la voz suave y los ojos húmedos de verdadera pena. *Ella sabe lo que hace, Darian. Lo supo siempre. Tres años sin darte un heredero, y la corte ya murmuraba que podías repudiarla. Le bastaba una noche contigo para que nadie pudiera sacarla de aquí. ¿No te das cuenta? Te usó para eso.*

Y él, que había pasado la noche más honesta de su vida, se había dado cuenta de que no tenía cómo probar que no era cierto. Porque ella no le había dicho nada. Porque él tampoco.

Abajo, Andrea se llevó una mano al pecho. Desde esa altura, Darian no pudo ver la luz. Solo vio que ella se quedaba quieta, muy quieta, y después tapaba algo con paja como quien esconde un secreto.

Cerró la ventana.

Cuando Corvan subió una hora después con el informe de los pasos de montaña, encontró al rey de pie, vestido, con la cara de piedra.

—Pon dos hombres más en el corredor de la reina —dijo Darian —. De día y de noche.

Corvan parpadeó. Nunca había sabido esconder lo que pensaba, y la pregunta se le notó en la cara.

—¿Pasó algo, majestad?

—No.

—¿Debo decirle a la reina por qué…?

—No le digas nada.

Corvan dudó. Abrió la boca. La cerró. Se llevó el puño al pecho y salió.

Darian se quedó mirando la puerta. No sabía por qué lo había ordenado. Sabía, eso sí, que lo que había visto esa mañana desde la torre le había dado miedo: ella inmóvil en la nieve, con la mano en el pecho, tapando algo con paja a escondidas, y él sin saber qué le pasaba. Miedo de que le pasara algo. Y eso lo asustaba todavía más, porque con el desprecio sabía qué hacer; lo llevaba meses practicando. Pero ese miedo por ella no había aprendido a esconderlo.

✦

Tres días después, en el salón, la reina madre comentó en voz alta que la reina de Kaldor tenía mala cara.

—El clima de las montañas no les sienta a las flores de valle —dijo Ravena, sin mirarla, mientras le alcanzaban el vino—. Se marchitan. Es natural.

Kiara se rio detrás de la mano. Seraphine, sentada a la derecha del rey, en el lugar de la reina, que ya casi nunca bajaba a cenar, bajó la mirada con modestia.

—Tal vez la reina extraña su casa —dijo con dulzura—. A todos nos pasa.

Andrea cortó un trozo de pan. No lo comió.

Antes habría sentido el golpe de esas frases en el estómago. Antes habría buscado los ojos de Darian para ver si él también se reía. Ahora no lo buscó. Tenía la mano izquierda apoyada sobre la falda, debajo de la mesa, quieta sobre su vientre, y pensaba en la tibieza verde.

No me marchito, pensó. *Estoy echando raíces.*

Levantó la vista. Darian la estaba mirando.

Fue solo un segundo. Él tenía la copa a medio camino de la boca y la miraba por encima del borde, con esos ojos grises que de niño eran claros como el agua de deshielo y ahora parecían piedra mojada. No había odio en ellos. Eso fue lo que la desarmó. Había otra cosa, algo cansado y herido, algo que preguntaba.

Andrea sintió que el corazón le daba un salto.

Entonces Seraphine apoyó la mano en el brazo del rey y le dijo algo al oído, y él apartó la vista. Bebió. Dejó la copa. Volvió a ser el rey.

✦

Esa noche Tilde entró en la habitación sin golpear, como hacía cuando sabía que Andrea no estaba dormida. Traía otro tazón de caldo y una manta extra sobre el brazo.

Dejó las dos cosas sobre la cama. Se quedó de pie.

—Hace veinte días que usted no me pide los paños —dijo la anciana, sin rodeos.

Andrea, sentada junto a la ventana, se abrazó las rodillas.

Podría haber mentido. Tenía práctica. Toda su vida había aprendido a decir "no es nada" con la voz exacta para que nadie insistiera. Pero Tilde no era su madre, ni Lyra, ni la corte. Tilde le había guardado pan durante tres años. Tilde le había cosido el

dobladillo del vestido de bodas la mañana misma de la boda, cuando nadie más se acercó.

—Creo que sí —dijo Andrea—. No. Sé que sí.

Tilde se sentó en el borde de la cama. Le crujieron las rodillas. Se quedó mirando sus propias manos, nudosas y manchadas, durante tanto tiempo que Andrea creyó que no iba a decir nada.

—Mi madre tuvo once hijos —dijo al final—. Solo cuatro llegaron a crecer. Yo tuve dos. El primero se me murió antes de nacer. El segundo sí nació, creció sano y fuerte, y a los diecinueve años se fue a la guerra. No volvió. —Levantó los ojos—. Así que le voy a decir lo que me hubiera gustado que alguien me dijera a mí. Coma aunque no tenga hambre. Duerma aunque no tenga sueño. Y no se lo cuente a nadie en este castillo hasta que esté segura de a quién se lo cuenta.

—Al rey tengo que contárselo.

—Al rey —repitió Tilde, despacio.

—Es su hijo.

—Eso no lo dudo, mi señora. Lo que dudo es quién va a estar parado entre usted y él cuando se lo diga.

Andrea bajó la mirada. Afuera, la nieve vieja brillaba bajo una luna fina como una uña.

Pensó en el niño de doce años con la palma abierta por las puntas de hierro del muro, que temblaba en su jardín y no lloraba. Pensó en el medallón partido. En *búscame donde florece el árbol en invierno*. Pensó que, si había un hombre en el mundo que podía entender lo que era crecer sin que nadie te quisiera por lo que eras, era él. Que tal vez un hijo, una criatura que no tenía culpa de nada, que no sabía de pactos ni de cartas ni de coronas, fuera la única verdad que él no podría tomar por estrategia.

Era su última esperanza. Lo sabía. Y sabía también lo peligroso que es apoyar todo el peso en una sola rama.

—Voy a encontrar la forma —dijo.

Tilde suspiró. Le acomodó la manta sobre los hombros con un gesto brusco y tierno a la vez.

—Entonces encuéntrela rápido. En este castillo los secretos se pudren más rápido que la fruta.

Cuando la anciana salió, Andrea se acostó de lado, con las rodillas recogidas y las dos manos sobre el vientre. Habló en voz tan baja que ni siquiera ella se oyó.

—Hola, semilla.

La marca no brilló esta vez. Pero se puso tibia, tibia como una mano encima de otra mano, y se quedó así toda la noche.

Andrea se durmió por primera vez en cinco semanas sin llorar.

No vio, del otro lado del patio, la ventana del ala de los Ravelin que seguía encendida. Ni la silueta que, detrás de la cortina, llevaba tres días anotando a qué hora bajaba la reina al jardín, qué comía y qué no, y cuántas veces se llevaba la mano al vientre cuando creía que nadie la miraba.

CAPÍTULO 18

Tinta y cera

Los guardias nuevos aparecieron en su corredor un martes.

Dos hombres de capa negra, uno a cada lado de la puerta, con la mirada fija en la pared de enfrente. Cuando Andrea salió por la mañana, se cuadraron. Cuando volvió del patio, seguían ahí. Cuando bajó a las cocinas a buscar a Tilde, uno de ellos la siguió a diez pasos, sin decir nada, y se quedó en la puerta mientras ella hablaba con la anciana.

—¿Quién los mandó? —le preguntó Andrea al más joven, en la escalera.

El muchacho tragó saliva. Tenía las orejas rojas de frío y no debía de tener más de dieciocho años.

—Orden del rey, majestad.

—¿Y qué dice la orden?

—Que no se aparte de usted. —Dudó—. De día y de noche.

Andrea asintió despacio. Subió el resto de la escalera sin mirarlo.

En su habitación, se sentó frente al fuego apagado y se obligó a pensar con la cabeza fría, como pensaba cuando tenía delante una hoja desconocida y debía decidir si curaba o mataba.

Un rey que pone guardias en la puerta de una mujer puede estar protegiéndola. O vigilándola. Puede temer por ella o temer de ella. Desde afuera, las dos cosas se ven iguales.

Y Andrea, que había pasado la vida entera aprendiendo que nadie la protegía, solo supo leer la segunda.

Cree que voy a hacer algo, pensó. *Cree que la noche fue una jugada y ahora quiere ver cuál es la siguiente.*

Se llevó la mano al vientre. La tibieza seguía ahí, terca, ajena a todo.

—No eres una jugada —susurró—. Te lo prometo.

✦

Intentó hablarle de frente. Tres veces.

La primera fue en el corredor de los tapices, una mañana en que lo vio salir de la sala del consejo. Andrea apuró el paso, con el corazón golpeándole en la garganta, y llegó a decir su nombre. No "majestad". Su nombre.

—Darian.

Él se detuvo. Se dio vuelta. Por un instante, el rostro se le abrió, igual que se abre una ventana por la que entra aire. Andrea vio al niño del jardín. Lo vio de verdad.

Y entonces la puerta de la sala del consejo volvió a abrirse y salió Ravena, con su vestido de terciopelo negro y su collar de hierro pulido, seguida de dos consejeros con barba gris.

—Hijo, el embajador de Tharn no va a esperar toda la mañana —dijo la reina madre, y después, como si recién la notara—: Ah. La reina. ¿Necesita algo? ¿Más leña? ¿Otro jardín?

Los consejeros sonrieron.

La ventana en la cara de Darian se cerró.

—Si es urgente, hable con Corvan —dijo él, y se fue.

La segunda vez fue en la capilla, durante el oficio de la luna nueva. Andrea se sentó en el banco detrás del suyo, con la esperanza de alcanzarlo a la salida. Pero Seraphine estaba a su lado, con un velo gris perla sobre el cabello rubio, y cuando terminó el canto ella se inclinó sobre el rey con un pañuelo en la mano y una voz quebrada

que hablaba de su padre, enfermo en las tierras de los Ravelin. Darian la acompañó afuera. No miró atrás.

La tercera vez, Andrea fue hasta la puerta del estudio del rey en la torre del este. Subió los ciento doce escalones con el guardia joven a diez pasos y el estómago revuelto. Arriba, frente a la puerta de roble, había dos soldados que no conocía.

—El rey no recibe, majestad.

—Díganle que soy yo.

—El rey dijo que no recibe a nadie.

Andrea miró la puerta. Detrás de ella, muy bajo, oyó una risa. No la de Darian. Una risa de mujer, suave como seda que se rasga despacio.

No golpeó.

Bajó los ciento doce escalones con la espalda derecha. Solo en el último descanso, donde el guardia no podía verla, se apoyó en la piedra fría y respiró por la boca hasta que se le pasó el mareo.

No sabía si era el bebé o la risa.

✦

—Escríbale —dijo Tilde.

Estaban en la despensa, entre sacos de cebada y ristras de ajo, el único lugar del castillo donde el guardia no entraba porque el olor a pescado salado le daba arcadas.

—Ya pensé en eso. —Andrea se frotó la frente—. ¿Y quién se la lleva? Si la dejo con los criados de la torre, la lee medio castillo antes de que llegue arriba. Si la mando por los pajes, la lee Kiara.

—El capitán.

Andrea levantó la vista.

—Corvan —siguió Tilde, mientras separaba los ajos podridos de los sanos con dedos rápidos—. Es de las montañas, como yo. Su padre era herrero en Duskhollow. Ese hombre no sabe mentir. Lo he visto ponerse colorado por decirle a la cocinera que el guiso estaba

bueno cuando no lo estaba. Si usted le da algo en la mano y le dice que es para el rey, se lo lleva al rey. Aunque tenga que pasar por encima de la reina madre.

—El rey me dijo que hablara con él.

—¿Lo ve? Hasta el rey lo sabe.

Andrea se quedó callada. Tiró un ajo podrido al balde.

—¿Y si no la lee?

Tilde dejó de separar ajos.

—Entonces va a saber algo de ese hombre que todavía no sabe, mi señora. Y es mejor saberlo ahora que dentro de siete meses.

✦

Escribió la carta esa noche. Le llevó hasta la madrugada.

No porque fuera larga. Porque cada frase que escribía la leía después con los ojos de él, con los ojos fríos de aquella tarde en el estudio, y cada frase sonaba a trampa.

Querido Darian. Demasiado. La tachó.

Majestad. Demasiado poco. La tachó.

Sé que no confías en mí. Era verdad, pero parecía una súplica. Y ella había suplicado toda la vida. A su padre, con la mirada. A su madre, con la obediencia. A Lyra, con el silencio. No quería empezar a suplicarle también a él. No esta vez. No con esto.

Quemó cuatro hojas en la vela. El papel de Kaldor era grueso y áspero y olía a humo cuando ardía.

Al final, cuando la vela ya era un charco de cera y el cielo afuera empezaba a ponerse color plomo, escribió una carta corta, con su letra de siempre, pequeña e inclinada, la misma letra con la que de niña anotaba los nombres de las plantas en los márgenes de un herbario robado de la biblioteca de su padre.

Darian:

No te escribo como reina ni como Arvell. Te escribo porque hay algo que tienes derecho a saber antes que nadie, y no quiero que lo

sepas por boca de otros.

Estoy esperando un hijo. Tuyo. De aquella noche.

No te pido nada. No te escribo para obligarte a nada. Sé lo que piensas de mí, aunque no sé por qué lo piensas. Solo te pido una cosa: que me escuches una vez. Una sola. Sin nadie más en la habitación.

Voy a estar en el jardín del patio mañana al anochecer, junto a las caléndulas. Si no vienes, voy a entender.

A.

La leyó tres veces. Le temblaba la mano. Pensó en agregar algo sobre el árbol, sobre el medallón, sobre aquel invierno. Pensó en escribir *te sigo buscando donde florece el árbol en invierno*. No lo escribió. Si él lo había olvidado, esa frase sería una humillación. Y si lo recordaba y aun así la miraba como la miraba, sería peor.

En cambio, abrió el herbario pequeño que había traído de Valedria, sacó un pétalo de caléndula prensado, naranja todavía, casi transparente, y lo metió entre los pliegues del papel.

Aquel invierno, cuando él tenía doce años y una herida en la palma de la mano izquierda, ella le había puesto caléndula machacada para que cerrara limpia. Él había arrugado la nariz por el olor. Después le había pedido que le enseñara a reconocerla.

Si lo recordaba, entendería.

Dobló la carta. Derritió lo que quedaba de la vela y dejó caer la cera sobre el pliegue. No tenía sello propio; las reinas extranjeras de Kaldor no recibían uno. Apretó la cera con el pulgar. Quedó su huella, una espiral pequeña, imperfecta.

Durmió dos horas con la carta debajo de la almohada.

✦

Corvan estaba en el patio de armas, revisando las herraduras de un caballo, cuando la reina se le acercó con el guardia joven a diez pasos.

El capitán se enderezó tan rápido que el caballo dio un respingo. Andrea le puso la mano en el cuello al animal sin pensarlo, y el caballo se calmó en el acto, resoplando contra su manga. Corvan lo vio. No dijo nada. Pero algo en su cara se ablandó.

—Majestad.

—Capitán. —Andrea sacó la carta de la manga. La sostuvo un segundo más de lo necesario—. El rey me dijo que si algo era urgente, hablara con usted.

—Así es, majestad.

—Esto es urgente. Y es para él. Solo para él. —Le miró los ojos, que eran claros y francos y un poco tristes—. ¿Me entiende?

Corvan tomó la carta con su mano enorme, llena de cicatrices de espada, con tanto cuidado como si fuera un pájaro.

—En su mano, majestad. Le doy mi palabra.

Andrea asintió. Quiso decir gracias y no le salió la voz. Se dio vuelta y volvió hacia el castillo, y el guardia joven la siguió a diez pasos, y Corvan se quedó mirando la espiral de cera en el pliegue del papel, una huella de dedo, sin escudo, sin corona.

La guardó dentro de la chaqueta, contra el pecho, y subió hacia la torre del este.

✦

Seraphine Ravelin lo esperaba en el segundo descanso.

No lo esperaba, en realidad. Eso era lo que ella habría dicho, y lo habría dicho con tanta naturalidad que hasta ella lo habría creído. Estaba bajando de la torre con un rollo de pergaminos bajo el brazo y un chal de lana color hueso sobre los hombros, y se detuvo al verlo, con una sonrisa cansada.

—Capitán. Qué suerte. Me ahorra un viaje.

Corvan se llevó el puño al pecho.

—Mi señora.

—¿Sube a ver al rey? —Seraphine suspiró—. No va a poder. Se acaba de encerrar en la sala del consejo con el mariscal y los mapas del paso norte. Ya sabe cómo se pone con lo de Tharn. Me pidió que recibiera todo lo que llegue hasta la noche y que solo lo interrumpieran si los muros se caen. —Sonrió un poco más—. Sus palabras, no las mías.

Era cierto. Corvan lo sabía. El mariscal había subido una hora antes con los mapas. Y era cierto también que, desde hacía años, desde que eran casi niños, Seraphine recibía la correspondencia del rey cuando el rey no podía. Nadie lo había ordenado nunca por escrito. Simplemente siempre había sido así.

Corvan se tocó la chaqueta.

—Es un mensaje de la reina, mi señora. Me pidió que lo entregara en su mano.

Algo pasó por los ojos de Seraphine, rápido como la sombra de un pájaro sobre la nieve. Después se le suavizó la cara.

—Claro. Pobre. —Bajó la voz—. Ella está sola aquí. Yo sé lo que es estar sola en este castillo. —Extendió la mano, la palma hacia arriba, delicada—. Démela. Se la doy yo misma en cuanto salga el mariscal, antes que cualquier otro papel. Se lo prometo.

Corvan miró esa mano un momento. Seraphine Ravelin le había salvado la vida al rey a los quince años, en el barranco de los ciervos, con la pierna rota y la daga en la mano, mientras el propio Corvan llegaba tarde con los perros. Si había alguien en Kaldor en quien el rey confiaba, era ella.

Pero la reina no le había pedido eso. Le había pedido *en su mano*. Y él había dado su palabra.

—Con todo respeto, mi señora —dijo, y no sacó la carta de la chaqueta—. Prometí entregarla yo. Esperaré a que el rey termine.

Seraphine sostuvo la sonrisa un instante más. Después bajó la mano, despacio.

—Como quiera, capitán. Es usted un hombre de palabra. —Se acomodó el chal sobre los hombros—. Pero le advierto que el consejo va para largo.

Y siguió bajando la escalera.

✦

Corvan esperó en el pasillo, frente a la puerta cerrada de la sala del consejo, hasta que encendieron las antorchas. Adentro se oían voces, el golpe de un puño sobre la mesa, el nombre de Tharn repetido una y otra vez.

Al anochecer llegó un soldado corriendo: había una pelea en el cuartel entre los hombres del norte y los de la guardia, y alguien había sacado un cuchillo. Necesitaban al capitán. Ya.

Corvan miró la puerta del consejo. Miró la escalera. Tocó la carta a través de la chaqueta.

Hizo lo único que se le ocurrió para cumplir su palabra, aunque fuera a medias. Subió al estudio del rey, que estaba vacío, y dejó la carta en el centro del escritorio, debajo del tintero de plata, donde Darian miraba primero cada mañana. Ningún otro papel encima. Era imposible no verla.

Después bajó corriendo al cuartel.

Cuando llegó, la pelea ya había terminado. Nadie supo decirle quién la había empezado.

Esa noche comió poco y durmió mal, con una inquietud que no supo nombrar, y a la mañana siguiente se dijo que era el guiso.

✦

Esa misma noche, media hora después de que Corvan bajara al cuartel, la puerta del estudio del rey se abrió sin ruido.

Seraphine entró sola. No necesitaba vela para moverse ahí: conocía ese cuarto mejor que el suyo. La alfombra de piel de oso que se levantaba en una esquina. La silla que crujía. El mapa del paso

norte clavado en la pared con cuatro puñales. Llevaba quince años subiendo esos ciento doce escalones con los brazos llenos de papeles para el rey. Los guardias de la puerta le habían hecho una reverencia sin preguntar nada. Nadie se extrañaba de verla ahí. Nadie mira dos veces a la que ordena.

Encendió una vela con una brasa de la chimenea y se acercó al escritorio.

Ahí estaba. En el centro, sola, debajo del tintero de plata, donde él miraba primero cada mañana. Un papel doblado, sin escudo, con una espiral de cera en el pliegue.

Seraphine sonrió apenas. Corvan era tan fácil de adivinar como un perro bueno.

Por la ventana todavía llegaban voces desde el cuartel. Dos muchachos del norte, una deuda de dados que alguien les había recordado en el momento justo, un poco de vino de más. No había hecho falta mucho. Nunca hacía falta mucho.

Levantó el tintero. Tomó la nota.

No rompió la cera. Calentó la punta de una navaja pequeña en la llama y la pasó despacio por debajo, hasta que la espiral se despegó entera, sin una grieta. Lo había hecho cientos de veces, con cartas de reyes, de sacerdotes y de niñas de Valedria. Tenía las manos tranquilas.

Al abrir el papel, algo cayó. Un pétalo naranja, fino como un ala, giró en el aire tibio de la vela y se posó sobre la madera oscura del escritorio.

Seraphine lo miró un momento. Después leyó.

Estoy esperando un hijo. Tuyo. De aquella noche.

Lo leyó una vez. Otra. La llama tembló, y ella tardó en darse cuenta de que era su mano la que temblaba.

Leyó el resto. *No te pido nada. Sin nadie más en la habitación. Voy a estar en el jardín del patio mañana al anochecer, junto a las caléndulas.*

Mañana. La Arvell la había escrito de noche. Mañana era hoy. Era ahora.

Seraphine apagó la vela y se acercó a la ventana. Abajo, en el patio, junto a las plantas cubiertas de paja, había una figura pequeña envuelta en un manto gris, sentada en el murete. Quieta. Con las manos juntas delante del cuerpo.

Esperando.

Durante un instante pensó en quemarla. Sería tan fácil. Ya había quemado otras.

Pero un papel que desaparece deja un hueco. Corvan sabía dónde la había dejado. Y la Arvell no iba a callarse para siempre: en dos lunas, ese hijo se iba a notar debajo de cualquier vestido. Una nota escondida era una pregunta esperando a que alguien la hiciera. Una nota leída, en cambio, era otra cosa. Una nota leída se podía explicar. Se le podía dar el sentido que una quisiera.

Lo único que hacía falta era que él no llegara esa noche al jardín.

Volvió a encender la vela. Recogió el pétalo con la punta de los dedos, tan liviano que casi no lo sintió, y lo puso otra vez entre los pliegues, en el mismo lugar. Dobló el papel por las mismas marcas. Calentó la navaja y apretó la cera contra el pliegue hasta que volvió a pegarse, con la huella del pulgar de la Arvell intacta. Dejó la nota en el centro del escritorio. Le puso el tintero encima, girado como antes, con el pico hacia la ventana.

Después apagó la vela con dos dedos.

Ya sabía lo que tenía que hacer.

Bajó por la escalera de servicio hasta las cocinas y pidió que le calentaran vino con miel y canela para la princesa Kiara, que se quejaba de frío. Esperó junto al fuego mientras lo preparaban, preguntando a la cocinera por la tos de su nieto. Después subió la jarra ella misma. En el último descanso, donde no había antorchas, sacó de la manga un frasquito de vidrio verde. Era el mismo que usaba para que Kiara durmiera en las noches malas. Unas gotas

daban sueño. Muchas daban fiebre, mareo, el estómago revuelto y un miedo de muerte, aunque no mataban.

Echó muchas.

✦

Al anochecer de ese mismo día, mientras Corvan todavía esperaba frente a la sala del consejo, Andrea bajó al jardín.

Se puso el manto de lana gris, el único que abrigaba de verdad, y se sentó en el murete de piedra junto a las caléndulas. Debajo de la paja estaba el capullo naranja que había despertado antes de tiempo. Ya era una flor abierta, pequeña, perfecta. La había dejado ahí como quien deja una vela en la ventana.

El guardia joven se quedó en el arco del patio, golpeando los pies contra el suelo para no congelarse.

El cielo se puso violeta. Después azul oscuro. Después negro.

Se encendieron las ventanas del castillo una a una. Andrea las miró todas. En la del estudio de la torre del este se encendió una luz pequeña, de vela. En un momento le pareció ver una silueta detenerse frente al vidrio. Se le cortó la respiración. La silueta se movió. Desapareció.

La luz se apagó, volvió a encenderse un rato y se apagó otra vez. Andrea no se movió.

✦

Esa misma noche, ya tarde, el consejo terminó cuando nadie tenía voz para seguir gritando.

Darian salió el último. Le dolía la cabeza de tanto Tharn, de tanto paso norte, de tanto hombre viejo hablando de compañías y de monedas como si los soldados fueran sacos de cebada. Le preguntó al guardia de la puerta por Corvan. Le dijeron que lo habían llamado al cuartel por una pelea. Que ya estaba arreglado.

Subió los ciento doce escalones de la torre del este sin contarlos.

El estudio estaba frío. El fuego se había apagado hacía horas. Encendió la vela del escritorio con la mano torpe de cansancio, y entonces lo vio.

Un papel debajo del tintero de plata.

Nadie dejaba papeles ahí. Seraphine los ponía siempre a la izquierda, en dos pilas ordenadas, las cuentas abajo y las cartas arriba. Debajo del tintero solo dejaba cosas Corvan, cuando algo no podía esperar a la mañana.

Darian levantó el tintero.

No tenía escudo. No tenía corona. Solo una gota de cera en el pliegue, con una huella de dedo en forma de espiral. Una huella pequeña. De mujer.

Lo supo antes de abrirlo. No supo cómo. Lo supo como se sabe que va a nevar.

Rompió la cera con el pulgar. Algo cayó del papel, tan liviano que al principio creyó que era ceniza. Le quedó en la palma de la mano izquierda, justo sobre la cicatriz vieja.

Un pétalo naranja.

El olor le llegó un segundo después, muy suave, seco y dulce. Darian se quedó quieto. Era un olor que llevaba años evitando. Que lo hacía salir de las habitaciones sin explicar por qué. Olía a un jardín de otro país, a unas manos pequeñas, a una herida que alguna vez se cerró limpia.

Desplegó el papel.

Darian:

Leyó despacio. La letra pequeña, inclinada. La conocía. La odiaba. La había leído burlándose de él durante años.

Pero esta vez la letra no se burlaba.

Estoy esperando un hijo. Tuyo. De aquella noche.

Se le fue el aire.

Tuvo que apoyar la mano libre en el escritorio. Volvió a leer la línea. Y otra vez. Las letras no cambiaban. Seguían diciendo lo mismo,

con la misma calma, sin un solo adorno.

Un hijo.

Algo se le rompió por dentro. No hizo ruido. Fue como cuando se rompe el hielo de un lago bajo los pies: primero una línea fina, después todo. Y detrás de esa línea estaba todo lo que llevaba semanas aguantando. La noche de las copas. La piel tibia de ella. La forma en que lo había mirado, como si él fuera algo que valía la pena elegir. Y la mañana siguiente: la voz de Seraphine, la carta del padre.

Le temblaban las manos. Lo notó y no pudo hacer nada para que dejaran de temblar.

No te pido nada.

Si no vienes, voy a entender.

Mañana al anochecer. Ella la había escrito de noche. Mañana era hoy. Era ahora.

Se acercó a la ventana con la nota en la mano.

Abajo, en el patio, en el pequeño jardín que Kiara había arrancado y ella había vuelto a plantar, había una figura sentada en el murete. Un manto gris. Las manos juntas delante del cuerpo. Quieta, como se quedan quietas las cosas que esperan desde hace mucho.

Darian la miró a través del vidrio y no pudo moverse.

Pensó en su padre. *El amor es una herida que uno se hace solo.* Por primera vez en su vida, la voz del viejo rey no le dijo nada más. Se quedó callada.

Un hijo. Suyo.

Agarró la capa del respaldo de la silla. Apagó la vela de un soplo, sin pensarlo, por costumbre. Guardó la nota dentro de la chaqueta, contra el pecho, con el pétalo adentro.

Y bajó corriendo.

✦

Seraphine lo detuvo en la galería de los retratos.

Apareció de golpe en la boca de la escalera, con una vela en la mano y el pelo suelto, sin el chal, como si se hubiera levantado de la cama a medio vestir. Estaba pálida. Tan pálida que la llama le hacía sombras azules debajo de los ojos.

—Darian. Gracias a los dioses. Te busqué en el consejo, te busqué en todas partes…

—Ahora no, Seraphine.

—Es Kiara.

Él se detuvo. Un pie en el escalón de abajo.

—Se puso mal después de la cena. Tiene fiebre, mucha. Vomitó dos veces y ahora tiembla y no me reconoce. —A Seraphine se le quebró la voz—. Te llama a ti. Solo a ti. Ya mandé por el médico Ulric, pero no llega, y ella… Darian, no sé qué tiene. Tengo miedo.

Darian miró hacia abajo, hacia la escalera que bajaba al patio. Desde ahí no se veía el jardín. Solo la oscuridad del hueco y el frío que subía.

Si no vienes, voy a entender.

—Tengo que bajar al patio —dijo—. Un momento. Después voy.

—¿Al patio? ¿Ahora? —Seraphine lo miró como si no lo conociera —. Tu hermana se está quemando de fiebre. Cuando tu padre la dejaba sola con las nodrizas y ella lloraba de noche, ¿quién iba? Tú. Siempre fuiste tú.

Él dudó. Lo sintió en todo el cuerpo, como un caballo al que tiran de las riendas hacia dos lados.

Seraphine le tomó la mano.

—Cinco minutos —le dijo—. Que te vea. Que sepa que viniste. Después haces lo que quieras.

Cinco minutos. El patio no se iba a mover. Ella había escrito que iba a esperar.

Darian fue.

✦

Kiara no lo soltó en cinco minutos. Ni en diez.

Estaba en la cama con la cara roja, el pelo pegado a la frente y los ojos brillantes de fiebre. Cuando lo vio entrar se puso a llorar como lloraba de niña, con la boca abierta, sin vergüenza. Le agarró la mano con las dos suyas.

—No te vayas. Siempre te vas. No te vayas.

—Aquí estoy.

—Me duele la cabeza. Me da vueltas todo.

Sobre la mesita había una taza de vino caliente a medio tomar, con olor a canela y a miel. Seraphine la retiró sin decir nada y la dejó en la bandeja, lejos.

El médico Ulric llegó tarde, con el pelo revuelto y la camisa de dormir debajo de la capa. Le tocó la frente a Kiara, le miró los ojos, le olió el aliento. Frunció un poco el ceño. Dijo que era una fiebre de invierno, que tal vez algo de la cena le había caído mal, que necesitaba agua, paños fríos y dormir.

Pero Kiara no quería dormir. Cada vez que Darian intentaba soltarse, ella se despertaba asustada y lo buscaba con las manos, llorando. Cada vez que él miraba hacia la puerta, Seraphine le cambiaba el paño a la niña y decía, bajito:

—Ya casi. Ya se está durmiendo.

Darian sentía la nota contra el pecho, debajo de la chaqueta. Le pesaba como una piedra. Le quemaba como un carbón.

Pasó una hora. Tal vez más. La vela se gastó hasta la mitad.

Cuando por fin la respiración de Kiara se volvió lenta y pesada, y los dedos de su hermana se aflojaron solos, Darian se soltó con cuidado. Seraphine no lo miró. Estaba acomodando la manta sobre los hombros de Kiara con una paciencia de santa.

—Ve —dijo en voz baja—. Yo me quedo.

Él ya estaba en el pasillo.

✦

En el patio, la ventana de la torre del este se apagó.

Andrea se levantó del murete sin darse cuenta. Se quedó de pie, con las manos apretadas contra el manto, mirando el arco por donde se bajaba de la torre.

Viene.

Contó los escalones en la cabeza. Ciento doce. Los había subido; sabía cuánto se tardaba. Después el corredor de los tapices, la galería, la escalera chica que daba al patio. Contó despacio, para no apurarse. Llegó a cien. Llegó al final.

Nadie salió por el arco.

Volvió a contar.

Empezó a nevar. Primero una nieve fina y seca, que solo picaba en la cara. Después más espesa, en copos lentos que se quedaban sobre la paja de las plantas, sobre el murete, sobre los hombros de su manto.

—Majestad —dijo el guardia, desde el arco, con los dientes castaneteando—. Se va a enfermar.

—Un poco más.

Esperó. Por si las escaleras eran largas. Por si él se había detenido en el último descanso y dudaba, como ella había dudado tantas veces. Por si alguien lo había llamado en el camino. Siempre había alguien.

Esperó hasta que la campana de la capilla dio la hora, y después un poco más, por si acaso.

Cuando por fin se dio vuelta para irse, tenía las piernas dormidas y las pestañas blancas de escarcha. Miró una última vez la caléndula, abierta y sola entre la nieve. No se atrevió a cortarla.

Si no vienes, voy a entender, había escrito.

No entendía nada.

Cruzó el arco con el guardia a diez pasos. No miró atrás.

✦

Darian llegó al patio corriendo.

Bajó la escalera chica de tres en tres, se resbaló en el último escalón, se agarró del muro y siguió. Salió al aire helado con la capa abierta y el corazón golpeándole en la garganta, con un nombre en la boca listo para decirlo.

No lo dijo.

El jardín estaba vacío.

La nieve seguía cayendo, fina, sin ruido. Cubría la paja de las plantas, las piedras del borde, el murete. En el murete, en el lugar donde ella había estado sentada, quedaba un hueco más limpio que el resto, con la forma de alguien, que ya se estaba llenando de blanco.

Darian se acercó. Puso la mano ahí. La piedra estaba fría. Tan fría como todo lo demás.

En el suelo había huellas. Unas botas pequeñas que iban del murete hasta el arco, sin desviarse, sin detenerse. Ya casi no se veían. La nieve las estaba borrando de a poco, con paciencia, como se borra una palabra mal escrita.

Un poco antes. Si hubiera llegado un poco antes. Lo que se tarda en bajar una escalera.

Siguió las huellas hasta el arco. Ahí se mezclaban con las botas grandes del guardia y se perdían en las losas secas del corredor que llevaba al ala de la reina. Al final de ese corredor había una puerta. Y delante de esa puerta, dos hombres de capa negra que él mismo había puesto ahí.

Darian se detuvo.

Pensó en golpear esa puerta pasada la medianoche, delante de sus propios guardias. Pensó en la cara que pondría ella al abrir. Pensó en qué le iba a decir. No tenía nada preparado. Nunca había tenido nada preparado con ella.

Mañana, se dijo. *Con la primera luz. Antes que nadie.*

Volvió al jardín. Se quedó de pie junto a las caléndulas, con la nieve cayéndole en el pelo, y sacó la nota de la chaqueta. La desplegó. El pétalo seguía adentro. Junto a sus botas, entre la paja, la caléndula seguía abierta. La única flor viva en todo Kaldor.

Era del mismo color.

Darian se quedó ahí mucho tiempo, solo, con la nota en la mano.

✦

En el ala oeste, detrás de una ventana a oscuras, Seraphine Ravelin lo miraba.

Había dejado a Kiara dormida, con el paño en la frente. Había lavado la taza con sus propias manos y había tirado el resto del vino al desagüe de la cocina. Ahora estaba de pie junto al vidrio, con los brazos cruzados sobre el pecho, sin vela, para que nadie pudiera verla desde abajo.

Lo vio tocar el murete. Lo vio seguir las huellas hasta el arco y volver. Lo vio sacar la nota y quedarse mirándola, quieto, mientras la nieve le blanqueaba los hombros.

No sintió alegría. Sintió algo más frío y más útil.

La noche estaba hecha. La Arvell había esperado y él no había llegado. Eso ya no se podía deshacer.

Ahora solo faltaba lo demás.

CAPÍTULO 19

Dos sangres

Esa noche, cuando Darian por fin se fue del patio, Seraphine se sentó frente al fuego de su habitación y no se acostó. Se quedó quieta tanto tiempo que el fuego bajó y nadie lo avivó.

Estoy esperando un hijo. Tuyo.

No tenía adornos. Eso fue lo primero que le dolió. Seraphine había imitado la letra de Andrea Arvell durante años, desde que era una niña de doce y le pidió al mozo del correo la primera carta de Valedria. Conocía cada inclinación, cada "d" con la panza abierta, la manera de cortar la "t" muy arriba, como quien se apura. Había aprendido a escribir con esa mano mejor que con la propia. Y en todas las cartas falsas le había puesto a la Arvell palabras afiladas, frases ingeniosas, crueles, de esas que se recuerdan.

La verdadera Andrea escribía sin filo. *No te pido nada. Si no vienes, voy a entender.*

Cerró los ojos y volvió a ver el pétalo girando en el aire tibio de la vela. Lo había vuelto a poner entre los pliegues allí mismo, en el estudio, antes de dejar la nota exactamente donde Corvan la había puesto. Era tan liviano que casi no lo había sentido entre los dedos.

Caléndula. Lo sabía porque, a los quince años, cuando se rompió la pierna en el barranco de los ciervos, el sanador le puso cataplasmas de caléndula durante un mes. Y porque Darian, el día

que la visitó en la cama, olió el aire y se puso pálido y salió de la habitación sin decir nada.

Entonces no lo había entendido. Ahora sí.

Se levantó. Fue hasta el espejo de cobre que había sido de su madre y se miró. Veintiséis años. El pelo rubio, casi blanco, brillante, cepillado cien veces. La piel sin una marca. Los ojos verdes que en Kaldor llamaban hermosos y que ella había aprendido a humedecer a voluntad, como quien abre un grifo.

Toda la vida le habían dicho para qué servía. Para ser reina. Para darle a la casa Ravelin, que era pequeña y pobre y tenía un solo castillo con goteras en las montañas del oeste, un lugar junto al trono. Cada vez que fallaba, su madre la hacía arrodillarse sobre sal gruesa en la capilla familiar hasta que dejaba de sentir las piernas. Cuando murió el viejo rey y Darian no la pidió por esposa, su padre no le habló durante un año entero. Cuando llegó el decreto del Pacto y se supo que vendría una Arvell, su madre le mandó una sola línea: *Si no eres reina antes de que ella dé un heredero, no vuelvas a casa.*

Y ahora esa muchacha de valle, que no había tenido que arrodillarse sobre nada, que había llegado con un baúl y un vestido prestado, que se pasaba el día con las manos en la tierra como una campesina, llevaba adentro lo único que Seraphine nunca iba a poder fabricar.

Un heredero.

Seraphine se miró al espejo y no lloró. Hacía mucho que no lloraba sin decidirlo.

✦

Lo del embarazo ya lo sabía por la nota. Pero necesitaba estar segura de que era verdad y no una jugada. Una carta podía ser una mentira. Ella, mejor que nadie, sabía eso.

A la mañana siguiente, antes del amanecer, bajó a los lavaderos, donde el vapor de las tinas convertía el sótano en una nube tibia y

húmeda que olía a ceniza y a jabón de sebo. Las lavanderas se enderezaron al verla. Seraphine sonrió a todas, preguntó por el hijo de una, por la tos de otra, dejó sobre la mesa un frasco de ungüento para las manos agrietadas. Nadie en el castillo era tan amable con los criados como la señora Ravelin. Todos lo decían.

Después se acercó a Ilse, la lavandera más joven, la que tenía una hermana enferma en el pueblo y deudas con el boticario.

—La ropa de la reina —dijo, bajito, mientras le ponía una moneda de plata en el bolsillo del delantal—. ¿Desde cuándo no llegan los paños?

Ilse se puso roja hasta las orejas. Miró hacia las otras mujeres. Después miró la moneda.

—Desde antes de la luna vieja, señora. Casi un mes.

—¿Y Tilde? ¿Sigue subiendo caldo?

—Caldo claro, señora. Con menta. Todas las noches.

Seraphine asintió. Le acarició la mejilla a la muchacha con el dorso de los dedos, como una hermana mayor.

—Tu hermana se va a curar —dijo—. Ya vas a ver.

Subió la escalera del sótano sin prisa. En el patio, a la primera luz gris, miró el jardín de la reina. Bajo la paja, entre las caléndulas, asomaba un punto naranja. Una sola flor abierta en pleno invierno de Kaldor, donde nada florecía antes del deshielo.

Seraphine se detuvo.

Recordó la plaga. Los campos del valle bajo negros de podredumbre, los consejeros hablando de hambre, y después la Arvell con las manos en los surcos durante tres días, y los tallos levantándose, verdes, como si alguien los hubiera llamado por su nombre. El pueblo la había vitoreado al pasar. A ella, a la extranjera. Desde entonces, en el mercado, le dejaban flores secas en la puerta del castillo.

Jardinería, decían los sacerdotes de Valedria. Un don menor.

Seraphine había crecido en una corte que medía todo por la fuerza. Sabía reconocer cuando algo era más grande de lo que parecía. Y esa flor, sola, terca, encendida sobre la nieve, no parecía nada menor.

Le pasó un frío por la nuca que no tenía que ver con el invierno.

✦

Darian no había dormido en toda la noche.

Seraphine lo encontró al amanecer, cuando volvía de los lavaderos con las manos todavía tibias del vapor. Estaba sentado en el banco de la galería de los retratos, bajo la ventana, con la misma ropa de la noche anterior y la capa húmeda de nieve. Desde ahí se veía el pasillo que llevaba al ala de la reina. Había pasado horas mirándolo. Dos veces se había levantado para ir. Las dos veces se había vuelto a sentar.

—Darian.

Él levantó la cabeza. Ella se acercó despacio, como se acerca uno a un caballo asustado.

—¿Cómo amaneció Kiara? —preguntó él. La voz le salió ronca.

—Dormida. Sin fiebre. El médico dice que fue algo de la cena. —Lo miró de arriba abajo—. Tú no te acostaste.

No contestó. Volvió a mirar el pasillo que llevaba al ala de la reina. Seraphine vio que tenía una mano metida en la chaqueta, a la altura del pecho, como quien se aprieta una herida.

—¿Qué haces aquí?

Él tardó mucho en hablar. Después sacó la mano de la chaqueta. Tenía un papel. Lo sostuvo un momento sin dárselo, como si le costara soltarlo.

—Corvan me dejó esto anoche. En el escritorio. —Tragó saliva—. Es de ella.

Seraphine no estiró la mano. Esperó a que él se la diera. Él se la dio.

Ella leyó despacio, como si fuera la primera vez. Dejó que se le abrieran un poco los ojos en la segunda línea. Dejó que el pétalo se le quedara en la palma. Contó hasta diez antes de levantar la vista.

—Darian…

—Me esperó en el jardín. En la nieve. Y yo estaba con Kiara. —Se pasó la mano por la cara—. Cuando bajé, ya no estaba.

—Me prometí ir a verla con la primera luz. —Miró la ventana, que ya se estaba aclarando—. Ya hay luz. Y no me atrevo.

Seraphine se sentó a su lado, debajo del retrato del viejo rey, enorme y oscuro, con la mano sobre la empuñadura de la espada y los ojos como dos clavos. Dejó la nota sobre sus rodillas.

—Entonces escúchame un momento —dijo—. Antes de ir.

—¿Te acuerdas de la carta de su padre? —preguntó, muy suave.

Darian no se movió.

—La que te mostré la mañana después. La que llegó de Valedria. —Seraphine no la sacó. No hacía falta. Él la sabía de memoria, y ella lo sabía—. *Gánate al rey, si puedes. Si no puedes, gánate su cama. El resto lo hará la ley de ellos. Escríbeme cuando estés encinta.*

—Ya sé lo que decía.

—Y aquí está. —Tocó el papel con la punta de un dedo—. Unas pocas semanas después de la Noche Larga. Exactamente lo que su padre le pidió. Ni un día antes de lo que hacía falta para que fuera creíble.

—Puede ser verdad.

—Puede ser. —Seraphine asintió despacio, como si le concediera algo—. No te voy a decir que no. Yo no sé lo que pasa dentro de esa mujer. Nadie lo sabe. —Bajó la voz—. Pero sí sé que en Valedria hay hierbas para todo. Tú la viste con la plaga: sabe lo que hace cada hoja. Hay hojas que cortan la sangre de la luna. Hojas que revuelven el estómago por la mañana. Hojas que hinchan. Una mujer que sabe de plantas puede tener todas las señales sin tener nada adentro. Y si la revisa el médico, el médico ve lo que ella quiere que vea.

Darian cerró los ojos.

—Y aunque sea verdad —siguió Seraphine, y ahora le tomó la mano, la izquierda, la de la cicatriz—, piensa lo que significa. Tú conoces el Códice de la Sucesión. Ella también: lo pidió prestado el primer mes. Una reina que le da un heredero al rey no puede ser repudiada. Ni por el consejo, ni por ti. Nunca. Si es verdad, es la jugada perfecta. La deja intocable. Le da a Odran Arvell un nieto en tu trono. —Le apretó los dedos—. Y lo hizo pidiéndote que fueras solo, de noche, a un jardín. Sin testigos. Para que nadie más que tú la oyera. Para que lo que le prometieras ahí no lo pudieras desdecir después.

Era verdad que la carta de Odran existía. Era verdad que la Arvell había pedido el Códice. Era verdad lo que decía la ley. Era verdad que en Valedria había hierbas para todo. Seraphine no había dicho una sola mentira. Solo había elegido en qué orden poner las verdades.

Darian miraba el retrato de su padre. Seraphine vio que se le endurecía la mandíbula, poco a poco, como se endurece el barro con la helada. *El amor es una herida que uno se hace solo.* Se lo había oído decir al rey muerto mil veces, en el patio de armas, mientras el niño sangraba por la nariz después de un combate de práctica.

—Anoche corrí —dijo él, tan bajo que ella casi no lo oyó—. Bajé corriendo. Como un niño.

—Lo sé.

—Si Kiara no se hubiera enfermado…

—Habrías llegado. Y le habrías prometido cualquier cosa. —Seraphine le soltó la mano—. Tal vez Kiara te hizo un favor.

Él se quedó callado mucho rato. Afuera, la luz gris subía por los vidrios.

—Entonces, ¿qué hago? —preguntó al fin.

Y sonó tan joven, tan perdido, que algo en el pecho de Seraphine se retorció. Lo apartó.

—Nada. Por ahora, nada. —Le devolvió la nota, doblada, con el pétalo adentro—. Espera. Si es verdad, el tiempo lo va a mostrar; las barrigas no se pueden fingir para siempre. Y si es mentira, ella va a mover la próxima pieza, y entonces vas a saber. —Le acarició la manga—. Solo no le des lo que busca. Ya le diste una noche, y mira lo que te costó.

Darian guardó la nota dentro de la chaqueta. No la rompió. No la quemó. Seraphine lo anotó, como anotaba todo.

Después se levantó y se fue. No hacia el ala de la reina. Hacia la torre del este, despacio, con los hombros caídos de un hombre mucho mayor.

Seraphine se quedó sentada en el banco. Le temblaba la mano. Lo notó y la cerró en un puño hasta que dejó de temblar.

No había ganado. Todavía no. Había ganado tiempo, que no es lo mismo.

Y él había corrido. Eso era lo que más miedo le daba. Que, por una noche, él había corrido.

✦

Ravena Vhalor recibía en el oratorio del ala norte, una sala pequeña y redonda, sin ventanas, donde el único calor venía de un brasero de hierro y de cuarenta velas de sebo que ardían frente a la estatua de la Madre de las Montañas. Olía a humo y a cera vieja. Ahí no entraban ni los criados.

Seraphine se arrodilló frente a ella como se arrodillaba desde niña. Ravena le tocó la cabeza con dos dedos, una bendición y una orden al mismo tiempo, y la dejó levantarse.

—Hija.

—Madre.

No lo era. Pero Ravena la había llamado así desde que la casa Ravelin la mandó a la corte a los seis años, con una sola muda de ropa y una carta de recomendación. La reina madre no había tenido

paciencia para criar a su propia hija; Kiara había crecido entre nodrizas y caprichos. Pero a Seraphine la había formado con cuidado de orfebre. Le había enseñado a sentarse, a callar, a sonreír a quien despreciaba. Le había enseñado que la corona de Kaldor no se hereda: se sostiene.

Seraphine no había traído la carta. No le hacía falta. Se la dijo de memoria, palabra por palabra, con la voz baja y pareja con que se reza.

Ravena la escuchó a la luz de las velas. Su rostro, afilado y pálido bajo el pelo gris recogido en una red de hilos de hierro, no se movió. Solo, al final, las fosas de la nariz se le abrieron un poco, como a un animal que huele humo.

—¿Estás segura?

—La lavandera. Tilde, la de la cocina. Y otra cosa. —Seraphine dudó—. En su jardín hay una flor abierta. En pleno invierno.

Ravena se quedó callada.

—Una flor.

—Usted vio lo de la plaga, madre. Vio cómo la mira el pueblo. Y ahora... —Seraphine bajó la voz, aunque no había nadie—. Ese niño tendría la sangre de los Vhalor y la de los Arvell. El primero en doscientos años. Las otras novias del Pacto nunca le dieron un hijo a un rey; las casaban con hijos menores, con primos, con viudos viejos. Nunca con la corona. Este sería el heredero de Kaldor y nieto de Odran Arvell. Valedria tendría un pie en nuestro trono. Y si el niño sale a la madre...

No terminó la frase. No hacía falta.

Ravena se volvió hacia la estatua de la Madre de las Montañas, tallada en piedra negra, con los ojos vacíos y las manos abiertas hacia abajo, como quien deja caer algo.

—Mi marido —dijo despacio— dejó firmado lo de esa muchacha antes de morir porque creía que el Pacto era un collar en el cuello de Valedria. Una humillación que ellos pagaban cada generación. Nunca

entendió que un collar también ata a quien sostiene la cadena. —Sus labios se apretaron—. Le dije a Darian que no la tocara. Que la dejara en su ala, con sus macetas, hasta que se marchitara sola. Tres años y ni un hijo, y el consejo habría pedido la anulación por sí mismo. Pero no. Tuvo que beber.

Seraphine bajó los ojos. Esa noche, la de las copas, ella lo había visto todo desde su ventana, y antes, desde la mesa. Había visto cómo él miraba a la Arvell por encima del vino. Había visto que no estaba tan borracho como quería parecer. Después se había clavado las uñas en las palmas hasta sangrar.

—El rey la leyó —dijo—. Pero no la cree. Me ocupé esta mañana. Piensa que es una jugada de Odran.

—Por ahora. —Ravena se volvió. Las velas le hacían los ojos muy negros—. Pero las barrigas crecen, hija. En dos lunas toda la corte lo va a ver. Y entonces él lo va a creer, y ese hijo de Valedria va a tener cara, y nombre, y un lugar en la mesa.

—Entonces...

Ravena le tomó la barbilla con dos dedos fríos y le levantó la cara.

—Entonces no puede crecer.

Seraphine sintió algo desmoronándose muy adentro, en un lugar que no visitaba desde que era niña. Fue un segundo. Pensó en la letra sin filo. *No te pido nada.* Pensó en el pétalo girando en el aire tibio de la vela.

Después pensó en la sal bajo las rodillas. En su madre. En *no vuelvas a casa*.

El segundo pasó.

—No aquí —dijo Seraphine, con la voz firme—. No en el castillo. Darian le puso guardias en la puerta. Y Tilde no se le despega. Si pasa algo entre estos muros, él va a hacer preguntas.

—Fuera, entonces.

—Ella no sale. Solo al patio.

—Saldría si el rey la llamara.

Seraphine levantó la vista.

Ravena caminó hasta el fondo del oratorio, detrás de la estatua, donde había un nicho en la piedra cubierto por un paño bordado. Lo apartó. Adentro había un cofre pequeño de madera de tejo con bisagras de hierro negro. Lo abrió con una llave que llevaba colgada del cuello, entre las cuentas de oración.

Sobre un lecho de terciopelo gastado descansaba un anillo de hierro con un sello grande y plano: un lobo con la boca abierta, coronado por una corona de picos. El sello de la corona de Kaldor. El mismo que Darian llevaba en el dedo. El mismo que su padre había llevado antes, y el padre de su padre.

—Cuando murió mi marido —dijo Ravena—, la ley mandaba fundir su anillo en la forja del castillo, para que no hubiera dos sellos en el reino. Yo misma se lo entregué al herrero. —Sonrió apenas—. El herrero fundió un anillo. No era este.

Seraphine miró el lobo de hierro. La corona de picos. La boca abierta.

Había falsificado cartas durante casi quince años con la letra de otra. Nunca, ni una sola vez, con la voz del rey.

—Una orden —dijo Ravena—. Breve. Fría. Como escribe él. Que la reina se presente sola en el pabellón de caza del bosque de Velmar, porque el rey desea hablarle sin testigos. —Cerró el cofre, pero dejó el anillo afuera, sobre la palma abierta—. ¿Crees que no irá?

Seraphine pensó en la Arvell sentada en la nieve, esperando a un hombre que no llegó.

—Irá corriendo —dijo.

Ravena le tomó la mano, se la abrió con suavidad y le puso el anillo en la palma, en el mismo lugar donde, el día anterior, Corvan se había negado a ponerle la carta.

El hierro estaba frío. Pesaba mucho más de lo que parecía.

—Yo me ocupo de los hombres —dijo la reina madre—. Tú ocúpate de la tinta.

Seraphine cerró los dedos sobre el lobo. Afuera, muy lejos, en alguna torre, sonó la campana de la medianoche, y las cuarenta velas temblaron todas a la vez, como si algo hubiera pasado corriendo por el oratorio sin ventanas.

CAPÍTULO 20

El sello del lobo

La orden llegó con el deshielo.

Habían pasado once días desde la noche del jardín. Once días en que Andrea no volvió a buscar a Darian por los corredores, ni a subir los ciento doce escalones, ni a sentarse en la nieve, ni a regar su jardín. Once días en que comió aunque no tuviera hambre y durmió aunque no tuviera sueño, como le había dicho Tilde. Se puso los vestidos más holgados, los de lana gruesa, y aprendió a caminar con las manos juntas delante de la cintura, como rezando, para que nadie notara que, en realidad, se la estaba tapando.

No había nada que tapar todavía. Pero ella lo sentía crecer. Del tamaño de una lenteja a una arveja. De una arveja a un hueso de ciruela. Lo sabía como sabía cuándo un bulbo estaba listo para romper la tierra: con las manos, sin mirarlo.

Y se había dicho que estaba bien. Que si él no quería ser parte de la vida de su hijo, ella iba a criarlo sola, en su ala del castillo, entre sus macetas, como ella misma se había criado entre las caléndulas de un jardín olvidado. Que no le iba a faltar nada que ella pudiera darle.

Se lo había dicho muchas veces. Casi se lo creyó.

Por eso, cuando el paje golpeó la puerta aquella mañana con un papel en la mano, Andrea tardó en levantarse de la silla. Tenía miedo de volver a ilusionarse. Ya se había ilusionado demasiadas veces con él, y cada vez que la ilusión se rompía, le dolía más que la anterior.

✦

El paje era un niño de diez años, flaco, con la ropa de paje de la casa real demasiado grande, que no se atrevió a cruzar el umbral.

—De parte del rey, majestad.

Andrea lo tomó. El papel era el grueso y blanco de la cancillería, no el áspero de todos los días. Y en el pliegue, en cera negra, estaba el sello real: un lobo con corona de picos.

Lo había visto cien veces. En los decretos que se leían en el salón. En el anillo de hierro que Darian llevaba en la mano derecha y que, aquella noche, le había dejado una marca fría en la cadera cuando la atrajo hacia él.

Le temblaron los dedos al romperlo.

La reina se presentará mañana, a la hora del mediodía, en el pabellón de caza del bosque de Velmar. Irá sola, sin escolta ni doncellas. El rey desea hablarle sin testigos. Lo que tenga que decir lo dirá allí.

No había firma. Solo el sello. Así escribía él. Andrea lo sabía: lo había visto en las órdenes que le mandaba al mariscal, en las notas que dejaba en el despacho de Corvan. Frases cortas, sin cortesía, como golpes de hacha.

Lo que tenga que decir lo dirá allí.

Leyó esa línea cinco veces. *Lo que tenga que decir.* Ella. Lo que ella tenía que decir.

Había leído la carta. Había tardado once días en decidirse, pero la había leído. Y no la quería en el castillo, donde las paredes tenían oídos y Ravena tenía las llaves de todas las puertas. La quería lejos, sola. Sin nadie más en la habitación. Como ella le había pedido.

Andrea se sentó en el borde de la cama porque las piernas no la sostenían.

No lloró. Se rio. Una risa corta, rota, que le salió de un lugar que no sabía que todavía tenía. Se tapó la boca con la mano. Debajo del

vestido, la marca se puso tibia.

✦

—No —dijo Tilde.

Lo dijo sin levantar la voz, con la orden en la mano, de pie en medio de la habitación. Lo había leído dos veces, moviendo los labios, porque Tilde leía despacio; su madre había sido lavandera y nadie le había enseñado hasta los treinta.

—Tilde…

—No, mi señora. No vaya.

Andrea, que estaba doblando su manto gris sobre la cama como si fuera un objeto sagrado, se detuvo.

—Es su sello.

—Ya sé que es su sello. Pero un sello lo puede apretar cualquier mano, mi señora. En este castillo, hasta las cosas del rey tienen otros dueños. —La anciana dejó la orden sobre la mesa como si quemara —. ¿Por qué el bosque? ¿Por qué sola? Ese hombre le puso dos guardias en la puerta hace semanas. ¿Y ahora quiere que vaya sin uno solo a un pabellón que nadie usa desde que murió su padre?

—Porque no quiere que nadie oiga. Yo se lo pedí. Sin nadie más en la habitación. —Andrea apretó el manto—. Si me hubiera llamado a su estudio, Seraphine habría estado ahí. O su madre. Siempre hay alguien.

—Entonces que baje él. Que venga aquí, a su cuarto. Es el rey; nadie le cierra una puerta.

—Tilde.

—Mi señora, escúcheme.

La anciana dio dos pasos y le tomó las manos. Las suyas eran ásperas, calientes, con los nudillos hinchados como nueces.

—Yo conocí a ese muchacho de niño. Le curé las rodillas cuando se caía del caballo y el viejo rey no dejaba que nadie lo levantara. Él no manda a buscar a nadie. Va. Cuando quiere algo, va él mismo, con

las botas embarradas, y lo pide en la cara. Así fue siempre. —Le apretó los dedos—. Esto no huele a él.

Andrea miró esas manos viejas sobre las suyas.

Pensó en las tres veces que lo había intentado. En Ravena saliendo de la sala del consejo justo cuando él se daba vuelta. En Seraphine con el pañuelo en la capilla. En la risa detrás de la puerta de roble. Siempre había alguien. Siempre.

Y pensó también, aunque no quiso, en todas las veces que alguien le había dicho que no fuera, que no pidiera, que no esperara. Su madre. Lyra. La voz de su propia cabeza. *No vales para eso. No esperes eso. No es para ti.*

—Tal vez no huele a él porque él está intentando algo distinto —dijo despacio—. Tal vez por una vez está eligiendo no ser su padre.

Tilde la miró con una tristeza tan grande que Andrea tuvo que apartar los ojos.

—Usted quiere creerlo.

—Sí. —Andrea se soltó, con suavidad—. Lo quiero creer. ¿Es tan terrible?

—No es terrible, mi señora. Es peligroso.

Se quedaron en silencio. Afuera, el hielo de los aleros goteaba sobre el alféizar con un ritmo de reloj.

—Entonces al menos déjeme hablar con el capitán —dijo Tilde al fin—. Que él le confirme la orden.

Andrea dudó. Había pensado lo mismo durante la noche, en vela.

—El capitán está con el rey —dijo—. Desde anteayer están encerrados en el consejo de guerra, con el mariscal y los mapas del paso norte, por lo de Tharn. No dejan pasar a nadie. Lo vi desde la ventana: hay guardias en la puerta de la sala hasta de noche.

Tilde cerró los ojos un momento. Cuando los abrió, ya no discutió. Pero esa noche, cuando Andrea se acostó, oyó a la anciana moverse en el cuarto de al lado mucho rato, abriendo y cerrando baúles, murmurando para sí misma.

✦

Tilde subió sola a la torre del este antes del amanecer.

No se lo dijo a la reina. Se puso el chal de los domingos, el que olía a alcanfor, y subió los ciento doce escalones con las rodillas crujiendo en cada uno, apoyándose en la pared. En el descanso del medio tuvo que sentarse a recuperar el aire. Le zumbaban los oídos. Siguió.

Arriba, frente a la puerta de roble del estudio, había un solo guardia, un hombre mayor que ella conocía de las cocinas: le había dado caldo de hueso el invierno en que se quebró la clavícula.

—Necesito ver al rey, Holt.

El guardia la miró con pena.

—El rey no está aquí, abuela. Está abajo, en la sala del consejo, con el mariscal y el capitán. Por lo de Tharn y el paso norte. No sale desde anteayer; le bajan la comida en bandejas. Dio orden de que nadie lo interrumpa hasta que haya una decisión. Nadie.

Tilde se quedó inmóvil.

—¿Ni para la reina?

—Ni para nadie. Fue la orden.

La sala del consejo quedaba abajo, en el ala vieja. Velmar, al sur, del otro lado del desfiladero. No había forma de que un hombre encerrado desde anteayer con sus mapas estuviera a mediodía en el pabellón de Velmar.

Tilde bajó los ciento doce escalones más rápido de lo que los había subido. Dos veces casi se cae. Se raspó la palma contra la piedra y ni lo sintió.

Cuando llegó al ala de la reina, el sol ya estaba alto sobre los muros y los guardias de la puerta no estaban.

La habitación estaba vacía. El manto gris no estaba sobre la cama.

En el patio, uno de los mozos de cuadra le dijo que la reina había bajado temprano, que había pedido la yegua mansa, la gris, y que

había mostrado a los guardias un papel con el sello del rey. Que los guardias habían querido ir con ella y que ella les había dicho, con mucha amabilidad, que el rey le ordenaba ir sola, y que ellos habían leído la orden y habían obedecido, porque era el sello. Que se había ido sonriendo.

—Sonriendo —repitió Tilde.

—Sí, abuela. Nunca la había visto sonreír así.

✦

Tilde buscó a alguien. A cualquiera.

Bajó al ala vieja, hasta la puerta de la sala del consejo. Dos guardias cruzaron las lanzas delante de ella antes de que alcanzara a tocar la madera. Del otro lado se oían voces de hombres, la del mariscal, la del rey, el roce de los mapas. Tilde rogó que al menos le avisaran al capitán, que le dijeran que era por la reina, y uno de los guardias la tomó del codo y la apartó con suavidad, como se aparta a una abuela que se perdió en el mercado: el rey había dicho nadie, y nadie era nadie. Fue a la sala de guardia y el oficial de turno, un hombre de la casa de Ravena, le dijo que si el rey había dado una orden, no era asunto de una criada de cocina cuestionarla. Fue a la capilla buscando al capellán y no lo encontró. Fue a las caballerizas a pedir un caballo y el jefe de cuadra se rio de ella: ¿una mujer de setenta años, a caballo, hasta Velmar? Se iba a romper el cuello en la primera curva del desfiladero.

Al final, con el corazón golpeándole en el pecho como un puño contra una puerta, Tilde hizo lo único que le quedaba. Esperar.

Volvió al ala vieja. No a la puerta de la sala, donde estaban las lanzas, sino a la galería de arriba, la de los arcos abiertos al viento, que daba al patio de armas. Desde ahí se veía la puerta del consejo. Se sentó en el banco de piedra, con el chal de los domingos apretado contra el pecho, y no se movió.

Conocía a ese muchacho. Lo había visto de niño encerrado con su padre en esa misma sala, horas y horas, y lo había visto salir siempre igual: de golpe, solo, sin capa, buscando aire, como sale un perro de un cuarto lleno de humo. Tarde o temprano iba a salir. Tenía que salir.

Pasaron las campanas. Una. Dos. La sombra de los arcos se movió despacio sobre las losas. Los guardias del patio la miraron un rato y después se olvidaron de ella; nadie mira dos veces a una anciana sentada en un banco. Tilde rezaba con los labios, sin voz, las oraciones antiguas de las montañas, y entre rezo y rezo se apretaba las manos para que dejaran de temblar.

La palma raspada le ardía. No se la miró.

El sol ya pasaba el mediodía.

✦

El bosque de Velmar empezaba donde terminaba la piedra negra.

Andrea lo vio desde el borde del desfiladero, al final del camino de las mulas: una mancha oscura de abetos y alerces que bajaba hacia el sur, envuelta en una niebla baja que no se levantaba nunca del todo. Más abajo, mucho más abajo, entre los árboles, algo brillaba. Agua, tal vez. El mismo brillo que había visto desde el camino de los desfiladeros, tres años atrás, cuando llegó a Kaldor con un baúl y un vestido prestado.

Como aquella vez, sintió que algo en el agua la llamaba.

La yegua bajó el sendero con cuidado, pisando los manchones de nieve vieja. El aire olía a resina, a tierra que despertaba, a musgo mojado. Hacía tres años que Andrea no estaba en un bosque. Respiró hondo y sintió que algo en el pecho se le desataba, un nudo que no sabía que llevaba.

Las raíces, bajo la nieve, se movían. Las sentía. Lentas, profundas, antiguas. Le hablaban sin palabras, como siempre le había hablado la tierra.

Pensó en lo que le iba a decir. Lo había ensayado toda la noche y ahora no recordaba nada. Tal vez no hiciera falta. Tal vez él la mirara como la había mirado aquella noche, por encima de la copa, y ella pudiera decir solamente: *Es verdad. Es tuyo.* Tal vez él le preguntara por fin por qué ella nunca le había escrito, y ella le diría que sí le escribió, durante años, hasta que se le acabó la tinta y la esperanza. Tal vez entonces, solo entonces, empezaran a entender.

Se llevó la mano al cuello. La mitad del medallón de plata estaba tibia bajo el vestido.

El pabellón apareció en un claro, tras media mañana de camino. Era una construcción baja de troncos oscuros y techo de pizarra, con una chimenea de piedra y astas de ciervo clavadas sobre la puerta. Había sido hermoso alguna vez. Ahora el musgo le comía las tablas y una de las ventanas tenía los postigos rotos.

De la chimenea salía humo.

Andrea detuvo a la yegua. Miró alrededor. No vio caballos. No vio el estandarte del lobo, ni guardias, ni a Corvan. Solo el humo, subiendo recto en el aire quieto.

Irá sola, sin escolta. Claro que no habría guardias. Él también habría venido solo.

Desmontó. Le acarició el cuello a la yegua, que resopló y movió las orejas hacia atrás, nerviosa, golpeando el suelo con un casco.

—Tranquila —le dijo Andrea—. Tranquila. Ya vuelvo.

La yegua no se tranquilizó. Era la primera vez en la vida de Andrea que un animal no se calmaba bajo su mano.

Caminó hasta la puerta. La nieve crujía bajo sus botas. Cuando estaba a tres pasos, la marca del pecho empezó a arderle, seca y feroz, como un hierro al rojo.

Andrea se detuvo.

Se dijo que eran los nervios. Que era la esperanza, que se parecía tanto al miedo. Que después de tres años, por fin, él estaba del otro lado de esa puerta.

Levantó la mano y empujó la madera. La puerta se abrió sin ruido, como si alguien hubiera aceitado las bisagras esa misma mañana.

CAPÍTULO 21

Raíces débiles

Adentro olía a humo de pino y a cuero húmedo.

El fuego ardía en la chimenea de piedra, alto, recién alimentado. Sobre la mesa larga del centro había una jarra de barro y dos copas de estaño, una frente a la otra, como si alguien hubiera preparado una conversación. Las paredes estaban cubiertas de cabezas de ciervo con los ojos de vidrio opacos de polvo. La luz entraba gris por la ventana de los postigos rotos.

No había nadie.

Andrea se quedó en el umbral. La marca le ardía tanto que le costaba respirar.

—¿Darian?

Su voz sonó pequeña contra las vigas.

Dio un paso adentro. Otro. Miró las dos copas. Estaban vacías y limpias. Miró el fuego. Miró la puerta del fondo, entornada, que debía de dar a la despensa o a los cuartos de los criados.

Y entonces, del otro lado de esa puerta, oyó a alguien mover el peso de un pie al otro.

No era el ruido de un hombre que espera a una mujer para hablarle. Era el ruido de un hombre que espera.

Andrea retrocedió. Su espalda chocó contra algo que no era la puerta por la que había entrado. Era un pecho. Alguien había entrado

detrás de ella sin hacer ruido, sobre la nieve, sobre las bisagras aceitadas.

Se dio vuelta.

Eran cuatro. Después supo que eran cinco; el quinto se quedó afuera, con los caballos que ella no había visto porque estaban atados detrás del pabellón. Llevaban ropa de cazador, capas pardas, botas sin lustre. Ninguno tenía insignia. Ni el lobo de Kaldor, ni el escudo de una casa, ni el broche de un gremio. Tenían las caras limpias de cualquier cosa que se pudiera recordar.

Eso fue lo que más miedo le dio. Que se hubieran preparado para no ser nadie.

—Soy la reina de Kaldor —dijo Andrea. Le tembló la voz y la obligó a no temblar—. El rey me espera.

El hombre que tenía delante, el más alto, con una barba rala del color de la paja, la miró con algo parecido a la lástima.

—No, señora —dijo—. No la espera.

✦

Después, cuando intentó recordarlo, Andrea no pudo ponerlo en orden. La memoria le devolvía pedazos, como un espejo roto en el piso.

Recordaba la mesa volcándose. Las dos copas de estaño rodando por el suelo con un ruido absurdo, como de campanitas.

Recordaba que corrió hacia la ventana de los postigos rotos y que una mano le agarró el manto gris y el broche le cortó el cuello al arrancarse.

Recordaba sus propias palabras, que no parecían suyas: *No. No. Por favor. Estoy esperando un hijo.* Y el silencio que hicieron los hombres al oírlas. No era sorpresa. Era el silencio de quien ya lo sabía.

Eso también lo recordó siempre.

Recordaba el suelo de tablas contra la mejilla, frío, con olor a resina vieja y a barro. Recordaba que alguien le sujetó los brazos a la espalda y que otro dijo, con fastidio, como quien habla de una tarea: *Rápido. Y que no se le vea en la cara.*

No recordaba el dolor como dolor. Lo recordaba como un ruido. Un ruido sordo, que venía de afuera y se le metía adentro, una y otra vez, y que ella intentaba no escuchar.

Lo que sí recordó, y nunca pudo olvidar, fue el momento en que entendió adónde iban los golpes.

No a la cara. No a los brazos.

Al vientre.

✦

Andrea se encogió sobre sí misma como se encoge una semilla.

No pensó. No había espacio para pensar. Tiró de las rodillas hacia el pecho, aunque le sujetaban los brazos, y apretó la frente contra las tablas, y con todo lo que le quedaba, con todo lo que había sido toda su vida, llamó a la tierra.

No lo había hecho nunca así. Siempre le había pedido a la tierra cosas pequeñas: que una semilla despertara, que un tallo se enderezara, que una raíz enferma soltara la podredumbre. Siempre le había hablado con cortesía, como se le habla a una anciana.

Ahora le gritó.

Y la tierra, debajo del pabellón, debajo de las tablas podridas y de la nieve y de cien años de hojas muertas, la oyó.

Fue un temblor. Un crujido de madera que se abre. Entre las tablas del suelo, junto a su cuerpo, asomaron raíces. Delgadas, pálidas, del grosor de un dedo, frágiles como los primeros brotes de primavera. Subieron por las rendijas temblando, buscando, y se le enroscaron alrededor de la cintura, por encima del vestido, una sobre otra, como manos que se juntan para formar un cuenco.

La marca del pecho estalló en luz.

No dorada, esta vez. Verde. Un verde feroz, de savia y de bosque, que iluminó el suelo y las caras de los hombres y los ojos de vidrio de los ciervos en las paredes.

Alguien maldijo. Alguien dio un paso atrás.

—¡Es bruja! —dijo uno, con la voz aguda de miedo.

—Es jardinera —dijo el de la barba de paja, despacio. Y después, más bajo—: Eso dijeron.

Por un instante, nada se movió. Andrea, en el suelo, envuelta en raíces que temblaban como ella, respiró. Una vez. Dos. Las raíces se apretaron alrededor de su vientre. Sintió la tibieza ahí adentro, la pequeña obstinación verde, todavía encendida, todavía suya.

Te tengo, pensó. *Te tengo, te tengo, te tengo.*

Entonces el hombre de la barba de paja sacó un cuchillo de monte del cinturón y empezó a cortar.

Las raíces eran débiles. Eran todo lo que ella podía dar, todo lo que el sello que no sabía que llevaba le dejaba dar, y no era suficiente. Se cortaban con un ruido húmedo, como tallos de apio. Cada una que caía, Andrea la sentía en el cuerpo, como si le cortaran un dedo. Llamó a otras. Vinieron más finas. Más lentas. Llamó otra vez y la tierra respondió con un hilo, nada más que un hilo, y después con nada.

La luz verde de la marca parpadeó. Se apagó.

Y los hombres volvieron.

✦

No supo cuánto duró. Tal vez poco. Tal vez el tiempo se había roto como las copas.

Supo que ya no podía encogerse más. Que los brazos no le respondían. Que respiraba a pedazos, con un silbido raro, y que cada golpe la empujaba un poco más lejos, hacia un lugar oscuro y blando donde no había nada.

Te tengo, pensó todavía. Pero ya no estaba segura.

Y entonces algo se movió dentro de ella. No en el vientre. Más arriba. Debajo de la marca, en un lugar del pecho que nunca había sentido, como una puerta que alguien empuja desde el otro lado.

Fue un soplo.

Salió de ella sin que lo llamara. Un viento. Nació en su pecho, le pasó por la garganta, por las manos abiertas sobre las tablas, y se volvió grande de golpe, como si el bosque entero hubiera tomado aire al mismo tiempo.

Las antorchas de la pared se apagaron todas a la vez. Los postigos rotos golpearon contra el marco. El fuego de la chimenea se aplastó, se puso azul, se hundió en las brasas. Hojas secas, polvo, ceniza y agujas de pino se levantaron del suelo y giraron por la habitación en un remolino que olía a nieve.

Los hombres retrocedieron. Uno cayó sentado. Otro se tapó la cara con el brazo. El de la barba de paja se agarró al borde de la mesa volcada, y por primera vez Andrea le vio miedo de verdad.

—¿Qué es esto? —gritó alguien—. ¡Dijeron que solo era jardinera!

Andrea no sabía qué era. No sabía de dónde venía. Solo sabía que era suyo, que era tibio, y que empujaba hacia afuera, lejos de su cuerpo, lejos del niño, como unos brazos abiertos delante de una puerta.

Duró un instante.

Un respiro. Nada más.

Después el viento se le escapó entre los dedos como el agua, y el remolino cayó, y las hojas se quedaron quietas sobre las tablas. Dentro de ella, la puerta que se había abierto volvió a cerrarse. Andrea la sintió cerrarse. Fue como perder algo que nunca había sabido que tenía.

No bastó.

Pero los asustó.

—Basta —dijo el de la barba de paja. Le temblaba la voz—. Ya está. Ya hicimos lo que pagaron.

—Falta...

—Dije que basta. Dijeron que no la matáramos. —Miró de reojo las antorchas apagadas y escupió hacia un lado—. Y yo no me quedo más aquí.

Oyó pasos sobre las tablas. La puerta. Los caballos afuera, relinchando. El ruido de los cascos alejándose por la nieve, hacia el este, rápido, como quien huye, hasta que no hubo más ruido que el fuego, que volvía a levantarse despacio en la chimenea.

✦

Andrea quedó sola en el suelo del pabellón, de costado, con las rodillas contra el pecho y las dos manos sobre el vientre.

No se movió. Tenía miedo de moverse. Si no se movía, todavía podía ser que todo estuviera bien. Se quedó muy quieta, como se queda uno junto a una vela que tiembla, sin respirar para no apagarla.

Cerró los ojos. Escuchó hacia adentro, como había escuchado la tierra aquella madrugada en el patio.

Al principio no oyó nada. Solo su propio corazón, golpeando torcido.

Después, muy al fondo, algo.

Un latido. Pequeño. Lento. Tan débil que tuvo que contener el aliento para estar segura. Y después, mucho después, otro.

Estaba ahí.

Andrea casi sonrió contra las tablas. Estaba ahí. Débil, pequeño, como una brasa bajo la ceniza. Pero estaba.

—Aguanta —susurró—. Aguanta, semilla. Por favor. Aguanta un poco más.

El latido le contestó. O ella quiso creer que le contestaba. Uno. Una espera larga. Otro. Cada vez más lejos uno del otro, como los pasos de alguien que se cansa.

Sabía lo que eso quería decir. Lo había sentido en un potro herido, en un pájaro caído del nido, en la niña de la cocina la noche de la

fiebre. La vida, cuando se va, no se va de golpe. Se va así. Despacio. Cada vez con más silencio entre un latido y el siguiente.

Lo sabía, y no quiso saberlo.

✦

Con mucho esfuerzo, arrastrándose, alcanzó a apoyar la espalda contra la pared, debajo de la ventana. Cada movimiento le arrancaba el aire. Se envolvió en lo que quedaba de su manto gris. Se tocó el cuello buscando el medallón y lo encontró: la cadena estaba torcida, pero no se había roto. La mitad de plata le pesó en la palma, fría como una moneda de muerto.

Búscame donde florece el árbol en invierno.

Había venido. Había venido corriendo, sonriendo, como una tonta, porque un papel tenía su sello. Y él no estaba. Quizás nunca había pensado estar.

Quizás él había mandado esa orden. Quizás el sello era suyo, y la letra también, y los hombres sin insignias que ya sabían lo del niño antes de que ella lo dijera. Quizás nunca había querido a ese hijo. Nunca bajó al jardín. Nunca contestó la nota. Y esta era su forma de deshacerse de él: lejos del castillo, en un bosque, sin testigos. Sin tener que mirarla a la cara.

No. No lo creyó. No podía creerlo. El niño del jardín no.

Pero el hombre del corredor, el de la espalda vuelta en el estudio, el de la ventana que se apagaba mientras ella esperaba en la nieve…

Ya no sabía quién era ese hombre. Tal vez nunca lo había sabido.

Apretó el medallón hasta que el borde partido le marcó la palma.

Afuera había empezado a nevar otra vez. Copos grandes, lentos, que entraban por la ventana rota y se posaban sobre las tablas, sobre las hojas que el viento había dejado, sobre las raíces cortadas que todavía asomaban entre las rendijas, ya secas, ya grises, como dedos de alguien que llegó tarde.

Andrea pensó en las raíces que habían salido de la tierra para protegerla, y en el viento que había nacido de su pecho. Las dos cosas habían intentado salvar a su hijo. Ninguna había bastado. Ni siquiera ella.

Solo valgo si sirvo, le dijo una voz vieja en su cabeza, la voz de toda su infancia.

Y por primera vez en su vida, Andrea no tuvo fuerzas ni para contestarle.

✦

La luz de la ventana se puso azul. Después gris. Después casi nada.

El frío entró por la ventana y por debajo de la puerta y se le metió en los huesos. Andrea dejó las dos manos sobre el vientre, quietas, como quien cubre una semilla con tierra para que no la encuentre la helada.

Un latido. Una espera muy larga.

Otro.

Quiso contarlos. Llegó a tres. Se le perdió el número.

En algún momento la habitación empezó a alejarse, como si el suelo del pabellón fuera un bote y alguien hubiera soltado la cuerda. Vio un jardín que no conocía, junto a un agua tan clara que parecía cristal, donde un niño pequeño caminaba de espaldas a ella entre las flores, sin darse vuelta. Ella quería llamarlo y no tenía voz. Quería seguirlo y no tenía piernas. Y el agua brillaba, y en alguna parte, muy hondo, algo dorado se movía bajo la superficie como un pájaro dormido que cambia de postura.

Aguanta, quiso decirle. *Espérame.*

Debajo de sus manos, todavía, muy lejos, la semilla latía.

Después la oscuridad se cerró sobre ella como el agua, y Andrea dejó de oír.

CAPÍTULO 22

Lo que llega tarde

La sala del consejo olía a cera, a cuero mojado y a hombres que no dormían.

Darian llevaba tres días encerrado ahí con el mariscal y con Corvan, por lo de Tharn y el paso norte. Sobre la mesa de piedra negra estaban los mapas de la frontera, sujetos en las esquinas con dagas y tinteros. Los informes de las guarniciones se apilaban sin orden. Hacía dos horas que leía la misma línea sobre las provisiones del fuerte de Hrask y todavía no sabía qué decía.

El mariscal hablaba de caminos. De cuántos hombres cabían en el paso. De cuántos iban a morir si Tharn bajaba antes del deshielo. Darian asentía. No lo escuchaba.

Pensaba en una nota.

Llevaba doce días en el cofre de fresno de su estudio, debajo de los mapas, sin que se atreviera a quemarla ni a releerla. *Estoy esperando un hijo.* Pensaba en la galería de los retratos, en la voz de Seraphine con la carta de Odran en la boca. *Escríbeme cuando estés encinta.* En las hierbas de Valedria. En el Códice. Pensaba en que él había bajado corriendo aquella noche, como un niño, y que no había sabido qué hacer cuando encontró el jardín vacío.

Doce días. Y ella no había vuelto a buscarlo. Ni una vez.

Seraphine tenía razón, se dijo. Si fuera verdad, habría insistido.

Y aun así no podía dejar de pensarlo.

—Majestad —dijo el mariscal—. ¿Majestad?

Darian se levantó. La silla raspó la piedra.

—Sigan sin mí. Necesito aire.

Corvan levantó la cabeza del mapa y lo miró. No dijo nada. Sabía que cuando el rey decía aire, quería decir que no lo siguieran.

✦

La galería de arriba daba al patio de armas. Tenía arcos abiertos al viento y un banco de piedra gastado por tres siglos de guardias cansados. Darian salió a ella como sale un hombre de un cuarto lleno de humo.

El aire le golpeó la cara. Frío, limpio, con olor a nieve que se derrite. Apoyó las dos manos en el borde del arco y respiró hondo. Más allá del muro del patio de armas se veía el patio de la reina y, en un rincón, el jardín de Andrea. La salvia. Las caléndulas tapadas con paja. Y en el centro, el brote: un tallo verde, delgado como un hilo, que había salido de la tierra después de la Noche Larga y que seguía ahí, contra todo, creciendo despacio.

No sabía por qué lo miraba tanto. Nunca lo sabía.

—Majestad.

La voz venía del banco. Darian se volvió.

Era una anciana. Pequeña, encorvada, con un chal de los domingos que olía a alcanfor y las manos apretadas contra el pecho. Se puso de pie con dificultad, apoyándose en la pared. Tenía la palma raspada y sangre seca en los nudillos.

La conocía. Claro que la conocía. Tilde. La que le curaba las rodillas cuando se caía del caballo. La que una vez, en un pasillo, le dijo sin bajar los ojos que la reina estaba adelgazando, que casi no comía desde que él había dejado de mirarla.

—Tilde. ¿Qué haces aquí?

—Lo estaba esperando. Desde la mañana. —Le temblaba la voz. Se notaba que había ensayado lo que iba a decir y que ahora no le

salía—. No me dejaron entrar. Ni al capitán me dejaron avisar. Pero yo sabía que usted iba a salir. De niño siempre salía.

Darian frunció el ceño.

—¿Qué pasa?

La anciana dio un paso hacia él. Lo miró a la cara, muy fijo, como si buscara algo ahí adentro.

—¿No le llegó mi recado, majestad? Se lo pedí a los guardias, al oficial, a todos. —Tomó aire—. ¿Por qué mandó a la reina sola al pabellón del bosque?

Darian no entendió. Las palabras le llegaron sueltas, sin orden, como piedras que caen por una ladera.

—¿Qué pabellón?

—El de Velmar. El de caza. —Tilde tragó saliva—. La orden que usted le mandó ayer. Que fuera sola, sin escolta, a mediodía. Que usted quería hablarle sin testigos.

—Yo no mandé ninguna orden.

Lo dijo despacio. Lo dijo como se dice algo obvio. Y vio cómo la cara de la anciana se deshacía.

Tilde se llevó las dos manos a la boca. Le temblaban tanto que tuvo que apretarlas una contra otra. Los ojos se le llenaron de lágrimas y no hizo nada para detenerlas.

—Tenía su sello —dijo, y la voz se le rompió—. El lobo, majestad. En cera negra. Yo la leí. Le dije que no fuera. Le dije que eso no olía a usted. Y ella... —Un sollozo le cortó la frase—. Ella quería creer. Salió sonriendo. Sola. Hace horas. Los guardias la dejaron ir porque era su sello.

Darian sintió que el suelo de la galería se inclinaba.

—¿Hace cuántas horas?

—Salió en la mañana. Ya debe de estar allá. Ya debe de... —Tilde no terminó.

Él no se movió. Un instante. Uno solo.

En ese instante lo entendió todo. Alguien había usado su sello en un papel que él nunca escribió. Un pabellón que nadie usaba desde que murió su padre. Un bosque lejos de cualquier guardia. Una mujer sola.

Una mujer que llevaba un hijo.

Estoy esperando un hijo. Tuyo.

Fuera verdad o mentira lo que le había dicho Seraphine, fuera jugada de Odran o no, alguien quería a Andrea sola en un bosque. Alguien con su sello en la mano. Y no se le ocurría una sola razón buena para eso.

—¡Corvan!

El grito rebotó en los arcos. Abajo, en el patio, dos guardias levantaron la cabeza.

—¡Corvan! ¡Los caballos! ¡Todos!

Corvan salió de la sala del consejo con la mano en la espada. Vio la cara del rey y no preguntó nada.

Darian se volvió un segundo hacia Tilde. La anciana se había sentado otra vez en el banco, con las manos juntas y la cara mojada, y lo miraba como se mira a alguien que corre hacia un incendio con un balde de agua.

—Gracias —le dijo. No supo decir otra cosa.

—No me agradezca, majestad. —Tilde negó con la cabeza—. Tráigala.

✦

Ceniza era el caballo más rápido de los establos y Darian lo hizo correr como nunca.

El camino de las mulas bajaba hacia el sur en curvas cerradas, junto al desfiladero. La nieve vieja estaba blanda y traicionera. Detrás venían Corvan y seis hombres, con antorchas sin encender atadas a las sillas. Nadie hablaba. Solo se oían los cascos, los arneses, la respiración de los caballos.

Darian cabalgaba con los dientes apretados.

No quería pensar. Pero los pensamientos llegaban igual, como llega el agua por una grieta.

Pensó en la nota del cofre. En que no la había contestado. En que había dejado pasar doce días.

Pensó que, si ella le hubiera dicho algo, si lo hubiera buscado, si le hubiera avisado… Y en seguida pensó que ella sí lo había buscado. Que había esperado en la nieve. Y que el que no había llegado era él.

Apartó ese pensamiento como se aparta una rama de la cara. Apuró a Ceniza.

El sol bajó. El bosque de Velmar se cerró alrededor de ellos, oscuro, con olor a resina. La niebla subía entre los troncos. Encendieron las antorchas.

Ya caía la tarde cuando vieron el claro.

✦

El pabellón estaba a oscuras. La puerta, abierta. Afuera, atada a un poste, una yegua gris relinchaba sola, tirando de las riendas, con los ojos blancos de miedo.

No había otros caballos. En la nieve había huellas de muchos cascos que se alejaban hacia el este.

Darian saltó de la silla antes de que Ceniza se detuviera.

Lo primero que vio fue la mesa volcada. Después las hojas. Había hojas secas por todas partes, y ceniza, y agujas de pino, desparramadas por el suelo y amontonadas contra las paredes, como si un viento hubiera entrado y hubiera dado vueltas en esa habitación cerrada. Las antorchas de la pared estaban apagadas. Del suelo, entre las tablas rotas, asomaban raíces cortadas.

Después la vio a ella.

Estaba contra la pared, debajo de la ventana de los postigos rotos, envuelta en lo que quedaba de su manto gris. Tenía la cabeza caída

sobre el hombro y las dos manos sobre el vientre. Tenía nieve en el pelo. No se movía.

—Andrea.

No contestó.

Darian cruzó la habitación sin sentir las piernas. Se arrodilló delante de ella. Corvan levantó la antorcha detrás de él, y la luz le cayó a Andrea en la cara, y Darian tuvo que cerrar los ojos un segundo.

Después los abrió. Le tocó el cuello con dos dedos, como le habían enseñado en la guerra.

Latía. Despacio. Pero latía.

—Está viva —dijo, y no reconoció su propia voz—. Está viva. Corvan, una manta. Rápido.

La levantó en brazos. Pesaba tan poco que le dio miedo. La cabeza de ella se le apoyó en el pecho, y el pelo le olía a humo y a tierra, y Darian sintió algo frío contra la mano: un trozo de plata apretado todavía en el puño cerrado de ella.

No lo miró. No se atrevió a abrirle los dedos.

Corvan la cubrió con su capa. Afuera, alguien desató a la yegua.

—Al castillo —dijo Darian—. Que uno se adelante y despierte al médico. Que tenga todo listo. Todo.

Montó con ella delante, sujetándola contra su cuerpo con un brazo, y no la soltó en todo el camino. Ni en las curvas del desfiladero. Ni cuando el caballo resbaló en la nieve. Ni cuando le dolió el brazo tanto que dejó de sentirlo.

En algún momento, a mitad de la subida, ella movió los labios contra su pecho. No supo qué dijo. Quizás nada.

✦

Ulric, el médico del castillo, era un hombre de dedos largos y voz cansada. Los esperaba en la habitación de la reina con agua caliente,

paños limpios y una lámpara. Cuando Darian entró con ella en brazos, no hizo ninguna pregunta.

—Déjela en la cama, majestad. Despacio. Y salga.

—No.

El médico lo miró un momento. Después asintió.

—Entonces quédese allá. Junto a la puerta.

Darian se quedó junto a la puerta.

Vio al médico trabajar en silencio. Vio cómo le limpiaba la cara, cómo le revisaba las costillas con cuidado, cómo apoyaba la palma abierta sobre el vientre y se quedaba quieto, con los ojos cerrados, mucho rato. Demasiado rato.

Andrea abrió los ojos.

Fue de golpe, con un ruido corto en la garganta, como quien sale del agua. Miró el techo. No lo reconoció. Miró la lámpara, al médico, las manos de él sobre ella.

—¿Dónde…?

—En su cuarto, majestad. Está a salvo.

Ella no pareció oírlo. Se llevó las manos al vientre, torpe, temblando, buscando algo.

—¿Sigue…? —Se le quebró la voz—. No sé. No me acuerdo. No sé si sigue…

Los ojos se le movieron por la habitación sin verla. Pasaron por la puerta. Pasaron por Darian. No se detuvieron en él. Quizás no lo vio. Quizás vio solo una sombra más.

—Había hojas —dijo, muy bajo, a nadie—. Había viento. Yo no sabía…

Y se le cerraron los ojos otra vez. La cabeza cayó de lado sobre la almohada. Las manos se quedaron sobre el vientre, quietas.

Darian dio un paso. El médico levantó una mano para detenerlo.

—Está agotada. Déjela.

✦

Ulric salió al corredor una hora después. Darian lo estaba esperando contra la pared. No se había sentado.

El médico cerró la puerta con cuidado detrás de él. Se secó las manos en un paño. Tardó en hablar.

—Majestad. ¿Sabía usted que la reina estaba encinta?

La pregunta le llegó como un golpe en el pecho.

—Sí —dijo Darian. Y después, más bajo—: Me lo escribió.

El médico asintió despacio.

—Hay un bebé. Todavía late. Lo sentí bajo la mano. Pero muy débil, majestad. Muy lejos. —Se pasó los dedos por los ojos—. Los golpes fueron ahí. Justamente ahí. Quien lo hizo sabía dónde.

—Haz algo.

—No hay nada que hacer.

—Haz algo —repitió Darian, y la voz se le rompió—. Lo que sea. Lo que necesites. Mando a buscar a quien digas. A Valedria, a Eiravel, a...

Ulric lo miró con una lástima tan grande que Darian tuvo que callarse.

—Majestad. Es una semilla muy pequeña, y le arrancaron la tierra de alrededor. A la madre la puedo salvar. Al niño ya no. Lo siento.

Darian se quedó quieto.

Por la puerta entornada se veía la cama. La lámpara. Las manos de Andrea sobre la manta.

Entró. El médico no lo detuvo.

Se sentó en el borde de la cama, del lado de la ventana. No la tocó. No sabía si tenía derecho. Se quedó mirándola dormir, con la respiración corta y la cara llena de golpes, y por primera vez se dio cuenta de lo delgada que estaba. De las ojeras. De las manos agrietadas de trabajar la tierra.

Al final puso una mano sobre la de ella, encima del vientre. Muy despacio. Como se toca algo que se puede romper del todo.

No sintió nada. Él no sabía sentir esas cosas. Ella sí. Ella habría sabido.

Afuera, la noche era profunda y sin viento. En algún lugar del castillo, una campana dio la hora. Después otra.

Darian no supo en qué momento fue. Nadie lo supo. El médico, que se había quedado junto a la puerta, se acercó a la cama mucho después, cuando las velas ya estaban bajas, puso otra vez la palma sobre el vientre de Andrea y la dejó ahí un largo rato. Después la retiró. Cerró los ojos.

No dijo nada. No hizo falta.

La semilla se había apagado. Sin ruido. Como se apaga una brasa bajo la ceniza cuando nadie la mira, cuando nadie sopla.

Andrea no se despertó. Dormía con las manos sobre el vientre, quieta, y Darian pensó que era mejor así. Que al menos esa noche no tuviera que saberlo.

Él sí lo supo.

✦

Bajó al patio antes del amanecer. No supo por qué. Las piernas lo llevaron.

El jardín de Andrea estaba cubierto de escarcha. La salvia, encogida. Las caléndulas, bajo la paja.

En el centro, el brote.

Lo había visto esa misma tarde desde la galería, verde, derecho, terco, como siempre. Ahora estaba doblado hasta el suelo. El tallo se había secado de arriba abajo, en una sola noche, y las dos hojas pequeñas colgaban grises, enroscadas sobre sí mismas, como manos que ya no tienen nada que sostener.

Darian se arrodilló en la escarcha.

Lo tocó con un dedo. Se le deshizo.

Se quedó ahí, de rodillas, en el patio vacío, con la tierra fría bajo las manos. Le temblaba la mandíbula. Le temblaba todo. Había crecido aprendiendo que un rey no llora, que el amor es una grieta, que los hombres de su sangre no se arrodillan delante de nada.

Se quedó de rodillas igual.

Nadie lo vio. Solo una figura en una ventana alta del ala oeste, con una vela en la mano, que lo miró un largo rato desde arriba y después apagó la luz.

CAPÍTULO 23

Lo que no se dice en voz alta

Andrea despertó con la luz gris de la mañana y supo.

No tuvo que preguntar. No tuvo que buscar. Lo supo antes de abrir los ojos del todo, como se sabe que ha nevado por el silencio que hay afuera. Puso las manos sobre el vientre y escuchó hacia adentro, como había escuchado en el suelo del pabellón.

No había nada. Ni un latido. Ni la tibieza. Ni la espera larga entre uno y otro.

Nada.

Tilde estaba en la silla junto a la cama. Andrea lo supo por el crujido de la madera, por el olor a lavanda y a pan de centeno, por la mano seca y tibia que le tomó los dedos apenas ella se movió.

—Mi niña.

—Se fue —dijo Andrea. No era una pregunta.

Tilde no contestó. Le apretó la mano. Esa fue la respuesta.

El médico Ulric volvió a mediodía. La examinó en silencio, con un respeto que Andrea no esperaba, y al final se sentó en el borde de la cama y le habló sin mirarla.

—Lo siento mucho, majestad. Aguantó casi hasta la mañana. Hice lo que pude. No era mucho.

Casi hasta la mañana. Andrea cerró los ojos. Había estado ahí, latiendo, mientras ella dormía. Y ella no se había despedido.

Después le dejó un frasco de corteza de sauce para el dolor y un saquito de bolsa de pastor para la sangre, y Andrea, desde la niebla en que flotaba, pensó con una calma extraña que eran las hierbas correctas. Que ella habría elegido las mismas. Que había pasado toda su vida aprendiendo a curar a otros y no había podido curar lo único que de verdad había querido proteger.

El primer día no habló.

El segundo, Tilde le acercó un caldo y ella lo tomó porque la anciana tenía los ojos rojos y Andrea no soportaba ser la causa de eso.

El tercero, mientras la luz gris entraba por la ventana y la nieve seguía cayendo sobre el patio, Andrea preguntó:

—¿Quién me trajo?

Tilde dejó de remendar el paño que tenía en las rodillas.

—El rey, mi niña.

Andrea giró la cabeza despacio.

—Lo esperé en la galería toda la mañana —dijo Tilde—. Cuando salió a tomar aire, le pregunté por qué la había mandado sola al bosque. Y él no sabía nada. Se lo juro. Puso una cara que no le había visto nunca, ni de niño. Dijo que no había mandado ninguna orden. Salió a caballo con el capitán y con sus hombres, y la trajo en brazos. —La anciana bajó la voz—. Llegó tarde. Pero fue.

Andrea miró el techo. Las vigas negras, las telarañas que nadie limpiaba en esa ala del castillo.

Él no había mandado la orden. Eso decía Tilde. Eso decía él.

Pero tampoco había bajado al jardín. Tampoco había contestado la nota. Once días sin una palabra. Y cuando por fin apareció, fue para recoger lo que quedaba.

—¿Sabe? —preguntó—. Lo del niño.

—El médico se lo dijo esa misma noche. Lo oí en el corredor. — Tilde apretó los labios—. Estuvo aquí sentado, mi niña. Hasta casi el amanecer.

Andrea no dijo nada. No sabía qué hacer con eso. No le cabía en ningún lugar.

—Mi niña...

—No pasa nada, Tilde. —Y era mentira, y las dos lo sabían.

✦

Tilde se inclinó hacia ella cuando cayó la tarde. Echó un vistazo a la puerta, como si las paredes pudieran oír.

—Hay algo más, majestad.

Nunca la llamaba majestad cuando estaban solas. Andrea giró la cabeza.

—Ese papel. La orden que le llevaron, con el sello del rey. —Tilde bajó la voz hasta que fue casi solo aliento—. Yo conozco a todos los mozos de este castillo. Los vi crecer, a la mitad les limpié los mocos. El que se la entregó a usted, el muchacho Joss, estaba asustado. Le pregunté quién se la había dado. No me quiso decir. Pero esa misma mañana lo vi salir de las habitaciones de la reina madre con una moneda de plata en la mano. Una moneda de plata, mi niña. Ese chico nunca ha tenido más que cobre.

Andrea sintió la marca sobre su corazón. Apenas un cosquilleo, como el recuerdo de un fuego.

—¿Se lo has dicho a alguien?

—A usted.

—No se lo digas a nadie más, Tilde. —Le tomó la mano. Los dedos de la anciana estaban fríos—. Prométemelo.

Tilde sonrió con esa ternura gastada de las personas que han visto demasiado.

—Soy vieja, mi niña. A los viejos nadie nos escucha. Eso también nos protege.

Andrea quiso creerle.

✦

Darian vino al cuarto día.

No tocó. La puerta se abrió y él estaba ahí, alto, vestido de negro, con la mandíbula apretada y unas ojeras que Andrea no le había visto nunca. Tilde se puso de pie de un salto, hizo una reverencia torpe y miró a Andrea. Andrea asintió. La anciana salió, pero dejó la puerta entornada, apenas un dedo.

Darian no se sentó. Se quedó de pie junto a la ventana, igual que aquella tarde en su estudio, mirando hacia afuera.

Durante un rato largo, ninguno de los dos habló.

—¿Cómo estás? —dijo él al fin.

Era una pregunta tan pequeña que Andrea casi se rió.

—Vacía.

Él cerró los ojos. Un instante. Cuando los abrió, seguía mirando el patio.

—El médico me dijo… —Se detuvo. Empezó otra vez—. Me dijo que era verdad. Que había un niño.

Que era verdad. Como si hasta entonces no lo hubiera sido. Como si hubiera hecho falta que un médico pusiera la mano encima para que existiera.

Andrea se sentó despacio en la cama. Le dolía todo. Le dolía en lugares que no tenían nombre.

—Claro que era verdad —dijo—. Te lo escribí.

Darian no contestó.

—Te escribí una nota —siguió, y la voz empezó a fallarle—. Te esperé en el jardín. Te esperé en la nieve hasta que se apagó tu ventana. No viniste. Nunca me contestaste. Once días, Darian. —Tragó—. Y cuando llegó esa orden con tu sello, fui. Fui contenta. Como una tonta. Pensé que por fin querías hablar conmigo.

—Yo no mandé esa orden.

—Ya lo sé. Tilde me lo dijo.

Él se volvió por fin. La miró. Por un segundo, en sus ojos grises, Andrea vio algo que se agrietaba.

—Entonces dime quién —dijo él, muy bajo—. Dime quién la mandó y lo cuelgo de la muralla antes de que caiga la noche.

Andrea lo miró a los ojos. Había ensayado esto tres días, en silencio, mirando las vigas.

—Fue tu madre, Darian.

Tenía otro nombre en la boca. Seraphine. Pero contra Seraphine no tenía nada que mostrar. Nadie la había visto dar una orden ni pagarle a nadie. Solo tenía la sospecha. Y una sospecha contra la mujer que le salvó la vida al rey no valía nada. Así que se lo tragó.

El silencio que siguió fue tan absoluto que Andrea oyó la nieve rozar el vidrio.

—El paje que me trajo la orden salió esa mañana de las habitaciones de tu madre con una moneda de plata en la mano —siguió—. Los hombres del pabellón ya sabían que yo estaba esperando un hijo. Casi nadie lo sabía, Darian. Tilde, tú, y quien haya leído esa nota antes que tú. Me golpearon ahí. Solo ahí. Sabían dónde.

Se llevó la mano al vientre, sobre la manta. Fue un gesto involuntario, antiguo, el de una mujer que durante semanas había tenido algo ahí que cuidar.

—No quería que hubiera un heredero. Y ya no lo hay.

Darian se quedó inmóvil.

Andrea vio cómo las palabras le llegaban. Vio cómo le cambiaba el color de la cara. Vio al niño del jardín, el de la mano cortada que no se quejó ni una sola vez, asomarse detrás del rey.

Y lo vio esconderse otra vez.

Porque Andrea no sabía lo que había en la cabeza de él. No sabía de la galería de los retratos, ni de la carta de Odran, ni de la voz suave que llevaba semanas diciéndole que todo era una jugada. No sabía que esa misma voz lo había esperado la mañana después del pabellón, en la capilla, con los ojos llenos de lágrimas: *¿Por qué fue sola, Darian? ¿Por qué no se lo dijo a nadie? Ni a ti, ni a Corvan, ni a*

tu madre. Tharn tiene espías en todas partes. Si ella hubiera hablado...

Su madre. La que lo crió cuando su padre lo dejaba en el patio sangrando. La que había estado a su lado cada vez que cayó.

No podía. No le cabía. Si creía eso, no le quedaba nadie.

Y había otra cosa, más honda, la que no se decía. Si Andrea tenía razón, entonces él le había dado la espalda a la madre de su hijo para quedarse con la que lo mató. Y eso no se podía cargar. Era más fácil, mucho más fácil, que la culpa fuera de otra persona.

De ella.

Darian alzó la cabeza. Cuando habló, su voz era tan fría que Andrea sintió que la temperatura del cuarto bajaba.

—¿Por qué fuiste sola?

Andrea parpadeó.

—¿Qué?

—¿Por qué fuiste sola a un bosque, con un papel que cualquiera pudo escribir? —Dio un paso hacia la cama—. Tenías guardias. Tenías a Corvan. Tenías a Tilde rogándote que no fueras. ¿Por qué no me dijiste nada? ¿Por qué no me hablaste del peligro? De la sopa amarga, de los venenos, de lo que fuera que sabías. Nunca me dijiste nada. Ni una palabra. En tres años.

—Darian...

—Era tu responsabilidad. Lo llevabas tú. —La voz se le quebró en la última palabra, y él la enderezó a la fuerza—. Y ahora que no está, ¿quieres que crea que fue mi madre?

Se detuvo junto a la cama. La miró desde arriba.

—No uses a nuestro hijo para culpar a otros. Fuiste tú la que salió sola. Tú la que nunca me dijo nada.

Andrea lo oyó. Lo oyó entero.

No gritó. No lloró. No le contestó.

Por dentro, todo le contestaba. La nota debajo del tintero, con el pétalo de caléndula. La noche en el jardín, sentada en la nieve,

mirando su ventana hasta que se apagó. Las tres veces que había intentado hablarle: Ravena saliendo de la sala del consejo justo cuando él se daba vuelta, Seraphine con el pañuelo en la capilla, la risa detrás de la puerta de roble. *Sí te lo dije*, quiso decirle. *Lo intenté tres veces. Cuatro. Te lo escribí. Nunca me dejaron llegar a ti. Y tú nunca viniste a buscarme.*

No se lo dijo.

Ya no le quedaba voz para eso. Ya no le quedaba nada que valiera la pena gastar en un hombre que había decidido no oírla.

Se quedó mirándolo con la mano todavía sobre el vientre vacío, callada. Y ese silencio fue lo que terminó de romperla. No las palabras de él. El suyo. Saber que tenía la verdad en la boca y que no iba a servir de nada decirla.

Darian la miró y dio un paso atrás. Nunca la había visto así: sin rabia, sin lágrimas. Vacía.

—Vete —dijo ella, muy bajo.

No era una petición. Era la primera orden que le daba en tres años.

Él abrió la boca. La cerró. Salió.

Cuando la puerta se cerró, Andrea se dobló sobre sí misma y por fin, después de cuatro días, llegó el llanto. No hizo ruido. Era el llanto de una niña que aprendió en una casa de mármol que hacer ruido solo empeoraba las cosas.

Tilde entró sin pedir permiso y la abrazó, y la meció como se mece a alguien mucho más pequeño.

✦

Darian bajó las escaleras de dos en dos sin saber hacia dónde iba.

Se encontró con Corvan en el patio de armas. El capitán estaba revisando las correas de la silla de un caballo y se enderezó al verlo.

Darian pasó a su lado sin detenerse.

—Majestad. —Corvan dudó. Tenía la cara gris, de no dormir—. Perdone. Hay algo que me pesa desde el pabellón. La nota de la reina. La que me dio para usted hace unas dos semanas.

Darian se quedó quieto.

—La reina me pidió que se la entregara en mano, pero usted estaba encerrado con el mariscal por lo de Tharn. Esperé frente a la sala del consejo hasta que encendieron las antorchas. Al anochecer me llamaron del cuartel, por aquella pelea del cuchillo, y antes de bajar subí a su estudio y se la dejé en el escritorio, debajo del tintero de plata. Donde usted mira primero cada mañana. —El capitán tragó saliva—. Nunca se lo pregunté. ¿La encontró, majestad?

Darian tardó en contestar.

—Sí —dijo. Y era verdad—. La encontré. La leí esa misma noche.

Corvan lo miró, esperando algo más. Una orden. Una explicación. Darian no le dio ninguna. ¿Qué le iba a decir? ¿Que la había leído, que había bajado corriendo, que una fiebre de Kiara y un jardín vacío se le habían cruzado en el camino? ¿Que a la mañana siguiente había decidido no creerla? ¿Que la mujer que la escribió acababa de perder a su hijo? ¿Que ese hijo también era suyo? ¿Que la mujer que amaba estaba arriba, en una cama, con el vientre vacío, y él acababa de decirle que la culpa era de ella? Porque si esa nota era verdad, y en el fondo sabía que lo era, Andrea lo había esperado en la nieve con su hijo adentro, y él no fue. Se quedó en el castillo, escuchando a otros. Doce días después ella salió sola al bosque, y él tampoco estuvo. Dos veces lo había necesitado. Dos veces la dejó sola. Y no se atrevía a mirar eso de frente.

—Es todo, capitán.

Se dio vuelta y subió hacia el ala oeste, hacia Seraphine. No sabía bien para qué. Tal vez para que alguien le repitiera que había hecho lo correcto.

La encontró en su saloncito, junto al fuego, con un chal sobre los hombros, la cara pálida y los ojos rojos, como si hubiera llorado toda

la noche. Al verlo entrar, Seraphine se iluminó como una vela.

—Darian. Viniste.

Él abrió la boca para hablar.

—Me duele tanto —dijo ella, en voz baja, y le tendió la mano—. Quédate un rato. Solo un rato.

Y Darian, que nunca preguntaba, se sentó.

✦

Esa noche, cuando el castillo dormía, la reina madre Ravena recibió a Seraphine en su gabinete.

Sobre la mesa había un rollo de pergamino grueso, de los que solo se usan para los documentos de la corona. Al lado, un bloque de cera negra y el anillo de hierro del viejo rey, el que todos creían fundido.

—Fue a verla —dijo Ravena, sin levantar la vista de la carta que estaba leyendo.

—Y después vino a verme a mí. —Seraphine se sentó sin esperar invitación—. Corvan le preguntó por la nota. El capitán anda haciendo preguntas: sobre la nota, sobre la pelea del cuartel.

Ravena levantó por fin los ojos.

—Entonces no tenemos tiempo.

—No.

—¿Y Tilde?

Seraphine miró el fuego. En el reflejo de las llamas, sus ojos se vieron casi dorados.

—Tilde habla demasiado con los mozos, y fue ella la que esperó a Darian en la galería —dijo—. Ya me encargo.

Desenrolló el pergamino. En la parte superior, con la caligrafía cuidada de los escribanos de la corte, se leía una sola palabra:

Disolución.

CAPÍTULO 24

Tinta y sangre

Al séptimo día, Andrea se levantó.

No porque estuviera mejor. Se levantó porque el cuerpo, terco como las raíces, seguía pidiéndole cosas: agua, luz, moverse. Y porque Tilde, que había dormido en esa silla seis noches, tenía la espalda doblada como un junco y Andrea no quería que durmiera allí una séptima.

—Ve a tu cuarto —le dijo—. Duerme en una cama de verdad.

—No me voy a mover de aquí.

—Tilde. Por favor.

La anciana la miró un rato largo. Después se levantó, gimiendo por las rodillas, y le dio un beso en la frente, como se besa a las hijas.

—Volveré al amanecer con pan recién hecho. Del bueno, del que la cocinera esconde para el rey.

Andrea sonrió. Fue una sonrisa pequeña, torcida, la primera en una semana. Tilde la vio y algo se le aflojó en la cara.

—Así —dijo—. Así me gusta.

Se fue cerrando la puerta con cuidado.

Andrea se acercó a la ventana arrastrando los pies descalzos sobre la piedra fría. Afuera, el invierno no terminaba de irse. Los árboles del patio seguían pelados y una nevada tardía había vuelto a cubrir su jardín. Solo la salvia seguía asomando, gris, encogida. Andrea apoyó la frente en el vidrio y la miró mucho tiempo.

Tú también aguantas, pensó. *Aunque nadie te lo pida.*

✦

Seraphine llegó al caer la tarde.

Vino sola, con una cinta de seda azul en el pelo que combinaba con su vestido, y un estuche de cuero bajo el brazo. Entró sin tocar, como entraba en todas partes, como si el castillo entero hubiera sido construido para que ella no tuviera que pedir permiso.

Andrea estaba sentada junto a la chimenea apagada, envuelta en un chal de lana. No se levantó.

—Te ves mejor —dijo Seraphine.

—Tú no deberías estar aquí.

—Lo sé. —Seraphine se sentó frente a ella, en la silla de Tilde, y alisó la falda sobre las rodillas—. Nadie quería venir. Leónidas, el escribano mayor, tiembla solo de pensar en hablarte. La reina madre dice que no pisa esta ala del castillo. Y él... —Dejó la frase colgando, con precisión—. Él me pidió que lo hiciera yo. Dijo que yo sabría hacerlo con delicadeza.

Abrió el estuche. Sacó un pergamino grueso, enrollado, y lo desplegó sobre la mesita que había entre las dos. Lo sujetó con el tintero de plata que traía y una pluma de cuervo.

Andrea leyó la primera palabra. *Disolución.* Después leyó lo demás, despacio, cada línea, con la misma atención con que de niña leía los libros de plantas que robaba de la biblioteca de su padre. El lenguaje era antiguo, solemne, lleno de fórmulas. *Por voluntad de Su Majestad Darian Vhalor, rey de Kaldor, señor de las cumbres negras...* El matrimonio quedaba anulado por "esterilidad del vínculo y conducta indigna de la consorte". Andrea quedaba despojada del título. Debía abandonar el castillo en un plazo de tres días. El Pacto de Sangre se consideraría cumplido por esa generación; Valedria no tendría derecho a reclamación alguna.

Al pie, en cera negra, el sello del rey. El lobo y la corona de picos.

Andrea lo miró mucho tiempo. Lo había visto en cada decreto, en cada carta del consejo, en la orden que la llevó al pabellón. Pensó en lo fácil que es copiar una forma. Pensó que ya no tenía manera de saber cuál de todos esos sellos había sido de verdad.

Esterilidad del vínculo.

Se le escapó algo que no era una risa.

—El rey quiere que abandones el castillo —dijo Seraphine, con suavidad—. Lo siento, Andrea. De verdad. Yo intenté hablar con él.

—No mientas tanto. Te vas a cansar.

Seraphine parpadeó. Después sonrió, y fue una sonrisa distinta a todas las que Andrea le había visto en público. Más pequeña. Más verdadera.

—Está bien —dijo—. No mentiré tanto.

✦

Andrea tomó la pluma. La hizo girar entre los dedos.

Sabía que podía negarse. Que podía exigir que Darian viniera en persona, que podía gritar hasta que el castillo entero la oyera. Sabía también lo que pasaría: que él no vendría, o que vendría y la miraría con esos ojos de invierno y le diría algo peor que lo que ya le había dicho. Y no tenía fuerza para eso. No le quedaba.

Pero había una pregunta. Una sola. La llevaba desde los nueve años, desde un medallón partido y un invierno lleno de flores.

—¿Él dijo...? —Se le cerró la garganta. Lo intentó otra vez—. ¿Él dijo que nunca me amó?

Seraphine la miró con algo parecido a la curiosidad, como se mira a un animal que sigue moviéndose después de herido.

—Dijo que lo único que alguna vez sintió por ti fue lástima —respondió, sin prisa—. Por la niña de aquel jardín, la que nadie quería. Que cuando te vio llegar a Kaldor ya no quedaba nada de ella. Que la noche que pasaron juntos fue un error de vino, y que cada vez que lo

recuerda le da asco de sí mismo. —Hizo una pausa delicada—. Me pidió que no te lo dijera. Pero tú preguntaste.

Andrea no se movió.

Afuera empezó a soplar el viento. Hizo vibrar los vidrios de la ventana, uno por uno, como dedos que tamborilean.

Algo de lo que dijo Seraphine era verdad. Andrea lo sabía porque lo sintió entrar más hondo que lo demás. *La niña de aquel jardín.* Seraphine sabía del jardín. Sabía de la niña. Eso solo podía haberlo sabido por él.

O por otro camino. Andrea no lo pensó. No pudo.

Mojó la pluma en el tintero.

Al hacerlo, el borde de plata del tintero, mal pulido, le abrió un corte diminuto en la yema del índice. Ni siquiera lo sintió. Vio la gota roja asomar, redonda, brillante, y la vio resbalar por la pluma hasta la punta, donde se mezcló con la tinta negra como una semilla que cae en tierra oscura.

Firmó.

Andrea Arvell.

No puso *Vhalor*. Nunca lo había sentido suyo.

La firma quedó de un color extraño, un negro con reflejos rojizos, como brasa debajo de la ceniza. Por un instante, Andrea creyó que la tinta se movía. Que en los trazos de su nombre algo se enroscaba, fino como un hilo de raíz, y luego se quedaba quieto. Parpadeó. Era solo tinta.

La marca sobre su corazón, fría desde el bosque, dio un único latido de calor. Uno solo. Después nada.

Seraphine también miró la firma. Una arruga muy leve le cruzó la frente. Enrolló el pergamino deprisa, antes de que se secara del todo, y lo guardó en el estuche.

—Tres días —dijo, de pie ya—. Si necesitas algo para el viaje, pídemelo. A mí, no a los criados.

—No necesito nada de ti.

Seraphine se detuvo en la puerta. Se volvió a mitad.

—Esa criada de la cocina. Tilde. Te quiere mucho, ¿no?

Andrea levantó la cabeza. La pregunta quedó suspendida en el aire como el polvo en un rayo de luz.

—Déjala en paz.

—Claro —dijo Seraphine—. Solo preguntaba.

Y salió.

✦

Esa noche, Andrea no durmió.

Se quedó sentada junto a la ventana, con el chal sobre los hombros y la mano apretada alrededor de la mitad del medallón que llevaba al cuello. La plata estaba tibia de tanto tenerla contra la piel. La mitad de un árbol, la mitad de una flor. Una promesa partida en dos que nunca nadie había vuelto a juntar.

Pensó en arrancársela. En tirarla por la ventana a la nieve del patio, junto a la salvia.

No lo hizo.

En algún momento, mucho después de medianoche, oyó pasos en el corredor de los criados, detrás de la pared. Pasos rápidos, dos personas, quizás tres. Una puerta. Un silencio largo. Después, otra vez los pasos, alejándose sin prisa.

La marca le ardió, una vez, aguda, como una aguja.

Andrea se puso de pie. Fue hasta la puerta. Puso la mano en la manija.

Y se quedó ahí, temblando, porque la última vez que había cruzado una puerta en mitad de la oscuridad había perdido todo lo que tenía.

Volvió a la silla. Esperó el amanecer. Esperó el pan del bueno, el que la cocinera escondía para el rey.

✦

El pan no llegó.

Llegó Maren, la hija de Brunna, la niña de la cocina a la que Andrea había bajado la fiebre en su primer invierno en Kaldor. Ahora tenía diez años y ojos enormes, y estaba descalza sobre la piedra, como si hubiera echado a correr sin acordarse de los zapatos.

—Mi reina —dijo, y se le quebró la voz—. Es Tilde.

Andrea bajó a las habitaciones de servicio con el chal mal puesto y el pelo suelto. Los criados se apartaban al verla pasar, y ninguno le dijo que ya no era reina. Ninguno se lo diría nunca.

El cuarto de Tilde era pequeño, con una ventana alta y un amuleto de madera de pino de las montañas colgado sobre la cabecera. Olía a lavanda y a pan de centeno. La anciana estaba en la cama, de espaldas, con las manos cruzadas sobre el pecho y los ojos cerrados. Alguien le había peinado el pelo blanco y lo había extendido sobre la almohada. Tenía la cara tranquila.

Demasiado tranquila. Demasiado ordenada. Tilde dormía siempre de lado, encogida, con una mano bajo la mejilla, porque así había dormido de niña en los establos. Se lo había contado a Andrea una noche, riendo.

El médico Ulric estaba de pie junto a la cama. Al ver a Andrea, bajó los ojos.

—El corazón, señora —dijo—. Era muy mayor. Se fue en paz, mientras dormía. Causas naturales.

Todos en la habitación asintieron. Nadie miró a nadie.

Andrea se arrodilló junto a la cama. Le tomó la mano a Tilde. Estaba fría, pero no era eso lo que le importó. Le acercó la cara a los labios, como para despedirse, y olió.

Debajo de la lavanda. Debajo del pan.

Almendra amarga. Apenas un rastro, tenue como un recuerdo, pegado a la comisura de la boca.

Andrea conocía ese olor. Lo había aprendido a los doce años, en el rincón venenoso de su jardín de Valedria, para no confundirlo nunca.

Se quedó muy quieta.

En la mesita junto a la cama había una taza vacía. Al lado, una cinta de seda azul, del mismo azul exacto que la que Seraphine llevaba en el pelo la tarde anterior. Olía a lirio.

Andrea la tomó sin que nadie la viera y la cerró dentro del puño.

—Causas naturales —repitió en voz baja.

Y por primera vez en su vida, la palabra que le subió por la garganta no fue *perdón*.

CAPÍTULO 25

El precio de las cartas

Enterraron a Tilde al día siguiente, en el cementerio de los criados, detrás de las caballerizas, donde la tierra era tan dura que los hombres tuvieron que encender fuego encima toda la noche para poder cavar.

Nadie de la familia real fue.

Andrea sí. Fue con el chal de lana, con las botas de montar porque no tenía otras, y se quedó de pie entre la cocinera, los mozos, las lavanderas y Maren, que le apretaba la mano con sus dedos pequeños y calientes. El viento bajaba de las cumbres cargado de agujas de hielo. Nadie habló mucho. Los criados de Kaldor no estaban acostumbrados a que nadie los escuchara, ni siquiera en sus propios funerales.

Cuando bajaron el ataúd de pino, Andrea se agachó y hundió los dedos en el montículo de tierra removida. Estaba tibia por el fuego de la noche, húmeda, oscura.

Cerró los ojos y llamó.

No sabía si iba a responder algo. Desde el pabellón, la Savia se le había quedado callada, como un pozo que se seca. Pero esa vez, debajo de sus dedos, algo se movió. Una semilla vieja, olvidada, de alguna mala hierba que el viento había traído años atrás. Se despertó. Empujó.

Cuando Andrea abrió los ojos, sobre la tumba de Tilde había brotado una mata de lavanda. Pequeña, del tamaño de una mano, con tres espigas moradas temblando en el viento helado.

En pleno invierno de Kaldor.

Los criados se quedaron mirando. Nadie dijo nada. La cocinera se llevó las manos a la boca, como si estuviera viendo un milagro. Maren soltó la mano de Andrea y se arrodilló junto a la mata, sin tocarla.

—Le gustaba la lavanda —dijo la niña.

—Lo sé.

Andrea se puso de pie. Le temblaban las rodillas. La marca le palpitaba, despierta otra vez, con un calor sordo, testarudo.

Y por primera vez en semanas, no se sintió vacía. Sintió algo firme por dentro, como si por fin tuviera de dónde agarrarse.

✦

En la sala de armas, Darian afilaba una espada que no necesitaba filo.

Lo hacía desde niño, cuando no podía dormir. El chirrido de la piedra contra el acero le ordenaba la cabeza. Esa mañana no le ordenaba nada.

Corvan entró con la cara cerrada.

—Enterraron a Tilde, majestad.

La piedra se detuvo.

—¿Tilde?

—La criada de la reina. Murió anteanoche. El médico dice que fue el corazón. —Corvan dudó—. La reina fue al entierro. Hizo crecer flores en la tumba. Lavanda. Los mozos no hablan de otra cosa.

Darian se quedó mirando el filo. Recordó a una anciana encorvada que una vez, no hacía mucho, se le cruzó en un pasillo y le dijo, sin bajar los ojos, con una insolencia que le habría costado el puesto a cualquier otro criado: *Esa muchacha no come cuando usted no la mira, majestad. Usted verá qué hace con eso.* Él no había hecho nada

con eso. Solo había empezado a mirarla en las comidas, desde su lado de la mesa, sin decirle nada, hasta verla probar bocado.

—Hay algo más —dijo Corvan—. La reina madre dio orden de que se prepare un carruaje para mañana. Con escolta hacia el paso de Valedria. Dice que es por deseo de la reina. Que pidió volver con su familia.

Darian dejó la espada sobre el banco.

Volver con su familia. Eso no le sorprendía. En sus cartas lo había dicho más de una vez: que extrañaba su casa, los bailes, sus vestidos, los jardines de su madre. Por un momento se acordó de la niña de los Arvell, sola detrás de las cocinas, con las manos llenas de tierra y nadie que la llamara a cenar.

Pero esa niña, según las cartas, había crecido y se había olvidado de él. Ya no sabía cuál de las dos era la verdadera.

—Si quiere irse —dijo, y la voz le salió más ronca de lo que quería —, que se vaya.

Corvan no se movió.

—¿Algo más, capitán?

—No, majestad. —Y luego, en voz baja, casi para sí—: Es que Tilde fue la que le avisó lo del pabellón, majestad. Y ahora está muerta.

Salió antes de que Darian pudiera contestarle.

Darian volvió a tomar la piedra. La pasó una vez por el filo. Dos. A la tercera se cortó el pulgar y no sintió nada.

✦

La nota estaba sobre la almohada cuando Andrea volvió del cementerio.

Papel crema, perfumado con lirio. Sin sello. Una letra elegante, inclinada, de quien aprendió caligrafía con maestros caros y castigos.

Tengo algo que te pertenece. Diecinueve cartas, escritas por una niña de Valedria a un príncipe de Kaldor. Y doce más, escritas por él,

que nunca llegaron a tus manos. Las guardé todas. No sé por qué. Quizás para este día.

Si las quieres, ven mañana al amanecer al mirador del desfiladero, el de la cruz de piedra, al final del sendero de los pastores. Sola. Si se lo dices a alguien, las quemo frente a ti y nunca sabrás qué decían las suyas.

S.

Andrea leyó la nota sentada en el borde de la cama. La leyó tres veces.

Diecinueve cartas.

Ella había escrito diecinueve. Las había contado una a una, a lo largo de cuatro años, en la letra cada vez más firme de una niña que crecía. Se las había dado a escondidas a un mercader de pieles, con monedas que juntaba a escondidas. Nunca le habían contestado. Y nadie, absolutamente nadie en el mundo, sabía el número.

Nadie que no las hubiera tenido en la mano.

Y doce más, escritas por él.

Andrea apoyó la nota sobre las rodillas. Le temblaban los dedos. Doce cartas. Él había escrito. Durante todos esos años en que ella pensaba que la había olvidado, que la promesa del medallón era un juego de niños, él había escrito.

Y Seraphine las tenía.

Entonces lo entendió todo, igual que cuando de niña miraba un jardín enfermo y, de pronto, encontraba la raíz podrida de la que salía la plaga. La mirada de Darian el día que llegó a Kaldor: *Así que al final sí viniste por la corona.* La mañana después de aquella noche. La nota a Corvan. El pabellón. La orden con el sello. Los hombres que ya sabían lo del niño. La firma de tinta y sangre. Tilde.

Una sola mano detrás de todo. Una mano que se ataba el pelo con cintas de seda azul y olía a lirio.

Andrea abrió el puño. La cinta seguía ahí, arrugada, tibia de tanto apretarla.

Sabía que era una trampa. Lo sabía como se sabe que una baya brillante y roja en un arbusto sin pájaros es veneno. Seraphine no había guardado esas cartas por nostalgia. Las había guardado como se guarda un cuchillo.

Y aun así.

Aun así iba a ir.

No por Darian. Se lo dijo a sí misma con una claridad que la sorprendió. No para recuperarlo, ni para que él leyera nada, ni para que alguien le pidiera perdón. Iba a ir porque llevaba catorce años sin saber la verdad de su propia vida. Porque había pasado tres años en ese castillo pidiendo perdón por cosas que no había hecho. Porque Tilde estaba bajo la tierra con olor a almendras en la boca. Y porque si iba a irse de Kaldor, quería irse sabiendo.

Solo una vez, quería que alguien le dijera la verdad a la cara.

✦

Esa noche, Andrea hizo su equipaje. Fue rápido. No tenía casi nada que fuera suyo: dos vestidos de lana, el chal, su cuaderno de plantas con las páginas dobladas, un saquito de semillas que había traído de Valedria y nunca había plantado. Las joyas de reina las dejó sobre la cómoda, ordenadas, como quien devuelve algo prestado.

Después mandó llamar a Maren.

La niña llegó con los ojos todavía hinchados de llorar. Andrea la sentó en la cama, a su lado, y le puso la cinta azul en la palma de la mano. Le cerró los dedos encima, despacio.

—Mañana voy a salir antes del amanecer —le dijo—. Si al mediodía no he vuelto, quiero que busques al capitán Corvan. Solo a él. A nadie más, ¿entiendes? Ni a la cocinera, ni a la reina madre. Y le das esto. Le dices que la encontré en el cuarto de Tilde, junto a la taza. Y que me fui al mirador del desfiladero, el de la cruz de piedra.

Maren miró la cinta. Miró a Andrea.

—¿Por qué no se lo dice usted ahora, mi reina?

Andrea pensó en la nota. *Si se lo dices a alguien, las quemo frente a ti.* Pensó en diecinueve cartas y doce cartas ardiendo en el viento.

—Porque necesito ver algo primero.

La niña asintió, muy seria. Escondió la cinta dentro del delantal, contra el pecho.

—¿Va a volver?

Andrea no respondió enseguida. Le acomodó un mechón de pelo detrás de la oreja, como hacía Tilde.

—Voy a intentarlo.

✦

Salió cuando las estrellas todavía estaban altas.

Nadie la detuvo. Los guardias de la puerta del norte la vieron pasar con el chal sobre la cabeza y miraron hacia otro lado; en esos tres años, Andrea se había vuelto tan invisible que ya ni siquiera llamaba la atención una reina saliendo a pie de madrugada.

El sendero de los pastores subía zigzagueando por la ladera, entre rocas negras cubiertas de escarcha. Andrea caminó despacio. Aún le dolía el cuerpo, y cada tanto tuvo que detenerse a recuperar el aliento con una mano apoyada en la piedra helada. El cielo empezaba a ponerse gris por el este. Abajo, muy abajo, se extendía un mar blanco y quieto: la niebla del desfiladero, que cubría por completo el bosque cerrado de la frontera.

Andrea se detuvo a mirarla.

Recordaba esa niebla. La había visto desde el camino de los desfiladeros, tres años atrás, el día que llegó a Kaldor. Recordaba haber sentido entonces que algo, allá abajo, en el agua escondida, la llamaba por un nombre que ella no conocía.

Lo sintió otra vez. Más fuerte.

La marca se le calentó bajo la ropa, como si quisiera bajar ella sola hacia la niebla.

Arriba, en el mirador, recortada contra el cielo que clareaba, se alzaba la cruz de piedra de los pastores, gastada por siglos de viento. Junto a ella, quieta como si fuera parte de la roca, había una figura envuelta en una capa gris.

Tenía en las manos un paquete atado con cordel.

Y a sus pies, en el suelo, una antorcha encendida.

CAPÍTULO 26

La verdad, por fin

Seraphine se bajó la capucha cuando Andrea llegó a la cima.

No llevaba perlas ni cintas. El pelo rubio, por primera vez desde que Andrea la conocía, estaba suelto y desordenado por el viento. Sin peinado. Sin una sola horquilla. Así, contra la cruz de piedra y el cielo gris, parecía más joven. Parecía casi una niña.

—Viniste —dijo—. Sabía que vendrías. Nunca has sabido no venir cuando te llaman.

Andrea se detuvo a diez pasos. Respiraba agitada por la subida, y el aire frío le quemaba los pulmones.

El mirador era una lengua de roca que se adentraba en el vacío. De la vieja baranda de los pastores solo quedaban dos postes podridos y, junto a la pared, una cuña de hierro oxidada, clavada en una grieta de la piedra, que alguna vez la había sostenido. Más allá del borde no había paisaje: solo la niebla, blanca, espesa, subiendo desde el fondo del desfiladero en hilos lentos que se enroscaban en los tobillos como gatos. A veces se abría un poco y dejaba ver, muy lejos, las copas negras del bosque de la frontera. Después volvía a cerrarse.

—Las cartas —dijo Andrea.

Seraphine levantó el paquete. Estaba envuelto en lino y atado con cordel de cáñamo. Era grueso. Más grueso de lo que Andrea había imaginado.

—Diecinueve tuyas —dijo Seraphine—. Doce suyas. Y unas cuantas más, que escribí yo. Por si querías compararlas.

La antorcha, a sus pies, chisporroteó. Seraphine se agachó sin prisa, la tomó con la mano libre y la sostuvo cerca del paquete. No lo bastante para que prendiera. Lo bastante para que Andrea entendiera.

—Acércate un poco más. No te oigo bien con este viento.

Andrea dio dos pasos. Ocho de distancia. La roca bajo sus botas estaba cubierta de una capa fina de escarcha y crujió.

—No vine a oírte suplicar perdón —dijo—. Vine a oír la verdad.

Seraphine rió. Una risa corta, sorprendida, casi alegre.

—¿Perdón? Ay, Andrea. No, no. Yo no pido perdón. Eso es lo tuyo.

✦

Empezó a hablar como quien abre una caja que lleva mucho tiempo cerrada y se sorprende de lo que hay adentro.

—La primera la intercepté cuando tenía doce años. Él también tenía doce y acababa de volver de Valedria, y no paraba de hablar de ti. De la niña del jardín. Del árbol que floreció en invierno. Me lo contó a mí, ¿sabes? A mí primero. Yo era su amiga. Yo había estado ahí toda la vida. —Seraphine inclinó la cabeza—. Y una tarde vi al correo de Valedria entrar al patio y le pedí al mozo la carta para llevársela yo. Me la dio. A los mozos les gusta darme cosas.

—¿La leíste?

—Claro que la leí. Hablabas de un potro que habías curado. De una semilla negra. Le decías que lo esperabas. —Seraphine sonrió—. Era tan… sincera. Me dio náuseas. Quise quemarla esa misma noche en la chimenea de mi cuarto. No pude.

Andrea sintió que algo se le doblaba por dentro, muy despacio.

—Después fue más fácil. Las suyas las tomaba antes de que salieran: él se las daba a un escribano de su padre, y su padre me adoraba. Las tuyas las tomaba cuando llegaban. —Seraphine golpeó

el paquete con un dedo—. Nunca pude quemarlas. Las guardé. Me gustaba leerlas de noche. Ver cómo crecías. Cómo tu letra se ponía más firme. Cómo seguías esperando, año tras año, sin que nadie te contestara. Nunca entendí cómo podías seguir.

—Y las falsas.

—Ah, las falsas. —Seraphine pareció casi orgullosa—. Esas me costaron meses. Practicaba tu letra con una vela, copiando tus mismas cartas. Las tuyas eran mi cuaderno de caligrafía, ¿te das cuenta? Usaba tus propias palabras para escribir las mías. *El príncipe solitario que creyó que una Arvell lo esperaría.* Esa frase me encantó. Se la mandé cuando él cumplió diecisiete. Lo vi leerla en el patio de armas. Lo vi doblar el papel y guardárselo en el pecho y no volver a nombrarte nunca más.

El viento silbó contra la cruz de piedra. La niebla subió, densa, y por un momento borró el borde, de modo que ya no se sabía dónde terminaba la roca y empezaba el vacío.

—Y cuando llegaste —siguió Seraphine—, no tuve que hacer casi nada. Él ya te odiaba. Solo tuve que regar.

✦

—La sopa —dijo Andrea. Le sorprendió lo tranquila que sonaba su propia voz—. El primer invierno. Raíz amarga.

—Fui yo. —Sin dudar—. Y no fue lo único. Pero eso te lo cuento después.

—La mañana después de aquella noche.

—Le serví el agua yo misma. Le dije que tú sabías qué teclas tocar. Le llevé el Códice de la Sucesión, el que pediste prestado en tu primer mes, para que viera que habías estudiado cómo una reina no puede ser repudiada. Le llevé la cinta lila de Kiara y le dije que la guardabas para usarla contra ella. Y le di la carta de tu padre, la que llegó de Valedria y Ravena retuvo: si no puedes ganarte al rey, gánate su cama. —Se encogió de hombros—. Todo era verdad. El libro, la

cinta, la carta. Lo único falso era el porqué. Él no lo sabía. Nunca supo nada de ti.

—La nota.

—Corvan no me la quiso dar. Se la pedí en la escalera de la torre y me contestó, con toda su honestidad de perro fiel, que había prometido entregarla él. —Seraphine sonrió apenas—. Así que le busqué otra cosa que hacer. Dos muchachos del norte, una deuda de dados, un cuchillo en el cuartel al anochecer. Lo mandaron llamar, y él, que no sabe romper una promesa pero sí doblarla, subió al estudio vacío y la dejó en el escritorio del rey, debajo del tintero de plata. Media hora después subí yo. Llevo quince años entrando a ese estudio a ordenarle la correspondencia; nadie mira dos veces a la que ordena. La abrí con un cuchillo caliente, como abro todo. —Ladeó la cabeza y recitó de memoria, imitando la voz de Andrea—: *Estoy esperando un hijo. Tuyo. De aquella noche. Si no vienes, voy a entender.* —Hizo una pausa—. Venía con un pétalo de caléndula adentro. Cosa de niña. Al abrirla, el pétalo se cayó sobre el escritorio. Lo recogí, lo volví a meter, cerré la cera otra vez y dejé la nota exactamente donde estaba.

Andrea la miró sin entender.

—¿La dejaste?

—Claro que la dejé. Él la leyó, Andrea. Esa misma noche. —Seraphine lo dijo despacio, como quien prueba algo dulce—. Tú lo viste. Esa sombra en la ventana del estudio, la que se quedó quieta frente al vidrio. Era él. Leyéndote. Mirándote sentada en la nieve.

Andrea sintió que la roca se le iba un poco hacia un lado.

—Después bajó corriendo. Corriendo, Andrea. Nunca lo vi correr así por nadie. —Por un segundo, algo amargo le torció la boca—. Y yo lo estaba esperando en la galería, pálida, con una vela en la mano. Le dije que Kiara se moría de fiebre y que lo llamaba. Era verdad, más o menos: yo misma le había subido el vino esa noche, con unas gotas de más. Él dudó. Lo vi dudar. Pero fue. Kiara lo tuvo agarrado de la mano

más de una hora, llorando, y yo le cambiaba los paños y le decía que ya casi se dormía. Cuando por fin llegó al jardín, tú ya te habías ido. Por muy poco. Lo vi desde mi ventana, parado junto a tus caléndulas, con tu nota en la mano.

—Él la leyó —repitió Andrea. No era una pregunta. Era algo que no le cabía en la boca.

—Y a la mañana siguiente lo encontré en la galería, sin dormir, yendo a buscarte. Me senté con él debajo del retrato de su padre. Le recordé la carta de Odran: *Escríbeme cuando estés encinta.* Le dije que tu nota llegaba justo cuando tu padre te lo había pedido. Le dije que en Valedria hay hierbas para fingir cualquier cosa. Le dije que, aunque fuera verdad, era la jugada perfecta, porque una reina con heredero no puede ser repudiada. —Se encogió de hombros—. No le mentí en nada. Solo le di miedo. Y él eligió tener miedo antes que tener un hijo.

Y saber que él la había leído, que había corrido, que la había visto esperar, y que aun así había elegido no creerle, a Andrea le dolió más que todas las demás cartas juntas.

—El pabellón —dijo, y la voz por fin se le rompió.

Seraphine la miró en silencio un largo rato.

—La orden la escribí yo, con la letra del rey. Llevo años imitándola. El sello no era falso, Andrea. Era el anillo del viejo rey, el que Ravena juró haber mandado fundir cuando él murió. Me lo puso ella misma en la mano. Yo lo apreté sobre la cera. —Una pausa—. Los hombres los pagó Ravena, de su bolsa. Mercenarios del paso del este. Les dijeron que eras una espía de Valedria. Les dijeron dónde golpear. Y que no te mataran. Solo al niño. Que no hubiera heredero.

Andrea cerró los ojos.

—¿Y Darian? —preguntó Andrea, apenas.

—Darian estaba encerrado con sus mapas, dando orden de que nadie lo molestara. —Una sonrisa delgada—. No tuve que hacer nada para alejarlo. Él solo se encerró. Calculé que no saldría de esa sala

hasta la noche. Que nadie iba a ir a buscarte hasta que ya no importara.

—Y Tilde.

—Tilde se sentó en la galería del consejo a esperarlo. Toda la mañana. Una anciana de setenta años en un banco de piedra, y nadie la vio, ni siquiera yo. Cuando él salió a tomar aire, ella lo agarró de la manga. Por eso llegó. Tarde, pero llegó. —Seraphine apretó la boca —. Y después le contó a quien quisiera oírla que Joss salió del ala de Ravena con una moneda de plata. A ti, y a la cocinera, y la cocinera a la lavandera mayor, y la lavandera mayor a mi doncella. En este castillo todo llega a mí, Andrea. Todo.

La marca sobre el corazón de Andrea se encendió como un carbón soplado.

✦

—¿Por qué?

La pregunta le salió a Andrea sin fuerza. No era rabia todavía. Era algo anterior, más antiguo. La pregunta de una niña de rodillas en un salón de mármol, con el vino de otra empapándole el delantal.

—¿Por qué a mí? Yo nunca te hice nada.

Y entonces algo se quebró en la cara de Seraphine. No la máscara de llanto que le mostraba a Darian. Otra cosa. Algo mucho más feo y mucho más verdadero.

—¿Que nunca me hiciste nada? —Dio un paso. La antorcha se balanceó—. Existir. Eso me hiciste. Llegar. Ser tú.

Respiró. El viento le revolvió el pelo en la cara y no se lo apartó.

—¿Sabes lo que es la casa Ravelin? Una casa de piedra con goteras al pie de una montaña, con tres siglos de apellido y ni una moneda en el arca. Mi madre me dijo, cuando tenía cinco años, que yo iba a ser reina de Kaldor. No que podía serlo. Que iba a serlo. Que era lo único para lo que había nacido. Me enseñaron a caminar con un libro en la cabeza y cuando el libro se caía me dejaban sin cenar.

Me enseñaron a sonreír con una aguja de bordar clavada en la espalda del vestido, para que no me encorvara. Si me encorvaba, sangraba. Aprendí a no encorvarme. —Se rió, un sonido horrible—. Aprendí caligrafía, música, cinco lenguas, el linaje de cada casa noble de Kaldor hasta la séptima generación. Aprendí a cazar para estar cerca de él, y cuando el jabalí lo derribó en el barranco, yo bajé por él, yo, con la pierna rota. Y cuando volví a casa con la pierna entablillada, mi padre me pegó. ¿Sabes por qué? Porque no aproveché la herida para que me pidiera matrimonio en ese mismo momento.

Andrea la miraba. Ya no podía dejar de mirarla.

—Toda mi vida —dijo Seraphine, y la voz le tembló por primera vez—. Toda mi vida para llegar a ese trono. Cada día. Cada castigo. Y entonces llega un tratado viejo de hace doscientos años y lo obliga a casarse con una novia de otro reino. Y le mandan a la hija que sobraba. La que no tenía don. La que sus propios padres regalaron sin pestañear. Y él... —Se le cerró la garganta—. Él te miró el primer día en el salón del trono, con todo ese odio, y yo lo vi. Lo vi, Andrea. Nadie odia así a alguien que no le importa. A mí nunca me miró así. Ni con odio. A mí nunca me miró de ninguna manera.

—Yo no tenía nada —susurró Andrea—. No sabes lo que era mi casa. No sabes nada de mí.

—¡No me importa! —El grito rebotó en las rocas y se perdió en la niebla—. ¡Lo tuviste todo sin hacer nada! Una corona que te regalaron. Un hombre que te esperó once años sin saberlo. Un pueblo que te quiso porque salvaste unas coles. Criados que te adoran. Flores que te salen de los dedos. ¡Un hijo! —Se le quebró la voz en la última palabra, y por un instante pareció que iba a llorar de verdad—. Él iba a tener dos sangres, ¿lo entiendes? Kaldor y Valedria. Iba a ser el príncipe más poderoso en doscientos años. Y yo iba a ser la mujer que se quedó en la puerta mirando. Otra vez. Para siempre.

Se calló. Jadeaba. La antorcha temblaba en su mano.

Andrea la miró y no sintió lástima. Sintió algo peor: se vio a sí misma. A las dos les habían enseñado lo mismo desde niñas, cada una en su casa: que solo valían si servían para algo.

Una se había vuelto paciente. La otra se había vuelto esto.

✦

—Dame las cartas, Seraphine —dijo Andrea—. Ya me dijiste todo. Dame las cartas y me voy de Kaldor. Nunca vas a volver a verme.

Seraphine la miró. Se pasó el dorso de la muñeca por la cara, despacio, y cuando la bajó, la máscara había vuelto. Lisa. Perfecta. Sin una grieta.

—¿De verdad creíste que te ibas a ir? —preguntó con dulzura—. Andrea. Te conté todo esto porque nadie más lo va a oír nunca. Porque necesitaba decírselo a alguien, una vez, en voz alta, antes de cerrarlo para siempre. Y tú eres la única persona en el mundo a la que se lo puedo decir sin que importe.

La niebla se abrió un instante. Andrea vio, de reojo, lo cerca que estaba el borde. Más cerca de lo que había creído. Medio paso detrás de su talón izquierdo, la roca terminaba en nada.

Seraphine también lo vio. Andrea lo supo por cómo le cambiaron los ojos.

Lejos, muy lejos, abajo en el valle, una campana del castillo dio la hora. El viento la deshizo antes de que llegara entera.

Seraphine ni siquiera la oyó.

—Las cartas eran para ti, ¿sabes? —dijo. Dejó caer la antorcha y la pisó hasta apagarla, deshizo el nudo del cordel y abrió los dedos—. En eso no te mentí.

El viento se las llevó. Casi todas las cartas verdaderas y unas cuantas falsas, las que ella misma había escrito, blancas, abriéndose en el aire una tras otra como pájaros que no saben volver. Algunas se quedaron enganchadas en las rocas del borde, temblando. Las demás se perdieron en la niebla. Y mientras Andrea las miraba irse,

Seraphine retrocedió hasta la pared, sin dejar de mirarla, y apoyó el pie sobre la cuña oxidada que había sostenido la vieja baranda de los pastores.

—Lo planeé todo, Andrea —susurró Seraphine—. Hasta el lugar donde vas a caer.

CAPÍTULO 27

Donde termina la piedra

El viento del desfiladero no soplaba. Mordía.

Andrea lo sintió entrar por las costuras de la capa, por las mangas, por debajo de la tela gastada del vestido de viaje que había elegido esa mañana porque era el único que no llevaba bordado el escudo de Kaldor. Lo sintió en los labios agrietados y en los dedos, que ya no le respondían bien. Pero no se movió.

Seraphine había terminado de hablar. Seguía junto a la pared, con el pie apoyado sobre la cuña de hierro, y no lo movía.

Durante un rato largo, ninguna de las dos dijo nada. Abajo, muy abajo, la niebla seguía tapando el bosque. Del otro lado del abismo, las montañas negras tenían los hombros blancos. Era la última nevada del invierno. Tilde siempre decía que la última nieve no se quedaba, que solo venía a despedirse.

Tilde.

Andrea cerró los ojos un instante. Vio las manos de la anciana, nudosas, tibias, alisándole el cabello la noche antes del pabellón. *No vaya, mi niña. Algo huele mal.* Y ella había ido igual.

—¿No vas a decir nada? —preguntó Seraphine.

Su voz sonaba distinta allí arriba. Más joven. Casi decepcionada.

Andrea abrió los ojos. A sus pies, enganchadas entre las rocas del borde, todavía temblaban dos o tres cartas que el viento no había querido llevarse. Las demás se habían ido a la niebla: casi todas las

suyas y las doce de él, toda una infancia escrita con letra cada vez más firme, deshaciéndose allá abajo, sobre el bosque, sin que nadie fuera a leerlas nunca.

Una de las que quedaban tenía una flor de cinco pétalos dibujada en la esquina. Era igual a la que ella había dibujado en su primera carta, a los nueve años, porque le parecía que una carta para un príncipe tenía que verse importante.

—¿Qué decían las suyas? —preguntó Andrea.

—Cosas de niño. —Seraphine miró hacia la niebla, por donde se habían ido, y una de las cartas del borde se soltó y pasó junto al rostro de Andrea como un pájaro diminuto—. Escribía bonito para ser un niño. Te contaba de los halcones de su padre. Te dibujaba el castillo. En una te decía que había plantado una semilla de tu jardín en el patio de armas y que no había crecido, y que seguramente era porque la piedra de Kaldor no sabía querer.

Andrea sintió algo romperse adentro. No con ruido. Como se rompe una hoja seca entre los dedos.

—Y tú lo leíste.

—Yo lo leí todo. —Seraphine sonrió, pero la sonrisa no le llegó a los ojos—. Tenía doce años, Andrea. Me tocaba recoger la correspondencia del príncipe porque mi madre quería que él se acostumbrara a verme cerca. ¿Sabes lo que es leer cartas de amor escritas para otra, una tras otra, durante años? ¿Sabes lo que es aprender tu letra mejor que la mía?

—No.

—No. Claro que no. —La voz se le afiló—. Tú no sabes nada de lo que cuesta algo.

Andrea la miró de verdad. La piel perfecta, el cabello rubio suelto y revuelto por el viento, la capa forrada de piel de zorro. Y debajo, en la muñeca derecha, donde la manga se había corrido con el viento, una línea pálida. Una cicatriz vieja, recta, de las que no se hacen por accidente.

Seraphine se acomodó la manga con un gesto rápido.

—No me mires así.

—¿Cómo?

—Como miras a los caballos enfermos.

Andrea no contestó. La marca le latía en el pecho, cada vez más fuerte, cada vez más rápido.

Peligro.

No necesitaba que la marca se lo dijera. Había subido sabiendo que era una trampa. Ahora las cartas ya no estaban, se las había llevado el viento, y lo único que quedaba entre ella y el vacío era el pie de Seraphine sobre ese hierro.

—Él nunca supo —dijo Andrea en voz baja—. ¿Verdad?

Seraphine tardó en responder.

—Él nunca preguntó.

Era una verdad. Andrea lo entendió con una claridad que dolía más que cualquier mentira. Seraphine no había inventado el orgullo de Darian. Solo lo había usado, como se usa la pendiente de un terreno para que el agua corra hacia donde uno quiere.

✦

Corvan encontró al rey en el patio de armas, con la espada en la mano y la camisa empapada de sudor a pesar del frío.

Darian llevaba dos días sin dormir. Los soldados lo sabían y se apartaban de su camino. Golpeaba el muñeco de entrenamiento como si tuviera rostro, y nadie se atrevía a preguntar cuál.

—Majestad.

—Ahora no.

—Majestad, es la reina.

La espada se detuvo a medio arco.

—Ya no es la reina —dijo Darian sin volverse—. Firmó.

Corvan tragó saliva. Era un hombre grande, de barba rojiza y manos honestas, y nunca había aprendido a decir las cosas de lado.

—La señora Andrea salió del castillo antes del amanecer. Sola, a pie, por el sendero de los pastores. —Corvan abrió el puño. En la palma tenía una cinta de seda azul, arrugada, tibia todavía—. Me la acaba de traer Maren, la hija de la cocinera. La señora se la dio anoche y le dijo que si al mediodía no había vuelto, me buscara a mí, solo a mí, y me la diera. Que la encontró en el cuarto de Tilde, junto a la taza. La niña no aguantó hasta el mediodía. Dice que no pudo.

Darian se volvió.

—¿Hacia el paso?

—Hacia el desfiladero, señor. Al mirador de la cruz de piedra. Y lady Seraphine salió antes que ella, a caballo, con una antorcha. Los de la puerta del norte la vieron. Esta cinta es de lady Seraphine, majestad. Se ata el pelo con cintas así desde niña. Todavía huele a su perfume.

Algo frío le bajó a Darian por la espalda. No supo nombrarlo. Lo apartó.

—Seraphine sabe cuidarse.

—No es por lady Seraphine que vengo, majestad.

Darian lo miró. Corvan sostuvo la mirada, aunque se le notaba en la mandíbula lo que le costaba.

—Hace unos días le pregunté por una nota de la señora —dijo el capitán despacio—, y usted me dijo que la había leído. No le pregunté más. Pero no le conté todo. La señora me la entregó a mí, sellada, para que se la llevara en mano. Usted estaba encerrado con el mariscal, y lady Seraphine me la pidió en la escalera de la torre. Me prometió dársela antes que cualquier otro papel. No quise. Le había dado mi palabra a la reina. Esperé en la puerta del consejo hasta la noche, y entonces vino lo del cuartel, y la dejé debajo de su tintero porque no supe hacer nada mejor. Nadie supo nunca quién empezó esa pelea. Los dos muchachos juraron que alguien les había recordado la deuda esa misma tarde, y ninguno supo decir quién. —Hizo una pausa—. Y esa noche, majestad, la princesa Kiara se puso

mal. En la cocina me contaron que lady Seraphine bajó a pedir vino caliente para ella, y que lo subió con sus propias manos.

El patio quedó en silencio. Un cuervo graznó desde la muralla.

—¿Por qué me dices esto ahora? —dijo Darian, y la voz no le salió entera.

—Porque yo sostuve la antorcha en ese pabellón, señor, y vi lo mismo que usted. Y porque la señora me entregó esa nota con las dos manos, como se entrega algo que pesa. Después, cuando usted no llegó, dejó de salir al patio a regar sus plantas.

Darian no contestó. Lo estaba viendo todo otra vez, como se ve el fondo de un río cuando por fin se aquieta el agua. Seraphine en la galería, pálida, con una vela, justo cuando él bajaba con la nota contra el pecho. Seraphine, que sabía que esa nota existía porque se la había pedido a Corvan en la escalera esa misma tarde. Seraphine retirando la taza de vino de la mesita de Kiara sin decir nada. *Cinco minutos.* Seraphine en el banco, a la mañana siguiente, esperándolo antes de que llegara al ala de la reina, con la carta de Odran en la boca.

No lo había detenido por Kiara. Lo había detenido por Andrea.

Ella sabía lo de la nota. Lo había sabido antes que él. Y lo había retenido a propósito, una hora entera, mientras Andrea lo esperaba sola en la nieve.

Esa noche se acabaron muchas cosas, y él no vio ninguna. Ni siquiera el jardín. Lo había visto tantas veces desde la ventana del consejo: verde y desordenado, lleno de flores pequeñas que él no sabía nombrar, en un patio donde nunca había crecido nada. Días después lo vio marchito y pensó que a ella ya ni eso le importaba. No se le ocurrió que Andrea había dejado de regarlo porque esa noche, en la nieve, había dejado de esperarlo a él.

—Ensilla a Ceniza —dijo.

—Majestad…

—¡Ensíllalo!

Corvan corrió. Darian se quedó un momento solo en medio del patio, con la espada colgando de la mano y el pecho subiendo y bajando. Trató de decirse que no tenía motivo para tener miedo. Que Andrea había ido sola al bosque sin decirle nada, que había querido culpar a la mujer que lo crió, lo había mirado con esos ojos llenos de algo que él había creído reconocer y que resultó ser cálculo. Se lo dijo como se repite una oración en la que ya no se cree.

Entonces, ¿por qué le temblaban las manos?

Dejó caer la espada sobre las losas. El sonido rebotó en los muros negros como una campana mal fundida.

✦

—Fuiste tú —dijo Andrea—. Lo de Tilde también.

No era una pregunta y Seraphine no la trató como tal.

—Esa criada hablaba demasiado. Ya me había estorbado una vez, el día del pabellón, cuando fue a buscar a Darian. Y la tarde que firmaste fue a buscar a Corvan. Quería contarle lo de la moneda. —Seraphine se encogió de hombros, un gesto pequeño y elegante—. Era muy anciana. Se durmió y no despertó. Pasa todos los días.

—Le diste raíz de sombra lenta. —Andrea habló sin levantar la voz, como quien recita una lección—. En el té de la noche. Tres hebras, no más, para que el corazón se cansara de a poco. Por eso tenía los labios azules cuando la encontraron. Por eso le olía la boca a almendra.

Por primera vez, Seraphine retrocedió medio paso.

—¿Cómo…?

—Porque la cultivo. —Andrea sintió que algo se le endurecía en la garganta—. Desde los doce años. En un rincón del jardín de mi casa, detrás de las caléndulas. Aprendí a reconocer cada veneno para que nadie pudiera usarlo contra mí. —Soltó una risa breve, rota—. Y aun así no vi venir nada. Ni la sopa, ni la copa, ni el pabellón. Ni a ti.

—La copa —repitió Seraphine, y algo cruzó su rostro. Una sombra rápida, casi rabia—. La copa la cambió él. En el banquete de invierno, el primer año. Lo vi hacerlo. Puso la suya delante de ti y se bebió la tuya, y yo me quedé sentada, sonriendo, viendo cómo se le ponían los labios grises. Estuvo dos días con fiebre. Le dijo a todo el mundo que había comido mal.

Andrea se quedó quieta.

—No lo sabías —dijo Seraphine, y ahora sí sonrió de verdad—. Claro que no. Él nunca te lo dijo. Nunca te dijo nada. Te protegía como se protege una moneda que uno no piensa gastar.

El viento arreció. Las dos se tambalearon un poco. La piedra bajo sus pies estaba cubierta de una capa fina de escarcha y, más allá, a menos de dos pasos, el saliente terminaba de golpe en el vacío.

Andrea pensó en Darian bebiendo veneno por ella. Y pensó en Darian diciéndole: *No uses a nuestro hijo para culpar a otros.* Le costaba creer que fueran el mismo hombre. Y lo eran. Eso era lo peor: que las mismas manos que la habían salvado fueran las que la habían soltado.

Se llevó la mano al pecho. Sacó de debajo del vestido el medallón partido y, de un tirón, se arrancó la cadena del cuello, como si ya no quisiera llevarlo encima. Pero no fue capaz de tirarlo. Se quedó con él apretado en el puño, helado contra la palma.

—¿Por qué me trajiste aquí? —preguntó—. Ya firmé. Ya me voy. No tengo nada que puedas quitarme.

Seraphine tardó mucho en contestar. Cuando lo hizo, miró hacia el bosque y no hacia ella.

—Porque el pueblo te quiere. Porque los cocineros te dejan pan en la ventana. Porque los niños de la ciudad baja te llaman la reina de las semillas y le cantan a la plaga que ya no está. Porque en tres años hiciste sin esfuerzo lo que a mí me costó veinte. —Su voz se quebró en la última palabra y ella la enderezó a la fuerza—. Y porque

mientras respires, él va a mirar hacia el camino del sur. Lo conozco. Lo conozco mejor que nadie.

—¿Sin esfuerzo? —Andrea casi se rió.

Pensó en la niña con delantal gris arrodillada sobre el vino derramado. Pensó en once años sin una sola carta. Pensó en las raíces que no alcanzaron, en el pabellón, en el frío del suelo de madera bajo la mejilla.

—No tienes idea —dijo— de lo que me costó a mí.

Seraphine la miró. Durante un instante muy breve, apenas un parpadeo, algo parecido a la duda le pasó por los ojos. Como si de pronto viera a la mujer que tenía delante: más delgada de lo que había sido, con ojeras profundas, con las manos agrietadas de tanto trabajar la tierra, sosteniéndose de pie por pura voluntad.

Luego se apagó.

—Ya no importa —dijo Seraphine.

✦

Ceniza era el caballo más rápido de los establos del rey y Darian lo exigió como nunca. El camino viejo del norte subía en curvas cerradas entre pinos negros, y en cada curva el animal resbalaba sobre la escarcha y recuperaba el paso de milagro.

Corvan y cuatro jinetes lo seguían, pero se habían quedado atrás en la subida.

Darian no los esperó.

En su cabeza se repetía una frase que llevaba años sin dejarse terminar. *Si alguna vez me pierdes…* Se cortaba ahí, siempre ahí, como una canción de la que solo se recuerda el principio. Le había pasado otras veces, sobre todo en invierno, sobre todo cuando veía a Andrea de espaldas en el patio, con las manos en la tierra. Un eco. Una puerta que él mismo cerraba cada vez, porque detrás estaba la niña del jardín, y todavía le dolía demasiado acordarse de ella.

Llegó al último recodo antes del desfiladero y vio el caballo. Una sola yegua, la de Seraphine, atada a un pino, con las orejas echadas hacia atrás. En la escarcha del sendero, junto a las huellas de los cascos, había otras más pequeñas: unas botas de mujer que habían subido a pie, despacio, deteniéndose cada tanto.

Desmontó de un salto.

Desde ahí no se veía el mirador. Quedaba detrás de una pared de roca, al final del sendero de los pastores, que subía entre piedras grandes hasta la cruz. En esa época nadie iba hasta allá. Era el deshielo: de día la nieve se derretía y el agua se metía en las grietas de la roca; de noche se congelaba y las abría un poco más. Por eso la piedra del mirador se podía soltar en cualquier momento.

Darian lo sabía. Seraphine también lo sabía. Había crecido con él en esas montañas.

Echó a correr.

✦

Seraphine no se había movido de la pared. Andrea miró entonces, de verdad, lo que había bajo su bota: la cuña de hierro de la vieja baranda de los pastores, clavada en una grieta de la piedra a la altura del tobillo, y alrededor de ella la roca rajada en líneas finas, frescas, de un gris más claro que el resto. Alguien había trabajado ahí. Hacía poco.

Andrea miró el suelo bajo sus pies. La escarcha tenía una costura. Una línea recta, delgadísima, que corría de la pared hasta el borde, como si la montaña tuviera una cicatriz.

La marca le quemó tanto que tuvo que apretar los dientes.

—Seraphine —dijo.

—No me mires así —repitió ella. Tenía los ojos húmedos. Andrea no supo si era el viento—. Te dije que no me miraras así.

A lo lejos, entre las rocas, se oyeron pasos. Alguien corría sobre la grava suelta. Alguien gritaba un nombre que el viento deshacía antes

de que llegara entero.

Seraphine se volvió hacia el sonido. Andrea vio cómo se le iluminaba la cara. Tenía miedo, pero también esperanza, como si después de tantos años él por fin viniera a buscarla a ella.

—Vino —susurró Seraphine—. Claro que vino.

Y pateó la cuña.

El sonido fue pequeño. Un chasquido seco, como una rama al quebrarse bajo la nieve. Durante un segundo no pasó nada. Andrea alcanzó a pensar que tal vez la montaña era más fuerte que el odio de una mujer.

Luego la costura de escarcha se abrió.

No se abrió donde Seraphine esperaba. Andrea lo vio en su cara: la grieta no corrió solo hacia el borde, sino también hacia atrás, hacia la pared, hacia los pies de Seraphine, ramificándose como las venas de una hoja, como las raíces que Andrea veía en sueños. La roca había estado esperando años para ceder, llena de agua congelada y de inviernos, y la cuña solo le dio permiso.

—No —dijo Seraphine—. No, no, no...

El suelo se inclinó.

Andrea sintió que el mundo se ladeaba despacio, con una calma terrible. Vio soltarse las últimas cartas que quedaban enganchadas en el borde y subir en un remolino blanco contra el cielo gris. Vio la flor de cinco pétalos girar una vez, dos, y perderse.

Vio a Seraphine estirar la mano hacia la pared y no alcanzarla.

Sintió bajo sus botas cómo la piedra se convertía en grava, y la grava en nada.

Y en el último instante, antes de que el borde se desmoronara del todo, mientras las dos caían al mismo tiempo hacia el vacío, Andrea oyó por fin el nombre que gritaba la voz entre las rocas.

No era el suyo.

CAPÍTULO 28

La mano equivocada

Darian había gritado un nombre, sí.

Lo había gritado desde que vio las dos figuras en el saliente, pequeñas contra el cielo blanco, una con capa de zorro y la otra con una capa parda de viaje, demasiado delgada para ese viento. Lo había gritado como una orden, con la misma voz con que se detiene una carga de caballería.

¡Seraphine, apártate de ella!

El viento se llevó la mitad. Siempre se llevaba la mitad.

Bajó por el sendero de piedras, saltando de roca en roca, sin mirar dónde ponía los pies. La grava se le escurría bajo las botas. Una piedra suelta le abrió la palma de la mano izquierda cuando se apoyó para no caer, y no lo sintió. Solo veía la espalda parda de Andrea, recta, quieta, a dos pasos del vacío. Solo veía que Seraphine se alejaba de ella hacia la pared.

No entendió por qué se alejaba.

Después vio el pie de Seraphine moverse, un gesto corto y seco, y oyó el chasquido.

Durante el resto de su vida, Darian Vhalor iba a recordar ese sonido. Más pequeño que una rama. Más pequeño que un vaso al romperse. Un sonido que no tenía ningún derecho a ser tan pequeño.

El saliente se inclinó.

Lo vio inclinarse como se inclina una mesa cuando alguien se apoya en un borde, despacio al principio, casi con educación. Vio unas hojas blancas volar sueltas en el aire, como pájaros espantados. Vio a Seraphine estirar el brazo hacia la pared y no alcanzarla. Vio a Andrea no estirar nada.

Corrió los últimos pasos sin tocar el suelo. Eso le pareció después: que no lo había tocado. Se lanzó de pecho sobre la roca firme, justo donde terminaba la piedra buena y empezaba la que se iba, y estiró los dos brazos hacia abajo, hacia el aire que de pronto estaba lleno de grava, de nieve y de tela.

Las dos caían al mismo tiempo.

Estaban casi juntas, a un brazo de distancia una de la otra, y él solo tenía un instante. Un solo instante, y dos manos que se acercaban.

La de Seraphine llegó primero. No porque él la eligiera. Llegó primero porque Seraphine había estado más cerca de la pared, porque había caído medio paso más arriba, porque llevaba veinte años aprendiendo a estirar la mano hacia él antes que nadie. Los dedos enguantados chocaron contra su palma derecha y él cerró el puño por puro instinto, como se cierra la mano sobre la empuñadura de una espada que alguien te lanza.

La sostuvo.

Y en ese mismo instante, más abajo, algo le rozó la muñeca.

Era la mano de ella. Fría, sin guante, áspera de tierra, cerrada en un puño. Él giró la muñeca para alcanzarla y la encontró. Le cubrió el puño con los dedos, piel contra piel, durante un tiempo tan corto que no tenía nombre.

Quiso apretar. Pero ella ya iba cayendo, su peso la arrastraba hacia abajo, y él tenía el otro brazo ocupado sosteniendo a Seraphine. No le dio el tiempo.

El puño de ella se abrió contra su palma. Algo frío y pequeño pasó de una mano a la otra, lo que Andrea había traído apretado todo ese

rato, y Darian cerró los dedos sobre eso por puro instinto. Sobre eso, y sobre nada más.

Y ella cayó.

Él no la soltó. Nunca llegó a tenerla.

✦

Lo que le quedó en la mano no pesaba nada.

Darian lo miró porque no podía mirar otra cosa. Tenía el brazo derecho estirado hacia abajo, crispado, con Seraphine colgando de él y gritando su nombre, y el brazo izquierdo estirado también, vacío, con la palma abierta y sangrando. En esa palma, sobre la sangre, había un trozo de plata.

Media luna de plata. Un borde liso y redondo, y otro roto como un rayo dibujado por un niño.

Un árbol grabado en una cara. Media línea de estrellas en la otra.

Lo conocía. Conocía su gemela. La había llevado en el pecho durante años, debajo de la camisa, en el mismo lugar donde ahora tenía el corazón golpeándole las costillas. Se la había arrancado del cuello una noche, después de leer la tercera carta de burla, y la había tirado al fondo de un cofre, boca abajo, como se da vuelta un retrato.

Esta era la otra mitad. La de ella. La que ella había llevado puesta todo ese tiempo, debajo de los vestidos grises y de las capas pardas, mientras él la creía capaz de reírse de él.

Y entonces la puerta que llevaba años cerrando se abrió de golpe, toda, sin pedirle permiso.

Vio el jardín. No el jardín como lo había recordado a la fuerza, con rencor, como el escenario de una burla, sino como había sido: la menta pisada, el olor a salvia, las caléndulas como monedas naranjas en la nieve sucia, el árbol gris en el centro. Se vio a sí mismo con doce años y la palma izquierda abierta por las puntas de hierro del muro, temblando detrás de las cocinas de una casa ajena porque no quería que su padre lo viera llorar. Vio a una niña de nueve años acercarse

con un delantal demasiado grande y las manos llenas de hojas machacadas.

No te muevas. Esto arde, pero después deja de doler.

Vio a esa niña cambiarle el vendaje cada tarde. Le vio las uñas negras de tierra. La oyó nombrar cada planta del jardín, una por una, con una seriedad de maestra vieja, y decirle cuáles curaban y cuáles mataban y por qué había que saber las dos cosas. La vio quemarse los dedos con las castañas que él robaba. La vio reírse, una sola vez, con la boca llena, y taparse la cara como si reírse fuera algo prohibido.

Vio el árbol florecer.

Ramas grises llenándose de nudos verdes, flores blancas de cinco pétalos abriéndose bajo la nieve, un perfume dulce y frío. La vio a ella con la mano apoyada en la corteza y los ojos muy abiertos, tan asustada como él.

Vio el medallón partirse en dos, con el borde roto en zigzag.

Se oyó a sí mismo, con la voz todavía de niño, decir lo que llevaba catorce años sin dejarse terminar:

Si alguna vez me pierdes, búscame donde florece el árbol en invierno.

Y la vio a ella, que casi no había hablado en toda la tarde, apretar su mitad del medallón contra el pecho con las dos manos, como si fuera lo más valioso que le habían dado en la vida.

Esa niña no había escrito ninguna carta de burla. No sabía burlarse. Esa niña había crecido, había cruzado las montañas para casarse con él y, en vez de quejarse, se había puesto a trabajar: había hecho crecer flores en la piedra de su patio, había curado a su gente, había salvado sus cosechas. Una noche lo había mirado como si él valiera la pena. Y después del pabellón, desde la cama, con la voz partida, le había dicho quién le había quitado a su hijo.

Nuestro hijo.

Y él le había contestado que la culpa era de ella.

Darian lo recordó todo de una vez, en el tiempo que tarda un trozo de plata en dejar de brillar sobre una mano ensangrentada. Lo recordó entero, sin huecos, sin la voz suave de nadie explicándole lo que significaba.

Pero su mano ya sostenía a otra.

✦

Andrea sintió los dedos de él contra los suyos.

Fue solo un roce. La mano se le abrió sola, y el medallón que llevaba apretado se quedó en la de él. Después nada. Después el aire.

Caía de espaldas. Arriba, el cielo era blanco y enorme, y en el borde de ese cielo, recortado contra él, estaba Darian. Tendido sobre la roca, con medio cuerpo colgando sobre el abismo. Un brazo hacia abajo sosteniendo a Seraphine, que pataleaba contra la pared y gritaba. El otro brazo también hacia abajo, hacia ella, con la mano abierta.

Y en la mano abierta, el medallón.

Lo vio mirarlo. Vio cómo le cambiaba la cara. No supo explicar qué cambió; algo en la boca, en la frente, en la manera en que de pronto se le aflojó todo el rostro, como a un niño al que acaban de despertar de una pesadilla y todavía no sabe si está a salvo. Vio que los ojos grises dejaban de ser piedra mojada y volvían a ser agua de deshielo.

Vio que la reconocía.

No a la reina. No a la Arvell que había venido por la corona. A ella. A la niña del jardín.

Once años. Tres años de matrimonio. Una noche de copas. Un hijo.

Y la reconocía ahora.

A Andrea casi le dio risa. No era alegría; era el cansancio de esperar tanto algo que llegaba justo cuando ya no servía. Mientras caía, mientras él se hacía cada vez más pequeño allá arriba y la niebla la iba envolviendo, le dijo lo último que tenía para decirle. Lo dijo con la voz clara, sin temblar.

—Ahora sí me encontraste, Darian. Pero llegaste tarde.

Lo vio abrir la boca.

No supo si dijo algo. La niebla se cerró sobre ella como una mano, blanca, suave, y el cielo desapareció, y él desapareció, y lo último que vio de Kaldor fue un destello de plata en lo alto, muy pequeño, como una estrella que alguien sostiene en el puño para que no se apague.

✦

—¡Darian! ¡Darian, súbeme! ¡Por favor!

La voz de Seraphine le llegaba desde muy lejos, aunque la tenía colgando de su brazo. Le pesaba. Le pesaba todo. Tenía el hombro derecho a punto de salirse del lugar y la roca le cortaba el pecho a través de la camisa.

No se movía.

Miraba la niebla. Miraba el lugar exacto donde la niebla se había cerrado, como si mirándolo lo suficiente pudiera abrirla otra vez.

—¡Darian!

Oyó pasos rápidos detrás de él. Unas manos grandes lo agarraron del cinturón y tiraron hacia atrás, para que no se fuera él también por el borde. Era Corvan, sin aliento de tanto correr:

—¡Aguante, majestad! ¡Ya estoy aquí!

Corvan se tendió a su lado sobre la roca y metió los brazos por debajo de los de Seraphine. Otros dos soldados llegaron detrás, jadeando, y entre los tres tiraron. Seraphine subió raspándose contra la piedra, perdió una bota y dejó pedazos de su capa de zorro enganchados en las rocas. Cayó sobre el suelo firme y se quedó encogida, temblando, con la cara llena de lágrimas y de polvo.

—Ya está arriba, majestad —dijo Corvan—. Ya puede soltarla.

Darian todavía le apretaba la mano. No la había soltado, pero tampoco había hecho nada por subirla. Abrió los dedos y la dejó ir, como se deja ir algo que no es de uno.

La izquierda seguía cerrada.

—Majestad. —Corvan le tocó el hombro—. Majestad, retírese del borde. La piedra no aguanta.

Darian no se retiró. Se arrastró un poco más hacia adelante y miró hacia abajo. Niebla. Solo niebla, blanca y espesa, quieta como leche. Ni un grito. Ni un golpe. Ni un sonido de ramas. Era como si el desfiladero se hubiera tragado a Andrea sin masticar.

—¿Cuánto hay hasta el fondo? —preguntó. La voz le salió normal. Eso lo asustó más que nada.

Corvan tardó en contestar.

—Nadie lo sabe, señor. Los cazadores dicen que más de trescientas varas. Abajo está el bosque cerrado. No hay camino.

—Hay un camino.

—Majestad…

—Hay un camino —repitió Darian—. El sendero viejo de los pastores, por la cara este. Mi padre me llevó una vez. Dos días de bajada.

—Dos días, majestad. Ella no tiene dos días.

—Entonces buscamos otro.

Seraphine se arrastró hacia él sobre las rodillas. Tenía las manos destrozadas y los labios azules de frío. Le tocó la espalda con la punta de los dedos, despacio, como quien toca a un animal herido.

—Darian. —Le temblaba la voz. Ahora sí, de verdad—. Darian, fue ella. Ella me trajo aquí. Quiso llevarme con ella. Me dijo que si no podía tenerte nadie te tendría. Yo traté de detenerla, te lo juro, traté de…

Él se volvió.

Seraphine se calló a mitad de frase. Había visto a Darian enojado muchas veces: en el campo de entrenamiento, en el consejo, frente a su padre. Lo había visto frío, lo había visto cruel. Nunca lo había visto así. No tenía expresión. La miraba como si ya no la conociera. Como si nunca la hubiera conocido.

—Te vi patear la cuña —dijo Darian.

Fue lo único que dijo.

Seraphine abrió la boca. La cerró. Por primera vez en veinte años, no encontró ninguna verdad a medias con la que coser una mentira.

Darian se puso de pie. Le temblaban las piernas. Se apartó del borde dos pasos, solo dos, y se quedó mirando su mano izquierda. Despacio, abrió los dedos.

La mitad del medallón estaba pegada a su palma con sangre. El árbol grabado había quedado hacia arriba. La cadena rota le colgaba entre los dedos. Todavía estaba un poco tibia, de la mano de ella.

Corvan miró la plata y después miró a su rey. No preguntó nada. Era un hombre que había aprendido, demasiado tarde, cuánto cuesta no preguntar.

—Trae cuerdas —dijo Darian—. Trae a todos los hombres que sepan bajar una montaña. Trae antorchas, mantas, al médico. Trae...

Se le quebró la voz en la última palabra y ya no pudo seguir.

Entonces se llevó la mano al pecho. Ahí estaba la otra mitad, la suya. Hacía tiempo que ya no la tenía en el cofre: la había sacado la mañana después de la noche de copas, sin saber muy bien por qué, y desde entonces la llevaba siempre guardada en el bolsillo del pecho. Nunca la miraba. Solo la llevaba.

La sacó ahora. Juntó las dos mitades sobre la palma ensangrentada.

Encajaban. Borde roto contra borde roto, árbol completo, línea completa de estrellas. Como si nunca se hubieran separado. Como si once años, tres de matrimonio y un hijo que no alcanzó a nacer no fueran más que una grieta fina, de las que se cierran solas.

Darian cayó de rodillas sobre la piedra.

Abajo, muy abajo, debajo de la niebla, algo brilló un instante. Un resplandor dorado y verde, breve como un relámpago visto a través de los párpados.

Nadie más lo vio.

CAPÍTULO 29

Agua que no pregunta

Lo primero que pensó fue en su hijo.

No en Darian. No en Seraphine. No en las cartas arrastradas por el viento ni en el medallón brillando en una mano que había llegado tarde. Pensó en su hijo, y el pensamiento llegó solo, sin que ella lo llamara, como llega el agua al fondo de un pozo.

Nunca le había puesto nombre. No se había atrevido. En los días en que lo llevó adentro, apenas unas semanas, le hablaba en voz baja por las noches, con la mano abierta sobre el vientre, y lo llamaba *pequeño*, *semilla*, *tú*. Pensaba que habría tiempo para un nombre. Que lo elegirían juntos, quizás, Darian y ella, en una mañana que no llegó.

Ahora caía, y pensó: *voy a verte*.

Y por primera vez en semanas no le pareció una idea triste.

✦

La niebla era fría y mojada y no tenía fondo. Andrea caía a través de ella con los ojos abiertos y no veía nada, solo blanco, un blanco tan espeso que parecía sólido, como caer dentro de la leche. No sabía hacia dónde estaba arriba. No sabía cuánto tiempo había pasado. Un segundo. Una vida.

Luego llegaron las ramas.

La primera la golpeó en el hombro y la hizo girar en el aire. La segunda le cruzó la espalda como un látigo. Después fueron muchas, una detrás de otra, ramas negras y húmedas de árboles que no perdían las hojas, que se doblaban bajo su peso y la soltaban, la atrapaban un instante y la soltaban otra vez. Sintió que se le rasgaba la capa. Sintió que algo le abría la mejilla. Sintió agujas de pino clavándose en las palmas cuando trató, sin querer, por un reflejo viejo de su cuerpo, de agarrarse a algo.

No se agarró a nada.

Las ramas no la detuvieron. Solo la frenaron. Solo le quitaron un poco de velocidad a la muerte, como si el bosque hubiera querido hacerle un último favor sin saber cuál.

Atravesó la última capa de niebla y vio el agua.

Fue un instante, nada más. Una superficie redonda en medio del bosque oscuro, rodeada de piedras blancas y de raíces enormes que se hundían en ella como dedos. Tan quieta. Tan clara. No reflejaba el cielo. No reflejaba los árboles. Era como mirar a través de un cristal pulido hacia otro mundo más profundo, donde la luz caía en columnas verdes y doradas hasta un fondo que no se veía.

Andrea había sentido algo así una vez. Tres años atrás, en el viaje a Kaldor, cuando miró hacia este mismo bosque desde el camino de los desfiladeros y algo en el agua la llamó. Lo había olvidado. Lo había enterrado debajo de todo lo demás.

Ahora caía hacia él.

Entró en el agua de espaldas, con los brazos abiertos.

✦

No hubo golpe.

Eso fue lo extraño. Esperaba que doliera, que el agua fuera dura como la piedra después de tanta altura, que se le rompiera algo adentro con un ruido de rama seca. No pasó. El agua la recibió como se recibe a alguien que llega tarde a casa: sin preguntar. Se abrió

alrededor de su cuerpo y se cerró encima, y el mundo de arriba, con su viento y su niebla y sus gritos, se apagó como se apaga una vela.

Silencio.

Un silencio que no había conocido nunca. Ni en el jardín de su infancia, ni en las noches de Kaldor, ni en la habitación donde se había quedado después del pabellón mirando la pared. Un silencio sin miedo adentro.

Se hundía despacio. El agua era fría, pero no del frío que muerde. Era un frío limpio, como el de la primera nieve, como el de una mano en la frente cuando uno tiene fiebre. La capa se le abrió alrededor como un ala parda. Del bolsillo se le escapó el saquito de semillas de Valedria, el único equipaje que había querido llevarse, y las semillas se dispersaron a su alrededor como una lluvia oscura que bajaba con ella. El cabello le flotaba delante de los ojos. Hacia arriba, muy lejos, la superficie era un círculo de luz blanca que se iba achicando.

No intentó subir.

Abrió las manos. Dejó que el agua la llevara hacia abajo, hacia las columnas de luz verde y dorada, hacia el fondo que no se veía. Le ardían los pulmones, pero era un ardor lejano, como si le pasara a otra persona.

Y mientras se hundía, su vida entera le pasó por delante.

✦

Recordó la casa Arvell. Las fiestas que se preparaban como se preparan las guerras. El delantal gris. El vino derramado sobre el mármol y sus rodillas sobre el vino. Su padre dándole la espalda. Su madre mirándola desde la ventana como se mira algo que da miedo. Lyra riéndose. Nívea callando.

Recordó cuántas veces había pedido perdón por cosas que no había hecho. Cuántas veces había servido la mesa en fiestas donde no tenía silla. Cuántas veces había esperado, en la puerta del estudio

de su padre, a que él levantara la vista de los papeles y le dijera algo, cualquier cosa. Él nunca la miró.

Se había pasado la infancia suplicándole amor a una familia que nunca se lo iba a dar.

Recordó a Darian a los doce años, con la mano cortada, sentado junto al árbol gris detrás de las cocinas. El árbol que floreció en pleno invierno. El medallón que él partió en dos para que cada uno guardara una mitad. Y la promesa de volver por ella, que la tuvo once años mirando el camino.

Recordó el salón de piedra negra y los ojos grises llenos de odio. *Así que al final sí viniste por la corona.* La boda fría. Las copas. La sopa amarga. El jardín arrancado y vuelto a plantar. La plaga, la nieve, la conversación en la que casi se dijeron todo. La noche de copas en que ella lo eligió sabiendo lo que hacía, y la tarde siguiente, cuando él le dijo que había sido el vino.

Lo había querido desde niña. Y ese amor era lo que más caro le había salido en la vida.

Recordó sus tres años en Kaldor. Tres inviernos. Tres primaveras sembrando flores en un patio donde nunca había crecido nada. Tres años esperando que él le preguntara la verdad. Tres años esperando que alguien, una sola persona en todo el mundo, la mirara y le dijera: *te creo*.

Tres años perdidos.

Y recordó lo último. Lo más pequeño. La tibieza verde que había sentido en el vientre la mañana en que lo supo, como una semilla que despierta. El pabellón de caza. Las raíces que salieron de sus manos, débiles, temblorosas, tratando de protegerlo. El viento que nació de su pecho un instante y se apagó. Había dado todo lo que tenía, y no había sido suficiente. Nunca lo era.

Y su hijo no alcanzó a nacer.

El agua le entró por la boca. No tosió. Cerró los ojos.

Pronto. Pronto se encontraría con él. Lo tendría en brazos, por fin, en algún lugar donde nadie pudiera quitárselo. Le pondría un nombre. Le contaría del jardín, de las caléndulas, de la menta, del árbol que florecía en invierno. Le diría que lo había querido desde el primer día, aunque nadie le hubiera creído que existía.

Estaba tan cansada.

Se dejó ir.

✦

Pero algo dentro de ella todavía no estaba listo para irse.

Empezó como un tirón pequeño, en el centro del pecho, justo debajo de donde antes colgaba el medallón. Una incomodidad. Como cuando uno se está quedando dormido y de pronto recuerda que dejó una vela encendida.

Andrea no quería abrir los ojos. Quería seguir hundiéndose. Pero el tirón crecía.

Y con él, desde un lugar muy hondo, debajo de la tristeza y del cansancio y de veinte años de aprender a no pedir nada, subió algo que no era tristeza.

Era un *no*.

No así. No de esta manera. No cayendo de una montaña porque otra mujer quiso que la piedra se abriera. No sin haber dicho nunca, en voz alta, en una habitación llena de gente, lo que le habían hecho. No mientras Seraphine respiraba arriba, en la roca, con la mano de Darian alrededor de la suya. No mientras Ravena tomaba el té en su salón. No mientras su padre seguía sentado detrás de sus papeles sin levantar la vista.

Y no sin que alguien pagara por su hijo. Era lo último que le habían quitado, y lo que más le dolía.

Pensó en todas las veces que había bajado la cabeza. En todas las veces que había dicho *no importa*, *no es nada*, *ya pasará*. En todas las veces que se había culpado por el veneno de otros. Y deseó, con

una fuerza que no sabía que tenía, haberlo hecho distinto. Haber gritado en el salón de su padre. Haber tirado el vino en la cara de Lyra. Haberle dicho a Darian, la primera noche, mirándolo a los ojos: *pregúntame*.

Deseó vivir para hacerlo distinto.

Y después, debajo del deseo, más hondo todavía, algo más oscuro y más caliente. Algo que no tenía nada de suave.

Rabia.

No la rabia rápida que se apaga. Una rabia vieja, fermentada, guardada durante años en un rincón como ella guardaba las plantas venenosas en el rincón del jardín: para reconocerlas, para que nadie pudiera usarlas contra ella. Una rabia que había aprendido a nombrar cada injusticia, una por una, con la seriedad de una maestra vieja.

Quería que pagaran.

No lo pensó con palabras. Lo pensó con el cuerpo entero. Con cada hueso.

La marca sobre su corazón se encendió.

✦

Ardía bajo el agua.

Andrea abrió los ojos y vio la luz que le salía del pecho, a través de la tela empapada del vestido. No era la luz pálida de otras noches. Era una luz viva, de cinco colores que no se mezclaban: verde de hoja, azul de río, blanco de nube, rojo de brasa, y un dorado que no se parecía a nada, que era como mirar el sol a través de los párpados. Los cinco trazos de la marca latían como un segundo corazón.

Le dolió. Le dolió como no le había dolido nada, ni el pabellón, ni la caída.

Y entonces su piel empezó a agrietarse.

Lo vio en sus manos primero. Pequeñas líneas finas que aparecían en el dorso, en los dedos, en las palmas, como aparecen en la tierra

seca después de un verano sin lluvia. Se abrían despacio. No sangraban. Debajo de cada grieta había luz.

Las grietas le subieron por los brazos, por el cuello, por la cara. Sintió la piel de las mejillas abrirse como se abre la corteza de un árbol viejo. Sintió que todo su cuerpo se resquebrajaba, que se convertía en un campo de barro cocido por el sol, partido en mil pedazos.

Y el agua entró.

Entró por cada grieta. Fría, clara, pura como el cristal. No como entra el agua en un cuerpo que se ahoga, sino como entra la lluvia en la tierra que llevaba años esperándola. Se metió en ella hasta el fondo. La recorrió por dentro. Andrea la sintió pasar por los moretones del pabellón, por las costillas que nunca habían sanado del todo, por el corte en la mejilla, por las manos llagadas, por el vientre vacío. Por todas partes donde pasaba, el dolor se iba. No se adormecía. Se iba, como se va la mancha de un paño cuando lo enjuagas en el río.

Y donde el agua había limpiado, algo empezó a crecer.

Lo sintió en el centro del pecho, exactamente debajo de la marca. Una semilla. Pequeña, dura, tibia. Igual a la semilla negra que había plantado aquella noche en el jardín de la casa Arvell, la que se abrió en flor blanca con luz propia. La semilla se partió y echó raíces.

Raíces de luz.

Se le metieron en las venas. Bajaron por los brazos hasta las puntas de los dedos, por las piernas hasta los pies, por el cuello hasta detrás de los ojos. Se ramificaban como se ramifican las raíces de un árbol que busca agua, como se había ramificado la grieta en la roca del borde. Andrea las veía brillar a través de su piel agrietada, un mapa de luz dorada y verde dibujándose sobre su cuerpo entero.

Dejó de necesitar aire.

No supo en qué momento pasó. Solo se dio cuenta de que ya no le ardían los pulmones, de que el agua que tenía adentro no la ahogaba,

de que respiraba sin respirar. El aire estaba en ella, en cada raíz, en cada grieta, liviano como una pluma.

Y luego vino el fuego.

Empezó en las plantas de los pies y subió. Un calor enorme, como el de todas las chimeneas de Kaldor encendidas a la vez. Debería haberla quemado. No la quemó. Pasó por ella como pasa la luz por un vidrio, encendiendo cada raíz, cerrando cada grieta desde adentro, endureciendo lo que el agua había ablandado.

Agua que sana. Raíz que crece. Aire que sostiene. Fuego que no quema.

Y en el centro de todo, quieta, la luz dorada que no se parecía a nada. La que la mantenía unida. La que hacía que todo lo demás fuera ella.

Algo se rompió.

No fue un dolor. Fue un sonido, o algo parecido a un sonido, que sintió en los huesos más que en los oídos. Un crujido seco, limpio, como el de una cáscara al quebrarse cuando por fin lo que hay adentro es más grande que ella. Lo sintió en el pecho, en la nuca, en la base del cráneo, en cada lugar donde, sin saberlo, había vivido encerrada durante veintitrés años.

El sello.

Se partió como se parte la cáscara de una semilla que lleva demasiado tiempo esperando. Y todo el poder que había estado dormido dentro de ella desde que nació despertó por fin.

✦

El Manantial Velado tembló.

Las piedras blancas de la orilla vibraron. Las raíces enormes que se hundían en el agua se tensaron como cuerdas de un arpa. En el fondo, entre las columnas de luz, algo muy antiguo, que llevaba siglos quieto, se movió. Como si la hubiera estado esperando todo este tiempo, y por fin la reconociera.

En los árboles del bosque cerrado, los pájaros callaron todos a la vez.

Una ola de luz salió del centro del manantial y se extendió hacia los bordes. Verde, azul, blanca, roja y dorada. Subió por los troncos. Entró en la niebla. Y la niebla, que llevaba siglos cubriendo ese lugar como una sábana sobre un cuerpo, se abrió por primera vez, apenas un instante, lo suficiente para que el cielo viera lo que había abajo.

Allá arriba, en el borde del desfiladero, un hombre de rodillas vio un resplandor dorado y verde, breve como un relámpago.

Mientras tanto, en el fondo del manantial, Andrea volvió a abrir los ojos. Ya no se estaba ahogando.

Nadie le habló. Ninguna voz le explicó qué era ni qué tenía que hacer. Solo estaba ella, flotando en el centro de un agua que ahora brillaba con su luz, con las raíces doradas dibujadas bajo la piel y las grietas cerrándose una por una como heridas viejas que por fin terminan de sanar.

Lo entendió sin palabras, de la misma manera en que siempre había entendido qué planta curaba y cuál mataba.

Ese poder no venía de afuera. No se lo había dado nadie. No era un regalo ni un pacto ni un milagro.

Era suyo.

Siempre había sido suyo. Desde la noche de nieve en que nació. Desde el árbol muerto que floreció. Desde las semillas que germinaban bajo sus manos y los animales que se dejaban tocar y el agua que se limpiaba cuando ella la miraba. Siempre había estado ahí, debajo de la cáscara, esperando.

La habían escondido de sí misma. Y ella, por obedecer, se había quedado escondida.

Andrea cerró los puños. Y el manantial entero tembló con ella.

En el fondo de esa agua murió la niña que pedía perdón por existir. Murió la hija que esperaba en la puerta del estudio. Murió la reina que

bajaba la cabeza y se quedaba callada. Murió la mujer que suplicaba amor.

La que iba a salir de ahí no le iba a suplicar nada a nadie nunca más.

CAPÍTULO 30

Lo que guardaba la cera negra

Mientras tanto, arriba, en el mirador, Darian no esperó a nadie para bajar a buscarla.

Por el camino largo, el de la cara este, se tardaban dos días en llegar al fondo del desfiladero. Era demasiado. Así que, cuando Corvan volvió con las cuerdas y una docena de hombres, Darian ya había encontrado otro camino: una grieta enorme en la roca, a cien pasos del mirador, que bajaba casi recta hasta el bosque. Los cazadores la llamaban la Garganta. Nadie la había bajado nunca entera.

—Majestad, es una locura —dijo Corvan.

—Entonces quédate arriba.

Corvan no se quedó arriba.

Clavaban estacas, ataban cuerdas, se descolgaban, buscaban el siguiente apoyo. Darian iba primero. No pedía ayuda y no miraba hacia arriba. La palma izquierda, abierta por la piedra, le sangraba otra vez dentro del guante cada vez que se agarraba a algo, y él se agarraba más fuerte.

Entraron en la niebla.

Era espesa y fría, y mojaba la ropa como lluvia. Dentro de ella no había arriba ni abajo, solo la cuerda, la roca y el sonido de la propia respiración. Darian pensó que así había caído ella. A ciegas. Sola. Sin cuerda.

Siguió bajando.

✦

Les llevó toda la tarde. Cuando por fin pisaron el fondo del desfiladero, con las manos en carne viva y las piernas temblando, el cielo allá arriba ya se estaba poniendo gris. Se les acababa la luz.

El bosque cerrado no se parecía a ningún bosque de Kaldor. Los árboles eran altísimos, de troncos negros y húmedos, y tenían hojas aunque el invierno no terminara de irse. El suelo estaba blando de musgo. No se oía nada: ni pájaros, ni viento, ni agua corriendo. Solo un silencio tan grande que los soldados empezaron a hablar en voz baja sin que nadie se lo pidiera.

Darian encontró ramas rotas. Muchas, una detrás de otra, en línea recta, como si algo hubiera caído a través de las copas abriendo camino. Las siguió con los ojos hacia abajo.

Y vio el agua.

Se detuvo tan de golpe que Corvan casi lo chocó por la espalda.

Era un manantial redondo, no muy grande, rodeado de piedras blancas lisas como huesos y de raíces enormes que se hundían en él. El agua estaba tan quieta y tan clara que parecía no estar. En el bosque ya casi no quedaba luz, pero el agua brillaba sola. Una luz pálida subía desde el fondo, muy hondo, como si allá abajo todavía fuera de día.

Ningún mapa de Kaldor nombraba ese lugar.

—¡Andrea!

Su voz se apagó en los árboles sin eco.

—¡Andrea!

Corrió hasta la orilla. Se metió en el agua hasta las rodillas sin quitarse las botas. Estaba fría, pero de un frío extraño, limpio, que no dolía. Miró hacia abajo, hacia la luz. Nada. Ni una sombra. Ni una tela flotando. Ni un cabello.

—Busquen —dijo—. Todo el borde. Entre las raíces. Debajo de las piedras. Busquen.

Los hombres se dispersaron con las antorchas. Darian se quedó en el agua, quieto, mirando el fondo, como si mirando lo suficiente pudiera hacer subir algo.

Fue Corvan quien lo llamó.

—Majestad. Venga a ver esto.

✦

Las raíces brillaban.

No todas. Solo las que estaban más cerca del agua, las que se hundían en ella desde la orilla norte. Tenían, bajo la corteza, unas venas finas de luz dorada y verde que latían despacio, como late un pulso en la muñeca de alguien que duerme. Cuando Darian acercó la mano, el latido se detuvo un instante. Luego siguió.

Y alrededor de las raíces, sobre las piedras blancas y en el musgo de la orilla, habían brotado plantas.

Pequeñas, nuevas, de un verde demasiado tierno para esa época del año. Darian no sabía los nombres de casi ninguna. Pero una sí la conocía. Hojas pequeñas y rizadas, un olor fresco cuando la rozó con los dedos. Menta. Y al lado, abriéndose en el aire frío del final del invierno, tres o cuatro flores redondas, de un naranja intenso, como monedas.

Caléndulas.

En un bosque de Kaldor. A finales del invierno. Junto a un agua que ningún mapa nombraba.

Darian se arrodilló en el musgo. No sintió las rodillas.

—Son de Valedria —dijo Corvan en voz baja, detrás de él—. La señora llevaba un saquito de semillas. Me lo dijo la niña, Maren. Y también que la señora le había dado una cinta azul y le había dicho que si al mediodía no volvía...

No terminó la frase.

Darian no lo escuchaba. Estaba mirando algo que había entre las caléndulas, apoyado sobre una piedra blanca como si alguien lo hubiera dejado ahí a propósito.

Una pluma.

Era larga como un antebrazo y no se parecía a la pluma de ningún pájaro que él conociera. El centro era dorado. El resto iba del rojo de la brasa al naranja y del naranja a un amarillo casi blanco en la punta. No estaba quieta. Se movía, apenas, como se mueve una llama cuando no hay viento, y de ella subía un calor suave que se sentía en la cara desde lejos.

Darian la tomó.

No le quemó la mano. Era tibia, como una piel. Como la piel de una mujer dormida.

Buscaron hasta que se hizo de noche. Recorrieron la orilla tres veces. Dos hombres se metieron en el agua hasta el pecho y tuvieron que salir porque, dijeron, el fondo no terminaba nunca. Revisaron cada raíz, cada piedra, cada arbusto en cien pasos a la redonda.

No había cuerpo.

No había sangre. No había un trozo de capa en las ramas bajas, ni una huella en el musgo, ni un zapato. Solo las ramas rotas arriba, el agua quieta abajo, las raíces que brillaban, las plantas de Valedria creciendo fuera de su estación y una pluma de fuego que no se apagaba.

Era como si el manantial se la hubiera tragado entera.

O como si ella nunca hubiera llegado a tocar el fondo.

Darian no se movió de la orilla hasta que Corvan le puso una mano en el hombro y le habló con la voz más suave que le había oído nunca:

—Majestad, si nos quedamos esta noche, el frío nos mata a todos. Volveremos mañana con la primera luz. Se lo prometo.

Subieron de noche, con antorchas. Darian llevaba la pluma dentro de la chaqueta, contra el pecho, junto a las dos mitades del medallón.

Durante todo el ascenso sintió su calor. Era lo único tibio que tenía.

✦

Seraphine lo estaba esperando en el patio de armas.

Se había cambiado de ropa. Llevaba las manos vendadas y un chal de lana gris sobre los hombros, y tenía la cara limpia, los ojos rojos, el cabello suelto. Parecía muy joven. Parecía la niña que había crecido con él en esos corredores y que una vez, en una cacería, se había interpuesto entre él y un jabalí.

Ravena estaba detrás de ella, en lo alto de la escalera, con una lámpara en la mano.

—Darian. —Seraphine dio un paso hacia él—. Gracias a los cielos. Pensé que tú también... Pensé...

Él se detuvo. No dijo nada.

—¿La encontraron? —preguntó ella, y la voz le tembló justo lo necesario.

—No.

Seraphine bajó los ojos. Se le llenaron de lágrimas. Darian la miró llorar y pensó, con una frialdad que no sabía que tenía, que lloraba bien. Que siempre había llorado bien.

—Lo siento tanto —susurró ella—. Sé lo que debes pensar. Sé lo que viste desde arriba. Pero la roca estaba suelta, Darian, toda la roca estaba suelta, y yo resbalé y quise sostenerme, y ella... ella estaba demasiado cerca del borde. Yo le dije que se apartara. Se lo dije. Estaba tan triste, tan rara desde lo del pabellón, desde que perdió... —Se interrumpió, como si la palabra le doliera—. Me pidió que la llevara a ver el desfiladero antes de irse. Yo no podía negarle eso.

Se acercó otro paso. Le puso la mano vendada sobre el pecho, sobre la chaqueta, justo encima de donde él llevaba la pluma y el medallón.

—No fue culpa tuya —dijo—. Escúchame. No fue culpa de nadie. Ella ya estaba perdida antes de subir. Tú hiciste todo lo que pudiste. Me salvaste a mí. —Le tembló la boca—. Estoy aquí. Todavía estoy aquí. No tienes que cargar esto solo.

Darian bajó la vista hacia la mano vendada sobre su pecho.

Durante veinte años, esa mano había estado ahí cada vez que él caía. Le había vendado las heridas de entrenamiento. Le había servido agua. Le había entregado cartas, una por una, con los ojos bajos.

La tomó por la muñeca, despacio, y la apartó.

—Ve a descansar, Seraphine —dijo—. Estás herida.

Ella lo miró a la cara buscando algo. No lo encontró. Lo que vio fue una superficie lisa, sin grietas, como el agua del manantial. Tardó un momento en asentir.

—Mañana —dijo—. Mañana hablamos.

—Mañana.

Seraphine subió la escalera. Ravena le pasó un brazo por los hombros y se la llevó hacia el ala de la reina madre, y la luz de la lámpara se perdió en el corredor.

Darian se quedó solo en el patio. Miró hacia el rincón donde Andrea había plantado su jardín. Estaba cubierto de escarcha. Entre la escarcha, algo verde.

Se volvió hacia Corvan.

—¿En qué ala duerme lady Seraphine esta noche?

—Con la reina madre, majestad. Pidió no estar sola.

—Bien —dijo Darian—. Entonces sus habitaciones están vacías.

✦

Las habitaciones de Seraphine olían a lirio y a cera de vela.

Darian había entrado ahí cientos de veces desde niño, y nunca las había mirado. Las miró ahora. La cama con dosel. El tocador con los frascos ordenados por tamaño. El escritorio junto a la ventana, con plumas de ganso cortadas con precisión y un tintero de cristal. Un

bordado a medio terminar. Todo limpio, todo en su lugar, como la habitación de alguien que sabe que pueden revisarla en cualquier momento.

Corvan cerró la puerta y se quedó junto a ella, con una lámpara.

Darian empezó por el escritorio. Cartas de su familia, los Ravelin, con instrucciones secas y reproches. Cuentas. Una lista de los invitados al banquete del invierno pasado. Nada.

Siguió por el arcón al pie de la cama. Vestidos, mantas, un par de botas de montar. Nada.

Se quedó quieto en el centro de la habitación. Pensó en Seraphine a los doce años, recogiendo su correspondencia. Pensó en dónde escondería él algo si supiera que pueden revisarle el cuarto.

En lo que nadie miraría porque siempre estuvo ahí.

El bordado.

Era un bastidor grande, de madera tallada, con un paisaje de montañas a medio hacer. Lo había visto en esa misma silla desde que tenía memoria. Lo dio vuelta. El fondo del bastidor era doble: dos tablas finas, unidas con cola, y entre ellas un espacio del grosor de un dedo. La cola estaba gastada en una esquina, de tanto abrir y cerrar.

Metió el cuchillo y levantó la tabla.

Adentro había papeles.

El primero que sacó era un pliego grueso, doblado en tres, con el sello real en el pie: un lobo con corona de picos, en cera negra. Su sello. Lo desplegó. Era el acta de divorcio. No la que Andrea había firmado, sino una anterior, un borrador, con tachaduras y frases reescritas al margen con la letra apretada de Seraphine: *más frío aquí, que parezca que él no quiere verla*. Y debajo, envuelto en un pañuelo, un anillo de hierro con un lobo coronado. El anillo de su padre. El que Ravena juró haber mandado fundir el día del entierro.

Darian no dijo nada. Lo dejó sobre la cama.

El segundo papel era más pequeño. También llevaba el lobo en cera negra. Una orden real, escrita con una letra que imitaba la suya

casi a la perfección: *La reina se presentará mañana, a la hora del mediodía, en el pabellón de caza del bosque de Velmar. Irá sola, sin escolta ni doncellas. El rey desea hablarle sin testigos.* Y abajo, en otra hoja doblada dentro de la primera, sin sello, con letra de mujer que no era la de Seraphine: una lista de nombres de hombres, una suma de dinero y una sola instrucción. *Que no quede nada que heredar.*

Darian tuvo que apoyar la mano en el poste de la cama. Conocía esa letra. Era la misma que le había corregido los cuadernos desde los seis años, la de la mujer que lo había criado.

Pensó en Tilde en la galería, con las manos temblando y la cara mojada: *¿Por qué mandó a la reina sola al pabellón del bosque?* Pensó en el pabellón a oscuras, en las hojas por el suelo, en la mano del médico sobre el vientre de Andrea. En el brote doblado en la escarcha. En lo que ella le dijo, con la voz partida, desde la cama: *Fue tu madre, Darian.*

En lo que él le contestó.

Siguió sacando papeles. Le temblaban las manos y no le importó que Corvan lo viera.

Había cartas.

No todas. Seraphine no se las había llevado todas al desfiladero, aunque allá arriba hubiera jurado lo contrario. Se había guardado siete u ocho, atadas con un hilo: las primeras, las que le habían servido de modelo. El papel estaba amarillento y la tinta un poco descolorida. La letra era de niña: redonda, cuidadosa, con las colas de las letras demasiado largas, como hace quien está aprendiendo a escribir bonito. En la primera, en la esquina de arriba, alguien había dibujado una flor de cinco pétalos.

Para Darian, que se fue en invierno.

Debajo de cada carta había otra hoja, suelta. La misma carta, copiada. Una vez, dos, cinco veces, con la letra de Seraphine aprendiendo a parecerse a la de Andrea, intento tras intento, hasta

que en las últimas copias ya no se distinguían. Las había guardado como modelo. Para practicar. Para no perder la mano.

Darian abrió la primera carta verdadera y leyó.

Hoy planté una semilla nueva cerca del árbol. Todavía no sale. La cocinera dice que soy rara. Llevo la mitad del medallón colgada del cuello. No me la quito nunca. ¿Tú todavía tienes la tuya? Si me escribes, ponle una hoja de algo adentro, así sé que es de verdad y no de mentira.

Era una señal. Una hoja o una flor dentro de la carta, para saber que era de verdad. Andrea la había inventado a los nueve años, y él nunca la conoció, porque esa carta nunca le llegó. Pero ella sí la había seguido usando. Hasta el final.

Había una sola carta de Andrea que Seraphine no tenía. Esa la tenía él. Llevaba semanas en el cofre de fresno de su estudio, debajo de los mapas del paso norte, sin que se atreviera a quemarla ni a releerla. Esa noche, antes de venir al cuarto de Seraphine, había pasado por su estudio a buscarla, sin saber muy bien por qué, y la había guardado en la chaqueta, junto a la pluma y al medallón. La sacó ahora. Una cera sencilla, partida en dos, sin escudo, sin corona, con una huella de dedo en forma de espiral.

La desplegó.

Entre los pliegues seguía el pétalo de caléndula prensado, naranja todavía, casi transparente. Nunca lo había sacado de ahí.

Darian:

Estoy esperando un hijo. Tuyo. De aquella noche.

No te pido nada. No te escribo para obligarte a nada. Sé lo que piensas de mí, aunque no sé por qué lo piensas. Solo te pido una cosa: que me escuches una vez. Una sola. Sin nadie más en la habitación.

Voy a estar en el jardín del patio mañana al anochecer, junto a las caléndulas. Si no vienes, voy a entender.

Una hoja de algo adentro. Para que supiera que era de verdad y no de mentira.

Darian recordó aquel anochecer de finales de invierno. La figura de ella junto a las caléndulas, vista desde su ventana, con las manos juntas delante del vientre. La escalera bajada de tres en tres. Seraphine en la galería, pálida, con una vela: *Es Kiara.* La taza de vino que ella retiró sin decir nada. El jardín vacío, las huellas casi borradas. Y a la mañana siguiente, el banco bajo el retrato de su padre, la voz suave, la carta de Odran, las hierbas, el Códice. *No le des lo que busca.* Andrea le había dado la manera de saber. Una hoja de algo adentro. Y él había preferido creer que hasta eso era una trampa.

No hubo ningún ruido. Corvan diría después que el rey no gritó, que no rompió nada, que no lloró. Que solo se sentó en el borde de la cama de lady Seraphine con la nota en las manos y se quedó mirándola mucho rato, sin moverse, mientras la lámpara se gastaba.

Darian lo entendió entonces. Todo. No solo lo que había hecho Seraphine: las cartas falsas, la nota, el pabellón, el anillo de su padre. Eso ya lo había entendido arriba, en el borde del desfiladero.

Entendió lo otro. Lo que era suyo.

Seraphine había interceptado cartas, había falsificado sellos, había conseguido hombres sin insignias. Pero cada una de esas trampas había necesitado de él para funcionar. De su orgullo. De su silencio. De que él prefiriera creer una carta antes que preguntarle a una mujer que tenía delante. Andrea se lo había dicho mil veces sin palabras: en el patio, en la nieve, en la noche de copas, en la cama después del pabellón. *Pregúntame.* Y él había decidido, cada vez, no hacerlo.

No la había matado Seraphine. No sola.

Andrea había muerto porque él decidió no escucharla.

✦

Cuando por fin se levantó, la lámpara estaba casi apagada y por la ventana entraba la primera luz gris del día.

Dobló la nota de Andrea con mucho cuidado y la guardó dentro de la chaqueta, junto a la pluma tibia y a las dos mitades del medallón. Las cartas de niña las ató otra vez con su hilo y las guardó también. Los demás papeles, el borrador del divorcio, el anillo de su padre, la orden del pabellón, la lista de hombres, se los entregó a Corvan.

—Guárdalos tú. Nadie más los toca.

—Sí, majestad.

—Que nadie salga del ala de la reina madre. Nadie. Ni Ravena, ni lady Seraphine, ni mi hermana, ni las criadas. Pon a tus hombres en todas las puertas. A los tuyos, Corvan. A los que confíes.

Corvan lo miró un instante y asintió. No preguntó.

—¿Y usted, majestad?

Darian se acercó a la ventana. Desde allí se veía el desfiladero abriéndose hacia el este como una herida, y abajo, muy abajo, la niebla blanca sobre el bosque cerrado. Por un momento le pareció que algo brillaba debajo de ella. Un punto de luz verde y dorada. Luego ya no.

—Yo voy a bajar otra vez —dijo—. Y voy a seguir bajando hasta que el agua me conteste.

La pluma, contra su pecho, se volvió de pronto más caliente. Como si algo, muy lejos, hubiera despertado.

EPÍLOGO

La orilla de Eiravel

Despertó con la cara contra el musgo.

Durante un rato largo no supo dónde estaba, ni quién era, ni por qué le dolía todo el cuerpo de una manera nueva, como duele una planta trasplantada que todavía no sabe si la tierra la va a aceptar. Olía a hojas mojadas y a piedra fría. Oía agua, muy cerca, un rumor suave de manantial que se desborda.

Abrió los ojos.

Estaba tendida en una orilla. No la orilla de piedras blancas que había visto al caer, sino otra, más baja, cubierta de helechos y de raíces que salían del agua como manos dormidas. El manantial se había convertido allí en un arroyo delgado que se iba entre los árboles. La niebla flotaba a la altura de las rodillas. La luz era gris y verde, la luz de un amanecer debajo de muchas hojas.

No recordaba haber salido del agua. Recordaba la luz. Recordaba haber cerrado las manos. Después nada, como si el agua la hubiera llevado en brazos por debajo de la tierra y la hubiera dejado ahí, del otro lado, con cuidado, para que descansara.

Intentó levantarse y no pudo. Los brazos le temblaban como a un potro recién nacido. Se quedó de rodillas, con las palmas apoyadas en el musgo, respirando.

La marca le ardía en el pecho.

No con el ardor del miedo, que conocía tan bien. Era un calor parejo, vivo, como el de una brasa bien cuidada. Andrea se abrió el cuello del vestido empapado y la miró. Los cinco trazos ya no eran pálidos. Brillaban suavemente sobre su piel, cada uno de un color distinto, y se unían en el centro como raíces buscando el mismo punto.

Debajo de la piel de las muñecas, si miraba con atención, todavía se veían las venas finas de luz dorada. Se iban apagando de a poco, como se apagan las brasas de una fogata al amanecer. No desaparecían. Solo se escondían.

Ya no tenía el corte en la mejilla. Ya no le dolían las costillas del pabellón. Tenía las manos limpias, sin llagas, sin tierra, como no las había tenido nunca.

Le faltaba el medallón.

Se tocó el cuello por costumbre y no encontró nada, y se quedó un momento con los dedos sobre el lugar vacío. Esperó el dolor. Llegó, pero distinto. Más pequeño. Como el recuerdo de un dolor más que el dolor mismo.

Se puso de pie.

✦

Caminó siguiendo el arroyo porque no sabía qué otra cosa hacer.

Los árboles de ese lado eran distintos. Más viejos. Tenían la corteza cubierta de líquenes plateados y las raíces tan grandes que había que trepar por encima de ellas. Entre las ramas colgaban hilos de musgo como cabelleras. No era el bosque negro de Kaldor. Era un bosque que respiraba.

Andrea lo sentía respirar.

Eso también era nuevo. Antes, cuando tocaba una planta, sabía si estaba enferma. Ahora no necesitaba tocarlas. Las sentía a todas, alrededor de ella, como se siente la presencia de gente en una habitación oscura. El agua que corría bajo la tierra. El aire que se

movía entre las hojas. Los animales pequeños escondidos en los huecos. Una lechuza dormida en lo alto de un roble, con el corazón latiendo lento.

Y algo más.

Algo que estaba mal.

Lo sintió como se siente una nota desafinada en medio de una canción. Un punto frío en el bosque, a la izquierda del arroyo, detrás de una loma de helechos. Una mancha. Un lugar donde la vida se estaba yendo de prisa.

La marca le quemó.

Andrea se detuvo. Todo su cuerpo le decía que siguiera de largo. Estaba débil, no sabía dónde estaba ni si alguien la buscaba. Lo sensato era alejarse de cualquier cosa que oliera a peligro.

Pero ese punto frío no la dejaba en paz. Era como oír a alguien llorar detrás de una puerta: no podía hacer como que no lo oía.

Así que subió la loma de helechos, despacio, agarrándose de las ramas.

Del otro lado había un árbol muerto.

No muerto como el árbol gris del jardín de su infancia, que solo dormía. Muerto de verdad. Ennegrecido desde la raíz hasta la copa, con la corteza agrietada y cubierta de una costra oscura y brillante, como si algo lo hubiera quemado por dentro sin llama. A su alrededor, en un círculo perfecto, los helechos estaban marchitos. El musgo era gris. Ni siquiera los insectos se acercaban.

Al pie del árbol había un hombre.

Estaba sentado contra el tronco, con la cabeza caída sobre el pecho y las piernas extendidas sobre la hierba muerta. Era joven. Tenía el pelo claro, casi del color de la ceniza, largo hasta los hombros y pegado a la frente por el sudor. Vestía de verde oscuro y gris, ropa de viaje, buena pero sin adornos. Tenía una mano apretada contra el costado izquierdo. Entre los dedos, la tela estaba empapada.

A su lado, en el suelo, había una flecha partida. La punta era negra. Andrea no necesitó acercarse para saber que estaba untada con algo.

Un poco más allá, un caballo blanco yacía de lado, inmóvil. Y más allá todavía, en el barro, huellas. Muchas. De varios hombres que habían llegado, habían mirado y se habían ido sin terminar el trabajo. Porque no hacía falta terminarlo.

Andrea se arrodilló junto a él.

De cerca, el olor la golpeó. Dulce y podrido a la vez, como fruta pasada sobre una herida. Lo conocía. Lo había leído una sola vez en un libro viejo de la biblioteca de su padre, en una página con los bordes quemados: *raíz de ceniza negra*. No había una planta de esas en todo Valedria. Era un veneno que mataba despacio, desde adentro hacia afuera, secando la vida como se seca un árbol en una sequía. Por eso el árbol ennegrecido. Por eso los helechos muertos. El veneno salía de él con el sudor, con el aliento, y envenenaba todo lo que tocaba.

No tenía antídoto. Ninguno que ella conociera.

El hombre levantó la cabeza.

Le costó. Andrea vio el esfuerzo en el cuello, en la mandíbula apretada. Tenía la piel gris y los labios casi negros. Abrió los ojos. Eran de un color extraño, entre verde y dorado, como el agua de un lago cuando le da el sol de la tarde, y estaban turbios de fiebre.

La miró sin verla.

—Váyase —dijo. La voz era apenas un hilo—. Esto se contagia. Se la va a llevar a usted también.

—¿Quién le hizo esto?

Él tardó en responder. Se le movió la boca, como si fuera a reírse.

—Los míos —dijo—. Los hombres de mi propio consejo. Los mismos que un día me juraron lealtad.

Bajó la cabeza otra vez. Andrea vio que el pecho le subía y le bajaba cada vez más despacio.

Tenía que irse. Lo sabía. Ese hombre era un desconocido. No le debía nada. Había pasado tres años curando a gente que después la miraba con desprecio, salvando cosechas para un reino que la había recibido como un tributo, dándole todo lo que tenía a quien no lo pedía. Se había prometido, en el fondo del agua, que eso se terminaba.

Pero no se había prometido dejar de ser ella.

Andrea apoyó las dos manos sobre el pecho del desconocido.

✦

No sabía cómo hacerlo.

Nadie le había enseñado. No había maestro, ni libro, ni voz que le dijera qué hacer. Solo tenía lo que siempre había tenido: sus manos, su atención, y la certeza tranquila de que las cosas vivas quieren seguir vivas.

Cerró los ojos y escuchó.

Su poder le respondió por partes. Primero, la Raíz.

Esa la conocía bien. Era la única que el sello había dejado escapar todos esos años, apenas un hilo, lo justo para hacer crecer sus plantas. Ahora ya no era un hilo. Era un río. Andrea la dejó salir por las palmas, despacio, y la sintió entrar en el cuerpo del hombre como entran las raíces en la tierra: buscando. Recorrió la carne, los huesos, el camino que había hecho la flecha. Encontró la herida. No era grande, pero era honda, y estaba negra por dentro, y el veneno había echado raíces propias en ella, raíces oscuras que se extendían hacia el corazón.

Andrea las vio con los ojos cerrados. Las vio como veía las plagas en los cultivos.

Las raíces de luz que salían de sus manos se enredaron con las raíces negras del veneno y las sujetaron. Luego cerraron la herida desde el fondo, capa por capa, como se cierra la tierra sobre una semilla.

El hombre gimió.

Después vino el Agua.

Esa no la conocía. La sintió subir desde muy adentro, de un lugar que no sabía que tenía, fresca y clara como el agua del manantial. Salió por sus manos y corrió por dentro de él, limpiando todo a su paso. Andrea sintió cómo el veneno se deshacía y se soltaba. Entonces lo empujó hacia afuera. El hombre se dobló de golpe y vomitó sobre la hierba un líquido negro y espeso. Donde caía, la hierba se encogía.

Curarlo le estaba costando sus propias fuerzas. Andrea sintió un frío que le subía por los brazos y las rodillas que le empezaban a fallar.

Siguió.

El hombre dejó de respirar.

Andrea abrió los ojos de golpe. El pecho bajo sus manos estaba quieto. Los labios, todavía grises. Por un instante, el pánico le cerró la garganta.

Aire.

No lo pensó con palabras. Lo pensó con el cuerpo. Y el Aliento respondió: liviano, rápido, como una ráfaga que entra por una ventana abierta. Andrea lo sintió salir de ella y entrar en los pulmones del hombre. Lo llenó. Lo vació. Lo llenó otra vez. Uno. Dos. Tres. Al cuarto, el pecho se movió solo, con un estremecimiento, y el hombre tomó aire con un ruido ronco, desesperado, como alguien que sale del fondo del agua.

Andrea lo sostuvo así. Respirando por él hasta que él pudo respirar por sí mismo. Le temblaban los brazos.

Por dentro, la Raíz había cerrado la herida. Pero por fuera, alrededor del lugar de la flecha, el veneno había dejado la piel negra y muerta, como quemada. Eso la Raíz no lo podía curar. Si no lo limpiaba, se iba a pudrir.

El Fuego vino solo, antes de que lo llamara.

Le subió desde las plantas de los pies como en el manantial, y salió por la punta de sus dedos en un calor blanco que no le quemó la piel a ella, pero que cayó sobre la herida del hombre como cae un hierro al rojo. Él gritó. Andrea no apartó las manos. Sintió cómo la carne muerta se consumía y la viva se sellaba, limpia, como se sella una vasija en el horno. Olió a hierba quemada. Y luego ya no olió nada.

La herida estaba cerrada. El veneno, fuera. Ya respiraba solo. Su cuerpo estaba curado.

Y aun así, el hombre se estaba muriendo.

Andrea lo sintió y se le heló la sangre. Algo dentro de él, algo que no era carne ni sangre ni aliento, se había soltado mientras ella lo curaba. Seguía ahí, pero flojo, como una barca que se separa del muelle. Y se iba alejando.

Era su alma, que se le escapaba. Andrea supo que tenía que agarrarla.

Buscó dentro de sí la última corriente. La dorada. La que no se parecía a nada.

El Éter.

La encontró en el centro de todo, exactamente debajo de la marca, donde había crecido la semilla. Era muy poca. Se había gastado tanto. Pero estaba ahí, tibia, quieta, y cuando Andrea la tocó con la voluntad, la sintió despertar.

Y se la dio toda, sin guardarse nada para ella.

La luz dorada le salió del pecho, le bajó por los brazos y entró en el hombre a través de sus manos. Allí encontró el alma del hombre, que ya casi se iba, y la alcanzó justo a tiempo. La envolvió con cuidado y la trajo de vuelta, despacio, hasta dejarla otra vez dentro de su cuerpo. Después la ató ahí con un nudo de luz, para que no se volviera a soltar.

Entonces todo se puso blanco.

Ya no le quedaban fuerzas. Se le doblaron los brazos y cayó de lado sobre la hierba. Esperaba sentirla seca y muerta, pero estaba tibia: alrededor de su mejilla, entre la tierra gris, se asomaban brotes nuevos. El corazón le latía cada vez más despacio, como si se estuviera apagando.

No tuvo miedo. Cerró los ojos.

Luego una mano le tocó la cara.

✦

Era una mano caliente. Viva.

Andrea abrió los ojos. El hombre se había levantado un poco, apoyado en un brazo, y estaba inclinado sobre ella. Tenía la piel pálida, pero ya no gris. Los labios ya no estaban negros. Sudaba, temblaba, y la miraba con esos ojos entre verdes y dorados, ahora limpios de fiebre.

Durante un instante muy largo no dijo nada.

Andrea siguió la dirección de su mirada. Él no le miraba la cara. Miraba más abajo, al escote abierto del vestido empapado, donde la marca de cinco trazos brillaba sobre su corazón con una luz cansada, intermitente, como una vela que se niega a apagarse.

Algo cruzó por los ojos del hombre. Andrea no supo qué. Fue muy rápido, y desapareció enseguida debajo de una calma cuidadosa, como desaparece una piedra en el agua quieta. Él levantó la vista hacia su rostro y la sostuvo ahí.

No preguntó por la marca. No dijo nada de ella.

Con un cuidado infinito, le cerró el cuello del vestido sobre el pecho.

Alrededor de los dos, el árbol ennegrecido crujía. Andrea giró la cabeza y lo vio: en la corteza negra se estaban abriendo grietas finas, y por las grietas asomaba algo verde.

—¿Quién eres? —preguntó él.

Andrea pensó en la respuesta. Andrea Arvell, tercera hija de una casa que la había vendido. Andrea Vhalor, reina de un reino que nunca la quiso. La mujer que firmó un divorcio con su sangre. La que cayó del desfiladero.

Ninguna de esas era ya del todo verdad.

—No lo sé todavía —dijo.

Él la miró un rato más. Después se sentó despacio, con una mueca de dolor, y se pasó una mano por el costado donde había estado la herida. Encontró la piel cerrada. Una cicatriz limpia, rosada, en forma de estrella.

—Nadie sobrevive a la ceniza negra —dijo en voz baja.

—Usted sí.

—Porque tú... —Se calló. Volvió a empezar—. No me conoces. No sabes quién soy. Podría ser lo peor que te haya pasado.

Andrea se incorporó con esfuerzo, hasta quedar sentada frente a él sobre la hierba que reverdecía. Le dolía todo. Le temblaban las manos. Pero se sentía, por primera vez en mucho tiempo, entera.

—¿Por qué me ayudas? —preguntó él, más suave.

Ella lo miró a los ojos. Pensó en todas las veces que había dado sin que nadie se lo pidiera. En todas las veces que había dado porque creía que solo así merecía quedarse. En el caldo con menta de Tilde, en las coles de la plaga, en el hijo que no alcanzó a nacer. Y pensó en el agua del manantial, que la había recibido sin preguntar.

—Porque todavía puedo elegir a quién darle mi poder.

El hombre no respondió. Algo en su rostro se aflojó, apenas.

Después le tendió la mano.

—Elior —dijo—. Me llamo Elior.

No dijo nada más. No dijo de dónde venía, ni qué era, ni por qué un consejo entero querría verlo muerto. Andrea tampoco preguntó. Había aprendido demasiado bien lo que cuesta no preguntar, pero también había aprendido que hay preguntas que se hacen con tiempo.

Tomó su mano.

Él se puso de pie primero, tambaleándose, y la ayudó a levantarse. Se sostuvieron uno al otro como dos árboles jóvenes que crecen torcidos el uno hacia el otro para no caer. Elior miró hacia el sur, hacia donde el bosque se volvía más verde y la niebla más alta.

—Hay un lugar a medio día de aquí —dijo—. Gente en la que todavía confío, aunque son pocos. —Miró el caballo blanco tendido en el barro y apartó la vista—. Vamos a tener que ir a pie. ¿Puedes caminar?

—Puedo caminar.

Y se fueron juntos hacia el sur, entre los árboles.

✦

Al día siguiente, en la orilla del manantial, al pie de la Garganta, el rey de Kaldor llevaba desde media mañana de rodillas en la orilla de piedras blancas.

Había bajado solo esa vez. No había dejado que Corvan lo acompañara. Tenía las manos destrozadas por la cuerda y la ropa empapada de niebla, y no le importaba.

Las caléndulas seguían abiertas entre las raíces. Habían crecido durante la noche. Ahora eran una docena.

Darian tenía el medallón en las manos. Las dos mitades juntas, encajadas, el árbol completo y la línea completa de estrellas. Lo sostenía sobre el agua clara como si fuera una ofrenda, o una pregunta, y miraba el fondo, la luz pálida que subía desde abajo, esperando que algo le contestara.

Pero el agua siguió quieta. Nada subió del fondo.

A lo lejos, del otro lado del manantial, al otro lado de la niebla, entre los árboles que respiraban, dos figuras se alejaban hacia el sur. Una alta, de pelo claro. Otra más pequeña, con un vestido oscuro todavía mojado, que caminaba despacio, cansada.

La niebla se cerró entre los dos. Darian no la vio irse.

Y Andrea no miró hacia atrás ni una sola vez.

Darian por fin sabía toda la verdad. Sabía que la amaba. Que la había amado siempre, desde el jardín. Y que se había equivocado con ella de todas las maneras en que un hombre se puede equivocar. Apretó las dos mitades del medallón en el puño y se juró que la iba a encontrar, aunque tuviera que dar vuelta el mundo entero.

Pero la mujer que iba a encontrar ya no era la que había perdido.

Andrea caminaba por un bosque que no conocía, sin saber cómo salir de él, al lado de un hombre del que solo sabía el nombre. Lo necesitaba para encontrar el camino. Y él, aunque no lo dijera, ya sabía quién era ella. Lo había sabido en cuanto vio la marca brillar sobre su pecho, porque de niño su madre le había hablado de una mujer con cinco trazos sobre el corazón.

Dentro del pecho de Andrea, despiertas por fin, latían las cinco corrientes. Toda su vida le habían dicho que no tenía don.

Le habían mentido. Y ella iba a descubrir por qué.

Durante veintitrés años había vivido para los demás. Para una familia que no la quiso, para un rey que no le creyó, para un reino que nunca la sintió suya. Pero esa Andrea se había hundido para siempre en las profundidades del manantial. La que salió del agua era otra.

Ahora iba a vivir para ella. Iba a saber quién era de verdad.

Y los que le habían quitado todo iban a pagar.

Continuará...

PRÓXIMAMENTE



Las Cinco Corrientes · Libro 2

Raíces de la venganza

Esta vez, nadie va a decidir por ella.

Andrea despertó con cinco poderes que nadie le enseñó a usar, en un reino que no conoce, al lado de un hombre que sabe de ella más de lo que dice. Toda su vida le mintieron sobre quién es. Ahora va a descubrir por qué.

Y Darian, que juró encontrarla, va a tener que decidir qué hace cuando por fin la vuelva a ver.

Sé la primera en saber cuándo sale: canelith.com · Instagram @canelith_